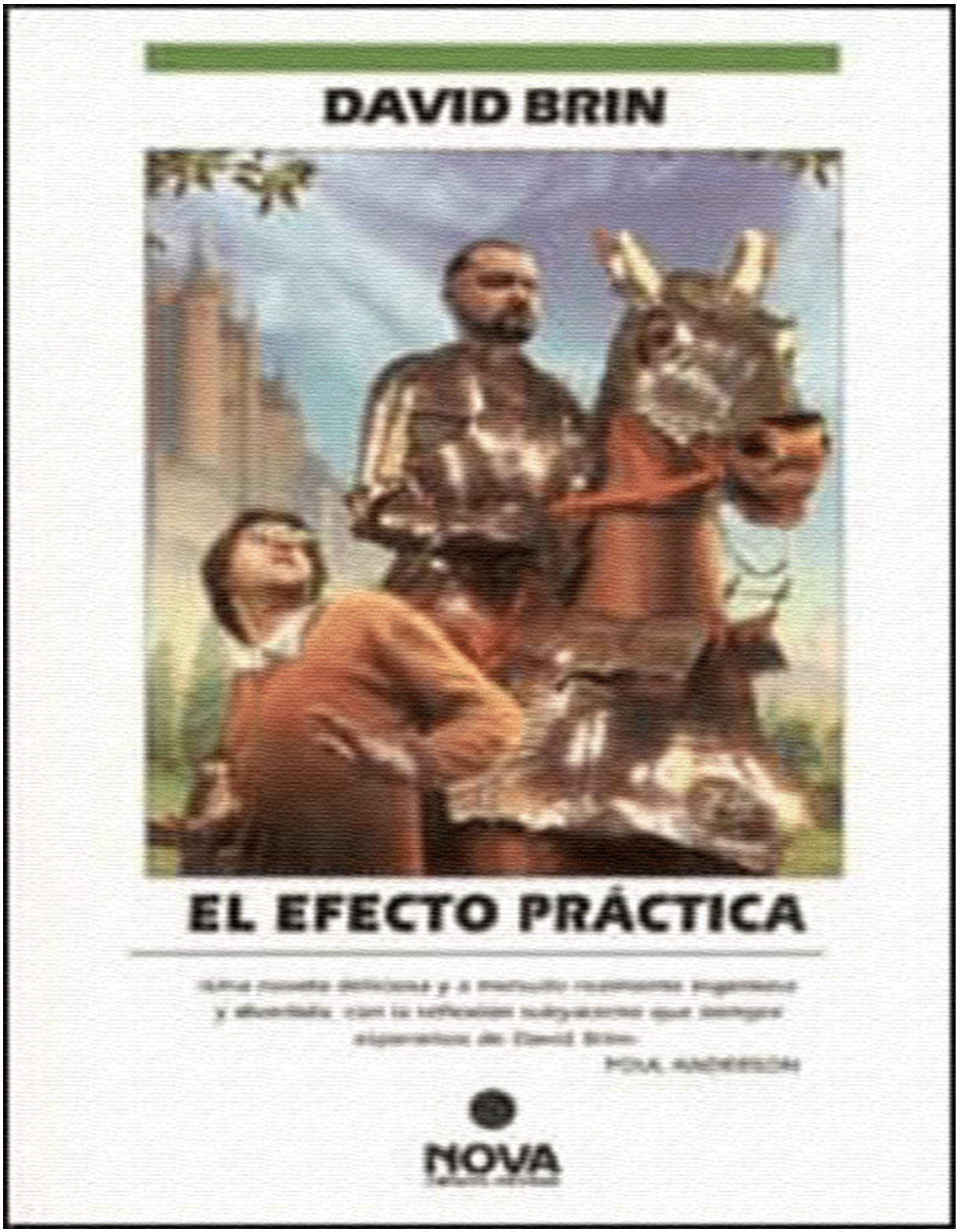
DAVID BRIN

EL EFECTO PRÁCTICA



LIBROdot.com
http://www.librodot.com

PRESENTACIÓN

Con la Serie de la elevación de los pupilos —iniciada en 1980 *y recientemente resucitada en la nueva trilogía que se inicia con* ARRECIFE BRILLANTE (1995, *prevista en* NOVA éxito, *número* 13)—, *o con esas obras independientes, complejas y sugerentes como* TIERRA (1990, NOVA éxito, *número 6) o* TIEMPOS DE GLORIA (1993, NOVA éxito, *número* 9), *David Brin ocupa ya un lugar privilegiado en el seno de la moderna narrativa especulativa. Considerado por los lectores de la influyente revista LOCUS como el autor favorito de entre aquellos cuyas publicaciones aparecieron por vez primera en la década de los ochenta, Brin es capaz de abordar las especulaciones más arriesgadas y sugerentes con una habilidad narrativa excepcional.*

En 1984, *Brin sorprendió a muchos de sus lectores y críticos con una curiosa novela que no tuvo continuación, aun cuando algunos de sus lectores lo hubiéramos deseado. Se trata de la presente:* EL EFECTO PRÁCTICA (1984, NOVA ciencia ficción, *número* 91); *un cabal ejemplo de una ciencia ficción especulativa construida en torno al famoso* ¿Qué sucedería si ... ?. *Esta vez formulado alrededor de la entropía*

Arthur Eddington, uno de los grandes astrónomos y cosmólogos de todos los tiempos, dio en considerar que la segunda ley de la termodinámica era algo así como la ley suprema de la naturaleza. Y posiblemente estaba en lo cierto. La ley nos viene a decir que la entropía (y el desorden que, en cierta forma, viene a medir) aumenta siempre en un sistema cerrado que no esté en equilibrio. Por el contrario, la entropía se mantiene constante en un sistema cerrado en equilibrio.

Pero si hay equilibrio no hay vida, ni tampoco intercambio energético de ningún tipo. Por ello, una formulación más popular y sencilla de la ley nos dice que en cualquier transferencia energética siempre hay una pérdida hacia la forma menos noble de energía, el calor.

Recientes formulaciones asocian la segunda ley de la termodinámica a lo que hoy se etiqueta como la «flecha del tiempo», dadas las características de irreversibilidad de los procesos que hacen aumentar la entropía en un sistema cerrado que no esté en equilibrio.

Y, al fin y al cabo, el universo en su conjunto es un sistema cerrado.

Aun cuando es lícito el debate sobre si el concepto de entropía es susceptible de asociarse correctamente al universo considerado como un todo, la ciencia ficción no ha podido dejar de explotar especulativamente la segunda ley de la termodinámica. Es habitual la imagen de un final del universo sometido al grado máximo de desorden y de entropía. Un final que, en realidad no es tal final, sino simplemente un entorno en el que la degradación energética hace imposible ese extraño fenómeno anti—entrópico, al que llamamos vida, o cualquier otro aprovechamiento de una energía que no presenta más que su versión más degradada.

Por el contrario, Isaac Asimov imagina en su relato favorito, The Last Question (1956), *que los ordenadores evolucionan durante miles de millones de años hasta alcanzar la omnisciencia y la omnipotencia absolutas, para que sea precisamente el ordenador final y definitivo quien, cuando el universo está por agotarse en el desorden entrópico total, pronuncie las bíblicas palabras:* «¡Hágase la luz!», *que dan, de nuevo, inicio a todo.*

David Brin ha hecho otro intento especulativo parecido, más reciente y juguetón, y ha pretendido imaginar en EL EFECTO PRÁCTICA *un mundo en el cual la segunda ley de la termodinámica funcione exactamente al revés de como lo hace en nuestro mundo.*

La historia nos narra las desventuras del protagonista, un joven físico, quien, atrapado en las consecuencias de un fallido experimento, se ve transportado a un mundo tal vez paralelo en el cual la entropía de un sistema cerrado disminuye con el tiempo y, consiguientemente, la segunda ley de la termodinámica y la «flecha del tiempo» se hallan invertidas.

Algunas de las múltiples consecuencias posibles están tratadas en la novela en clave humorística. Por ejemplo, en la sociedad casi de tipo feudal que muestra Brin, los señores mantienen a sus prisioneros en mazmorras para que vistan los andrajos que, con el tiempo, se convertirán en lujosos vestidos. Tras muchos años de uso, un trozo informe de hierro acabará, a su vez, convirtiéndose en una espectacular y brillante espada.

Maravillas que sorprenden por ese ir en contra de la « flecha del tiempo» de que hablábamos o que sugieren la activa participación de muchos atareados diablillos de Maxwell. Algo, por desgracia, francamente alejado de nuestra experiencia, que nos muestra cada día cómo el desorden (todo tipo de desorden) crece imparable a menos que luchemos enconadamente contra él..

Es cierto que la crítica no alabó demasiado esta novela de Brin. Tras el éxito popular y de crítica que representó MAREA ESTELAR (1983), *a algunos les pareció que* EL EFECTO PRÁCTICA (1984) *era una obra menor. En el LOCUS de febrero de* 1984 *Faren Miller la acusaba de* «frivolidad», y *acababa haciendo votos por que Brin no siguiera la senda iniciada con* EL EFECTO PRÁCTICA *respecto a la cual, pese a todo, afirmaba que con ella* «Brin va a obtener una amplia y nueva audiencia».

Personalmente lamento que Brin, además de las obras que hasta hoy nos ha ido ofreciendo, no haya seguido cultivando también la que podría ser la maravillosa senda de explorar universos alternativos, donde alguna de las leyes de la física resulta trastocada y, con ella, todo lo que abarca ese mundo alternativo, aunque el estilo narrativo fuera un tanto menos cuidado o, mejor, simplemente divertido, al estilo del utilizado por algunos viejos autores de los años cuarenta y cincuenta.

Por suerte Brin no estaba solo en ese tipo de especulación sobre una física alternativa. Hay otras obras, en la ciencia ficción y fuera de ella, que abordan, tal vez con un estilo menos desenfadado, otras alteraciones de leyes físicas fundamentales.

Un ejemplo claro lo proporcionan los efectos relativistas (dilatación del tiempo, contracción de las dimensiones, etc.) que nos resultan extraños, ya que no se presentan a las velocidades que cotidianamente experimentamos. Una especulación de gran interés sería imaginar qué ocurriría si dichos efectos fueran perceptibles a velocidades posibles en la vida cotidiana. Así lo hizo George Gamov, físico y gran divulgador científico, en uno de los amenos libros protagonizados por Mr. Tomkins en la serie genéricamente denominada MR. TOMKINS EN EL PAÍS DE LAS MARAVILLAS (1936-1967).

También la ciencia ficción ha intentado algo parecido. John E. Stith en REDSHIFT RENDEZVOUS *(«Cita en el corrimiento al rojo»,* 1990) *concibió una acción novelada, con secuestros y asesinatos incluidos, que transcurre en una gran nave espacial que viaja a través de una particular versión del hiperespacio. En estas condiciones, Stith imagina que la velocidad de la luz es tan baja (10 metros por segundo, unos 36 kilómetros por hora) que los efectos relativistas resultan perceptibles y, como no podía ser menos, incluso impresionantes.*

Hay también ejemplos en otros ámbitos científicos. Ante las diversas opciones matemáticas en torno, por ejemplo, a las construcciones de Euclides, Riemann y Lobachevsky sobre las geometrías plana, esférica o hiperbólica del universo, el británico Christopher Priest analiza las consecuencias de una geometría hiperbólica en EL MUNDO INVERTIDO *(1984).*

En la novela de Priest, una ciudad ha de ser constante y penosamente movida a lo largo de unos raíles, ya que la percepción del mundo de sus habitantes es, precisamente, la de un

universo de geometría hiperbólica donde el tiempo y el espacio resultan distorsionados tanto al norte como al sur de una teórica línea de óptimo que la ciudad debe perseguir sin descanso. Al final de la novela se nos revela que no se trata, pese a su apariencia, de un universo distinto al nuestro, sino de las interferencias creadas por un nuevo campo de fuerza generador de energía. La novela, no obstante, ha desarrollado una inteligente especulación de cómo llegaría a ser la vida y la percepción de la realidad en un universo de geometría hiperbólica.

A ese conjunto de obras especulativas que alteran alguna de las leyes fundamentales de nuestro universo se incorporó en su día EL EFECTO PRÁCTICA *de David Brin y, una vez aceptado su tono menor en lo estilístico, coincidirán conmigo en que la ciencia ficción debe enorgullecerse de hacer posibles tales obras, especulaciones inteligentes sobre la mismísima urdimbre de nuestro universo.*

A mí me gustó EL EFECTO PRÁCTICA *y, sin que sirva de precedente, no me molesta nada disentir de lo que se opina en LOCUS. Tal vez mi interés por la ciencia y la tecnología justifica implícitamente la que Faren Miller considera levedad* y frivolidad *de esta novela. Pero ocurre que yo siempre he pensado que no sólo de trascendencia vive el hombre...*

Y nada más. Pasen y lean. Yo me divertí con esta novela tal vez no tan intrascendente como parece.

Ojalá les guste.

MIQUEL BARCELO

Para la tripulación del Viernes, *para Carol y Nora,*
y para los amantes de otros mundos...

HUY GENERIS

1

La conferencia era realmente aburrida.

En la parte delantera de la sala tenuemente iluminada, el grueso y canoso director del Instituto Tecnológico Sahariano caminaba de un lado a otro, contemplando el techo con las manos a la espalda, mientras pontificaba pesadamente sobre un tema que apenas comprendía.

Al menos así lo veía Dennis Nuel, que sufría en silencio desde una de las filas del fondo.

Antiguamente, Marcel Flaster podría haber sido una de las lumbreras de la física. Pero eso había sido mucho tiempo atrás, antes de que ninguno de los jóvenes científicos presentes se hubiera planteado siquiera cursar la carrera de física de realidades.

Dennis se preguntaba qué podría haber convertido a un cerebro con talento en un administrador aburrido y tendencioso. juró que se tiraría de cabeza por el monte Feynman antes de que le sucediera a él.

La sonora voz siguió zumbando.

—Y así vemos, señoras y señores, que usar realidades zievatrónicas alternativas parece casi a nuestro alcance, lo que presenta posibilidades para superar tanto el espacio como el tiempo...

Dennis soportaba su resaca casi al fondo de la abarrotada sala de conferencias, y se preguntó qué poder de la Tierra podría haberlo sacado de la cama un lunes por la mañana para it allí y escuchar a Marcel Flaster disertar sobre zievatrónica.

Se le cerraron los ojos. Empezó a arrugarse en el asiento.

—¡Dennis! —Gabriella Versgo le dio un codazo en las costillas, y susurró bruscamente—: ¿Quieres ponerte derecho y prestar atención?

Dennis se enderezó rápidamente, parpadeando. Ahora recordaba qué poder de la Tierra lo había llevado allí.

A las siete de la mañana, Gabbie había abierto de golpe la puerta de su habitación y lo había metido en la ducha por la oreja, ignorando sus aullidos de protesta y su pudor. Mantuvo una formidable tenaza sobre su brazo hasta que ambos se sentaron en la sala de conferencias del Tecnológico Sahariano.

Dennis se frotó el brazo por encima del codo. Un día de éstos, decidió, iba a entrar en la habitación de Gabbie e iba a tirar todas las pelotitas de goma que la pelirroja gustaba de apretujar mientras estudiaba.

Ella volvió a darle un codazo.

—¿Quieres estarte quieto? ¡Tienes la capacidad de atención de una nutria vieja! ¿Quieres encontrarte aún más apartado del experimento en zievatrónica?

Como de costumbre, Gabbie tenía razón. Él sacudió la cabeza en silencio, a hizo un esfuerzo por prestar atención.

El doctor Flaster terminó de dibujar una vaga figura en el holotanque situado en la parte delantera de la sala. El psicofísico depositó el lápiz óptico sobre el atril a inconscientemente se frotó las manos en los pantalones, aunque 1a última tiza de la historia había desaparecido hacía más de treinta años.

—Eso es un zievatrón —anunció orgullosamente.

Dennis miró incrédulo el dibujo lumínico.

—Si eso es un zievatrón, yo soy abstemio —susurró—. ¡Flaster ha dibujado los polos al revés, y el campo está invertido

Gabriella se puso del mismo tono que su fiero cabello rojo. Clavó las uñas en el muslo de Dennis.

Dennis dió un respingo, pero se las arregló para componer una expresión de inocencia corderil cuando Flaster, miope, alzó la cabeza. Un momento después, el director se aclaró la garganta.

—Como decía antes, todos los cuerpos poseen centros de masa. El centroide de un objeto es el punto de equilibrio, donde puede decirse que todas las fuerzas netas vienen a jugar... el punto al cual puede atribuirse *su realidad.*

»Usted, muchacho —dijo, señalando a Dennis—. ¿Puede decirme dónde está su centroide?

—Umm. —Dennis se lo pensó, aturdido. Al parecer no había escuchado con tanta atención—. Supongo que me lo he dejado en casa, señor.

Los otros posdoctorados sentados al fondo de la sala se echaron a reír. El sonrojo de Gabbie se hizo más profundo. Se hundió en su asiento, deseando obviamente encontrarse en cualquier otra parte.

El científico jefe sonrió vagamente.

—Ah, Nuel, ¿verdad? ¿Doctor Dennis Nuel?

Dennis captó que, al otro lado del pasillo, Bernald Brady disfrutaba con aquella situación. El joven alto y de ojos de sabueso había sido su mayor rival hasta que consiguió apartar por completo a Dennis de la actividad en el principal laboratorio de zievatrónica. Brady dirigió a Dennis una sonrisa de pura bilis.

Dennis se encogió de hombros. Después de lo que había sucedido en los últimos meses, le parecía que tenía poco que perder.

—Uh, sí, señor, doctor Flaster. Es muy amable al recordarme. Puede que recuerde también que solía ser subdirector del Laboratorio Uno.

Gabriella se hundió todavía más en la tapicería, intentando con todas sus fuerzas hacer como que no había visto a Dennis antes en toda su vida.

Flaster asintió.

—Ah, sí. Ahora recuerdo. De hecho, su nombre ha aparecido sobre mi mesa recientemente.

La cara de Bernald Brady se iluminó. Claramente, nada le complacería tanto como ver a Dennis enviado a una lejana misión para recolectar muestras... digamos a Groenlandia o a Marte. Mientras se quedara, Dennis representaba una amenaza a la implacable tendencia de Brady a solicitar favores y escalar en la pirámide burocrática. También, sin pretenderlo realmente, Dennis parecía ser un obstáculo para las románticas ambiciones de Brady respecto a Gabriella.

—En cualquier caso, doctor Nuel —continuó Flaster—, sin duda alguna no puede haber «dejado» su centroide en ninguna parte. Creo que, si lo comprueba, lo encontrará cerca de su ombligo.

Dennis se miró la hebilla del cinturón, y luego le sonrió al director.

¡Vaya, pues si! ¡Puede estar seguro de que lo vigilaré mejor en el futuro!

—¡Es decepcionante descubrir —dijo Flaster, adoptando un afectado tono pasional—, que alguien tan diestro con una honda improvisada sabe tan poco sobre centros de masa!

Se estaba refiriendo claramente al incidente de la semana pasada, en el baile de gala del personal, cuando una desagradable criatura voladora atravesó una ventana, aterrorizando a la gente congregada en torno al ponche. Dennis se quitó el cinturón, lo convirtió en una honda y lanzó un vaso para derribar a la criatura parecida a un murciélago antes de que pudiera herir a nadie con su afilado pico.

La improvisación lo convirtió en el héroe del momento de los posdoctorados y técnicos, a hizo que Gabbie iniciara su actual campaña para «salvar su carrera». Pero en ese momento todo lo que él quería era echar un vistazo de cerca a la pequeña criatura. La breve ojeada que pudo echarle hizo que su mente bullera llena de posibilidades.

La mayoría de los asistentes al baile habían supuesto que era un experimento escapado del Centro Genético, situado en el extremo opuesto del instituto. Pero Dennis no pensaba igual.

¡Una mirada le había bastado para saber que aquella cosa, claramente, no procedía de la Tierra!

Hombres taciturnos de Seguridad llegaron rápidamente y se llevaron al aturdido animal. De todas formas, Dennis estaba seguro de que procedía del Laboratorio Uno... su antiguo laboratorio, donde se conservaba el principal zievatrón, ahora fuera del alcance de todo el mundo menos de los enchufados escogidos por Flaster.

—Bueno, doctor Flaster —aventuró Dennis—, ya que saca el tema, estoy seguro de que todos estamos interesados en el centroide de esa pequeña alimaña que se coló en la fiesta. ¿Puede decirnos por fin qué era?

De repente, se hizo el silencio en la sala de conferencias. Desafiar al científico jefe delante de todo el mundo era poco convencional. Pero a Dennis ya no le importaba. Sin ninguna razón aparente, aquel hombre le había apartado del trabajo de su vida. ¿Qué más podía hacerle Flaster?

Flaster lo miró sin expresión. Finalmente, asintió.

—Venga a mi despacho una hora después del seminario, doctor Nuel. Le prometo que responderé entonces a todas sus preguntas.

Dennis parpadeó, sorprendido. ¿Lo decía en serio?

Asintió, indicando que estaría allí, y Flaster se volvió hacia su holoboceto.

—Como decía —continuó—, una anomalía de realidad psicosomática tiene su inicio cuando rodeamos un centro de masa con un campo de improbabilidad que...

Cuando la atención se apartó por completo de ellos, Gabriella susurró una vez más al oído de Dennis.

—¡Ahora sí que la has hecho!

—¿Mmm? ¿Hecho qué? —La miró inocentemente.

—¡Como si no lo supieras! —replicó ella—. ¡Va a enviarte a la depresión Qattara a contar granos de arena! ¡Ya verás!

En aquellas raras ocasiones en que se acordaba de corregir su postura, Dennis Nuel se alzaba un poco por encima de la media. Vestía de forma despreocupada... algunos dirían que iba hecho un desastre. Llevaba el pelo levemente demasiado largo para lo que se estilaba, más por una vaga obstinación que por ninguna convicción real.

El rostro de Dennis a veces adoptaba esa expresión soñadora asociada en ocasiones con el genio o con una inspirada aptitud para las bromas pesadas. En realidad era demasiado perezoso para ser calificado de genio, y tenía demasiado buen corazón para lo segundo. Tenía el pelo castaño rizado y ojos marrones, ahora un poco enrojecidos por una partida de póquer que le había entretenido hasta muy tarde la noche anterior.

Después de la conferencia, mientras la muchedumbre de adormilados jóvenes científicos se dispersaba para buscar rincones secretos donde echar una cabezada, Dennis se pasó por el tablón de anuncios, esperando ver alguna demanda de otro centro de investigación dedicado a la zievatrónica.

Por supuesto, no había nada. El Tecnológico Sahariano era el único lugar donde se hacían trabajos verdaderamente avanzados con el efecto ziev. Dennis lo sabía bien. Había sido responsable de muchos de esos avances. Hasta hacía seis meses.

Mientras la sala de conferencias se quedaba vacía, Dennis vio a Gabriella marcharse, cogida del brazo de Bernald Brady, que se pavoneaba como si acabara de conquistar el monte Everest. Claramente, estaba loco de amor.

Dennis le deseó suerte. Sería agradable ver que las atenciones de Gabriella se centraban en otra parte durante algún tiempo. Gabbie era una científica competente por méritos propios, desde luego. Pero era un poco demasiado tenaz para que Dennis se sintiera relajado con ella.

Consultó su reloj. Era hora de ver qué quería Flaster. Dennis enderezó los hombros. Había decidido que no se contentaría con más evasivas. ¡Flaster iba a tener que responder algunas preguntas, o dimitiría!

2

—¡Ah, Nuel! ¡Pase!

Marcel Flaster, con el pelo plateado y ligeramente tripón, se levantó de detrás de la brillantemente vacía extensión de su mesa.

—Tome asiento, muchacho. ¿Quiere un cigarro? Acaban de llegar de Nueva Habana, en Venus.

Señaló a Dennis un mullido sillón junto a una lavalamp que se alzaba del suelo al techo.

—Dígame, joven, ¿cómo le va con ese proyecto de inteligencia artificial en el que ha estado trabajando?

Dennis se había pasado los últimos seis meses dirigiendo un pequeño programa de IA constreñido por una ley infranqueable... aunque ya se había demostrado en el 2024 que la auténtica inteligencia artificial era un callejón sin salida.

Seguía sin tener ni idea de por qué Flaster le había hecho ir allí. No quería ser desagradable, así que informó sobre los recientes y modestos avances que había logrado su grupito.

—Bueno, ha habido algunos progresos. Recientemente hemos desarrollado un nuevo programa mimético de alta calidad. En pruebas telefónicas conversó con individuos seleccionados durante una media de seis punto tres minutos antes de que éstos sospecharan que estaban hablando con una máquina. Rich Schwall y yo pensamos...

—¡Seis minutos y medio! —lo interrumpió Flaster—. ¡Bueno, desde luego han batido el viejo récord superándolo en más de un minuto, creo! ¡Estoy impresionado!

Entonces Flaster sonrió, condescendiente.

—Pero sinceramente, Nuel, no creerá que he asignado a un joven científico de sus obvios talentos a un proyecto con un potencial de tan corto alcance por ningún motivo, ¿verdad?

Dennis sacudió la cabeza. Hacía tiempo que había llegado a la conclusión de que el científico jefe lo había largado a un rincón del Tecnológico Sahariano para poner a sus propios enchufados en el laboratorio de zievatrónica.

Hasta la muerte de su antiguo mentor, el doctor Guinasso, Dennis había estado en el mismo centro del excitante campo del análisis de realidades.

Entonces, semanas después de la tragedia, Flaster introdujo a su propia gente y desterró a los de Guinasso. Pensar en ello seguía amargando a Dennis. Estaba seguro de que se hallaban a punto de hacer descubrimientos cruciales cuando lo apartaron del trabajo que amaba.

—La verdad es que no pude imaginar por qué me trasladaron —dijo Dennis—. Umm, ¿me estaba reservando para cosas mejores, quizá?

Ajeno al sarcasmo, Flaster sonrió.

—¡Exactamente, muchacho! Demuestra una capacidad de observación notable. Dígame, Nuel. Ahora que ha adquirido experiencia en un departamento pequeño, ¿qué le parecería hacerse cargo del proyecto zievatrónico aquí, en el Tecnológico Sahariano?

Dennis parpadeó, pillado completamente por sorpresa.

—Oh —dijo, concisamente.

Flaster se levantó y se acercó a una intrincada cafetera exprés que había en una mesa lateral. Sirvió dos tacitas de denso café Montañas Atlas y ofreció una a Dennis, quien la aceptó aturdido. Apenas saboreó el denso y dulce brebaje.

Flaster regresó a su mesa y sorbió delicadamente el café de su tacita.

—No creerá que íbamos a dejar a nuestro máximo experto en el efecto ziev enmohecerse en segunda fila eternamente, ¿verdad? ¡Claro que no! Planeaba trasladarle de vuelta al Laboratorio Uno en cuestión de semanas, de todas formas. Y ahora que la posición subministerial ha abierto...

—¿La qué?

—¡La subministerial! El Gobierno de Mediterránea ha vuelto a cambiar, y mi viejo amigo Boona Calumny tiene la cartera de Ciencias. Así que cuando me llamó el otro día para pedirme ayuda... —Flaster extendió las manos como para decir que el resto era obvio.

Dennis no daba crédito a sus oídos. Estaba seguro de que le caía mal a Flaster. ¿Qué demonios podía motivarlo a optar por Dennis cuando se trataba de elegir a un sustituto?

Dennis se preguntó si su antipatía hacia Flaster le había impedido ver algún aspecto más noble del hombre.

—¿He de suponer que está interesado?

Dennis asintió. No le importaba cuáles fueran los motivos de Flaster, siempre y cuando pudiera volver a poner las manos en el zievatrón.

—¡Excelente! —Flaster volvió a alzar su taza—. Por supuesto, primero hay que resolver un pequeño detalle... un asuntillo menor, en realidad. Sólo algo que demuestre al laboratorio su habilidad como líder y garantice la aceptación por parte de todos sin excepción.

—Ah —dijo Dennis. *¡Lo sabía! ¡Aquí viene! ¡La pega!*

Flaster rebuscó bajo la mesa y sacó una caja de cristal. Dentro había una monstruosidad de alas velludas y dientes afilados como cuchillas, rígida y sin vida.

—Después de que nos ayudara a recapturarla el sábado por la noche, decidí que era demasiado problemática para valer la pena. Se la entregué a nuestro taxidermista...

Dennis trató de respirar con normalidad. Los ojillos negros lo miraron, vidriosos. Ahora mismo parecían menos cargados de malevolencia que de profundo misterio.

—Quería usted saber más sobre esta cosa —dijo Flaster—. Como seguro sucesor mío, tiene derecho a averiguarlo.

—Los demás piensan que es del Centro Genético —comentó Dennis.

Flaster se echó a reír.

—Pero usted sabe bien que no, ¿verdad? Los creavidas no son lo bastante buenos en su nuevo arte para producir algo tan único —dijo con retintín—. Tan salvaje.

»No. Como usted supuso, nuestro amiguito no procede del laboratorio de genética, ni de ninguna parte de nuestro sistema solar, por otro lado. Vino del Laboratorio Uno... de uno de los mundos anómalos con los que hemos contactado por medio del zievatrón.

Dennis se puso en pie.

—¡Lo han hecho funcionar! ¡Han contactado con algo que no es el vacío, o la niebla púrpura!

Su mente giraba.

—¡Respiraba aire terrestre! ¡Engulló una docena de canapés, además de un trocito de la oreja de Brian Yen, y siguió adelante! La bioquímica de esa cosa debe de ser...

—Es... es casi exactamente como la terrestre —asintió Flaster.

Dennis sacudió la cabeza. Se sentó pesadamente.

—¿Cuándo descubrieron ese sitio?

—Lo encontramos durante una búsqueda de anomalías zievatrónicas, hace tres semanas. Después de cinco meses de fracasos, he de admitir abiertamente que al final conseguimos el éxito tras regresar a la rutina de investigación que usted diseñó, Nuel.

Flaster se quitó las gafas y las limpió con un pañuelo de seda.

—Sus rutinas funcionaron casi de inmediato. Y sintonizaron con el mundo más sorprendentemente parecido a la Tierra posible. Los biólogos están extasiados, por decirlo en pocas palabras.

Dennis contempló a la criatura muerta dentro del cristal. *¡Un mundo entero! ¡Lo conseguimos!*

El sueño del doctor Guinasso se había hecho realidad. ¡El zievatrón era la llave a las estrellas! El resentimiento personal de Dennis desapareció. Se sentía genuinamente emocionado por el logro de Flaster.

El director se levantó y volvió a acercarse a la jarra de café para llenar otra vez su taza.

—Sólo hay un problema —dijo tranquilamente, de espaldas al joven.

Dennis alzó la cabeza, sus pensamientos aún dispersos.

—¿Un problema, señor?

—Bueno, sí. —Flaster se volvió, removiendo el café—. En realidad, tiene que ver con el zievatrón en sí.

Dennis frunció el ceño.

—¿Qué pasa con el zievatrón?

Flaster alzó su tacita con dos dedos.

—Bueno —suspiró entre sorbos—. Parece que no podemos hacer que esa maldita máquina vuelva a funcionar.

Flaster no bromeaba. El zievatrón estaba atascado.

Después de pasar casi un día entero hurgando en las entrañas de la máquina, Dennis seguía tratando de acostumbrarse a los cambios efectuados en el Laboratorio Uno desde su marcha.

Los generadores principales eran los mismos, igual que las viejas sondas de realidad que el doctor Guinasso y él habían sintonizado laboriosamente a mano durante los primeros días. Flaster y Brady no se habían atrevido a tocarlas.

Pero habían traído tanto equipo nuevo que incluso el cavernoso laboratorio principal estaba lleno a rebosar. Había suficientes columnas de electroforesis, por ejemplo, para analizar una bullabesa de Burdeos.

El zievatrón en sí ocupaba la mayor parte de la cámara. Técnicos de bata blanca se movían por rampas elevadas situadas a lo largo de su amplia superficie, haciendo ajustes.

La mayoría de los técnicos se había acercado a saludar a Dennis cuando llegó. Obviamente, se sentían aliviados de tenerlo de vuelta. La reunión informativa le mantuvo apartado de su amada máquina durante casi una hora y había irritado enormemente a Bernald Brady.

Cuando, por fin, Dennis pudo ponerse a trabajar, se concentró en las dos enormes sondas de realidad. En el lugar donde se encontraban, allá en las entrañas de la máquina, había un lugar en el espacio que no era exactamente aquí ni ningún otro sitio. El punto anómalo podía oscilar entre la Tierra y Otra Parte, dependiendo de qué sonda dominase.

Seis meses antes, había una pequeña portilla por la que podían sacarse muestras de las brumas púrpura y las extrañas nubes de polvo que el doctor Guinasso y él habían encontrado. Pero desde entonces había sido sustituida por una enorme compuerta blindada.

Trabajando cerca de la gruesa escotilla, Dennis advirtió que todo lo que una persona tenía que hacer era atravesar esa puerta para estar en otro mundo. Era una extraña sensación.

—¿Todavía atascado, Nuel?

Dennis alzó la cabeza. La pequeña boca de Bernald Brady siempre parecía estar levemente arrugada en un gesto de desaprobación. El tipo tenía instrucciones de cooperar, pero eso al parecer no incluía ser educado.

Dennis se encogió de hombros.

—He acotado el problema. Hay algo estropeado en la parte del zievatrón que ha sido introducida en el mundo anómalo: el mecanismo de regreso. Tal vez la única forma de arreglarlo sea desde el otro extremo.

Se había dado cuenta de que Marcel Flaster se la jugaba al ponerle a cargo del laboratorio. Si no podía dilucidar una forma de arreglarlo desde aquel lado, Dennis tendría que entrar y arreglar personalmente el mecanismo de regreso.

Todavía no había decidido si sentirse entusiasmado o aterrado por la idea.

—Flasteria —dijo Brady.

—¿Cómo dice? —preguntó Dennis, parpadeando.

—Es el nombre que le hemos puesto al planeta; Flasteria, Nuel.

Dennis intentó silabear la palabra, luego renunció. Y *un cuerno.*

—De todas formas —continuó Brady—, no es ningún gran descubrimiento. Ya me había dado cuenta de que es el mecanismo de regreso lo que está estropeado.

Dennis empezaba a irritarse con la actitud de aquel tipo. Se encogió de hombros.

—Claro que ya lo sabía. ¿Pero cuánto tiempo tardó en darse cuenta?

Supo que había dado en el clavo cuando la cara de Brady se puso roja.

—No importa —dijo Dennis mientras se levantaba, frotándose las manos—. Vamos, Brady. Lléveme a dar una vuelta por su zoo. Si tengo que entrar y visitar ese lugar, quiero saber más acerca del tema.

¡Mamíferos! ¡Los animales cautivos eran mamíferos de cuatro patas, peludos y capaces de respirar aire!

Contempló uno que parecía un pequeño hurón mientras hacía un rápido inventario mental: nariz con dos ventanas sobre la boca, bajo unos ojos de cazador; cinco dedos en forma de garra en cada pata, y una cola larga y peluda. Una carta tomográfica delante de la jaula mostraba un corazón de cuatro cámaras, un esqueleto de aspecto bastante terrestre, y al parecer todo tipo de vísceras comunes en los sitios habituales.

¡Y sin embargo era un alienígena!

Por un momento, la criatura devolvió la mirada a Dennis luego bostezó y se dio la vuelta.

—Los biólogos han comprobado la ausencia de gérmenes perniciosos y ese tipo de cosas —dijo Brady, respondiendo a la siguiente pregunta de Dennis—. Los cobayas que enviaron en uno de los robots exploradores vivieron en Flasteria varios días y volvieron perfectamente sanos.

—¿Qué hay de la bioquímica? ¿Son iguales los aminoácidos, por ejemplo?

Brady cogió un clasificador de unos quince centímetros de grosor.

—El doctor Nelson tuvo que regresar ayer a Palermo. Otra de las movidas del Gobierno, supongo. Pero aquí está su informe. —Depositó el grueso tomo sobre las manos de Dennis—. ¡Estúdielo!

Dennis estuvo a punto de decirle a Brady dónde podía meterse el informe por el momento. Pero en ese justo instante un brusco chasquido sonó al fondo de la fila de jaulas . Los dos hombres se volvieron para ver cómo una sólida caja de madera empezaba a agitarse y sacudirse.

Brady maldijo en voz alta.

—¡Rayos y centellas! ¡Se está escapando otra vez! —corrió hacia una pared y pulsó un botón de alarma. De inmediato, empezó a sonar una sirena.

—¿Qué se está escapando? —Dennis retrocedió. El pánico en la voz de Brady le había afectado—. ¿Qué es?

—¡La criatura! —gritó Brady por el intercomunicador, casi sin hacerle caso a Dennis—. ¡La que volvimos a capturar y metimos en esa caja temporal... sí, la peligrosa! ¡Está escapando otra vez!

Se produjo un estrépito de madera al romperse, y una tabla cayó de un lado de la caja. Desde la oscuridad interior, un par de diminutos reflejos verdes miraban a Dennis.

Dennis sólo pudo presumir que se trataba de ojos, pequeños y situados apenas a una pulgada de distancia entre sí. Las chispas verdes parecían atraerle, y no podía apartar la mirada. Se observaron mutuamente, terrestre y alienígena.

Brady gritaba mientras un equipo de trabajo entraba corriendo en la sala.

—¡Rápido! ¡Preparen las redes por si salta! ¡Asegúrense de que no suelta a los otros animales, como la última vez!

Dennis se sentía cada vez más inquieto. La mirada verde era desconcertante. Buscó un lugar donde dejar el pesado libro que tenía en las manos.

La criatura pareció tomar una decisión. Se abrió paso por la estrecha abertura entre las tablas, y saltó justo a tiempo de esquivar la red que caía.

En un destello Dennis vio lo que parecía un diminuto cerdo de nariz chata. ¡Pero aquel cerdo era muy especial! ¡A mitad del salto sus patas se abrieron, liberando un par de membranas que crearon dos alas planeadoras!

—¡Bloquéele el paso, Nuel! —gritó Brady.

Dennis no tuvo mucha elección. La criatura alienígena volaba hacia él. Trató de agacharse, pero demasiado tarde. El «cerdo volador» aterrizó sobre su cabeza y se le aferró al pelo, graznando frenéticamente.

Cuando Dennis soltó sorprendido el tomo de bioquímica, el grueso volumen aterrizó en su pie.

—¡Ay! —saltó, y extendió las manos para agarrar a su desagradable pasajero.

Pero la pequeña criatura trinó en voz alta, quejumbrosamente. Parecía más asustada que furiosa. En el último momento, Dennis se abstuvo de soltarla por la fuerza. En cambio, consiguió apartar una pata de su ojo... justo a tiempo de agacharse bajo una llave inglesa lanzada por Bernald Brady. Dennis maldijo y el «cerdito» graznó mientras el arma pasaba por encima de su cabeza.

—¡Quédese quieto, Nuel! ¡Casi le he dado!

—¡Y casi me arranca la cabeza, también! —Dennis retrocedió—. ¡Idiota! ¿Está intentando matarme?

Brady pareció juzgar la proposición de forma silogística. Al final, se encogió de hombros.

—Muy bien pues, Nuel. Acérquese lentamente y nosotros lo agarraremos.

Dennis empezó a avanzar. Pero mientras se aproximaba a los otros hombres la criatura gimió patéticamente y apretó su tenaza.

—Quietos —dijo Dennis—. Está asustado, eso es todo. Denme un minuto. Tal vez pueda conseguir que baje.

Dennis retrocedió hasta una caja y se sentó. Extendió la mano con cuidado para tocar de nuevo al alienígena.

Para su sorpresa, la temblequeante criatura pareció tranquilizarse bajo su contacto. Habló con suavidad mientras frotaba la fina y suave piel rosada.

Gradualmente, su tenaza de terror remitió. Por fin, Dennis pudo coger a la criatura con ambas manos y acercársela al regazo.

Los hombres y mujeres del grupo de trabajo aplaudieron. Dennis les devolvió una sonrisa que demostraba más confianza de la que sentía.

Era el tipo de cosa que podía convertirse en leyenda.

«... Sí, muchacho. Yo estaba allí el día que el viejo director Nuel domó a un bicho alienígena salvaje que lo tenía cogido por los ojos .... » Dennis contempló a la cosa que había «capturado». La criatura le miró con una expresión que estaba seguro de haber visto en alguna otra parte. ¿Pero dónde?

Entonces lo recordó. En su sexto cumpleaños sus padres le regalaron un libro de cuentos de hadas finlandeses. Todavía recordaba muchos de los dibujos. Y esta criatura tenía la malévola sonrisa de dientes afilados y ojos verdes de un duendecíllo.

—Un cerduende —anunció en voz baja mientras acariciaba a la pequeña criatura—. Un cruce entre un cerdito y un duende. ¿Te viene bien el nombre?

No pareció comprender las palabras. Dudaba que fuera inteligente. Pero algo pareció decirle a Dennis que lo comprendía. Le devolvió una sonrisa con sus dientes diminutos y afilados como agujas.

Brady se acercó con un saco.

—Rápido, Nuel. ¡Mientras está tranquilo, métalo aquí!

Dennis se quedó mirando al hombre. La sugerencia no merecía una respuesta. Se puso en pie, con el cerduende en el hueco del brazo izquierdo. La criatura ronroneó.

—Vamos, Brady —dijo—, completemos el recorrido para que pueda terminar mi lista de equipo. Tengo algunos preparativos que hacer.

»Puede darle las gracias a nuestro amiguito extraterrestre por decidir por mí. Atravesaré el zievatrón y visitaré su mundo natal por ustedes.

4

El zievatrón se había convertido en un camino de un solo sentido. Cualquier cosa lanzada a través de la compuerta llegaba al mundo anómalo, según lo planeado. Todavía podían enviarse robots, como habían hecho durante casi un mes. Pero nada regresaba.

Llegaba la suficiente telemetría para mostrar que la máquina seguía conectada al mismo mundo anómalo, el lugar de donde había salido el cerdito volador.

Pero el zievatrón era incapaz de enviar ni siquiera una pluma de vuelta a la Tierra.

Todas las máquinas se estropean tarde o temprano, concluyó Dennis. Sin duda el problema podía resolverse simplemente sustituyendo un módulo fundido, tal vez cuestión de dos minutos. La pega era que habría que hacer ese trabajo en persona. Alguien tendría que atravesar el zievatrón para hacerlo manualmente.

Naturalmente, una expedición tripulada se había planeado de todas formas. Ésas no eran exactamente las mejores circunstancias para una primera visita, pero alguien tendría que hacerlo, o el mundo que habían encontrado se perdería para siempre. Dennis había visto las fotos tomadas por los robots exploradores antes del estropicio. Bien podrían explorar durante cien años antes de toparse con otro lugar tan compatible con la vida humana.

En cualquier caso, ya lo había decidido.

El equipo que había solicitado se encontraba apilado ante la compuerta. La velocidad con que lo requerido en la lista había sido cumplido daba una idea de lo ansioso que estaba el doctor Flaster por tener resultados. Enviar a Brady por los suministros también había mantenido a aquel tipo fuera de juego mientras Dennis comprobaba sus cálculos.

Había insistido en obtener una larga lista de suministros para supervivencia, aunque eso no quería decir que esperara necesitarlos en aquella primera salida. Ni siquiera sustituir todos los módulos del mecanismo de regreso requeriría más de una hora, pero no quería correr riesgos. Había incluso cajas de vitaminas por si se sentía agotado o si el informe biológico hubiera errado en un decimal su tasa de compatibilidad con el mundo anómalo.

—Muy bien, Nuel —dijo Brady.

Se aproximó a Dennis por la izquierda. El cerduende se pasó al otro hombro de Dennis, escrutando los preparativos y enseñando los dientes cada vez que Brady se acercaba.

—Tiene suficientes aparatos para construir otro zievatrón cuando llegue a Flasteria. Debería poder arreglarlo en cinco minutos. Y parece que quisiera montar un almacén con tanto material de supervivencia. Pero eso es asunto suyo.

El tipo parecía celoso. Pero Dennis no había visto que se presentara voluntario para ir.

—¡Acuérdese de arreglar la máquina primero! —continuó Brady—. ¡Entonces no importará si algo se lo come mientras intenta hablar con todos los animales del lugar!

Richard Schwall, uno de los técnicos que habían trabajado con Dennis en los primeros días, alzó la vista del esquema que estaba cotejando y compartió una mirada de conmiseración con Dennis. Todo el mundo en el I.T.S. apreciaba la simpática actitud de Brady.

—¡Dennis!

La figura de valquiria de Gabriella Versgo se abrió paso hacia ellos entre la multitud de técnicos. Uno de ellos, demasiado lento para apartarse, fue barrido por un rápido movimiento de pelvis.

Brady sonrió con cara de cachorrito enamorado mientras ella se acercaba. Gabbie le dirigió una sonrisa brillante y luego cogió el brazo derecho de Dennis en una tenaza que interrumpió parcialmente el suministro de sangre de su mano.

—Bueno, Dennis —dijo, suspirando felizmente—. ¡Me alegra mucho que Bernie y tú volváis a hablaros! Siempre he pensado que esa tensión entre vosotros era una tontería por vuestra parte.

De hecho, hablaba como si lo considerara maravilloso. Dennis se dio cuenta de que Gabbie tenía la errónea impresión de que su enemistad con Brady se había acabado. ¡Si ése fuera de verdad el caso, Dennis habría izado una bandera blanca y se habría rendido hacía ya mucho tiempo!

—He venido a advertiros de que el doctor Flaster viene para despedir a Dennis. ¡Y trae consigo a Boona Calumny!

Dennis tuvo un instante de desconcierto.

—¡El nuevo ministro de Ciencias de Mediterránea! —exclamó Gabbie.

Tiró bruscamente de su codo, apretándole accidentalmente su nervio. Dennis gimió, pero Gabbie continuó, ajena a su momentánea agonía.

—¿No es maravilloso? —exclamó—. ¡Un hombre tan eminente que viene a ver cómo el primer humano pone el pie en un mundo anómalo! —En su último gesto, soltó su tenaza. Dennis contuvo un gemido y se frotó el brazo.

Gabriella acarició al cerduende, tratando de pellizcar su diminuta barbilla. La criatura lo soportó unos segundos, y luego estalló en un tremendo bostezo, dejando al descubierto filas gemelas de dientes afilados como agujas. Ella retiró rápidamente la mano.

Se colocó al otro lado de Dennis y se inclinó para besarlo castamente en la mejilla.

—Ahora tengo que darme prisa. Tengo un cristal importante en una zona de flotación. Que tengas buen viaje. Vuelve como un héroe y lo celebraremos de forma especial, lo prometo. —Le hizo un guiño y le dio un golpecito con la cadera, por lo que casi derribó al cerduende de su asidero.

Brady se animó cuando Gabriella le dio también un besito, para mantener las cosas igualadas. Entonces ella se marchó, sin duda consciente de que la mitad de los hombres del laboratorio la estaban mirando.

Richard Schwall sacudió la cabeza y murmuró:

—... Mujer podría desbancar a lady Macbeth... —fue todo lo que Dennis pudo captar.

Brady hizo una mueca de indignación y se marchó.

Mientras Dennis regresaba a sus cálculos, comprobándolos por última vez para asegurarse de que no había cometido ningún error, el cerduende planeó hasta un asidero sobre Richard Schwall. Se asomó por encima del hombro del técnico calvo, contemplando cómo ajustaba la herramienta electrónica que Dennis tendría que llevar.

Durante dos días, desde que Dennis había declarado que la criatura estaba domada, los técnicos habían alzado rutinariamente la cabeza para encontrar aquellos diminutos ojos verdes contemplándolos. Sorprendentemente, el cerduende siempre parecía escoger los lugares más arriesgados para hacerlo.

Mientras los preparativos progresaban sin problemas, la criatura se convirtió en una especie de símbolo de categoría. Los técnicos usaban trocitos de caramelo para atraerlo a sus puestos. Se había convertido en un amuleto de buena suerte, en una mascota.

Cuando Schwall alzó la cabeza y vio al cerduende, sonrió y recogió al pequeño alienígena para que pudiera ver mejor. Dennis soltó sus notas y contempló a los dos interactuar.

El cerduende parecía menos atraído por lo que Schwall hacía que por la forma en que el técnico se *sentía*. Cuando su rostro denotaba placer, la criatura miraba adelante y atrás rápidamente, de Schwall a la libreta y otra vez.

Aunque estaba claro que no era una criatura sensitiva, Dennis se preguntó hasta qué punto era inteligente.

—¡Eh, Dennis! —dijo Schwall, excitado por momentos—. ¡Mira esto! ¡He logrado una imagen primorosa de la torre de lanzamiento de Ecuador! Ya sabes, la Aguja Vainilla. ¡Nunca me había dado cuenta de lo bueno que soy! ¡Tu amiguito trae suerte!

Al fondo del laboratorio se produjo un alboroto. Dennis dio un codazo amistoso a su colega.

—Vamos, Rich —dijo—. Levántate. Por fin están aquí.

Escoltado por Bernald Brady, el director del laboratorio se acercó al zievatrón. junto a Flaster caminaba un hombre bajito y rechoncho de rasgos enigmáticos a intensos. Dennis dedujo que debía ser el ministro de Ciencias de Mediterránea.

Mientras los presentaban, Boona Calumny parecía mirar directamente a través de Dennis. Su voz era muy aguda.

—¿Así que éste es el valiente joven que va a encargarse de su maravilloso trabajo aquí, Marcel? ¿Y empezará ahora mismo pasando a ese maravilloso lugar nuevo que ha descubierto?

Flaster sonrió.

—¡Sí, señor! ¡Y desde luego estamos orgullosos de él! —Le hizo un guiño conspirador a Dennis, quien empezaba a comprender las enormes ganas que tenía Flaster de conseguir un éxito para alardear de su gestión del I.T.S.

—Tendrá usted cuidado allá, ¿verdad, muchacho? —Calumny señaló con un dedo la compuerta. Dennis se preguntó si el hombre entendía de verdad lo que pasaba.

—Sí, señor. Lo tendré.

—Bien. ¡Queremos que regrese sano y salvo!

Dennis asintió amablemente, traduciendo de modo automático las observaciones del político del idioma ejecutivo al inglés. *Quiere decir que si no vuelvo habrá un montón de papeleo desagradable.*

—Lo prometo, señor.

—Excelente. ¿Sabe?, los jóvenes brillantes como usted son difíciles de encontrar hoy en día.

(En realidad, no valéis un pimiento, pero vas a ayudar a mi amigo a salir de un lío.)

—Sí, señor —convino Dennis otra vez.

—Andamos realmente escasos de jóvenes arrojados y aventureros, y estoy seguro de que usted llegará lejos.

(Andamos un poco cortos de gilipollas este mes. Tal vez podamos utilizarte para unas cuantas misiones suicidas más si regresas de ésta.)

—Eso espero, señor.

Calumny dio a Dennis un democrático apretón de manos; luego se volvió a susurrarle algo a Flaster. El director señaló una puerta, y el ministro salió del laboratorio. Probablemente a lavarse las manos, pensó Dennis.

—Muy bien, doctor Nuel —dijo Flaster alegremente—, coja a su amiguito alienígena y pongámonos en marcha. Espero que regrese antes de dos horas... menos si puede controlar su inclinación a explorar. Para cuando regrese ya habremos puesto a enfriar el champán.

Dennis cogió al cerduende cuando revoloteaba en el aire tras despegar de las manos de Rich Schwall. La pequeña criatura trinaba de excitación. Después de que cargaran todas las cajas, Dennis traspuso la compuerta.

—Comenzando procedimiento de cerrado —anunció uno de los técnicos—. ¡Buena suerte, doctor Nuel!

Schwall le hizo un gesto con el pulgar hacia arriba.

Bernald Brady se adelantó para guiar la pesada puerta.

—Bien, Nuel —dijo en voz baja mientras los engranajes giraban lentamente—, lo ha comprobado todo, ¿verdad? Escrutó la máquina de arriba abajo, leyó el informe biológico, y no necesitó consultarme para nada, ¿verdad?

A Dennis no le gustó el tono de aquel tipo.

—¿Qué pretende decirme?

Brady sonrió. Hablaba tan bajo que sólo Dennis podía oírlo.

—Nunca se lo mencioné a los demás, ya que parecía absurdo. Pero es justo que se lo diga.

—¿Decirme qué?

—Oh, podría no ser nada, Nuel. O tal vez ser algo bastante insólito... ¡como la posibilidad de que ese mundo anómalo tenga un conjunto de leyes físicas diferente al de la Tierra!

La compuerta estaba ya medio cerrada. El reloj estaba en marcha.

Aquello era ridículo. Dennis no iba a dejar que Brady se quedara con él.

—Venga ya, Bernie —dijo con una carcajada—. No creo ni una palabra de sus monsergas.

—¿No? ¿Recuerda esas brumas púrpura que descubrió el año pasado donde la gravedad repelía?

—Eso era completamente diferente. Ninguna diferencia de importancia en las leyes físicas podría ponerme en peligro en el mundo de Duen, no cuando la biología es tan compatible.

»Pero si hay algo de *menor* importancia de lo que no me ha hablado —continuó Dennis, avanzando—, será mejor que lo escupa ahora o juro que...

Extrañamente, el antagonismo de Brady pareció disminuir en favor de un asombro aparentemente genuino.

—No sé lo que es, Nuel. Tiene que ver con los instrumentos que enviamos. ¡Su grado de eficacia parecía cambiar a medida que pasaban tiempo allí! Era casi como si una de las leyes de la termodinámica fuera sutilmente diferente.

Demasiado tarde, Dennis se dio cuenta de que Brady no estaba sólo irritándolo. Había descubierto algo que lo dejaba perplejo de veras. Pero a estas alturas la compuerta ya casi se había cerrado por completo.

—¿Qué ley, Brady? ¡Maldición, detenga este proceso hasta que me lo diga! ¿Qué ley?

A través de la pequeña rendija que quedaba, Brady susurró:

—Adivínelo.

Con un suspiro, los sellos encajaron en su sitio y la compuerta se cerró herméticamente.

En el laboratorio de zievatrónica, el doctor Marcel Flaster observó a Brady volverse ante la compuerta cerrada de la máquina de anomalías.

—¿Qué pasaba?

Brady se le quedó mirando. Flaster habría jurado que el tipo estaba más pálido que de costumbre.

—Oh, nada. Estábamos hablando para pasar el tiempo hasta que se cerrara la compuerta.

Flaster frunció el ceño.

—Bien, espero que no haya sorpresas en esta última etapa. Cuento con que Nuel tenga éxito. Necesito enormemente Flasteria ahora que parece que se confirma mi ascenso para el mes que viene.

—Tal vez consiga arreglarlo. —Brady se encogió de hombros.

Flaster se echó a reír.

—Cierto. Por lo que he visto por aquí, está seguro de tener éxito. En los últimos días, ha hecho hervir este lugar.

¡Tendría que haber recuperado a ese muchacho para este laboratorio hace meses!

Brady se encogió de hombros.

—Tal vez Nuel tenga éxito. O tal vez no.

Flaster sonrió ladino.

—Ah, bueno. Si fracasa, tendremos que enviar a otra persona, ¿no?

Brady tragó saliva y asintió. Vio cómo el director del laboratorio se daba la vuelta y se marchaba.

Me pregunto si he hecho lo adecuado, pensó Brady, *al dar a Nuel los módulos equivocados para arreglar el mecanismo de regreso.*

Oh, se dará cuenta tarde o temprano y los arreglará. Todo lo que tiene que hacer es poner los chips adecuados en su sitio. Hice que pareciera un error de fábrica para que nunca lo relacione conmigo... aunque probablemente sospechará.

Para cuando arregle los módulos, habré tenido tiempo de trabajarme a Flaster. ¡ Y Nuel no valdrá tanto cuando el retraso se prolongue semanas, sea cual fuere su excusa!

Brady se sentía un poco culpable por el asunto. Era una pequeña putada. Pero según todos los indicios Flasteria era un lugar bastante tranquilo. Los robots no habían visto animales grandes, y de todas formas Nuel siempre estaba hablando de lo magnífico que había sido como boy *scout.* ¡Que acampara en el monte durante una temporada, entonces!

Tal vez incluso descubriría también qué les había estado sucediendo a los robots... esa extraña alteración en sus perfiles de eficacia.

Oh, Nuel regresaría hecho una furia, desde luego. Pero para entonces Brady habría tenido una oportunidad de recuperar el favor del director. Ya sabía qué teclas había que pulsar.

Brady miró su reloj.

Gabriella había quedado con él para almorzar, y no quería llegar tarde.

Se enderezó la corbata y salió rápidamente del laboratorio. Pronto estuvo silbando.

5

—*¿Qué ley?* Hijo de... —Dennis golpeó la puerta.

Se detuvo. Era inútil. La sonda de envío se había activado ya. Se encontraba ya en el mundo anómalo, ya en...

Dennis miró la puerta cerrada. Palpó a sus espaldas y se sentó pesadamente sobre una de las cajas. ¡Entonces, mientras se hacía cargo de su situación, se encontró de pronto echándose a reír! No podía parar. Sus ojos se llenaron de lágrimas mientras se entregaba a la jubilosa sensación.

Nadie había estado jamás tan aislado como él, lanzado de la Tierra a un mundo lejano.

La gente podía leer sobre aventuras en lugares remotos, pero la verdad era que la mayoría, al primer atisbo de algo *verdaderamente* peligroso, cavaba un hoyo y llamaba a su mamá.

Como reacción inicial, pues, la risa no estaba mal. Al menos después se sintió más relajado.

Desde una caja cercana, el cerduende observaba, aparentemente fascinado.

Voy a tener que inventar un nuevo nombre para este lugar, pensó Dennis mientras se frotaba los ojos. *Flasteria no le viene bien.*

La crisis inicial de aislamiento había pasado. Pudo mirar a su izquierda, hacía la otra puerta, la única que ahora se abriría... a otro mundo.

Lo dicho por Brady sobre un «conjunto distinto de leyes. físicas» seguía molestando a Dennis. Brady probablemente había intentado burlarse de él. Aunque dijera la verdad, tendría que ser algo muy sutil, ya que los procesos biológicos eran tan compatibles en ambos mundos.

Dennis recordó una historia de ciencia ficción que había leído una vez en la que con un diminuto cambio de la conductividad eléctrica se producía un aumento diez veces superior de la inteligencia humana. ¿Podría ser algo parecido?

Suspiró. No se sentía más listo. El hecho de que no pudiera recordar el título de la historia refutaba en cierta medida esa posibilidad.

El cerduende se lanzó desde su asidero y aterrizó en su regazo tras un breve planeo. Ronroneó, mirándole con sus ojos esmeralda.

—Ahora yo soy el alienígena —dijo Dennis. Cogió al pequeño nativo—. ¿Qué lo parece, Duen? ¿Soy bien venido? ¿Quieres mostrarme tu hogar?

Duen trinó. Parecía ansioso por ponerse en marcha.

—Muy bien —dijo Dennis—. Vamos.

Se ató el cinturón de herramientas, con la pistola de agujas a un lado. Luego, tras adoptar una adecuada pose de explorador, tiró de la palanca que abría la lejana puerta. Hubo un siseo al igualarse la presión y los oídos le zumbaron brevemente. Entonces la compuerta se abrió para dejar entrar la luz de otro mundo.

II

COGITO, ERGO TUTTI FRUTI

1

La compuerta se hallaba en una suave loma de hierba seca y amarilla. El prado se extendía hasta un riachuelo verde, situado a medio kilómetro de distancia. Más allá, filas de largas y estrechas colinas se alzaban hacia las montañas coronadas de blanco. Manojos de amarillo salpicaban de forma irregular alfombras de diversos tonos de verde.

Árboles.

Sí, parecían árboles de verdad, y el cielo era azul. Cirros blancos se entrelazaban en la cúpula celeste.

Durante un largo instante todo estuvo extraño, sobrenaturalmente silencioso. Dennis cayó en la cuenta de que había estado conteniendo la respiración desde la apertura de la puerta. Eso hizo que se sintiera mareado.

Al inhalar, saboreó el aire límpido y fresco. La brisa trajo sonidos del roce de la hierba y el crujir de las ramas. También trajo olores... el inconfundible aroma de la clorofila y el humus, de la hierba seca y de algo que parecía roble.

Dennis permaneció en el umbral de la compuerta y contempló los árboles. Desde luego, parecían robles. El paisaje le recordaba el norte de California.

¿Podía ser este lugar la Tierra?, se preguntó. ¿Les había gastado otra mala pasada el efecto ziev y les había proporcionado teletransportación en vez de un impulso interestelar?

Sería divertido hacer autostop hasta una cabina de teléfonos y llamar a Flaster con la noticia. A cobro revertido, por supuesto.

Dennis sintió una brusca puñalada cuando unas garras diminutas se clavaron en su hombro. Las alas membranosas del cerduende se abrieron con un sonido parecido a un disparo y la criatura revoloteó sobre el prado, hacia el grupito de árboles.

—¡Eh... Duen! ¿Dónde vas a ... ?

A Dennis se le ahogó la voz en la garganta cuando se dio cuenta de que aquello no podía ser la Tierra. Duen procedía de allí.

Empezó a advertir pequeños detalles: la forma de las hojas de hierba, una enorme planta parecida a un helecho junto al río, una curiosa sensación en el aire.

Dennis se aseguró de que la funda de su arma estuviera abierta y las perneras de sus pantalones bien cubiertas por sus botas. La hierba seca crujió bajo sus pies cuando echó a andar. Diminutos insectos zumbones llenaban el aire.

—¡Duen! —llamó, pero la pequeña criatura se había perdido de vista.

Dennis se movió cautelosamente, todos los sentidos alerta. Suponía que los primeros momentos en un mundo alienígena podían ser los más peligrosos.

Tratando de contemplar el cielo, el bosque y los insectos cercanos a la vez, ni siquiera advirtió el pequeño robot achaparrado hasta que tropezó con él y cayó de bruces al suelo.

Dennis rodó instintivamente hasta agazaparse, el arma en la mano, el pulso redoblando en sus oídos.

Suspiró al reconocer al pequeño robot explorador del Tecnológico Sahariano.

Las cámaras del robot lo siguieron con un zumbido apenas perceptible. Su torreta de observación giro lentamente. Dennis bajó la pistola de agujas.

—Ven aquí —ordenó.

El robot pareció considerar la orden por un momento. Luego se acercó caminando sobre sus patas de araña hasta detenerse a un metro de distancia.

—¿Qué tienes ahí? —señaló Dennis.

El robot sostenía algo en una de sus tenazas manipuladoras. Era un trozo de metal brillante, con una pinza en un extremo.

—¿No es una pieza de otro robot? —preguntó Dennis, esperando estar equivocado.

Comparado con algunas de las máquinas sofisticadas con las que Dennis había trabajado, el robot de exploración no era muy inteligente. Pero comprendía un vocabulario básico. Una luz verde destelló en su torreta, en señal de asentimiento.

—¿De dónde la has sacado?

La pequeña máquina se detuvo, luego giró y señaló con uno de sus otros brazos.

Dennis se incorporó y miró, pero no vio nada en esa dirección. Se movió cautelosamente por entre la alta hierba hasta que por fin llegó a una zona plana parcialmente oculta por los matorrales. Entonces se detuvo y echó un vistazo.

El claro parecía una tienda al aire libre, un taller de reparaciones a lo Grizzly Adams, un rústico basurero electrónico.

Uno... no, dos robots del I.T.S. habían sido desmontados torpemente; sus componentes yacían en filas ordenadas entre los manojos de hierba, aparentemente clasificados según su forma y tamaño.

Dennis se arrodilló y recogió una torreta cámara. La habían sacado de su sitio, y las piezas habían sido depositadas sobre el suelo, como mercancía para la venta.

El lodo pisoteado estaba cubierto de trozos de paja, alambre y cristal. Dennis miró con más atención. Aquí y allá, mezcladas entre las huellas y las piezas rotas de maquinaria plástica, había leves pero inconfundibles pisadas.

Dennis contempló las ordenadas filas de tornillos, tuercas, y tableros de circuitos, las leves marcas en el barro, y lo único que se le ocurrió fue un epitafio que había leído una vez en un cementerio de Nueva Inglaterra.

Sabía que esto tenía que pasar algún día.

Dennis siempre había sentido que estaba de algún modo destinado a encontrar algo verdaderamente inusitado durante su vida. Bueno, pues aquí lo tenía: pruebas tangibles de una inteligencia alienígena.

La confortable *Gestalt* terrícola acabó de evaporarse a su alrededor. Miró la «hierba» y vio que no se parecía a hierba ninguna que hubiera visto jamás. La fila de árboles era ahora un bosque oscuro y desconocido lleno de fuerzas malignas. Dennis sintió un cosquilleo en el cuello.

Un sonido chasqueante le hizo volverse, con la pistola de agujas en la mano. Pero era tan sólo el robot superviviente de nuevo, que hurgaba entre las piezas de sus compañeros desmontados.

Dennis recogió un tablero electrónico del suelo. Había sido arrancado a la fuerza de su sitio. Podría haber sido separado fácilmente tan sólo haciéndolo girar un poco, pero habían tirado de él, como si la entidad que hizo la disección nunca hubiera oído hablar de tornillos o tuercas.

¿Era entonces obra de seres primitivos? ¿O de alguien de una raza tan avanzada que había olvidado cosas tan sencillas como un tornillo?

Una cosa era segura. El ser o seres responsables no tenían mucha consideración con las propiedades de otra gente.

Los robots eran de plástico en su mayor parte. Advirtió que la mayoría de las piezas de metal más grandes parecían faltar por completo.

Dennis tuvo de repente una idea muy desagradable.

—Oh, no —murmuró—. ¡Por favor, que no sea así!

Se levantó con una sensación de oscura amenaza en la boca del estómago.

Dennis regresó a la compuerta. La rodeó y se detuvo de repente. Dejó escapar un gemido.

El panel de acceso al mecanismo de regreso del zievatrón estaba entreabierto. La caja electrónica estaba vacía; sus delicados componentes yacían en el suelo, como piezas de exposición en un estante. La mayoría estaban claramente rotas sin posibilidad de reparación.

Con una elocuencia nacida de la ironía, Dennis dijo simplemente « ¡Jo! » y se desplomó contra la pared de la compuerta.

Otro epigrama flotó en la desesperación que parecía llenar su cerebro; algo que un amigo le había dicho una vez sobre la fenomenología de la vida: *Pienso, luego grito.*

2

El robot «trinó» y repitió la secuencia otra vez. Dennis se concentró en las imágenes de hacía tres días, mostradas en la diminuta videopantalla de la máquina. Allí estaba sucediendo algo muy extraño.

La pequeña pantalla mostraba formas que parecían difusas figuras humanoides moviéndose alrededor de la compuerta del zievatrón. Los seres caminaban sobre dos patas y parecían acompañados por al menos dos clases de cuadrúpedos. Aparte de eso, Dennis apenas pudo distinguir detalle alguno en la ampliación.

El milagro era que pudiera ver algo. Según su inerte grabador, el robot se hallaba en un risco lejano, a varios kilómetros de distancia, cuando detectó actividad junto a la compuerta y regresó para fotografiar las formas reunidas alrededor del portal del zievatrón. A esa distancia, el robot no debería haber podido ver nada. Dennis sospechaba que algo iba mal en el rastreador interno del robot. Debía de haberse encontrado más cerca de lo que creía.

Por desgracia, aquella grabación era su única fuente de información. Los registros de los otros robots se habían estropeado cuando fueron desmontados de forma tan ruda.

Repasó el registro del robot hasta un punto situado unos tres días antes, cuando todo parecía haber empezado.

Primero llegó a la compuerta una pequeña figura de blanco. Cabalgaba a lomos de algo que parecía un pony, o un perro pastor muy grande. Dennis no podía decidir qué símil era más apropiado. Lo único que podía distinguir del humanoide era su delgadez y que se movía graciosamente mientras inspeccionaba el zievatrón desde todos los ángulos, sin apenas tocarlo.

La figura de blanco se sentó ante la compuerta y pareció iniciar un largo periodo de meditación. Transcurrieron varias horas. Dennis pasó la grabación a alta velocidad.

De repente, del borde del bosque, salió una tropa de nativos que cargaron hacia la compuerta montados sobre sus bestias peludas. A pesar de lo borroso de la imagen, Dennis pudo notar el pánico del primer intruso cuando éste se puso en pie, montó rápidamente y se largó, apenas a unos metros de sus perseguidores.

Dennis no vio más a la figura de blanco. Pero cuando un destacamento de los recién llegados fue en su persecución, el resto se detuvo junto a la compuerta.

La mayoría de estos humanoides parecía tener una gran cabeza peluda, erguida sobre los hombros. Entre ellos desmontó un bípedo más pequeño y orondo vestido de rojo, que se acercó decididamente a la compuerta.

Por mucho que lo intentara, Dennis no podía conseguir que las imágenes fueran más nítidas.

A estas alturas, el robot al parecer había decidido que toda esta actividad merecía atención más de cerca. Empezó a descender la colina para regresar a la base y echar un vistazo. Al cabo de un momento estaba por debajo del nivel de los árboles y la acción en el zievatrón se perdió de vista.

Por desgracia (o quizá por fortuna) el pequeño robot se movía despacio por el terreno irregular. Para cuando reapareció las criaturas ya habían terminado su disección de las máquinas terrestres y se habían marchado.

Quizá tenían prisa para ayudar a perseguir a la figura de blanco.

Dennis dejó que la grabación se apagara sola. Suspiró, lleno de frustración.

Había sido tentador, al contemplar aquellas formas borrosas, interpretarlas como humanas. Sin embargo, sabía que lo mejor era no abordar nada con ideas preconcebidas. Tenían que ser criaturas alienígenas, más relacionadas con el cerduende que con él mismo.

Sacó el disco de grabación del robot y lo sustituyó por uno en blanco.

—Vas a tener que ser mi explorador —dijo en voz alta ante el pequeño robot—. Supongo que querré que vayas por delante para averiguar por mí cómo son los habitantes de este mundo. Sólo que esta vez quiero que sitúes en máxima prioridad el sigilo y lo propia supervivencia. ¿Me oyes? ¡No quiero que te hagan trizas como a tus hermanos!

La lucecita verde de asentimiento sobre la torreta de la sonda se iluminó. Por supuesto, el robot no podía haber entendido todo eso. Dennis casi hablaba para sí, por concentrar sus propios pensamientos. Tendría que dar las instrucciones con cuidadosas frases en inglés robótico más tarde, cuando hubiera decidido exactamente lo que quería que hiciera la pequeña máquina.

Se enfrentaba a un problema real, y seguía sin estar seguro de qué podía hacer al respecto.

Cierto, Brady le había proporcionado «casi suficiente material para construir otro maldito zievatrón». Pero eso era otro asunto. ¡Nadie había imaginado que necesitaría llevar *cables* de repuesto, por el amor de Dios! Los dos hilos de cobre de alto voltaje habían sido arrancados de raíz, junto con la mayor parte del metal extraíble de la caja electrónica.

Aunque intentara construir y calibrar otro mecanismo de regreso, ¿mantendría Flaster el zievatrón conectado el tiempo suficiente para dejarle terminar? A Dennis le parecía comprender muy bien al jefe del I.T.S. El tipo ansiaba un éxito que asegurara sus ambiciones. ¡Dennis incluso podría ser declarado perdido para que el Laboratorio Uno se pusiera a trabajar en busca de otro mundo anómalo!

Y aunque intentara volver a montar el aparato, ¿lo dejarían en paz los nativos el tiempo suficiente para acabarlo?

Dennis recogió el único artefacto alienígena que había encontrado: un afilado cuchillo de hoja curva que uno de los vándalos había perdido en la hierba y al parecer había dejado olvidado.

La larga hoja pulida tenía el suave filo de una cuchilla, aunque era casi tan flexible como la goma dura. El mango estaba diseñado para una mano más pequeña que la suya, pero obviamente eso era para que resultara cómodo y proporcionara un agarre firme.

El mango estaba tallado con lo que parecía ser la forma de una cabeza de dragón. Dennis esperó que no fuera ése el aspecto de los nativos.

No podía distinguir de qué estaba hecho. Era dudoso que pudiera fabricarse un cuchillo mejor en la Tierra. Aquello parecía desmentir la idea de que los nativos eran primitivos.

Tal vez los vándalos eran el equivalente local de criminales o niños descuidados. (¿Podía ser la caza que había observado algún tipo de *juego;* como el escondite?)

Lo que había sucedido allí podría ser atípico de su sociedad como conjunto. Dennis trató de ser optimista. Lo único que en realidad necesitaba era un poco de metal y un par de días en un buen taller para arreglar y calibrar algunas de las partes estropeadas más grandes. El cuchillo parecía indicar que los nativos tenían tecnología suficientemente avanzada.

Puede que incluso conocieran muchas cosas que ignoraban los hombres de la Tierra. Trató de ser optimista, a imaginó que era el primer terrestre en entablar contacto amistoso con una cultura extraterrestre avanzada.

—Puede que incluso pueda cambiar mi reloj-cortaúñas por un auténtico *gompwristzt o* un *K'k'kglamtring* —murmuró—. ¡Podría hacerme rico en un santiamén!... El embajador Nuel. ¡El empresario Nuel!

Su moral se animó un poco. ¿Quién podía decirlo?

El sol se ponía en una dirección que Dennis decidió llamar oeste. Una alta cordillera de montañas cubría ese horizonte, extendiéndose hacia el sur y luego hacia el este alrededor de aquel valle elevado. La luz del sol destellaba en numerosos glaciares pequeños. Se veían los reflejos brillantes de un río que serpenteaba entre las montañas del sureste.

Dennis contempló los reflejos del río lejano. La belleza de aquel crepúsculo alienígena apagó parte del resquemor que sentía por hallarse aislado en un mundo extraño.

Entonces frunció el ceño.

Había algo extraño en la forma en que el río serpenteaba entre las montañas. Parecía alzarse y caer.. alzarse y caer..

No es un río, comprendió por fin.

Es una carretera.

3

Nada podía hacer comprender mejor lo tangible de un mundo que tratar de excavar un agujero en él. Ejercicio, el chasquido del metal contra la tierra, el olor a sudor y el polvo reseco de los nidos de insecto abandonados; todo aquello verificaba la realidad del lugar como ninguna otra cosa pudiera hacerlo.

Dennis se apoyó en su pala y se secó el sudor. El trabajo duro había roto su aturdida reacción a las sorpresas del día pasado. Era bueno ponerse en acción, hacer algo respecto a su situación.

Dispersó arena sobre el montón plano, la aplastó, y luego cubrió el promontorio como un poco de hierba.

No podía llevar consigo en aquel viaje la mayor parte de sus suministros. Pero meterlos tras la compuerta tampoco serviría. Dejar aunque fuera un gramo dentro impediría a la gente del Laboratorio Uno enviar a nadie más.

Había usado cinta aislante para escribir un mensaje en la compuerta, diciendo dónde estaba enterrado, junto con el equipo, un informe detallado.

De todas formas, si conocía a Flaster y Brady, se tomarían su tiempo antes de decidir enviar otra misión. Realista, Dennis sabía que si alguien iba a arreglar el mecanismo de regreso sería el mismo. No podía permitirse más patinazos.

Ya había cometido un gran error. Aquella mañana, cuando abrió la compuerta y salió al brumoso amanecer, descubrió que el robot había desaparecido. Tras una hora de preocupada búsqueda, comprendió que se había marchado durante la noche. Encontró sus huellas en dirección este.

Debía de haber partido tras la pista de los humanoides, al parecer para averiguar cuanto fuera posible sobre ellos, fiel a sus instrucciones.

Dennis se maldijo por haber pensado en voz alta en presencia del robot el día anterior. Pero sinceramente, ¿quién iba a esperar que la máquina aceptara órdenes que no estuvieran en un primoroso inglés robótico?¡Tendría que haber rechazado las órdenes como demasiado flexibles a inconcretas! Ni siquiera le había dado al robot un límite de tiempo. ¡Probablemente estaría fuera hasta llenar sus cintas!

El robot debía de tener un cable suelto en alguna parte. Brady no bromeaba cuando dijo que algo sucedía con las máquinas que habían enviado allí.

Dennis ya había perdido dos compañeros desde su llegada a aquel mundo. Se preguntó qué habría sido del cerduende.

Probablemente había vuelto a su propio elemento, contento de haber perdido de vista a los locos alienígenas que lo habían capturado.

Mientras el sol blanquidorado se alzaba por encima de los árboles del este, Dennis se preparó para marchar. Tendría que hacerlo solo.

Tuvo que anudar las correas de su mochila para impedir que resbalaran. Al parecer, Brady había comprado el equipo más barato posible. Dennis murmuró algo sobre la probable parentela de su rival mientras se cargaba la mochila y se dirigió hacia el sur, hacia la carretera que había visto el día anterior.

4

Dennis caminó por estrechos senderos, siempre al acecho de posibles peligros. Pero el bosque era tranquilo. A pesar de los sonidos chirriantes de su molesta mochila, pronto disfrutó del sol y el aire fresco. Se guió lo mejor que pudo con la brújula barata que le había proporcionado Brady. Cuando se detenía junto a la ribera de los riachuelos apuntaba en una libreta las formas en que aquel mundo difería de casa. Hasta ahora la lista era breve.

Esta vegetación era muy parecida a la terrestre. Por ejemplo, el árbol predominante en esa zona parecía ser el haya.

Podía ser un signo de evolución paralela. O el zievatrón se abría a versiones alternativas de la propia Tierra. Dennis sabía tanto del efecto ziev como cualquiera allá en casa. Pero admitía que no era mucho. Se trataba de un campo muy nuevo.

Siguió recordándose avanzar con cautela. Con todo, a medida que el bosque se hacía más familiar, se encontró pasando el tiempo jugando mentalmente con las ecuaciones anómalas, tratando de encontrar alguna explicación.

Los animales del bosque, a cubierto, observaban recelosos cómo el preocupado terrestre recorría sus estrechos senderos a medida que avanzaba la mañana.

Cuando finalmente cayó la tarde, Dennis acampó bajo los árboles, junto a un arroyuelo. Como no quería encender una hoguera, se las apañó con el hornillo de gas barato que Brady le había proporcionado. Una débil llama chisporroteó al cobrar vida y pudo prepararse una ración tibia de estofado congelado.

Tendría que empezar a cazar pronto, se dijo. A pesar del informe bioquímico favorable, Dennis seguía sintiéndose incómodo con la idea de matar criaturas autóctonas. ¿Y si los «conejos» eran filósofos? ¿Podía estar seguro de que cualquier cosa a la que le disparara no fuera inteligente?

Cuando acabó la comida tibia, Dennis activó su alarma de campamento. No era mayor que una baraja de cartas, con una pequeña pantalla y una diminuta antena giratoria. Tuvo que darle varios golpecitos para ponerla en marcha.

Al parecer, Brady volvía a ahorrar dinero para el Tecnológico Sahariano.

—Puede que me dé una alarma de dos segundos si algo del tamaño de un elefante viene a fisgonear en mi mochila —suspiró Dennis.

Con la pistola de agujas a su lado, se tumbó en el saco de dormir y contempló por las aberturas entre las ramas cómo salían las constelaciones. Las configuraciones eran completamente extrañas.

Eso acababa con la teoría de la Tierra paralela de una vez por todas. Dennis borró tres líneas de ecuaciones de su pizarra mental.

Mientras esperaba a que llegara el sueño, contempló el cielo y dió nombre a las constelaciones.

Hacia las montañas del sur, Alfresco el Poderoso luchaba con la gran serpiente, Estetoscopio. Los penetrantes ojos del héroe brillaban de forma desigual: uno rojo y parpadeante, el otro verde brillante y firme. El ojo verde podía ser un planeta, decidió Dennis. Si se movía a lo largo de las noches siguientes, le daría nombre propio.

Sobre Alfresco y Estetoscopio, el Coro de Doce Vírgenes acompañaba a Cosell el Locuaz, que entonaba una monótona descripción de la poderosa lucha de Alfresco. No importaba que los combatientes no se hubieran movido en milenios. El locutor encontraba con qué llenar el tiempo.

Encima, el Robot avanzaba, pequeño a imperturbable, hacia una autopista compuesta de miles de millones de números diminutos, persiguiendo al Hombre de Hierba... el Alienígena.

Dennis se agitó. Quiso mirar el destino que perseguía tan tenazmente el Hombre de Hierba. Quiso volver la cabeza. Pero finalmente comprendió, con la complacencia que viene con los sueños, que llevaba dormido algún tiempo.

5

Llegó a la carretera a últimas horas de la tarde del cuarto día.

Su diario rebosaba de notas sobre todo, desde árboles hasta insectos, de las formaciones rocosas a las variedades locales de aves y serpientes. Incluso había intentado tirar rocas desde un acantilado para cronometrar su caída y medir la fuerza de la gravedad. Todo parecía apoyar la idea de que aquel lugar no era la Tierra pero se le asemejaba muchísimo.

Aproximadamente la mitad de los animales parecía tener primos cercanos en casa. La otra mitad no se parecía a nada que él hubiera visto.

Dennis sentía que ya se estaba convirtiendo en un explorador experto como Darwin o Wallace o Goodall. Y lo mejor de todo: las botas empezaban a resultarle cómodas.

Las había odiado al principio. Pero después de las dolorosas ampollas iniciales, le parecieron más cómodas a cada día que pasaba. El resto de su equipo todavía le causaba molestias, pero se acostumbraba gradualmente.

La alarma de campamento seguía despertándolo varias veces cada noche, pero empezaba a cogerle el tranquillo a sus diminutos controles. Ya no saltaba cada vez que una hoja atravesaba volando su campamento.

La noche anterior, sin embargo, se despertó de golpe para ver a una tropa de cuadrúpedos de cascos peludos bordeando su campamento. Se quedaron mirando el haz de su linterna mientras su corazón redoblaba. Luego se marcharon.

Pensándolo bien, parecían bastante inofensivos, ¿pero por qué no le había despertado la alarma?

Las preocupaciones de Dennis por el equipo se borraron de su mente mientras recorría ansiosamente la última pendiente de grava hasta la autopista. Soltó la mochila y se acercó a arrodillarse junto a la curva.

Era una carretera extraña, apenas lo bastante ancha para que pasara un vehículo terrestre. Irregular y retorcida, seguía los contornos del terreno en vez de cortar a través de él, como habría hecho una carretera en la Tierra. Y sus bordes eran también irregulares, como si nadie se hubiera molestado en recortarlos cuando se depositó la capa.

El brillante pavimento era suave y a la vez duro. Dennis lo rozó y caminó unos pasos. Trató de arañarlo con una hebilla de metal y le echó agua de la cantimplora. Parecía a prueba de roces y de agua, y ofrecía un firme agarre.

Dos estrechos arroyuelos (separados por una distancia de exactamente uno coma cuarenta y dos metros) corrían por su centro, siguiendo cada giro y cada vuelta. Dennis se arrodilló para mirar de cerca uno de los diminutos canales; su sección transversal era un semicírculo casi perfecto y la superficie interior tan suave al tacto que resultaba casi resbaladiza.

Dennis se sentó en un promontorio cercano, silbando suavemente para sí.

Esta carretera era algo muy avanzado. Dudaba que una superficie como aquélla pudiera construirse en la Tierra.

¿Pero por qué los bordes irregulares? ¿Por qué los arroyuelos, o el sendero retorcido a ineficaz?

Era intrigante, como la manera ilógica en que habían sido destrozados los robots y el mecanismo de regreso. Los habitantes del lugar parecían pensar de forma distinta a los hombres.

En la compuerta, Dennis había descubierto que habían arrancando casi todo el metal del zievatrón. Creyó que eso podía significar que había llegado a un mundo pobre en metales. Pero en los últimos días había visto al menos tres zonas donde eran claramente visibles yacimientos de hierro y cobre.

Era un misterio.

Y sólo había una forma de averiguar más.

Al oeste, la carretera ascendía aún más entre las montañas. Al este, parecía descender hasta un ancho lecho de agua. Dennis recogió su mochila y siguió por la carretera, apartándose del sol de la tarde, dirigiéndose hacia lo que esperaba que fuera la civilización.

6

No era fácil acostumbrarse a la idea, pero Dennis estaba llegando a la conclusión de que había juzgado mal a Bernald Brady.

La noche después de encontrar la carretera, Dennis flexionó sobre el tema mientras removía una lata de sopa sobre el hornillo. Quizás había sido injusto al juzgar al I.T.S. Durante sus primeros días en este nuevo mundo, se había quejado continuamente de la calidad de su equipo, haciendo responsable a Brady de sus ampollas, sus hombros doloridos y sus comidas tibias. Pero esos problemas habían desaparecido progresivamente. Obviamente, había necesitado tiempo para adaptarse. Brady y el equipo habían sido quizá tan sólo un conveniente conjunto de chivos expiatorios para su miseria inicial.

Ahora que al parecer le había cogido el truco, el pequeño hornillo funcionaba de maravilla. Su primera lata de combustible se había agotado en un día. Pero la segunda había durado mucho más y calentó mejor su comida. Lo único que hacía falta al parecer era un poco de práctica.

Eso, confesó con un poco de inmodestia, y cierta aptitud mecánica.

Mientras la sopa se calentaba, Dennis examinó la pequeña alarma de campamento con nuevo respeto. Había tardado días, pero por fin descubrió que los colores de las lucecitas en su pantalla se correspondían burdamente con la cualidad carnívora de las criaturas cercanas. La correlación quedó clara cuando vio un par de criaturas parecidas a zorros acechando un grupito de aves y vio sus contrapartidas en la pantalla. Tal vez tuviera relación con la temperatura corporal, pero de algún modo la alarma había distinguido claramente los dos grupos con puntos rojos y amarillos en la pantalla.

A Dennis le molestaba un poco haber tardado tanto tiempo en darse cuenta. Tal vez había pasado demasiado tiempo de viaje jugando mentalmente con sus ecuaciones.

De todas formas, el viaje acabaría pronto. Durante todo el día había pasado ante signos de explotación en las colinas cercanas. Y la carretera se había ensanchado un poco. Sabía que pronto, tal vez al día siguiente, encontraría a las criaturas que gobernaban aquel mundo.

La alarma de campamento zumbaba en sus manos, y su pequeña antena giró de pronto para apuntar al oeste. La pálida pantalla cobró vida y una alarma avisó suavemente.

Dennis desconectó el sonido y extendió la mano para sacar la pistola de agujas de su funda. Apagó el hornillo. Cuando su débil suspiro se consumió, Dennis sólo pudo oír el viento suave entre las ramas.

El bosque nocturno era un denso laberinto de sombras. Sólo unas cuantas estrellas parpadeaban en las alturas a través de las nubes.

Un pequeño grupo de puntitos apareció en la esquina inferior izquierda de la pantalla de la alarma. Formaban una banda serpenteante que avanzaba hacia el centro de la pantalla.

Finalmente oyó leves crujidos, y suaves bufidos en la distancia.

Los puntos de la pantalla se dividieron en colores. Más de una docena de grandes puntos amarillos avanzaba en procesión, al parecer siguiendo la carretera.

Amarillo era el color que había aprendido a aplicar a los herbívoros. Intercalados entre los puntos amarillos, un gran número de puntos brillaba en rosa, a incluso en rojo fuerte. Y en el centro de la procesión había dos pequeñas luces verdes. Dennis no tenía ni idea de lo que significaban.

A cierta distancia de la procesión, seguía otro pequeño punto verde.

Su campamento estaba un poco apartado de la carretera, colina arriba. Dejó a un lado la alarma y bajó cuidadosamente la pendiente. La noche parecía amplificar el chasquido de cada ramita mientras trataba de moverse en silencio hasta un punto de observación más favorable.

Tras una breve espera, un brillo leve apareció a su izquierda. Se intensificó, y después se convirtió en una dolorosa y taladrante luz blanca que se colaba entre los árboles situados junto a la carretera.

¡Faros! Dennis parpadeó. «Bueno, ¿por qué me sorprende? ¿Pensaba que los fabricantes de una carretera como ésta no podrían iluminarla?»

Oculto por los matorrales, contempló de nuevo el brillante haz. Vagas figuras marchaban tras él, bípedas, moviendo los brazos.

La procesión pasó ante su escondite. Dennis oyó los graves bufidos de las bestias. Cubriéndose los ojos, distinguió gigantes cuadrúpedos que tiraban de enormes vehículos que se deslizaban sin sonido por la carretera. Cada vehículo enviaba un brillante rayo a la oscuridad.

Tras cada uno de ellos venía una formación de bípedos. Dennis entrevió gruesos ropajes con capucha y lo que parecían ser armas afiladas y centelleantes, sostenidas en alto.

Pero cada vez que su visión nocturna empezaba a normalizarse, otro gigantesco trineo doblaba la esquina por el oeste, su brillante rayo lo envolvía y lo hacía aplastarse de nuevo contra el suelo. ¡Resultaba frustrante, pero no parecía haber ninguna manera de conseguir ver mejor!

Pasaron más figuras bamboleantes y encapuchadas, luego más cuadrúpedos, tirando de las enormes y silenciosas carretas. Dennis trató de dilucidar cómo se movían. Ni oía ni veía ninguna rueda. Sin embargo, los *hovercraft* producirían estallidos de aire comprimido, ¿no?

¿Antigravedad? Ninguna otra cosa parecía encajar. Pero si era así, ¿por qué el use de tracción animal?

¿Podía tratarse de descendientes de alguna civilización caída que reemprendía el comercio con rudos fragmentos de la tecnología de sus antepasados? Eso parecía encajar con lo que observaba.

La idea de la antigravedad le excitaba. ¿Podría ser ésa la diferencia en las leyes físicas que había mencionado Brady durante aquellos últimos momentos en la Tierra?

Una última tropa de «guerreros» encapuchados pasó por debajo de él. Iban cabalgando. Sus monturas meneaban las tupidas crines y resoplaban, y le parecían tanto pequeños ponis velludos que Dennis desconfió de su observación. Sería demasiado tentador interpretar lo que veía en términos terrestres.

Se frotó los ojos y observó. Pero sólo pudo distinguir siluetas.

Un animal entre los jinetes llevaba una figura más pequeña cubierta con una ajada capa blanca; destacaba en la penumbra más allá de los faros. Algo en su porte le dijo que se trataba de un prisionero. No llevaba armas brillantes, y sus brazos yacían inmóviles sobre el cuello del animal. La cabeza encapuchada caía hacia delante, abatida.

Mientras los jinetes pasaban por debajo, la cabeza del prisionero de blanco se alzó, y luego empezó a girar como para mirar entre los matorrales hacia el lugar donde Dennis estaba escondido. Dennis se agachó, sintiendo que la garganta se le quedaba de pronto seca.

Una de las oscuras siluetas de delante giró en su silla y tiró de una cuerda. La montura del prisionero avanzó, y el grupo terminó de pasar.

Dennis parpadeó y sacudió la cabeza para despejarla. Por un momento, en medio del resplandor y la confusión, había experimentado una extraña ilusión. Le había parecido que la capa blanca del prisionero se abría (durante un breve, atemporal instante) y la luz de las estrellas le mostraba el triste y abatido rostro de una hermosa muchacha.

7

Durante un buen rato la imagen permaneció grabada en su cerebro. Tanto, en realidad, que Dennis apenas se dio cuenta de que la procesión había terminado.

Se sentía un poco marcado. Sí, eso debía ser. Demasiada excitación le había hecho ver cosas.

Dennis contempló el último destello de la caravana remontar la lejana curva al este. Seguía sin saber nada de la tecnología y la cultura de los lugareños. Lo único que había aprendido era que los nativos compartían algunos de los menos agradables hábitos humanos... como la forma en que se trataban mutuamente.

Un momento después un murmullo diminuto llegó desde la carretera.

Dennis recordó de pronto la imagen de la pantalla de la alarma. Había otro puntito verde siguiendo la caravana. Con toda la excitación del momento, lo había olvidado.

Avanzó arrastrándose para poder ver mejor. No había luces brillantes y cegadoras. ¡Ahora sí que podría echar un buen vistazo!

Se deslizó en silencio hasta el borde de la carretera misma. Al principio no vio nada. Entonces un ruidito le hizo mirar hacia la derecha.

Un destello de cristal y plástico reflejó el leve brillo de la procesión en la distancia. Un diminuto brazo articulado se agitó a la tenue luz de las estrellas. Sobre sus silenciosos engranajes, el robot de exploración del Tecnológico Sahariano seguía la carretera alienígena hacia el este... cumpliendo las instrucciones de Dennis al pie de la letra ...

... averiguando datos sobre los nativos.

Dennis reprimió con esfuerzo un grito. *¡Máquina idiota!* Corrió hacia la carretera, tropezó con una raíz e hizo rodando el resto del camino. Se puso en pie a tiempo de ver al robot, uno de sus brazos agitándose como en gesto de despedida, remontar la curva y perderse de vista.

Dennis maldijo en voz baja, pero con toda el alma. Las cintas del robot contenían sin duda toda la información que necesitaba. Pero no podía perseguirlo o llamarlo sin atraer la atención de los guardias de la caravana.

Todavía murmuraba en voz baja, allí de pie en medio de la carretera oscura, cuando algo vivo cayó sobre su cabeza desde una rama cercana. Dennis boqueó alarmado mientras la cosa se agarraba con fuerza cubriéndole los ojos y le hacía retroceder, dando tumbos, entre los árboles.

8

—¿Cuál era la gran idea, darme un susto de muerte? —protestó Dennis roncamente—. ¡Podría haber tropezado con algo y habernos hecho daño los dos!

El objeto de su ira lo contemplaba desde una roca a unos pocos palmos de distancia, los ojos verdes brillando a la luz del hornillo del campamento.

El cerduende bostezó complacido, al parecer con la opinión de que Dennis hacía una montaña de un granito de arena.

—¡Malditos sean todos los nativos y las máquinas ! ¿Y dónde has estado estos últimos cuatro días, por cierto? Te rescato de un destino peor que el aburrimiento a manos de Bernald Brady, y a cambio todo lo que pido es un amigo que conozca el vecindario. ¿Qué ocurre? ¡Ese «amigo» se marcha y me deja solo, hasta que el aislamiento acaba por hacer que hable solo... o peor, a un cerdito volador que no puede comprender una palabra de lo que digo ... !

Dennis descubrió que las manos habían dejado de temblarle. Se sirvió una taza de sopa. Tras soplarla, murmuró mientras se calmaba lentamente:

—Estúpidos etés bromistas... malditos alienígenas...

Miró por encima de la taza al diminuto animal nativo. Había sacado la lengua. Sus ojos se encontraron con los suyos.

Dennis dejó escapar un suspiro de rendición. Sirvió más sopa en la tapa de la olla. El cerduende saltó y la lamió delicadamente, mirándolo de vez en cuando.

Cuando ambos hubieron terminado, Dennis lavó los utensilios y volvió a su saco de dormir. Recogió la alarma y la manipuló. Duen saltó a su lado y lo observó.

Dennis trató de ignorarlo pero no pudo mantener su ira por mucho tiempo, no con el animal mirándolo de esa forma, ronroneando, observando con aparente fascinación los ajustes que hacía a la delicada máquina.

Dennis se encogió de hombros y cogió en brazos a la pequeña criatura.

—¿Qué hay entre tú y las máquinas? No puedes utilizarlas. ¿Ves? —Indicó sus pequeñas zarpas—. ¡No tienes manos!

Con el hornillo apagado, la noche se aposentó en el bosque. En una pequeña isla en el silencio, Dennis pronto se encontró hablándole al cerduende de las constelaciones y todas las otras cosas que había descubierto.

Y se dio cuenta de que era bueno tener compañía, aunque fuera la de una criatura alienígena que no entendía ni una sola palabra de lo que decía.

III

NOM DE TERRE

1

Al día siguiente la carretera empezó a descender hacia un amplio valle fluvial.

Montado en el hombro de Dennis, el cerduende trinó y agarró un puñado de bayas de una rama. Mordisqueó algunas frutas, y el zumo le corrió por la barbilla. Cuando le ofreció un poco a Dennis, éste declinó amablemente la invitación.

Dennis se sentía bastante bien. Había recuperado sus antiguas habilidades como excursionista. Llevaba la mochila firmemente sujeta ahora que había descubierto los nudos adecuados. Sus botas, gastadas ya, parecían simples extensiones de sus propios pies mientras caminaba por la resistente calzada. Iba a buen paso.

Pero se daba cuenta de que el bosque terminaría pronto. Todavía se enfrentaba al problema de qué hacer cuando encontrara civilización.

¿Qué clase de criaturas serían los autóctonos? ¿Tendrían la tecnología necesaria para ayudarle a reconstruir su mitad del zievatrón?

Más importante, ¿decidirían colocar sus piezas ordenadamente, según tamaño y color, como alguien había hecho ya con el zievatrón?

Tal vez sería buena idea espiar a los nativos como primer paso.

—¡Qué indicado! —se burló Dennis—. ¡Si sus rasgos faciales son un poco distintos, usaré un poco de lodo del río para fabricar antenas falsas y ojos saltones y establecerme por mi cuenta! Puede que tenga que quitarme la nariz y estirarme un poco el cuello, por supuesto, pero sólo unas pocas pulgadas como mucho.

»Me pregunto si necesitaré escamas.

Mientras seguía caminando, se le ocurrió un puñado de escenas fantásticas.

¡Ya sé! Estaré atento a la aparición de los dominios del excéntrico caballero científico Gzvreep. Lo reconoceré por la cúpula de observación que sobresale del ala oeste de su mansión.

Muy bien, Dennis. *Cuando llames, el anciano sabio nativo te abrirá la puerta personalmente, pues habrá enviado a sus sirvientes a la cama mientras escruta el cielo en busca de cometas. Al verte agitará su tórax en una arcada momentánea ante tus horribles ojos planos, tus millones de diminutos tentáculos craneales. Pero cuando levantes la mano en el gesto universal de la paz, te conducirá al interior y dirá:: «¡Entre rápidamente! ¡Gracias a Gixgax que llegó usted aquí primero!»*

En un prado, junto a la carretera, Dennis encontró los restos de un campamento. Las brasas de la hoguera aún estaban calientes.

Dennis soltó su mochila. Depositó la alarma sobre una piedra grande y al cerduende en otra.

—Muy bien, ojos brillantes —le dijo a la criatura—, veamos si eres bueno para algo más que para hacer compañía. Puedes montar guardia mientras yo hago un poco de trabajo serio como detective.

Duen ladeó la cabeza intrigado, luego bostezó.

—Vaya. Bueno, eso demuestra lo poco que sabes. ¡Ya he encontrado algo! —Dennis señaló el suelo—. Mira. ¡Pisadas!

Duen arrugó la nariz, al parecer sin impresionarse demasiado. Dennis suspiró. ¿Dónde había un público capaz de apreciarte cuando lo necesitabas?

Había muchas impresiones profundas en el suelo, al parecer hechas por grandes animales de carga, y huellas de cascos más pequeñas como las que podría dejar un pony sin herrar. Las deposiciones indicaban asimismo que aquel mundo debía tener también análogos cercanos a los caballos.

Después de terminar con los animales, se acercó a un claro grupo de huellas bípedas y no tardó en advertir que todo el mundo en la caravana llevaba zapatos.

Por los claros contornos de las marcas, quedó claro que aquella gente utilizaba botas no muy distintas de las suyas propias. Eso era sin duda una prueba de tecnología. Las pautas eran todas idénticas... como si algún ordenador hubiera elaborado un diseño perfecto que después fuera producido en masa. Se quedó estudiando las huellas hasta que se le ocurrió algo.

Dennis se agarró el pie izquierdo. Torpemente, trató de mirar la suela de su propia bota. Al moverse demasiado rápido, perdió el equilibrio y cayó de espaldas.

Contempló el diseño de su propia bota y suspiró. ¡Era idéntico! O bien los ordenadores de aquel lugar habían llegado al mismo diseño que los de la Tierra o...

Miró alrededor. Había huellas de botas por todas partes. Sin duda todas eran suyas.

Sonó un trino sospechosamente parecido a una carcajada. Dennis se volvió y miró al cerduende. Éste mostró su sonrisa de costumbre.

—¡No te atrevas a decir una sola palabra! —le advirtió a la criatura.

Por una vez, Duen hizo lo que le decían.

No había muchas más pistas. Junto a la hoguera encontró unos cuantos trocitos de carne seca. Donde los animales habían estado atados había restos de grano.

Al lado de un árbol alto Dennis encontró una mancha roja en el suelo. Parecía pegajosa, como de sangre.

Había marcas en el suelo, y mechones sueltos de pelo. Luego encontró un largo rizo dorado que brillaba a la luz de la mañana.

Lo contempló durante un largo instante, y luego se lo guardó con cuidado en un bolsillo del hombro.

Un poco más cerca del bosque, encontró un animal muerto.

Parecía un primo grande del cerduende. Tenía la nariz chata y dientes de aguja, pero era del tamaño y la constitución de un mastín.

La cabeza le contemplaba fríamente desde un metro de distancia del cuerpo. Había sido cercenada, junto con parte del hombro, como por una guillotina... o un láser de alta energía.

Contempló la matanza hasta que el zumbido de la alarma lo hizo reaccionar. Dennis alzó la cabeza ansiosamente. ¿De qué se trataba?

Se volvió justo a tiempo de ver seis cosas con aspecto de perro surgir súbitamente de la línea de árboles. No tuvo tiempo de formarse una idea más precisa. Gruñeron (un sonido grave, rechinante) y luego atacaron.

La pistola de agujas apareció en su mano antes de que tuviera tiempo de pensar. Había practicado desenfundando y disparando a los troncos de los árboles durante los últimos días. El ejercicio probablemente le salvó la vida.

Equilibrado, las piernas separadas, Dennis apuntó a las bestias y disparó. El suelo explotó delante de la jauría, pero los locos animales cargaron directamente a través de la lluvia de arena y hierba. Dennis no tuvo otra opción. Apuntó y volvió a disparar.

La jauría se convirtió en una masa aullante. Se dividió casi de inmediato entre los que huían y los muertos.

Dennis observó cómo los supervivientes retrocedían, aullando de dolor, dejando detrás a sus compañeros sangrantes a inmóviles. Contempló la pequeña arma que tenía en la mano.

Impulsada por la energía solar almacenada, la pistola de agujas podía arrancar diminutas lascas de cualquier metal almacenado en su recámara, y luego dispararlas a alta velocidad. Dennis no la consideraba más que un juguete cuando salió del zievatrón, pero había empezado a confiar más en ella con la práctica adquirida durante el viaje.

Ahora la contempló sorprendido.

Qué potencia, pensó.

2

Pronto advirtió que se acercaba a la civilización.

La carretera se ensanchaba perceptiblemente al descender de un paso entre las montañas. Algunos de los prados mostraban ahora signos de cultivos. Un grueso seto separaba el camino de los campos abiertos a ambos lados. A través de las ramas pudo ver rebaños de animales pastando en las pendientes.

Pronto encontraría tráfico. Un encuentro casual en la carretera no era el primer contacto ideal. No quería enfrentarse a la clase de arma que había cortado la cabeza de la bestia allá en el campamento. Dennis decidió que lo mejor sería continuar el viaje manteniéndose apartado de la carretera durante algún tiempo.

Buscó una abertura en el seto. Duen despertó de su siesta en lo alto de la mochila cuando Dennis sacó el machete y empezó a practicar una abertura estrecha en la barrera. La pequeña bestia saltó en busca de una rama alta, luego se agazapó y contempló a Dennis con reproche por interrumpir su sueiño.

A Dennis no le resultó fácil su trabajo. La gruesa hoja rebotaba en las ramas, apenas haciéndoles muescas.

La miró con disgusto. No había usado mucho el machete hasta ahora. Estaba cubierto de manchas de óxido y tenía el filo gastado. Dennis maldijo a Bernald Brady, sintiendo cierto consuelo por el hecho de que no había juzgado mal al tipo después de todo.

Mientras se lamía los arañazos del dorso de su mano derecha, tuvo una idea. ¿Y el hermoso cuchillo nativo que había encontrado junto a la compuerta? Se quitó la mochila y sacó el arma envuelta en tela de una de las bolsas del fondo. Con una mirada alerta arriba y abajo de la carretera, depositó la tela en el suelo y la desplegó.

Los ojos se le salieron de las órbitas.

Una semana antes había guardado un cuchillo hermoso, afilado, resistente, un claro producto de artesanía de alta tecnología.

Lo que se encontraba ante él seguía siendo impresionante, pero parecía más un pedazo de obsidiana bien tallado atado a un mango de madera por tiras de cuero bien tensas. Era afilado y estaba bien hecho, pero distaba mucho de ser la herramienta avanzada que recordaba haber recogido.

Se sintió mareado. Un *fenómeno,* recalcó para sí, tocando ligeramente el objeto.

Un agudo trino desde arriba lo devolvió al presente. El cerduende le canturreó dos veces, sacudiendo la cabeza vigorosamente. Luego se perdió en los matorrales.

Dennis se metió la mano en el bolsillo del muslo y sacó la alarma de campamento. La pantallita mostraba luces rojas en el camino que se acercaban. . .

Volvió a envolver el arma. El misterio tendría que esperar. Se cargó de nuevo la mochila y se puso a cortar frenéticamente con el machete. ¡Tenía que salir de la carretera!

Las zarzas se le engancharon en la mochila y en el brazo que alzó para protegerse la cara mientras se abría paso entre los matorrales. Finalmente, como una pepita expulsada de un melón, cayó volando en el prado y quedó tendido en la hierba.

Dennis rodó, respirando entrecortadamente.

Al menos esta vez les echaré un buen vistazo, pensó mientras se apartaba de la abertura en el seto. *¡Por fin descubriré cómo son los nativos!*

Sacó de nuevo la alarma. La pantalla mostraba un montón de luces amarillas; al parecer representaban los rebaños de animales que Dennis había visto en las faldas de las montañas. A un lado de la pantalla vio dos puntos rojos y dos amarillos que se aproximaban por la carretera.

Un par de jinetes.

La marca verde de Duen no se veía por ninguna parte. La nerviosa criatura debía de haberle abandonado de nuevo.

Estaba tan concentrado en los puntos rojos de la carretera que tardó un instante en advertir que dos pequeñas luces rosadas se habían separado de un rebaño cercano de luces amarillas al sur. Se movían rápidamente hacia el centro de la pantalla.

Hacia el centro, advirtió Dennis... *Ése soy yo.*

—¡Haaa—aayy—oooaaoo!

Vino desde atrás, un agudo alarido que hizo que un escalofrío le corriera por la espalda. Con el ulular vino el sonido de pasos veloces. ¡Alguien lo atacaba por la espalda!

Dennis echó mano a su cartuchera, con pocas esperanzas de poder reaccionar a tiempo. Esperaba en cualquier momento el súbito destello de algún mortífero rayo alienígena que lo partiera en dos.

—¡Haaayyoo—oh!

Entorpecido por la mochila, rodó sobre su estómago, tratando de alzar el arma. Empuñó la pistola de agujas con dos manos temblorosas dispuesto a disparar al... perro.

Parpadeó, se dispuso a disparar.. al pequeño perro que le gruñía, y que luego dio un salto atrás para protegerse tras un par de piernas pequeñas... las piernas regordetas y arañadas de un niño pequeño,

Dennis alzó la cabeza y se quedo boquiabierto. El arma más terrible que había a la vista era un cayado de pastor empuñado por un mocoso de metro veinte con la cara sucia.

El primer extraterrestre inteligente con quien Dennis entablaba contacto se apartó un mechón de desaliñado pelo castaño de los ojos y jadeó.

—... Ayoo-gnoouh,)... —El niño respiraba excitado——.

Quii' veeh' opá?

Un poco aturdido por la sorpresa, Dennis cayó en la cuenta de que probablemente parecía, un idiota allí tumbado. Lentamente, para no asustar al niño, se incorporó.

Decidió no pensar siquiera en la incongruencia de encontrar a un niño humano (al parecer de unos ocho años), allí, en un mundo alienígena. No tenía sentido. Se obligó a concentrarse en el problema del lenguaje. Algo en los sonidos pronunciados por el niño le había sonado extrañamente familiar, como si ya los hubiera oído en alguna otra parte.

Trató de recordar unas cuantas cosas del curso de lingüística que había seguido en la universidad para salir del infame Inglés 7 del profesor LaBelle. Había aprendido entonces que hay unos pocos sonidos de significado prácticamente universal para los seres humanos. Los antropólogos solían usarlos al entablar contacto con las tribus recién descubiertas.

Tragó saliva, Y probó con uno.

—¿Eh?—dijo.

A estas alturas el niño contenía la respiración. Con un suspiro de exagerada paciencia, repitió:

—Quiere ver a mi padre, señor?

Dennis se atraganto. Consiguió, al menos, menear arriba y abajo la cabeza.

3

El cachorro corría alrededor de ellos, ladrando a sus pies. El niño (dijo que se llamaba Tomosh) caminaba decididamente junto a Dennis, guiándolo por el prado hacia su casa.

Mientras caminaban, Dennis vió pasar a un par de jinetes por la carretera. Vistos a través de las aberturas en el seto, las fuentes de los amenazantes puntos rojos que le habían hecho esconderse minutos antes resultaron ser un par de granjeros que cabalgaban en viejos ponis.

No hacía más que empezar a asimilar todo aquello. De todos los posibles primeros contactos, éste tenía que ser el más benigno y el más confuso. Dennis ni siquiera llegaba a imaginar cómo podía haber humanos allí.

—Tomosh, —empezó a decir.

—¿Sí, señorr? —El niño arrastraba las erres con un acento al que Dennis empezaba a acostumbrarse. Alzó la cabeza, expectante.

Dennis se detuvo. ¿Por dónde podía empezar? Había demasiadas cosas que preguntar.

—Esto... ¿estará bien tu rebaño mientras me acompañas a conocer a tus padres?

—Oh, los rickels estarán bien. Los perros los vigilan. Tengo que salir y contarlos dos veces al día y dar la alarma si falta alguno.

Caminaron en silencio un poco más. Dennis no tenía mucho tiempo para preparar su primer encuentro con adultos. De repente, eso lo inquietó mucho.

Antes de toparse con el niño se había resignado a ser detectado como alienígena y correr sus riesgos. Ser asesinado de buenas a primeras por hombres-hormiga que odiaban a los mamíferos, por ejemplo, habría sido simplemente inevitable mala suerte. No podría haber hecho nada.

Pero pequeños detalles de su propia conducta podrían influir en la reacción de los *humanos* locales ante él. Una simple falta de cortesía (un patinazo) podría costarle todo. Y en ese caso la culpa sería suya.

Tal vez podría preguntarle al niño cosas de las que sólo los adultos recelarían.

—Tomosh, ¿hay muchas granjas por aquí?

—No señorr, sólo unas cuantas. —El niño parecía orgulloso—. ¡Somos casi la más lejana! El rey solo quiere mineros y comerciantes en las montañas donde viven los L´Toff.

»El baron Kremer no es de la misma opinión, por supuesto. Mi padre dice que el barón no tiene derecho a enviar leñadores y soldados...

Tomosh comentó lo malo y duro que era el señor local y cómo el rey, que vivía muy lejos al este, pondría al barón en su sitio algún día. La historia acabó degenerando en chismorreos que resultaban un tanto sofisticados en boca de un niño pequeño: cómo «lord Hern» se hacía lentamente con todas las minas en nombre del barón y cómo no había llegado ningún circo a la región desde hacía más de dos años a causa de los problemas con el rey. Aunque era difícil seguir todos los detalles, Dennis llegó a la conclusión de que vivían en una aristocracia feudal y que la guerra no era cosa extraña.

Por desgracia, la historia no le dijo nada acerca de la crucial cuestión de la tecnología de aquel mundo. La ropa del niño, aunque sucia, era de buena confección. No tenía bolsillos, pero el cinturón con faltriqueras parecía sacado directamente de un catálogo Kelty. Los zapatos de Tomosh se parecían mucho a las viejas zapatillas que Dennis usaba cuando era niño.

Una granja apareció a la vista cuando llegaron a la cima de una colina baja. La casa, el granero y un almacén se alzaban a un centenar de metros del desvío de la carretera. El patio estaba rodeado por una empalizada alta. A Dennis el lugar le pareció bastante próspero. Tomosh se impacientó y tiró de la mano de Dennis, que siguió con dificultad al niño colina abajo.

La granja en sí era una estructura baja con un techo inclinado que brillaba a la luz de la tarde. Al principio Dennis pensó que los reflejos procedían de los refuerzos de aluminio. Pero a medida que se acercaban vio que las paredes eran paneles de madera laminada, hermosamente unidos y barnizados.

El granero era de construcción similar. Ambos edificios parecían fotos sacadas de una revista.

Dennis se detuvo ante la verja. Era su última posibilidad de hacer preguntas estúpidas.

—Uh, Tomosh —dijo—. Soy forastero por aquí...

—Oh, ya me he dado cuenta. ¡Hablas raro!

—Umm, sí. Bueno, de hecho soy de una tierra muy lejana al... al noroeste. —Dennis había supuesto a partir de la cháchara del niño que era una dirección de la que los lugareños sabían poco.

—Naturalmente, siento un poco de curiosidad por tu país —continuó—. Ah... ¿podrías decirme, por ejemplo, el nombre de esta sierra?

Sin vacilación, el niño respondió:

—¡Es Coylia!

—¿Así que lo rey es el rey de Coylia?

Tomosh asintió con una expresión de pacieneia exagerada.

—¡Eso es!

—Bien. ¿Sabes?, los hombres son una cosa curiosa, Tomosh. La gente de distintas tierras llama al mundo por hombres distintos. ¿Cómo lo llama tu gente? —Dennis estaba decidido a enterrar el hombre de Flasteria.

—¿Al mundo? —El niño parecía asombrado.

—A1 mundo entero. —Dennis indicó la tierra, el cielo, las montañas—. Todos los ocêanos y reinos. ¿Cómo lo llamáis?

—Oh. Tatir —respondió rápidamente— ese es el nombre del mundo.

—Tatir —repitió Dennis. Trató de no sonreír. No era mucho mejor que Flasteria.

—¡Tomosh!

El agudo grito procedía de la casa. Una joven bastante malhumorada salió al porche y gritó de nuevo.

—¡Tomosh! ¡Ven aquí!

El niño frunció el ceño.

—Es tía Biss. ¿Qué está haciendo aquí? ¿Y dónde están papá y mamá? —Se dirigió hacia la casa, dejando a Dennis en la verja.

Obviamente, sucedía algo. La tía del niño parecía preocupada. Se arrodilló y le sujetó los hombros mientras le explicaba algo seriamente. Tomosh pronto tuvo que combatir las lágrimas.

Dennis se sintió incómodo. Acercarse antes de que la mujer le invitara no parecía inteligente. Pero no podía marcharse tampoco.

Nada parecía extraño en la casa y el patio. Gallinas de verdad picoteaban en el suelo junto a lo que parecía una bandada de diminutos avestruces domesticados.

Los caminos de los alrededores de la granja parecían hechos del mismo material resistente y de alta tecnología que la carretera. Tenían los mismos bordes irregulares que se confundían casi con la tierra y la hierba que los rodeaban.

Toda la granja había sido levantada de modo similar, al parecer. Las ventanas de la casa estaban bien perfiladas y ajustaban, pero encajaban en huecos burdos, de altura y tamaño aproximados. Había ventanas grandes y pequeñas juntas, aparentemente sin ton ni son.

Tomosh se agarró a la falda de su tía, llorando a lágrima viva. Dennis se preocupó. A los padres del niño debía de haberles sucedido algo.

Finalmente, decidió acercarse unos cuantos pasos. La mujer alzó la cabeza.

—¿Su nombrre es Dennis? —preguntó fríamente, en el extraño dialecto local.

Él asintió.

—Sí, señora. ¿Se encuentra bien Tomosh? ¿Hay algo que yo pueda hacer para ayudarles?

La oferta pareció sorprenderla. Su expresión se suavizó un poco.

—Los padres del niño se han ido. He venido a llevármelo a mi casa. Puede usted quedarse hasta que mi marido venga para recoger las cosas y cerrar.

Dennis quiso hacer más preguntas, pero la severa expresión de la mujer lo indujo a callarse.

—Siéntese aquí en los escalones y espere —dijo. Condujo al niño al interior.

Dennis no se ofendió por el recelo de la mujer hacia un extraño. Su acento probablemente tampoco resultaba de ninguna ayuda. Se sentó en los escalones, donde ella le había indicado.

Había un grupo de herramientas en el porche justo ante la puerta. Al principio Dennis las miró complaciente, pensando en otras cosas. Luego las miró más de cerca y frunció el ceño.

—Curiosear y curiosear —dijo.

Era el grupo de herramientas más extraño que había visto en su vida.

Cerca de la puerta había una azada, un hacha, un rastrillo y una pala, todos de aspecto brillante y nuevo. Tocó un par de tijeras de podar que había al lado. Las hojas eran afiladas, y parecían muy fuertes.

El mango tenía asas de madera oscura y pulida, como cabía esperar. Pero las hojas no parecían de metal. Las cuchillas eran *transparentes*, levemente veteadas y facetadas por dentro.

Dennis se quedó boquiabierto.

—¡Son de piedra! —susurró—.

¡Algún tipo de *gema*, según creo! ¡Vaya, puede que incluso sean de un solo cristal!

Se quedó anonadado. No podía imaginar tecnología capaz de proporcionar semejante tipo de herramientas para un granjero. ¡Las que había junto a la puerta eran increíbles!

Pero ésa no fue la última sorpresa. Mientras estudiaba las herramientas, Dennis sintió una creciente sensación de extrañeza, pues aunque las herramientas mas apartadas de la puerta parecían también de piedra, eso era lo único que tenían en común con las hermosas hojas cercanas a la entrada.

Dennis parpadeó debido a la incongruencia. En la parte izquierda había otra hacha. ¡Y ésta bien podía haber salido de la Edad de Piedra!

El rudo mango de piedra había sido alisado en algunos sitios, pero en otros tenía aún trozos de corteza. La hoja parecía un simple pedazo de pedernal pulido y sujeto con tiras de cuero.

El resto de las herramientas encajaban entre estos extremos. Algunas eran inimaginablemente rudas. Otras, obviamente eran producto de una ciencia enormemente avanzada, diseñadas con la ayuda de ordenadores.

Tocó el hacha de pedernal, perdido en sus cavilaciones. Podía haber sido fabricada por la misma mano que había hecho el misterioso cuchillo que llevaba guardado en la mochila.

—Stivyung es el mejor practicador de esta zona —dijo una voz tras él.

Se volvió. Sumido en sus pensamientos, no había oído a tía Biss salir al porche.

La mujer le ofreció un cuenco y una cuchara, que él aceptó automáticamente. El humeante aroma despertó su apetito.

—¿Stivyung? —Repitió el nombre con dificultad—. ¿El padre del niño?

—Sí. Stivyung Sigel. Un buen hombre, sargento de los Exploradores Reales antes de casarse con mi hermana Surah. Su reputación como practicador fue su perdición. Eso y el hecho de que tiene la misma constitución que el barón, su peso y altura. Los hombres del barón vinieron por él esta mañana.

La mujer parecía pensar que lo que decía tenía sentido. Dennis no se atrevió a decirle lo contrario. De todas formas, gran parte de su confusión podía deberse al cerrado acento de la mujer.

—¿Qué hay de la madre del niño? —preguntó Dennis. Sopló sobre una cucharada de guiso. Estaba soso, pero comparado con las raciones de supervivencia que llevaba comiendo desde hacía una semana era una delicia.

Tía Biss se encogió de hombros.

—Cuando cogieron a Stivyung, Surah corrió a llamarme, luego recogió sus cosas y se marchó a las montañas. Quería pedir ayuda a los L´Toff. —Biss hizo una mueca—. Para lo que servirá eso.

Dennis empezaba a marearse con tantas referencias a cosas que no comprendía. ¿Quiénes eran los L´Toff ? ¿Y qué demonios era un practicador?

En cuanto al arresto del padre del niño, Dennis comprendía que el orgullo de un granjero pudiera enemistarle con el jefazo local, ¿pero por qué iba Stivyung a ser detenido por tener la misma complexión que su señor? ¿Era eso un crimen allí?

—¿Está bien Tomosh?

—Sí. Quiere despedirse de usted antes de que se marche.

—De que me marche —repitió Dennis. Más o menos esperaba algún tipo de hospitalidad, como una cama de verdad y un poco de conversación sustanciosa, antes de irse a un asentamiento más grande. Las cosas no parecían estar demasiado tranquilas por allí. Quería averiguar quién hacía aquellos maravillosos artículos de alta tecnología y centrarse directamente en ese elemento de la sociedad, evitando a los barones Kremer de este mundo.

Tía Biss asintió firmemente.

—No tenemos sitio en mi casa. Y mi marido Bim va a cerrar esta empalizada mañana. Si quiere usted trabajo, lo encontrará en Zuslik.

Dennis contempló el cuenco. De pronto se sintió incapaz de soportar otra noche al aire libre. Incluso las gallinas cluecas le hacían sentir nostalgia del hogar.

Tía Biss guardó silencio un momento, luego suspiró.

—Oh, ¡qué demontres? Tomosh piensa que es usted un peregrino auténtico y no uno de esos charlatanes que a veces llegan del este. Supongo que no hará ningún daño si le dejo pasar la noche en el granero. Siempre que se comporte y prometa marcharse en paz por la mañana.

Dennis asintió rápidamente.

—Tal vez haya algo en lo que pueda ayudar...

Biss lo pensó.

Se dio la vuelta y cogió el hacha de pedernal del estante del porche.

—No creo que sirva de nada, pero puede cortar leña para el fuego.

Dennis cogió la ruda hacha, dubitativo.

—Bueno... supongo que podría intentarlo...

Contempló la hermosa hacha de gema junto a la puerta.

—Use *ésta* —recalcó Biss—. Querernos venderla rápido, ahora que Stivyung no está. Hay un montón de leños en la parte de atrás. Buena practica.

Hizo un gesto con la cabeza y se volvió para entrar.

Otra vez esa palabra. Dennis estaba seguro de que pasaba por alto algo importante. Pero consideró prudente no hacer más preguntas a la tía Biss.

Lo primero era lo primero, pues. Acabó con el guiso y dejó el cuenco limpio. Parecía el tipo de plato que se encuentra en las casas de toda la Tierra. Pero al examinarlo con atención, reparó en que el cuenco estaba hecho de *madera*, finísima y pulida a la perfección.

Si alguna vez logro arreglar el zievatrón, y si alguna vez empezamos a comerciar con esta cultura, podrán vendernos millones de estos platos. ¡Sus fábricas trabajarán sin parar!

Entonces recordó los animales de tiro arrastrando trineos que se deslizaban sin ruido a través de la noche.

¿Qué está pasando aquí.?

Tras dirigir una mirada apesadumbrada a la hermosa hacha de gema que había junto a la puerta, cogió resignado el hacha de cavernícola y se dirigió al montón de leña situado detrás de la casa.

IV

EL MEJOR CAMINO A CARNEGIE HALL

1

La ciudad de Zuslik se encontraba al pie de un amplio valle donde bajas colinas se agrupaban a ambos lados de un río ancho y lento. La tierra estaba densamente arbolada, con campos de cultivo distribuidos regularmente entre tupidas zonas de bosque. La ciudad fluvial se alzaba en la encrucijada de varias carreteras.

Desde una pendiente al oeste de Zuslik, Dennis pudo ver que la ciudad amurallada estaba construida alrededor de una colina que dominaba un recodo del río. En lo alto de esta protuberancia, se alzaba sobre la ciudad una torre oscura y plana, levantada por capas, como un oscuro y acechante pastel de bodas.

A través de su catalejo del Tecnológico Sahariano, Dennis podía distinguir hombres como hormiguitas caminando por los patios que rodeaban la fortaleza. La luz del sol destellaba ocasionalmente en las armas guardadas en estantes. En la alta torre ondeaban estandartes, agitados por la brisa que barría el valle.

La casa del pez gordo local no tenía confusión posible. Dennis esperaba que su búsqueda no requiriera ir allí. Por lo menos no hasta después de haber averiguado algo sobre aquel hombre.

Dos tardes atrás, mientras Dennis se alojaba en el pajar de la granja de los Sigel, el pequeño Tomosh se acercó al granero. En apariencia, era para desear al visitante buenas noches, pero Dennis supo que el niño en realidad iba en busca de compasión y consuelo. No imaginaba que Tomosh recibiera gran cosa de su fría tía.

Tomosh acabó quedándose un par de horas, intercambiando historias con Dennis. Fue un trato justo. Dennis tuvo oportunidad de practicar su acento (familiarizándose con la extraña y pastosa versión del inglés coyliano), y Tomosh, para su deleite, aprendió mucho sobre las costumbres del Conejo de la Suerte y los elefantes voladores.

Dennis no averiguó mucho de la tecnología coyliana; no esperaba hacerlo al hablar con un niño pequeño. Pero escuchó atentamente mientras Tomosh contaba historias «de miedo» sobre «bleckers» y otros hombres del saco, y sobre antiguos y amables dragones que permitían a la gente cabalgar por el cielo. Dennis archivó los relatos en su memoria, pues nunca se sabía qué podía acabar siendo información útil.

Imaginaba que resultarían de más relevancia los chismorreos que Tomosh contó sobre el barón Kremer, cuyo abuelo había dirigido a una tribu de montañeses del norte para tomar Zuslik de manos del viejo duque una generación antes. Según Tomosh, parecía buen consejo mantenerse alejado de Kremer, sobre todo después de lo que aquel tipo le había hecho a la familia del niño.

Aunque ansiaba saber más, Dennis comprendía que el barón Kremer no era el mejor tema de conversación posible. Distrajo al niño de sus preocupaciones con una vieja canción

de acampada que pronto lo hizo reír y batir palmas. Para cuando Tomosh se quedó dormido sobre la paja, había olvidado los traumas del día.

Dennis sintió que había hecho una buena obra. Sólo deseaba haber podido hacer más por el pequeño diablillo.

La tía Biss, taciturna hasta el final, dio a Dennis un almuerzo envuelto en tela, consistente en pan y queso, para su partida a primeras horas de la mañana. Tomosh consiguió no llorar cuando se despidió de él. Dennis sólo había tardado un día y medio en llegar desde la granja hasta donde ahora se encontraba.

Por el camino había estado atento a la aparición de una pequeña criatura rosada con brillantes ojos verdes. Pero el cerduende no apareció. Parecía que la criatura le había abandonado realmente esta vez.

Dennis examinó Zuslik desde el acantilado, ante la ciudad. En algún lugar de la ciudadela, el padre del niño estaba prisionero debido a misteriosos crímenes que Dennis todavía no podía comprender.. porque tenía la misma constitución que su señor y era bueno con las herramientas... Dennis se sintió aliviado al averiguar que al menos él no se parecía al barón en absoluto.

Decidió que no podría aprender nada más sobre Zuslik estudiándola desde la distancia. Se levantó y empezó a ponerse la mochila.

Justo entonces captó un destello de movimiento por el rabillo del ojo.

Se volvió a mirar... Y vio algo grande, negro y rápido lanzarse hacia él desde la copa de los árboles.

Dennis se arrojó al suelo mientras la cosa gigantesca pasaba por encima de su cabeza. Su sombra era enorme, y un sonido sibilante y aleteante le provocó escalofríos de inminente desastre que recorrieron su espalda mientras se revolcaba por la hierba.

El momento de terror pasó. Cuando nada desastroso pareció suceder, alzó por fin su cabeza y buscó frenéticamente al monstruo a su alrededor. ¡Pero la cosa había desaparecido!

La noche anterior Tomosh había hablado de dragones... grandes y feroces criaturas que supuestamente habían defendido antaño a la humanidad de Tatir contra mortales enemigos. ¡Pero Dennis sacó la impresión de que eran cosa del pasado lejano, al cual pertenecían las criaturas de los cuentos de hadas infantiles!

Escrutó el horizonte y encontró por fin la criatura negra. Se dirigía hacia la ciudad. Dennis todavía tenía la boca seca mientras sacaba el catalejo y conseguía enfocar los terrenos del castillo.

Parpadeó. Tardó un momento en descubrir, para su alivio, que no se tragaba de un «dragón», después de todo. Su monstruo de ébano era una *máquina voladora.* Pequeñas figuras corrieron hacia el aparato desde una fila de cobertizos situados en el patio del castillo cuando planeó para posarse, ligero como una pluma. Dos figuras pequeñas, presumiblemente los pilotos, desmontaron y se dirigieron rápidamente al interior del castillo sin mirar atrás.

Dennis bajó el catalejo. Se sentía un poco idiota al haber llegado a conclusiones melodramáticas cuando había otra explicación más sencilla. Desde luego, no era tan sorprendente que los lugareños dominaran el vuelo, ¿no? Había muchos signos de alta tecnología.

Con todo, el aparato aéreo apenas había hecho ruido al pasar por encima de él. No había motores rugiendo. Era sorprendente. Tal vez la antigravedad merecía una nueva consideración.

Había una sola manera de averiguar más. Se levantó, se sacudió el polvo, se echó la mochila al hombro y se encaminó hacia la ciudad.

2

El mercado situado ante la muralla de la ciudad era como cualquier pequeño bazar ribereño de la Tierra. Había gritos y llamadas, y niños corriendo en tropel obviamente por nada bueno. Las tiendas y los almacenes desprendían aromas fuertes, desde el de la rica comida al penetrante olor almizcleño de los animales de tiro.

Entró en el bazar con lo que esperaba que fuera expresión de alguien que se ocupa confiado de sus propios asuntos. Por la variedad de ropas que veía, Dennis no se sintió estrafalario. Botas, camisas y pantalones parecían ser habituales. Algunos incluso llevaban macutos a la espalda, como él.

Pasó ante un grupo de hombres sentado en la terraza de un café. Algunos lo miraron, pero nadie pareció sentir por él algo más que curiosidad pasajera.

Dennis empezó a respirar con más tranquilidad. *Tal vez pueda llegar hasta lo que haga las veces de universidad por estos lares,* pensó esperanzado. Tenía una idea bien clara del tipo de individuos con los que quería contactar de aquella cultura.

Incluso en las antiguas sociedades feudales de la Tierra había habido zonas más desarrolladas, y aquella gente disfrutaba claramente de más tecnología y cultura. El aparato volador había aumentado las esperanzas de Dennis de encontrar el tipo de ayuda que necesitaba.

Los fuertes olores de pescado reseco y pieles curtidas le golpearon cuando alcanzaba los embarcaderos, que eran estructuras de aspecto sólido construidas con tarugos y clavijas. Parecían casi nuevos, hasta los brillantes pilares. Las superficies superiores estaban cubiertas del mismo material resistente que componía las carreteras coyllanas.

Se detuvo a mirar uno de los barcos. Dennis había navegado lo suficiente para reconocer un diseño, sofisticado cuando lo veía. La quilla era fina, liviana y esbelta— Su mástil se alzaba elegantemente, un poco inclinado sobre el centro de gravedad.

Una vez más, estaba construido de madera laminada, extraordinariamente brillante.

Pero si disponían de la tecnología para construir barcos como aquél, ¿por qué usaban velas? ¿Tenía la gente de Coylia algún tipo de tabú, algo contra los motores? Tal vez su única maquinaria se encontraba en las fábricas donde producían aquellas cosas maravillosas.

Dennis ansiaba encontrar una de esas fábricas y hablar con 1a gente que las dirigía.

No muy lejos, una cuadrilla de trabajadores cargaba pesados sacos, transportándolos desde un almacén a la bodega de un barco a la espera. Los sacos debían de pesar unos cuarenta kilos cada uno. Los hombres fornidos y gruesos tarareaban mientras trajinaban por el embarcadero, inclinados bajo su pesada carga.

Dennis sacudió la cabeza. ¿Podría ir contra su religión utilizar *carretillas*?

Cada estibador, después de depositar su saco en la bodega, no regresaba por la estrecha rampa sino que saltaba por la borda del barco. Al compás de la canción de sus camaradas, entonaba un breve verso, y luego se zambullía en el agua para hacer sitio al siguiente hombre.

Parecía buena idea darse un chapuzón antes de regresar nadando al embarcadero para coger otra pesada carga. Dennis se abrió paso entre balas do cargamento pasta colocarse lo bastante cerca para oír la, canción. Parecía ser una variante repetitiva de la frase *«¡Ah-hee-hum!»*

Los trabajadores caminaban a su compás regular. Dennis se acercó mientras un gigante con bigote negroazulado dejaba caer su carga en la bodega v luego saltaba ágilmente por la borda. Con una mano en el mostacho, se dio un golpe en el pecho perlado de sudor mientras los hombres cantaban: « ¡Ah hee hum! »

El gigante cantó:

El alcalde es sabio pero todos lo sabemos,
el hecho es que...
¿Ah Wee Hoom?
Compensa a base de corpulencia
Su falta de sabiduría
¡Ah Hee Hum!
Solo dos partes suyas tienen
práctica seguro
¿Ah Wee Hoom?
Una parte n su boca y la otra es su...

La última parte quedó ahogada por un apresurado *«¡Ah Hee Hum!»* del grupo. El grandullón se dejó caer al agua con una gran salpicadura. Mientras nadaba hacia la escalerilla, su lugar en la amura fue ocupado por un tipo alto con una fina mata de pelo. Su voz era curiosamente grave.

Oh, la esposa está en casa, delante
del espejo...
¿Ah Wee Hoom?
¡Debe creerse un gorro, o una escoba,
o un perro!
¡Ah Hee Hum!
Las cosas mejoran con la práctica, pero la gente
es menos maleable...
¿Ah Wee Hoom?
Ella se arregla, pero sigue pareciendo
una...
¡Ah! Hee-e-e ¡Hoom!

Dennis sonrió débilmente, como la persona que se da cuenta de que se está contando un chiste pero no puede comprender la gracia.

Una pequeña caravana pasó lentamente a través de la puerta principal hacia la ciudad. Había hombres a pie cargando bultos, en fila para ser inspeccionados en lo que parecía un puesto de aduanas.

Unos cuantos hombres montados en ponis velludos atravesaron la puerta, sin ser molestados por los guardias. Al parecer eran oficiales que cumplían diversas misiones.

Grupos de enormes cuadrúpedos parecidos a rinocerontes esperaban pacientemente ante la puerta. Sus arneses los unían a gigantescos trineos, parecidos a los que Dennis había entrevisto aquella noche en la carretera.

¡Ahora veremos si es antigravedad después de todo!

Dennis se adelantó, ansioso. ¡El misterio estaba a punto de ser resuelto!

Unos cuantos de los peatones que esperaban se quejaron sin fuerzas mientras él avanzaba hacia los trineos de carga, pero nadie lo detuvo. Su excitación aumentó mientras se acercaba a uno de los brillantes vehículos de alto costado.

Como sospechaba, no había ruedas de ningún tipo. La carga estaba atada a una plataforma inclinada cuyas cuatro esquinas terminaban en pequeños patines. Estos encajaban a la perfección en las dos perfectas muescas que corrían por todas las carreteras que Dennis había encontrado en Coylia.

El conductor le gritó a su bestia y tiró de las riendas. La criatura, parecida a un búfalo, se debatió contra su arnés y el trineo se deslizó suavemente hacia delante. Dennis lo siguió, agachado para ver mejor.

¿Era levitación magnética? ¿Corrían los diminutos patines sobre un cojín de fuerza eléctrica? Había aparatos así en la Tierra, pero nada de tamaño semejante. El sistema era de una elegante simplicidad, aunque increíblemente sofisticado.

Fue apenas consciente de que a sus espaldas la gente hacía curiosas observaciones sobre su conducta. Hubo risas y algunos comentarios obscenos en el extraño dialecto local. Pero a Dennis no le importó. Su mente estaba llena de esquemas y ecuaciones matemáticas mientras probaba y descartaba explicación tras explicación para la maravillosa combinación de trineo y carretera.

¡Era lo más divertido que le sucedía en semanas!

Una parte despegada de él se daba cuenta de que había conectado con un extraño estado mental. La tensión de las pasadas semanas había estallado, y la persona más capaz de enfrentarse a la situación (el científico ansioso) había asumido el mando, excluyendo casi todo lo demás. Para bien o para mal, era su forma de comportarse ante un exceso de extrañeza hallada de sopetón.

Dennis se puso a cuatro patas y se acercó al pequeño deslizador y su canalillo. Mientras el trineo avanzaba lentamente, emitió un gritito de sorpresa. Un *líquido* claro manaba de debajo del esquí mientras éste se deslizaba. El fluido desaparecía rápidamente, empapando casi al instante el fondo del canal.

Tocó la perla de humedad que seguía al patín, y la frotó entre sus dedos. Casi de inmediato se extendió sobre ellos formando una pátina brillante. Descubrió que podía presionar los dedos sin que resbalasen. Apenas se sentían uno al otro.

¡El fluido era el lubricante perfecto! Tras un momento de deleitada estupefacción, Dennis rebuscó en uno de sus bolsillos del muslo un vial de muestras. Se vio obligado a sujetar el tubito con la mano izquierda. mientras trataba en vano de limpiarse la derecha para deshacerse de la capa resbaladiza. Abrió el tapón con los dientes.

Arrastrándose tras el lento trineo, colocó el vial tras el esquí, hasta capturar parte del resbaladizo y escurridizo fluido. Pronto tuvo unos veinte milímetros, casi suficiente para analizar...

Su cabeza chocó contra el trineo cuando éste se detuvo bruscamente. Una pequeña lluvia de frutas parecidas a cerezas le cayó encima desde la carreta abarrotada.

Hubo nuevas voces desde arriba. Alguien habló fuerte, y la multitud empezó a retroceder.

En su estado de excitación, Dennis se negó a dejarse distraer. Embriagado por el deleite del descubrimiento, permaneció agachado, esperando que el trineo empezara a moverse otra vez para poder recoger un poco más de lubricante.

Una mano se posó sobre su hombro. Dennis la apartó.

—Sólo un segundo —Instó—. Estaré con usted en un momento.

La mano apretó con fuerza, hasta hacerle volverse. Dennis alzó la cabeza, parpadeando.

Un hombre muy grande se alzaba ante él, vestido inconfundiblemente con algún tipo de uniforme. En la cara del tipo había una expresión que combinaba de modo extraño el asombro con la ira incipiente.

Había otros tres soldados cerca, sonriendo. Uno se echó a reír.

—Eso es, Gil´m. ¡Déjalo estar! ¿No ves que está ocupado?

Otro guardia, que había estado bebiendo una jarra de cerveza, tosió y escupió al atragantarse.

«Gil´m» se puso hecho una furia. Cogió a Dennis por las solapas de chaqueta y lo alzó hasta ponerlo en pie. En la mano derecha el guardia sostenía algo parecido a un bastón de dos metros con una brillante hoja de alabarda en un extremo. Parecía lo bastante afilada para cortar papel o hueso con igual facilidad.

Gil´m llamó a uno de los bromistas sin volverse ni apartar los ojos de Dennis.

—Fed'r —rugió—. Ven y sujeta mi thenner. No quiero estropear su práctica matando algo que sangre demasiado. Me encargaré de éste a mano.

Un guardia sonriente se acercó y cogió la larga arma de Gil´m. El gigante dobló unos dedos como salchichas y apretó su tenaza sobre la chaqueta de Dennis.

Uh—oh. Dennis salió por fin parcialmente de su trance. Empezó a reconocer el daño que podría haberse hecho a sí mismo.

Para empezar, podría haber perdido su oportunidad de recitar el discurso que había preparado cuidadosamente para su primer encuentro con las autoridades. Rápidamente, se dispuso a corregir su error.

—¡Usted perdone, estimado señor! ¡No tenía ni idea de que estaba ya a las puertas de su hermosa ciudad! Verá, soy forastero y vengo de una tierra lejana. He venido a conocer a los filósofos de su país, con la esperanza de discutir con ellos muchas cosas de gran importancia. Este maravilloso lubricante suyo, por ejemplo. ¿Sabía que ... ? ¡Adiós!

La cara del soldado había empezado a volverse de un extraño color púrpura mientras Dennis hablaba. Sin duda eso significaba que ésta no era la forma adecuada de abordarlo después de todo. Dennis apenas pudo agacharse bajo un carnoso puño que pasó por donde antes estaba su nariz.

La cara del guardia apenas estaba a un palmo de la suya. El aliento del tipo era algo para escribir odas enteras.

—¡Hala, venga, Gil´m! ¿No puedes darle a un pequeño zuslikerano?

Casi todos los guardias se habían acercado a ver la diversión, alejándose una docena de metros de sus puestos ante la puerta. Empezaron a reír, y Dennis oyó a un hombre apostar hasta dónde llegaría la cabeza del gremmie cuando Gil´m corrigiera su puntería.

Los civiles de la caravana retrocedieron, con aspecto temeroso.

—Prepárate, gremmie —rugió Gil´m. Echó atrás el puño; esta vez apuntó con cuidado, saboreando el momento. Su rostro adquirió una paciente, casi beatífica expresión de expectación.

Esto puede ser serio, pensó Dennis.

Miró al guardia... a la manaza que le agarraba la chaqueta. No había tiempo de coger la pistola de agujas... como si fuera a servir de algo empezar su visita masacrando a los miembros de la guardia local.

Pero Dennis advirtió que sostenía un frasquito de muestras en la mano izquierda.

Sin apenas pensarlo, vertió el contenido sobre la zarpa que sujetaba su chaqueta.

El gigante se detuvo y lo miró, sorprendido por la ofensa sin precedentes. Tras pensarlo un instante, Gil´m decidió que no le gustaba mucho. Gruñó de nuevo y golpeó... mientras Dennis resbalaba de su mano como una barra de mantequilla. El puño del norteño silbó sobre su cabeza, rozando el pelo de Dennis con su estela.

Gil´m se contempló la mano izquierda, ahora vacía y reluciente, cubierta con una fina capa de fluido brillante.

—¡Eh! —se quejó. Se volvió justo a tiempo de ver al gremmie desaparecer a través de la puerta de entrada a la ciudad.

4

Decididamente, Dennis habría preferido una primera visita más tranquila a una ciudad coyliana.

En la puerta había una gran confusión. La hilaridad inicial de la gente de la caravana se disolvió en gritos y chillidos cuando los guardias avanzaron con sus garrotes.

Dennis no se entretuvo a ver la refriega. Cruzó un hermoso puente ornamentado que se alzaba sobre un canal. Los peatones se le quedaron mirando mientras se abría paso entre los puestos del mercado, alegremente pintados, esquivando a vendedores y clientes. Los avisos de los guardias se repetían a su espalda mientras corría. Por suerte, la mayoría de los ciudadanos se apartó rápidamente para no verse involucrada en nada.

Dennis dejó atrás a un malabarista callejero y esquivó los bolos que caían para zambullirse en un callejón situado detrás de un puesto de dulces.

Oyó el sonido de las botas resonando en el puente, no demasiado lejos, detrás. Hubo gritos cuando los guardias arrollaron al infausto malabarista y sus bolos.

Dennis continuó corriendo por las serpenteantes callejas.

Los edificios de Zuslik eran altos zigurats, algunos de más de una docena de pisos. Todos seguían el mismo diseño tipo pastel de bodas. Los estrechos callejones eran tan retorcidos como la política interdepartamental del Tecnológico Sahariano.

En un callejón desierto se detuvo para calmar el dolor que sentía en el costado. Tanta carrera no era sencilla con una bolsa pesada a la espalda. Estaba a punto de continuar cuando de repente, justo delante, oyó una voz conocida maldiciendo.

—¡... quemar esta maldita ciudad hasta los cimientos! ¿Queréis decir que ninguno de vosotros ha visto a ese gremmie? ¿O a esos ladrones que se colaron en nuestra caseta mientras no estábamos mirando? ¿Nadie ha visto nada? ¡Malditos zuslikeranos! ¡Todos sois un hatajo de ladrones! ¡Es curioso cómo un azote o dos pueden despertar la memoria!

Dennis retrocedió hacia el callejón. Una cosa era segura, tendría que soltar la mochila. Encontró un rincón oscuro, desabrochó la correa y la dejó caer al suelo. Se arrodilló y sacó la bolsa de emergencia, que sujetó a su cinturón Sam Browne. Luego buscó a su alrededor un lugar donde esconder la mochila.

Había basura en el callejón, pero por desgracia no había ningún verdadero escondite.

La planta baja del edificio que tenía al lado apenas alcanzaba el metro ochenta de altura. El piso siguiente estaba retirado un metro o dos, de manera que el tejado formaba un parapeto justo encima. Dennis retrocedió y lanzó la mochila a la repisa. Luego volvió a retroceder y saltó para agarrarse.

Pasó la pierna derecha para auparse, pero justo entonces sintió que su tenaza empezaba a resbalar. Había olvidado la capa resbaladiza que cubría su mano derecha. Cayó al suelo dándose un doloroso golpetazo.

Por mucho que le hubiera gustado quedarse allí gimiendo un ratito, no tenía tiempo. Tembloroso, se levantó para intentarlo otra vez.

Entonces oyó pasos tras él.

Se volvió y vio a Gil´m y los guardias entrar en el callejón; estaban a unos diez metros de distancia, sonriendo felices y blandiendo sus armas. La hoja de la alabarda destelló amenazante.

Dennis notó que Gil´m no empleaba la mano izquierda y supuso que todavía debía tenerla cubierta del viscoso aceite. La sustancia era terrible.

Dennis abrió la solapa de su cartuchera y sacó la pistola de agujas. Apuntó al guardia.

—Muy bien —dijo—, quédate dónde estás. No quiero tener que hacerte daño, Gil´m.

El soldado siguió avanzando, sonriendo felizmente ante la idea de cortar a Dennis en dos.

Dennis frunció el ceño. Aunque nadie allí hubiera visto un arma como la pistola de agujas, su propia determinación tendría que haber hecho que el tipo se detuviese.

Tal vez Gil´m carecía de imaginación.

—Creo que no sabes a lo que te enfrentas —le dijo al guardia.

Gil´m avanzó, sujetando su arma con una mano. Dennis decidió que no tenía más remedio que continuar con su farol. Sintió una punzada de pánico cuando su pulgar engrasado se deslizó dos veces sobre el seguro. Luego éste chasqueó. Apuntó la pistola de agujas y disparó.

Hubo un tableteo, y varias cosas sucedieron a la vez.

La madera pulida del mango de la alabarda se hizo añicos cuando un rayo de agujas de metal de alta velocidad se clavó en el arma. Gil´m se hizo a un lado cuando la brillante hoja cayó. El guardia contempló aturdido el muñón cercenado de su arma.

Pero Dennis no pudo evitar que el retroceso arrancara la pistola de agujas de su mano resbaladiza. El arma rebotó en su pecho, y luego cayó al suelo ante él.

Gil´m y Dennis quedaron súbitamente en tablas, los dos desarmados. La cara del guardia era inexpresiva y el blanco de sus ojos brillaba. No se movió.

Dennis empezó a avanzar, esperando que el aturdimiento del tipo fuera suficiente para darle tiempo a recuperar su arma. La pistola de agujas había caído contra la hoja de la alabarda, a medio camino entre el gigante y él.

Dennis extendía la mano para recogerla cuando otros dos soldados con gorros altos de piel de oso aparecieron en la boca del callejón. Gritaron sorprendidos.

Dennis agarró la pistola de agujas y la alzó. Pero en ese momento crucial descubrió que no era capaz de matar. Advirtió que era un defecto de su personalidad, pero no había nada que pudiera hacer al respecto.

Se volvió para echar a correr pero sólo dio una docena de pasos antes de que el mango de un cuchillo arrojado le alcanzara en la sien, derribándolo hacia las oscuras sombras.

5

—... muy bien. Tranquilo. ¡Tendrás un chichón como una bengala dentro de un día o así! ¡Vaya si brillará!

La voz procedía de algún lugar cercano. Unos dedos huesudos sujetaron su brazo cuando Dennis se levantó torpemente, la cabeza latiéndole.

—Sí, todo un brillante. ¡Practícalo bien y podrás ver con él en la oscuridad! —La voz se echó a reír ante su propia gracia.

Dennis apenas podía concentrarse en la persona. Trató de frotarse los ojos y casi se desmayó al tocar la magulladura del lado izquierdo de su cara.

Difusamente, vio a un hombre mayor que le sonreía con sólo la mitad de los dientes. Dennis casi se cayó de lado en una oleada de mareo, pero el viejo lo sostuvo.

—Te he dicho que tranquilo, ¿vale? Espera un minuto y tendrás mucho mejor aspecto. Toma, bebe esto.

Dennis sacudió la cabeza, luego tosió y se atragantó cuando su enfermero lo agarró por el pelo y le metió en la boca un líquido tibio. Sabía a rayos, pero Dennis sostuvo la burda jarra con ambas manos y bebió ansiosamente hasta tragarlo.

—Es suficiente por ahora. Quédate sentado y recupera tus sentidos. No tienes que empezar a trabajar hasta el segundo día, no si te han traído en este estado. —El hombre se colocó una basta almohada bajo la cabeza.

—Me llamo Dennis. —Su voz era un croar apenas audible—. ¿Qué sitio es éste?

—Yo soy Teth, y estás en la cárcel, atontado. ¿No reconoces una cárcel en cuanto la ves?

Dennis miró a derecha a izquierda, capaz por fin de enfocar. Su cama formaba parte de una larga hilera de jergones toscos, cubiertos por un dosel de madera. Tras él, una pared sucia y húmeda sostenía el techo. La parte delantera del cobertizo se abría a un gran patio, rodeado por una empalizada alta de madera.

A la derecha se alzaba una pared mucho más impresionante que brillaba sin fisuras al sol. Era la más baja y la más amplia de una serie de capas que formaban una docena de pisos o más. En el centro de la brillante pared había una pequeña caseta. Dos guardias aburridos controlaban desde sus bancos.

Los hombres del patio, presumiblemente prisioneros como él, realizaban tareas que Dennis no pudo determinar.

—¿De qué clase de trabajo hablas? —preguntó Dennis. Se sentía un poco mareado, no acababa de librarse de aquel extraño desapego de la realidad—. ¿Hacéis matrículas personalizadas?

No le importó cuando el anciano lo miró con cara rara.

—Nos hacen trabajar duro, pero no *hacemos* nada. La mayoría somos pillastres de poca monta, ladronzuelos y demás. Casi ninguno sabe *hacer* nada.

»Naturalmente, algunos están aquí por meterse en líos con los gremios. Otros sirvieron al viejo duque mucho antes de que el padre de Kremer se apoderara de estas tierras. Algunos de ellos tal vez sepan algo de *hacer* cosas, supongo...

Dennis sacudió la cabeza. Teth y él no parecían hablar en la misma longitud de onda. O tal vez no oía bien al tipo. Le dolía la cabeza, y estaba confundido.

—Cultivamos parte de nuestra comida —continuo el anciano—. Yo me encargo de los nuevos gremmies como tú. Pero principalmente practicamos para el barón. ¿Cómo si no podríamos ganarnos el sustento?

Allí estaba otra vez esa palabra... *practicar*. Dennis empezaba a hartarse. Lo roía algo cada vez que la oía, como si su subconsciente tratara insistentemente de decirle que había llegado a una conclusión que otra parte de sí mismo rechazaba con igual frenesí.

Con cierta dificultad, se sentó y bajó los pies del jergón.

—¡Eh! No deberías de hacer eso hasta dentro de unas cuantas horas. ¡Tiéndete!

Dennis sacudió la cabeza.

—¡No! ¡Ya estoy harto! —Se volvió hacia el anciano, que lo miró con evidente preocupación—. Se acabó ser paciente con este loco planeta vuestro, ¿me oyes? ¡Quiero saber qué está pasando ahora mismo!

—Tranquilo —empezó a decir Teth, pero soltó un chillido cuando Dennis lo agarró por la camisa y tiró de él. Sus caras quedaron a unos centímetros de distancia.

—Vayamos a lo básico —susurró Dennis entre dientes—. Esta camisa, por ejemplo. ¿De dónde la has sacado?

Teth parpadeó como si estuviera en manos de un lunático.

—Es nueva. ¡Me la dieron para que la use! ¡Llevarla es uno de mis trabajos!

Dennis agarró la camisa con más fuerza.

—¿Ésta? ¿Nueva? ¡Es poco más que un harapo! ¡Está tan mal cosida que va a caerse en pedazos!

El anciano tragó saliva y asintió.

—¿Y bien?

Dennis agarró una pieza de color que el hombre llevaba en la cintura. Le arrancó un cuadrado de tejido fino y brillante. Tenía un dibujo delicado y el tacto de la buena seda.

—¡Eh! ¡Eso es mío!

Dennis agitó la hermosa tela bajo la nariz de Teth.

——¿Te visten de harapos y lo dejan conservar algo como esto?

—¡Sí! Nos permiten conservar algunas de nuestras prendas personales, para que no se estropeen dejándolas sin trabajar. ¡Puede que sean malos, pero no *tanto!*

—Y este trozo no es *nuevo,* supongo. —El pañuelo parecía recién salido de una tienda cara.

—¡Palmi, no! —Teth parecía aturdido—. ¡Lleva cinco generaciones en mi familia! —protestó orgullosamente—. ¡Y lo hemos estado utilizando ininterrumpidamente todo el tiempo! ¡Lo miro y me sueno la nariz con él montones de veces cada día!

Era una protesta tan inusitada que la tenaza de Dennis se aflojó. Teth se deslizó hasta el suelo, sin dejar de mirarlo.

Sacudiendo la cabeza aturdido, Dennis se levantó y se acercó al exterior, parpadeando debido al brillo. Caminó inseguro entre grupos de hombres que trabajaban... todos vestidos con el traje de los prisioneros, hasta que alcanzó un punto donde la empalizada exterior entraba en contacto con la brillante muralla del castillo.

Con la mano izquierda tocó los burdos troncos de árboles rudamente cortados y encolados que formaban la empalizada. Con la mano derecha acarició la muralla del castillo, una superficie lisa y dura como el metal que brillaba transparente como una enorme piedra semipreciosa marrón claro... o como el tronco pulido de un gigantesco árbol petrificado.

Oyó a alguien acercarse por detrás. Miró y vio que era Teth, ahora acompañado por dos prisioneros, que miraban al recién llegado con curiosidad.

—¿Cuándo fue la guerra? —preguntó Dennis en voz baja, sin volverse.

Ellos se miraron mutuamente. Un hombre alto y fornido respondió.

—Uf, ¿de qué guerra hablas, grem? Hay guerras a montones continuamente. ¿La del padre del barón, cuando expulsó al duque? ¿O este problema que Kremer tiene con el rey?

Dennis se volvió y gritó.

—¡La *Gran Guerra,* idiotas! ¡La que destruyó a vuestros antepasados! ¡La que os hizo vivir de las sobras de vuestros *ancestros*... de sus carreteras autolubricantes, de sus pañuelos indestructibles!

Se llevó la mano a la cabeza dolorida cuando se sintió asaltado por una oleada de náuseas. Los otros susurraron entre sí.

Finalmente, un hombre bajo y cetrino de barba muy negra se encogió de hombros y dijo:

—No sé de qué hablas, amigo. Vivimos mejor de lo que lo hicieron nuestros antepasados. Y nuestros nietos vivirán mejor que nosotros. Eso se llama *progreso.* ¿No has oído hablar del progreso? ¿Vienes de un lugar donde adoran a los antepasados, o algo así de retrógrado?

Parecía verdaderamente interesado. Dennis dejó escapar un gemidito de desesperación y echó a andar, seguido por una multitud creciente.

Pasó ante los prisioneros que trabajaban en un huerto. Las ordenadas filas de verduras tenían un aspecto bastante normal. Pero las herramientas que los jardineros utilizaban eran de pedernal y ramas de árboles, como las que había visto en casa de Tomosh Sigel. Señaló los rastrillos y azadas.

—Esas herramientas son nuevas, ¿no? —le preguntó a Teth.

El viejo se encogió de hombros.

—Justo lo que pensaba! Todo lo *nuevo* es rudo y apenas mejor que palos y piedras, mientras que los ricos acumulan los restos mejores de la antigua sabiduría de vuestros antepasados...

—¡Qué va! —terció el hombre pequeño y cetrino—. Esas herramientas *son* para los ricos, gremmie.

Dennis arrancó una azada de piedra de manos de uno de los granjeros que tenía cerca y la agitó ante la nariz del tipo.

—*¿Éstas?* ¿Para los ricos? ¿En una sociedad obviamente jerárquica como la vuestra? Estas herramientas son bastas, rudas, ineficaces, toscas...

El granjero gordo al que le había quitado la herramienta protestó.

—¡Bueno, lo hago lo mejor que puedo! ¡Acabo de *empezar* con ella, por todos los diablos! ¡Mejorará! ¿Verdad, chicos? —Hizo una mueca. Los demás murmuraron su acuerdo, al parecer habían llegado a la conclusión de que Dennis era un matón de tres al cuarto.

Dennis parpadeó ante el aparente *non sequitur.* No había dicho nada sobre el granjero. ¿Por qué se lo tomaba como algo personal?

Buscó otro ejemplo... *cualquier cosa* para comunicar con aquella gente. Se volvió y divisó a un grupo de hombres al otro extremo del patio. No iban vestidos con tejidos burdos,

sino que llevaban hermosos ropajes de colores brillantes y atractivos. Sus vestidos brillaban a la luz de la tarde.

Dichos hombres estaban enzarzados practicado la esgrima con palos de madera a modo de espadas. Un puñado de guardias los observaba.

Dennis no tenía ni idea de por qué aquellos aristócratas y sus guardias estaban allí, en el patio de la prisión, pero aprovechó la oportunidad.

—¡Allí! —señaló—. Esa ropa que llevan esos hombres es *vieja*, ¿verdad?

Aunque ahora era menos amistosa, la multitud asintió.

—¿Entonces fue hecha por vuestros antepasados?

El hombre pequeño y cetrino se encogió de hombros.

—Supongo que podríamos decir que sí. ¿Y qué? No importa quién *hace* algo. ¡Lo que cuenta es si lo conservas!

¿Era aquella gente ciega a la historia? ¿El holocausto que había destruido la maravillosa ciencia antigua de aquel mundo los había traumatizado tanto que se escondía de la verdad? Se encaminó decidido hacia el lugar donde los petimetres practicaban la esgrima junto a la muralla. Un aburrido guardia alzó la cabeza, perezoso, y luego continuó su siesta.

Dennis ya había perdido los nervios. Gritó a los prisioneros que le seguían.

—¿No negáis que los aristócratas se quedan con lo mejor, y casualmente con lo más *viejo* de todo?

—Bueno, claro...

—*Y estos* aristócratas sólo visten cosas viejas. ¿Cierto?

La multitud estalló en una carcajada. Incluso algunos de los que iban vestidos con ropajes brillantes detuvieron sus prácticas de esgrima y sonrieron. El viejo Teth dirigió a Dennis una sonrisa mellada.

—Ellos no son ricos, Dennis. Son pobres prisioneros como nosotros. Tienen la misma constitución que algunos de los sicarios del barón. «Si *puedes* vestir la ropa de un ri*co, vestirás* la ropa de un rico, ¡lo quieras o no!»

Parecía un aforismo.

Dennis sacudió la cabeza. Su subconsciente giraba y parecía tratar de decirle algo.

—Prisioneros por tener «la misma constitución» que el barón... eso es lo que dijo la tía de Tomosh Sigel sobre el padre del chico... —alguien cercano abrió la boca pero Dennis continuó hablando solo, cada vez más y más rápido.

—Los ricos obligan a los pobres a vestir su ropa chillona, día sí, día no... pero eso no estropea el tejido. En cambio...

Alguien cercano hablaba con urgencia, pero la mente de Dennis estaba completamente llena. Deambuló sin rumbo, sin prestar atención a donde iba. Los prisioneros le dejaron paso, como hacen los hombres con los santos o los locos.

—No —murmuró—, la ropa no se gasta... porque los ricos hacen que alguien con su misma constitución la lleve todo el tiempo, ¡para mantenerla en ... !

—Disculpe, señor. ¿Mencionó usted el nombre de ... ?

—¡Para mantenerla en *práctica!* —A Dennis le dolía la cabeza—. ¡Práctica! —repitió, y se apretó la cabeza con las manos por la locura que le hacía sentir el mundo.

—¿Mencionó usted el nombre de Tomosh Sigel?

Dennis alzó la cabeza y vio a un hombre alto y de anchos hombros, vestido con los ropajes de un magnate fabulosamente rico... aunque ahora sabía que se trataba de un prisionero igual que él. Algo en el rostro del hombre le resultaba familiar. Pero la mente de Dennis estaba demasiado embotada para dedicarle más que un instante de reflexión.

—¡Bernald Brady! —gritó, y dio una palmada—. ¡Dijo que aquí había una sutil diferencia en las leyes físicas! Algo sobre que los robots parecían hacerse más eficientes...

Dennis se palpó la chaqueta y los pantalones. Notó objetos abultados. Los guardias le habían quitado el cinturón y la bolsa pero habían dejado en paz el contenido de sus bolsillos.

—Por supuesto. Ni siquiera los advirtieron —susurró, medio frenético—. ¡Nunca habían visto bolsillos con cremallera! ¡Y estas cremalleras han tenido *práctica* volviéndose mejores y mejores desde que llegué aquí!

La multitud guardó silencio cuando abrió un bolsillo y sacó su diario. Dennis pasó las páginas.

—*Día Uno* —leyó en voz alta—. *Equipo terrible. El más barato posible. Juro que me desquitaré de ese hijo de perra de Brady algún día...* —Alzó la cabeza, sonriendo torvamente—. Y lo haré, desde luego.

—Señor —insistió el hombre alto—, mencionó usted el nombre de...

Dennis continuó, arrancando las páginas.

—*Día Diez... El equipo es mucho mejor de lo que pensaba... supongo que debí confundirme al principio...*

¡Pero no se había confundido! ¡El material simplemente había *mejorado!*

Dennis cerró de golpe el diario y alzó la mirada. Por primera vez desde que llegara a aquel mundo, vió.

Vió una torre que se había convertido, después de muchas generaciones, en un gran castillo... ¡porque había sido *practicada* durante mucho tiempo!

Vio herramientas de jardinería que mejorarían día a día con el uso, hasta que fueran las maravillas que había visto en el porche de la casa de Tomosh Sigel.

Se volvió y miró a los hombres que lo rodeaban. Y vió...

—¡Cavernícolas! —gimió—. ¡No encontraré científicos ni constructores de máquinas aquí, porque no hay ninguno! No tenéis tecnología en absoluto, ¿verdad? —acusó a un prisionero.

El hombre retrocedió, obviamente sin tener ni idea de a qué se refería Dennis.

Se dio la vuelta y señaló a otro.

—¡Tú! ¡Ni siquiera sabes lo que es una *rueda!* ¡Niégalo!

Los prisioneros se quedaron mirándolo.

Dennis se tambaleó. Su conciencia osciló como una vela que se apaga.

—Tendría... tendría que haberme quedado en la compuerta y construido mi maldito zievatrón... El cerduende y el robot habrían sido de más ayuda que un puñado de salvajes que probablemente me comerán para la cena... y *practicarán* con mis huesos para hacer cucharas y tenedores... mis omóplatos serán una buena vajilla.

Las piernas le cedieron y cayó de rodillas, luego quedó tendido de bruces en la arena.

—Es culpa mía —dijo alguien por encima de él—. No tendría que haber dejado que se levantara con un chichón así en la cabeza.

Dennis sintió que unos fuertes brazos lo agarraban por las piernas y los hombros. El mundo se tambaleaba a su alrededor. *Cavernícolas.* Probablemente iban a meterlo en un jergón para que pudiera *practicarlo* en una cama de plumas sólo permaneciendo tumbado en él.

Dennis se rió, mareado.

—Ah, Den, sé justo... son un poco mejor que cavernícolas. Después de todo, han aprendido que la práctica conduce a la perfección...

Entonces perdió el conocimiento.

6

Era un programa de debate nocturno en trivi. Los invitados eran cuatro filósofos eminentes.

Desmond Morris, Edwin Hubble, William Gibbs y Seamus Murphy acababan de ser entrevistados. Después de la pausa comercial, el presentador del programa se volvió hacia las holocámaras, sonriendo diabólicamente.

—Bien, señoras y señores, hemos oído a estos cuatro caballeros hablar largo y tendido sobre sus famosas *Leyes de la Termodinámica.* Tal vez sea buen momento para recibir información opuesta. Es por tanto un gran placer presentarles a nuestro invitado misterioso de esta noche. ¡Por favor, den la bienvenida al señor Pers Peter Mobile!

Los cuatro filósofos se levantaron como un solo hombre, protestando.

—¿Ese charlatán?

—¡Falsario!

—¡No compartiré el estudio con un timador!

Pero mientras protestaban, la orquesta arrancó con una animosa a irreverente tonada. Mientras la fanfarria aumentaba, un *chimpancé* salió a escena sonriendo, enseñando sus dientes torcidos a inclinándose ante los aplausos del público.

Llevaba en la cabeza una gorrita con una hélice de juguete.

El chimpancé cogió un micrófono lanzado desde los laterales. Danzó al ritmo de la música, haciendo girar la hélice de juguete con un dedo. Luego, con voz rasposa pero extrañamente autoritaria, empezó a cantar.

¿Por qué es así?
Oh, ¿por qué?
¡Es un camino fácil,
lo confesaré,
si sabes lo que yo sé!

La música era pegadiza. Pers Peter Mobile sonrió y cantó un par de estrofas.

Oh, el viejo Ed Hubble sopló una burbuja cósmica,
¡y dijo que explotó!
No lo quiere admitir en vista del lío resultante,
¡pero empieza a hacer un frío horrible aquí!

Y Willard Gibbs, qué terrible pillín,
elaboró asuntos de economía.
El tiempo es la flecha que guía, se le oirá cantar,
¡y la deuda siempre crónica será!

El chimpancé desafinaba, pero no dejaba de hacer girar la pequeña hélice. El borrón en lo alto de su cabeza se volvió hipnótico, como las aguas de un tejido de muaré.

Los sabios antropólogos sostienen, oh, feliz refrán,
que el hombre por sus herramientas se define.
Las herramientas nos ayudan a capear
de la entropía el temporal.
¡Pero incluso ellas las reglas obedecen!

Y Murphy crítico, pesimista,
grita todavía pronosticando
que esto de la entropía
encierra algo personal
y que lo que mal puede salir, mal saldrá.

La música aumentó de volumen, acompañada por el gemir de la hélice. El mono bailarín volvió al estribillo.

¿Por qué es así?
Oh, ¿por qué?
Es un maldito lío,
lo confesaré,
¡pero hay un secreto que yo sé!

El borrón en lo alto de su cabeza ya no necesitaba un dedo para seguir funcionando. De hecho, ya no era una hélice de juguete.

La gorrita se había convertido en un casco espacial y las aspas al girar lo alzaban en el aire, para gran desazón de los otros invitados.

La cámara enfocó la cara del chimpancé. Dos filas de dientes grandes y amarillos sonrieron al público. La música rugió en un *crescendo.*

Oh, hay un tiempo y un lugar para cada cosa,
o eso dicen los sabios.
Si no te gustan las reglas
de un estúpido lugar,
¡no te quedes, echa a volar!

El chimpancé revoloteó por el estudio, su gorrita convertida ahora en un traje volador completo. Revoloteó sobre los furiosos filósofos, haciendo que éstos se escondieran tras los asientos. Luego dio un brusco giro y se dirigió a la cámara, riendo, aullando, chillando de risa.

¡Echa a vola-a-a-a-ar!

—¡Ah! —Dennis agitó las manos y se agarró al borde del jergón. Se quedó mirando la oscuridad largo rato, respirando con dificultad. Finalmente, se desplomó de nuevo en la cama con un suspiro.

Así que no había ningún mágico chimpancé negentrópico después de todo. Pero la primera parte del sueño era real. Estaba encarcelado en un mundo extraño. Un puñado de cavernícolas que no tenían la menor idea de que lo eran lo habían hecho prisionero. Estaba al menos a setenta kilómetros del zievatrón destrozado, en un mundo donde las leyes físicas más básicas en cuya creencia había sido educado estaban extrañamente retorcidas.

Era de noche. Los ronquidos resonaban en el cobertizo de los prisioneros. Dennis permaneció inmóvil en la oscuridad hasta que notó que había alguien sentado en el jergón de al lado, observándolo. Volvió la cabeza y vio la silueta de un hombre grande y musculoso de cabello rizado y oscuro.

—Ha tenido un mal sueño —dijo el prisionero suavemente.

—Estaba delirando —corrigió Dennis. Forzó la vista—. Me resulta usted familiar. ¿Era uno de los hombres a quienes grité? ¿Uno de *los ... practicadores de ropa?*

El hombre alto asintió.

—Sí. Me llamo Stivyung Sigel. Le oí decir que había conocido a mi hijo.

Dennis asintió.

—Tomosh. Un chico muy bueno. Debe estar usted orgulloso.

Sigel ayudó a Dennis a sentarse.

—¿Se encuentra bien Tomosh? —preguntó. Su voz era ansiosa.

—No tiene que preocuparse. Estaba perfectamente la última vez que lo vi.

Sigel inclinó la cabeza, agradecido.

—¿Vio a mi esposa, Surah?

Dennis frunció el ceño. Le resultaba difícil recordar lo que le habían dicho. Todo parecía muy lejano en el tiempo, y lo habían mencionado sólo de pasada. No quería inquietar a Sigel.

Por otro lado, el hombre merecía que le dijera lo que sabía.

—Umm, Tomosh se aloja con su tía Biss. Ella me dijo que su esposa había ido a pedir ayuda... ¿a alguien o algo llamado Latoof? ¿Likoff?

La cara del otro hombre palideció.

—¡Los L´Toff! —susurró—. No tendría que haber hecho eso. ¡La selva es peligrosa, y la situación no es tan desesperada!

Sigel se levantó y empezó a caminar a los pies de la cama de Dennis.

—Tengo que salir de aquí. *¡Tengo que hacerlo!*

Dennis ya había empezado a pensar en lo mismo. Ahora que sabía que no había científicos nativos para ayudarle, tenía que volver al zievatrón para intentar montar un mecanismo de regreso por sus propios medios, con o sin piezas de repuesto. De lo contrario, nunca saldría de aquel mundo loco.

Quizá pudiera usar en su provecho el Efecto Práctica, aunque sospechaba que funcionaría de forma muy distinta con un instrumento sofisticado que con un hacha o un trineo. La idea en sí era demasiado nueva y desconcertante para el científico que había en él.

Lo único que sabía realmente era que empezaba a anhelar su hogar. Y le debía a Bernald Brady un puñetazo en la nariz.

Cuando trató de levantarse, Sigel corrió a su lado y le ayudó. Se acercaron a una de las columnas; Dennis se apoyó y contempló la pared de la empalizada. Dos pequeñas lunas brillantes iluminaban el terreno.

—Creo que podría ayudarte a salir de aquí, Stivyung —1e dijo al granjero en voz baja.

Sigel se lo quedó mirando.

—Uno de los guardias sostiene que eres un brujo. Tus acciones anteriores nos hicieron pensar que podría ser cierto. ¿De verdad que puedes preparar una huída de este sitio?

Dennis sonrió. Hasta el momento, éste era el resultado del marcador: Tatir muchos, Dennis Nuel cero. Ahora era su turno. Se preguntó qué no podría conseguir del Efecto Práctica un doctor en física, cuando aquella gente ni siquiera había oído hablar de la rueda.

—Estará chupado, Stivyung.

El granjero pareció confundido por la expresión, pero sonrió esperanzado.

Dennis captó un leve movimiento. Se volvió a su derecha y contempló el castillo escalonado, sus murallas brillando a la luz de las lunas.

Tres pisos más arriba, tras un parapeto con barrotes, había una figura esbelta y solitaria. La brisa agitaba un vestido diáfano y una cascada de largo cabello rubio.

Estaba demasiado lejos para poder verla claramente de noche, pero Dennis quedó asombrado por la belleza de la joven. También tuvo la seguridad de que la había visto antes, de algún modo.

En ese instante ella pareció mirar hacia ellos. Permaneció así, con el rostro en las sombras, quizá viendo cómo la observaban, durante un buen rato.

—La princesa Linnora —la identificó Sigel—. Es tan prisionera como nosotros. De hecho, es el motivo por el que estoy aquí. El barón quería impresionarla con sus propiedades. Yo ayudo a practicar sus pertenencias a la perfección. —Sigel parecía amargado.

—¿Es tan hermosa de día como de noche? —Dennis no podía apartar la mirada.

Sigel se encogió de hombros.

—Es bonita, supongo. Pero no comprendo en qué piensa el barón. Es hija de los L´Toff. Los conozco mejor que la mayoría, a incluso a mí me resulta difícil imaginar a uno de ellos casándose con un ser humano normal.

V

LAZO DENTAL

1

—Patrullan ante la muralla para mantener apartada a la gente —dijo el pequeño ladrón—. Después de todo, muchos de los prisioneros tienen familia y amigos en el exterior, y buena parte de la población de Zuslik nos ayudaría a escapar. Ni siquiera después de treinta años los norteños de Kremer son demasiado populares por aquí.

Dennis asintió.

—¿Pero inspeccionan los guardias la muralla por fuera tan cuidadosamente como por dentro?

El comité de fugas constaba de cinco miembros. Estaban reunidos alrededor de una mesa desvencijada, almorzando.

Los prisioneros se sentaban en sillas endebles a incómodas. Habría sido mejor estar de pie, pero practicar las sillas era otra de sus tareas.

Gath Glinn, el miembro mas joven del grupo, estaba agazapado en las sombras junto a la cercana muralla de] castillo, agachado sobre el prototipo de artilugio de huida de Dennis. El joven rubio había sido el primero en comprender la idea del terrestre y se le había encargado ponerla en práctica.

Dejaba de trabajar y cubría el artilugio cada vez que los otros indicaban que los guardias estaban cerca.

Ahora mismo sus manos se movían rápidamente adelante y atrás, y la pequeña herramienta que *practicaba* emitía suaves sonidos zumbantes.

El hombre pequeño y cetrino a quien Dennis recordaba vagamente haber gritado durante su primer día en prisión meneó la cabeza y respondió a su pregunta.

—No, Denniz. A veces nos sacan por grupos para que tiremos piedras contra la muralla. Pero casi siempre nos hacen practicar desde dentro.

Dennis seguía asombrándose por las cosas que le contaban sus compañeros prisioneros. Su expresión debió de indicarlo.

Stivyung Sigel miró a derecha a izquierda para asegurarse que nadie se había acercado demasiado.

—Lo que Arth quiere decir, Dennis, es que otro de nuestros trabajos es practicar la muralla para que mejore.

El granjero había comprendido que Dennis procedía de algún lugar lejano, donde las cosas eran muy diferentes. Parecía sorprenderle que pudiera existir civilización en un lugar

donde las cosas no mejoraban con el uso, pero se mostraba dispuesto a conceder a Dennis el beneficio de la duda.

—Ya veo —asintió Dennis—. Ése es el motivo por el cual se permite a esos hombres golpear la muralla de esa forma sin que los guardias los detengan.

Había visto a grupos de prisioneros atacar la empalizada, y la muralla del castillo también, con rudas mazas. Se había preguntado por qué se permitía una cosa así.

—Eso es, Dennis. El barón quiere que la muralla sea más fuerte, por eso hace que los prisioneros la ataquen. —Stivyung se encogió de hombros al explicar algo tan básico—. Naturalmente, los guardias se aseguran de que no utilicen herramientas *buenas* mientras lo hacen. De esta forma, con el correr del tiempo, la muralla exterior se parecerá más y más a la que tenemos detrás, le pondrán un tejado, y el castillo se hará mucho más grande.

Dennis contempló el palacio. Ahora comprendía la estructura en forma de pastel de bodas. Cuando los coylianos construían una edificación ésta empezaba siendo poco más que un colgadizo burdo. Cuando por fin se convertía, después de años de práctica, en un sólido edificio de una planta, se construía encima otra estructura rudimentaria. Mientras el segundo piso mejoraba, el primero también lo hacía al soportar peso en su tejado y crecía hacia afuera por medio de añadidos laterales.

Mientras alguien viviera en él, el edificio practicaba y mejoraba. Sólo si era abandonado revertía lentamente, hasta acabar por desmoronarse convertido en un puñado de palos y barro y pieles de animales.

Dennis no imaginaba que en aquel mundo hubiera gran cosa para los arqueólogos, una vez que una gran ciudad era abandonada.

—También se aseguran de que practicamos toda la muralla —añadió Arth.

El diminuto ladrón sostenía ser un cabecilla entre los ladrones y rateros de la ciudad de Zusllk. Por el respeto que le tenían los otros prisioneros, Dennis no lo dudaba.

—Naturalmente, siempre tratamos de dejar zonas de muralla para que reviertan a viejos leños... para poder escapar por ellos. Ellos patrullan buscando esas aberturas. Es un juego de inteligencia. —Sonrió, como si estuviera seguro de que el juego podía ganarse tarde o temprano.

El sonido zumbante tras ellos terminó súbitamente en un brusco chasquido. El joven Gath alzó la parte cortada del trozo de madera, sonriendo admirado a Dennis.

—¡La *sierra flexible* funciona! —susurró excitado. Miró a su alrededor para asegurarse de que no había guardias cerca, y tendió la herramienta a Dennis.

Los dientes estaban calientes por la fricción. En la Tierra habrían mostrado signos de desgaste después de cortar aquel trocito de madera blanda. Pero Gath había estado pensando «¡Corta! ¡Corta!» mientras trabajaba. Y ahora, gracias a la suave práctica, la cremallera era un poco más afilada que antes.

Dennis sacudió la cabeza. Era una misión de locos confiar en una cremallera. Las que cerraban los bolsillos de su mono eran todas de plástico blando. Tuvo que arrancar la cremallera de metal de sus pantalones: ahora llevaba la bragueta cerrada con tres botones burdos que esperaba que mejoraran con el uso. ¡Desde luego, no estaba dispuesto a volver a usar *aquella* cremallera para su antigua. función!

—Buen trabajo, Gath. Nos encargaremos de que lo declaren enfermo para que puedas practicar esta sierra a la perfección. La noche en que esté terminada...

Arth intervino rápidamente con un comentario sobre el tiempo. Al cabo de un instante dos guardias pasaron cerca. Los prisioneros se interesaron por la comida hasta que se marcharon.

Cuando dejó de haber moros en la costa, Dennis se ofreció a pasar la sierra. Todos menos Stivyung Sigel rehusaron amablemente. Al parecer la gente corriente era un porco

supersticiosa en lo referente a aquellos que ponían «esencia» en una herramienta, los artesanos originales que «fabricaban» las herramientas por primera vez en lugar de practicarlas hasta la perfección. Probablemente lo consideraban magia porque se basaba en un principio desconocido para ellos.

Tendió de nuevo la cremallera a Gath, que la acarició ansiosamente.

El almuerzo se acabó. Los guardias empezaron a llamarlos de vuelta al trabajo.

La tarea actual de Dennis era atacar armaduras con una lanza roma y hueca... ¡mientras los soldados las llevaban puestas! Era un trabajo peligroso. Si golpeaba al soldado lo bastante fuerte para lastimarlo, lo zaherían con un látigo. Si golpeaba demasiado suavemente, los guardias gritaban y amenazaban con darle una tunda.

—A partir de ahora nos turnaremos vigilando a Gath para asegurarnos de que pueda practicar sin ser molestado —dijo mientras se levantaba—. Y le suministraremos madera que cortar. Discutiremos más tarde el resto del plan.

Todos los miembros del comité de fugas asintieron. Por lo que a ellos concernía, él era el mago.

Los guardias volvieron a llamar y Dennis se apresuró al trabajo. Uno de los castigos para la tardanza era quitar las pertenencias personales. Aunque ahora llevaba harapos similares a los otros, se le permitió conservar su mono, para «practicarlo» en su tiempo libre. Lo último que quería era que se lo confiscaran.

Tres horas después del almuerzo, sonó una campana anunciando el principio de un servicio religioso. Un capellán vestido con una túnica roja emplazó un altar cerca de la puerta trasera del castillo, y lanzó su llamada para congregar a los fieles.

Los que no participaban tenían que continuar trabajando, así que casi todos los prisioneros soltaban las herramientas de inmediato y acudían. A pesar de algún conato de risitas irreverentes, la mayoría participaba.

Unos pocos, como el ladrón Arth, continuaban su trabajo en el jardín, sacudiendo la cabeza y murmurando su desaprobación.

Dennis quería ser testigo de la ceremonia. Pero no veía forma de asistir a ella sólo como espectador. Los orantes se inclinaban y cantaban ante una fila de ídolos de madera y piedras preciosas.

Finalmente, decidió quedarse con Stivyung Sigel. Desde hacía una hora, según lo asignado, ambos cortaban madera usando hachas de cavernícola, bajo la mirada vigilante de un guardia.

—Parece que la mayoría de nuestros compañeros prisioneros no se toma la religión estatal demasiado en serio —le comentó Dennis a Stivyung en voz baja.

Sigel flexionó sus poderosos hombros y descargó el hacha en un gran arco, haciendo que lascas de madera volaran en todas direcciones. Tenía un aspecto un tanto incongruente cortando madera vestido con la ropa vistosa del barón Kremer, pero eso era parte de su trabajo. Al señor de Zuslik no le gustaba que su ropa se ajara. Después de aquella práctica sería soberbia.

—Los zuslikeranos solían ser poco religiosos bajo el mandato del antiguo duque —dijo Sigel—. Pero cuando el padre y el abuelo de Kremer llegaron, empezaron a otorgar favores a la Iglesia y los gremios, lo que resulta curioso, ya que antes los norteños nunca fueron grandes creyentes.

Dennis asintió. Era un patrón de comportamiento familiar. En la historia terrestre, los bárbaros a menudo se habían convertido en los más fieros defensores de la ortodoxia establecida después de que hubieran realizado una conquista.

Alzó el hacha y descargó un golpe contra su propio leño. La ruda hoja de piedra rebotó, apenas haciendo una mella.

—Supongo que tú tampoco eres creyente —le sugirió a Sigel.

El otro hombre se encogió de hombros.

—Todos esos dioses y diosas realmente tienen poco sentido. En las ciudades del este del reino están perdiendo sus seguidores. Algunas personas empiezan incluso a prestar atención a la Antigua Fe, como han hecho los L´Toff desde siempre.

Dennis estuvo a punto de preguntarle por la «Antigua Fe» pero el guardia les llamó al orden.

—¡Vosotros dos! ¡Trabajad o rezad! ¡Cortad la madera!

Dennis apenas podía entender el acento gutural norteño, pero sí captaba el sentido general de sus palabras. Blandió el hacha. Esta vez logró que unas cuantas lascas saltaran, aunque no se engañó pensando que la herramienta hubiera mejorado perceptiblemente.

Incluso con el Efecto Práctica, el camino era lento. Esperaba que el joven Gath tuviera más suerte con la cremallera-sierra que él con su maldito pedazo de pedernal.

2

Durante las tres noches siguientes, mientras Gath o Sigel practicaban la pequeña sierra bajo las sábanas, Dennis salió del cobertizo y se dedicó a dar paseos por el patio. Normalmente estaba cansado a esa hora, pero no tan exhausto como para no poder esquivar a los perezosos guardias en el puesto de control interior.

Además de pasar los días practicando hachas y armaduras, había estado tomando lecciones del lenguaje escrito coyliano. Stivyung Sigel, el prisionero mejor educado, fue su tutor.

Dennis se había visto obligado a modificar un poco su impresión inicial. La cultura de aquella gente estaba por encima del nivel «cavernícola». Tenían música y arte, comercio y literatura. Simplemente, carecían de tecnología más allá de finales de la Edad de Piedra. No parecían necesitarla tampoco.

Todo aquello que no tuviera vida podía ser practicado, así que todo estaba hecho de madera, piedra o piel... con fragmentos ocasionales de cobre nativo o hierro procedente de meteoritos, ambos altamente valorados. De todas maneras, era una maravilla lo que podía conseguirse sin metal.

Su alfabeto era un simple silabario, fácil de aprender. Sigel era un hombre más o menos educado, aunque había sido soldado y granjero, no un estudioso. Era un maestro paciente, pero sólo pudo arrojar un poco de luz sobre el origen de los humanos en Tatir. Eso, dijo, era especialidad de las iglesias... o de las leyendas. Stivyung le dijo a Dennis lo que sabía, aunque parecía cohibido contándole a un adulto lo que parecían cuentos de hadas. Pero Dennis había insistido, y escuchado con atención, tomando notas en su cuadernito.

Finalmente, Dennis llegó a la conclusión de que las historias de los orígenes eran tan contradictorias como las de la Tierra. Si había alguna relación entre los dos mundos, al parecer estaba perdida en el pasado.

Dennis se dio cuenta de que algunas de las leyendas más antiguas (en especial aquellas que trataban de la llamada Antigua Fe) hablaban de una gran caída, de un tiempo en que los enemigos del hombre hicieron perder a éste sus poderes sobre los animales y sobre la vida misma.

Stivyung conocía el relato gracias a su larga asociación con aquella misteriosa tribu, los L´Toff. No era gran cosa. Y tal vez se trataba sólo de una fábula, después de todo, como las historias que le contó Tomosh sobre dragones amistosos.

Así que Dennis reflexionó sobre el problema a solas. Bosquejó líneas de cálculo de tensiones en su cuaderno, al anochecer, después de la cena. Ni siquiera había llegado a elaborar una teoría para explicar el Efecto Práctica. Pero las matemáticas le ayudaron a tranquilizar su mente.

Necesitaba el enfoque de su ciencia. De vez en cuando sentía breves reapariciones de la extraña y mareante desorientación que había experimentado al llegar a Zuslik y durante su primer día de cárcel.

Ningún autor había mencionado jamás, en ninguna de las novelas de fantasía que había leído, lo difícil que era en realidad para un ser humano ajustarse al hecho de encontrarse, con su vida en peligro, en un lugar verdaderamente extraño.

Ahora que empezaba a comprender algunas de las reglas, y sobre todo ahora que tenía camaradas, estaba seguro de que se encontraría bien. Pero aún sentía escalofríos ocasionales cuando pensaba en la extraña situación en la que se hallaba.

Durante su cuarta noche en el campamento, después de haber esquivado el puesto interior para caminar bajo la tenue luz del crepúsculo entre los verdes tallos del jardín, Dennis oyó una música suave mientras avanzaba.

La música era maravillosa. El cálculo de anomalías en el que había estado trabajando se deshizo como jirones de niebla disueltos por una brisa fresca.

El sonido llegaba desde encima del extremo más lejano del patio de la prisión. Era el de una voz femenina aguda y clara, acompañada por algún tipo de arpa. El instrumento parecía llorar en la noche, suavemente y con un patetismo eléctrico. Dennis siguió la música, embelesado.

Llegó al punto donde la muralla nueva se encontraba con la vieja. Dos parapetos por encima, tañendo un pálido instrumento parecido a un laúd, estaba la muchacha a quien tan brevemente había visto en la carretera. Stivyung Sigel la había llamado Linnora, princesa de los L´Toff.

Unas picas afiladas de madera la mantenían prisionera en su balcón. Las varas relucientes reflejaban la luz de las lunas casi tan intensamente como sus cabellos de miel.

Dennis escuchó, embobado, aunque no podía distinguir las palabras.

La lira parecía haber tenido generaciones de práctica para conseguir tal poder. La voz de la muchacha lo llenaba de asombro, aunque apenas podía seguir las palabras cargadas de acento. La música parecía arrastrarle hacia delante.

La muchacha dejó de cantar bruscamente y se volvió. Una oscura figura había aparecido en el umbral situado en el extremo derecho de la balconada. Ella se puso en pie y se enfrentó al intruso.

Un hombre alto, ancho de hombros, entró a hizo una reverencia. Si Dennis no hubiera visto a Stivyung Sigel sólo momentos antes, allá en el cobertizo de los prisioneros, habría jurado que era su amigo el que avanzaba hacia la esbelta princesa. La ropa del hombretón era tan hermosa como la de Linnora, aunque destinada claramente a usos más comunes. Dennis oyó su voz grave, pero seguía sin poder discernir las palabras.

La princesa L´Toff sacudió lentamente la cabeza. El hombre se enfureció. Dio un paso hacia ella, blandiendo algo en la mano. Ella retrocedió al principio, pero luego mantuvo su terreno en vez de sufrir la indignidad de apretujarse contra la pared.

El corazón de Dennis latió más rápido. Tuvo la descabellada idea de correr hacia ella, como si fuera para él algo más que otro de los enigmas de aquel mundo. Sólo el saber que sería perfectamente inútil lo contuvo.

Las palabras del hombretón se volvieron imperiosas. Amenazó furioso a la muchacha. Luego arrojó algo al suelo y se dio la vuelta para marcharse por donde había venido. Las cortinas se agitaron tras él.

Linnora se quedó un rato, mirando en esa dirección; luego recogió lo que el hombre había tirado. Atravesó una puertecita situada en el extremo izquierdo del balcón, dejando su instrumento brillando solo a la luz de las lunas.Dennis permaneció en las sombras, junto a la pared, esperando a que ella regresara.

Sin embargo, cuando finalmente regresó, quedó consternado, pues se acercó a los barrotes de su parapeto y contempló el patio de la prisión, en dirección a él. Tenía un bulto en las manos, y miraba a su alrededor como buscando algo o a alguien en las sombras de debajo.

Dennis no pudo evitarlo. Avanzó hacia la pálida luz lunar. Ella le miró y sonrió débilmente, como si le hubiera estado esperando desde el principio.

La princesa pasó los brazos entre los barrotes y arrojó el bulto.

Éste voló por encima de los parapetos inferiores, casi chocó con la balaustrada del fondo y aterrizó a los pies de Dennis.

Se inclinó a recoger los restos destrozados de una de sus bolsas, atada con un lazo de cuerda. Dentro encontró algunas de las cosas que le habían quitado. Habían roto varias en un burdo esfuerzo por ver cómo funcionaban. Los cristales de su brújula estaban aplastados, los frascos de medicinas vacíos.

Con los artículos había una nota escrita en un coyliano fluido. Mientras la muchacha recogía su instrumento y tocaba suavemente, Dennis se concentró en lo que había aprendido de Stivyung, y leyó lentamente el mensaje.

Está asombrado.
No pude decirle qué eran estas cosas,
ni lo haría aunque lo supiera.
Ha perdido la paciencia,
y luego te preguntará a ti.
Mañana te torturarán para que les digas
lo que sabes,
sobre todo respecto a la terrible arma
que mata al contacto.
Si eres en verdad un emisario
del reino de los Creadores de Vida,
huye ahora.
Y pronuncia en voz alta el nombre de Linnora
en las colinas.

Había una retorcida firma al pie. Dennis la miró, la mente llena de preguntas que no podía formular y de conmiseración y agradecimiento que no podía transmitir.

La triste canción terminó. Linnora se levantó. Tras alzar una vez la mano en gesto de despedida, se volvió para entrar.

Dennis contempló la brisa agitar las cortinas durante un buen rato todavía.

—¡Arriba! —Sacudió a Arth.

Cerca, Stivyung Sigel despertaba a Gath, Mishwa Qan y Perth, los otros miembros del comité de fugas.

—¿Qué, qué? —El pequeño cabecilla se incorporó rápidamente, con un afilado trozo de piedra en la mano.

Arth sostenía proceder de un antiguo linaje de hombres que habían servido como guardaespaldas de los antiguos duques de Zuslik, antes de que el padre de Kremer se apoderara de la región en un acto de traición. El hombrecito tenía una fuerza enorme, desproporcionada para su tamaño. Parpadeó un instante, luego asintió y se levantó, rápida y silenciosamente.

Los conspiradores se reunieron junto a la muralla de la empalizada.

—No tenemos tiempo para seguir preparándonos —les dijo Dennis—. Las lunas acaban de ponerse, y esta noche es la noche.

—¡Pero dijiste que la *sierra* no era aún lo bastante buena! —protestó Gath—. ¡Y teníamos que preparar otras cosas!

Dennis sacudió la cabeza.

—Es ahora o nunca. No puedo explicarlo, pero tendréis que creerme. Arch, será mejor que vayas a robar las herramientas.

El pequeño ladrón sonrió y salió del cobertizo, en dirección al lugar donde se guardaban las herramientas de jardinería, no lejos de la ventana iluminada del barracón de los guardias. No tardaría mucho en robar unos cuantos artículos que pudieran utilizar como armas si era necesario. Dennis esperaba fervientemente que no fuera el caso.

—Dame la sierra.

Gath le entregó con cuidado la antigua cremallera. Dennis la sostuvo y la miró. Los dientes brillaban incluso allí, y parecían muy afilados.

Sacó de su mono un carrete de seda dental que, junto con el cepillo, guardaba en el bolsillo y no en la mochila cuando fue capturado. Ató firmemente dos palmos medidos de antemano a los extremos de la sierra.

—Muy bien —susurró—, allá va.

Dennis se alegró de que aquella gente entendiera al menos de cuerdas y lazos. Stivyung Sigel cogió la sierra y se apartó para hacerla girar por encima de su cabeza, soltando más y más cuerda mientras el lazo crecía.

Los guardias registraban rutinariamente a los prisioneros en busca de armas, herramientas cortantes y cualquier tipo de enredadera que pudiera ser practicada hasta convertirse en una cuerda con la que escalar. Pero habían pasado completamente por alto el hilo dental. Durante dos días lo había manoseado en su tiempo libre, *practicándolo* para ese intento de fuga.

La cuerda no iba a ser utilizada para escalar. Dennis dudaba que pudiera hacerse. Además, tenía una idea mejor.

Sigel la hizo girar una vez más y la soltó. El lazo pasó por encima del afilado extremo de uno de los troncos de la empalizada. Dennis cogió el cabo y lo tensó.

—¡A vuestros puestos! —susurró.

El ladrón Perth corrió a vigilar las patrullas dispuesto a distraer a los guardias si era necesario. Stivyung, Gath y Mishwa se pegaron contra las sombras, dejando a Dennis el primer turno con la sierra.

Sudaba ya antes de llegar a asegurarse de que tenía los dientes en la posición adecuada. Envolvió sus manos con la áspera tela, luego hizo lo mismo con varios lazos de seda, y empezó a tirar adelante y atrás, con suavidad, trabajando como si fuera un pedazo de seda dental que frotara lentamente los lados de un diente. Si la había orientado bien, la sierra cortaría el cuero y el barro que mantenían aquel tronco unido a los otros.

La acción cortante empezaría en el punto más débil: la parte superior, que tenía menos «práctica de muralla». Mientras se abría paso hacia abajo, la sierra mejoraría, y el propio peso del tronco tiraría más de los lazos restantes.

Al menos esperaba que esa parte de la física siguiera siendo efectiva en aquel lugar de locos. Dennis se agazapó en el suelo y aplicó gradualmente mayor presión a medida que la sierra mordía los troncos. Mientras cogía ritmo tuvo tiempo de pensar, de preocuparse por las patrullas de los guardias y de preguntarse por la muchacha del parapeto.

¿Cómo sabía que él estaría allí abajo, en la oscuridad? ¿Qué había querido decir Stivyung cuando dio a entender que la princesa de los L´Toff no era del todo humana?

No había respuesta ninguna en la noche tranquila y oscura. Dennis se preguntó si alguna vez tendría la oportunidad de formular las preguntas adecuadas.

Trató de concentrarse en el trabajo manual, en su acción cortante. Aunque algunos desestimaban la idea, otros sostenían que una mente concentrada tendía a hacer más rápida la práctica.

Cortó hasta que le dolieron los brazos y supo que la fatiga lo volvía ineficaz. A esas alturas ya tenía confianza en la nueva resistencia a la tensión de la seda dental y estaba dispuesto a dejar que otro siguiera cortando. Señaló a Sigel para que se hiciera cargo del trabajo. El hombretón se adelantó para ayudarle a desenvolver de sus manos la tela.

Dennis hizo una mueca de dolor cuando la circulación volvió a sus dedos. Envidió a Stivyung por sus callos de granjero. Se desplomó en las sombras junto a la pared, donde esperaban Gath y Mishwa.

Permanecieron sentados juntos en silencio durante un rato, contemplando al granjero tirar pacientemente de la cuerda adelante y atrás. Sigel parecía un tronco en la oscuridad. Era sorprendente lo bien que se fundía con ella.

Pasaron minutos. Una vez oyeron a Arth dar su llamada de aviso, una imitación de un ave nocturna. Sigel se tumbó de plano en el suelo, y no tardó en aparecer una patrulla de guardia por una esquina, llevando una linterna. Un haz de luz enfocado hacia allí podría descubrirlos. Dennis y los demás contuvieron la respiración.

Pero los de la patrulla pasaron de largo, tras haber contado a los prisioneros del cobertizo... incluidos los bultos de tela que el grupo había metido bajo las mantas.

A1 parecer, como había predicho Arth, la rutina volvía perezosos a los guardias.

Cuando el pequeño ladrón dio la señal de que todo estaba despejado, Sigel se levantó y siguió trabajando, infatigable. Desde donde los demás esperaban, podía oírse un leve sonido siseante, mientras la sierra cortaba más profundamente con cada pasada.

El joven Gath se acercó un poco más a Dennis.

—¿Es verdad que la princesa te mandó una nota? —susurró el muchacho.

Dennis asintió.

—¿Puedo verla?

Un poco reluctante, le tendió la tira de papel basto. Gath lo contempló, con el ceño fruncido, moviendo los labios. Saber leer no era común en aquella sociedad feudal. Dennis ya leía tan bien como el muchacho.

Gath le devolvió la nota.

—Algún día me gustaría visitar a los L´Toff —dijo—. En los días del antiguo duque había más contactos con ellos. ¿Sabes que a veces adoptan a humanos normales? —continuó el muchacho—. ¡Los L´Toff me recibirían con los brazos abiertos, lo sé! ¡Quiero ser un *creador!*

Gath le dijo esto último como si confiara a Dennis un enorme secreto.

Dennis sacudió la cabeza, todavía confundido por las costumbres que la gente de Tatir había desarrollado para tratar con el Efecto Práctica.

—¿Un creador es alguien que fabrica una herramienta por primera vez? —pregunto—. ¿Alguien que hace comenzadores?

Un «comenzador» era como llamaban a un nuevo objeto o herramienta que nunca había sido practicado.

—Creía que *crear* era privilegio de ciertas castas.

Gath asintió. Aceptaba la ingenuidad de Dennis como parte de su condición de mago.

—Sí. Está la casta de los picapedreros, y la casta de los madereros, la de los curtidores y la de los constructores y las demás. —Sacudió la cabeza—. Las castas están cerradas a los recién llegados, y lo hacen todo a la antigua. Sólo los granjeros como Stivyung pueden crear sus propios comenzadores de la forma que quieren y seguir adelante, porque están en el campo, donde nadie los puede pillar.

—¿Y eso qué importa? —preguntó Dennis en voz baja—. Una herramienta de comienzo pronto se adapta a quien la practica, mejorando con el uso. Podrías convertir una hoja seca en un bolso de seda si la trabajas lo suficiente.

El joven sonrió.

—La *esencia* original que hay en un comenzador influye en su forma final... un hacha sólo pude hacerse a partir de un hacha de comienzo, no de una escoba o un trineo. Una cosa no consigue convertirse en algo mediante la práctica a menos que sea de alguna utilidad desde el principio.

Dennis asintió. Incluso allí, donde la tecnología era inexistente, la gente encontraba relaciones de causa y efecto.

—¿Por qué estás en la cárcel, Gath?

—Por *crear* comenzadores de trineos sin permiso de las castas. —El muchacho se encogió de hombros—. Fue una estupidez por mi parte dejarme coger. Hasta que viniste, pensaba que cuando saliera me dirigiría a los L´Toff. ¡Pero ahora prefiero trabajar para ti!

Le sonrió a Dennis.

—¡Probablemente sabes más sobre *crear* que los L´Toff y todas las castas juntas! Tal vez necesites un aprendiz cuando regreses a tu tierra natal. ¡Yo trabajo duro! ¡Ya sé cómo cortar pedernal! ¡Y aprendí a hacer ollas colándome en ... !

El muchacho empezaba a excitarse demasiado. Dennis le hizo un gesto para que bajara la voz. Se calló, obediente, pero sus ojos seguían brillando.

Dennis pensó en lo que acababa de decir Gath. Probablemente sabía más acerca de «crear» que nadie en aquel mundo. Pero apenas sabía nada sobre el Efecto Práctica. Aquí y ahora, esa ignorancia podía ser fatal.

—Ya veremos —le dijo al muchacho—. Cuando salgamos de aquí, puede que tenga prisa por volver a casa, y tal vez necesite una mano. —Pensó en las colinas del noroeste, en el zievatrón.

Le preocupaba todo el tiempo que había pasado persiguiendo una civilización mecánica en aquel planeta. ¿Había enviado Flaster a alguien más a través de la máquina? Era típico de aquel hombre ponerse nervioso y retrasarse y finalmente empezar a buscar otro «voluntario».

Por otro lado, Flaster podría haber renunciado y puesto en marcha el zievatrón, poniendo al equipo del Tecnológico Sahariano a trabajar buscando una vez más entre los mundos anómalos... usando el algoritmo de búsqueda de Dennis Nuel, por supuesto.

Tal vez tenga que pasar aquí el resto de mi vida, se dijo.

De pronto, se le apareció una imagen de cabellos dorados a la luz de las lunas. Se le ocurrió que aquel mundo tenía sus atractivos.

Temblando, recordó que también había recibido un aviso de inminente tortura sólo un par de horas antes.

Tatir también tenía sus pegas.

Stivyung Sigel no había pedido todavía que lo sustituyeran. Trabajaba con una intensidad febril que asombraba a Dennis, quien alzó la cabeza para ver qué progresos hacía el granjero.

Se quedó mirando, sorprendido. ¡La sierra ya había cortado hasta la mitad de lo previsto! ¿Cómo ... ?

Miró a Sigel y se frotó los ojos. *Tenía* que deberse a la oscuridad, pero de algún modo era como si el aire que lo rodeaba titilara débilmente. Era como si pequeñas corrientes de aire se revolvieran a su alrededor. Dennis se volvió hacia Gath para preguntarle si también él lo veía.

El joven creador también lo veía. Se quedó mirando a Sigel, completamente asombrado, igual que Mishwa, el otro ladrón que los acompañaba.

—¿Qué es eso? —susurró Dennis con urgencia—. ¿Qué está sucediendo?

Sin apartar los ojos, Gath respondió:

—¡Es un auténtico trance *felthesh!* ¡Dicen que una persona tiene suerte si llega a presenciar uno en su vida!

Dennis volvió a mirar a Sigel. El hombre trabajaba con intensidad demoníaca, formando un destello al mover los brazos adelante y atrás. Mientras observaban, la débil luminosidad que le rodeaba pareció escalar el fino hilo de seda, como la ionización chispeante alrededor de una línea de alto voltaje.

Fuera lo que fuese el misterioso «trance felthesh», pudo ver que Sigel y la sierra destrozaban la unión de la empalizada. Una leve lluvia de polvo caía de las crecientes aberturas a cada lado del tronco.

A Dennis le pareció asombroso. ¡Pero más le preocupaba en ese momento que los guardias advirtieran aquel fenómeno!

Dennis decidió que era hora de apresurar un poco las cosas.

Hizo un gesto al ladrón Mishwa Qan. El prisionero era un gigante; aún más grande que Gil´m, el guardia. Mishwa sonrió y se puso rápidamente en pie. A la llamada de Dennis se agazapó en la base de la muralla, apoyó la espalda contra el tronco, y empujó. Las ligaduras gimieron levemente.

Sigel siguió trabajando sin pausa, sin pedir ayuda. La sierra había descendido ya casi hasta la altura del hombre, pero su ritmo empezaba a menguar. La empalizada tenía más práctica a ese nivel y era más dura.

Mishwa gruñó y volvió a empujar. El tronco se quejó suavemente, luego se inclinó hacia fuera un poco, ayudado por su propio peso.

Dennis pidió a Gath que ayudara a Mishwa. Pronto los dos estuvieron resoplando mientras el tronco volvía a gemir.

Una figura oscura, un poco más grande que un sapo gigante, se inclinó sobre la creciente abertura y contempló la brillante cremallera-sierra mientras cortaba. El nimbo del

«trance felthesh» de Sigel pareció cubrirla, envolviendo tanto la criatura como la sierra en un suave resplandor.

Unos ojos verdes brillaron en la oscuridad. Unos dientecitos afilados destellaron en gesto de diversión.

Dennis sacudió la cabeza.

—Duen, maldito mirón. ¡Ahora se te ocurre aparecer! ¿Cuándo servirás para algo, eh?

Se dio la vuelta y se unió a los otros, empujando el enorme tronco. Cada vez que oscilaba, hacía un ruido que Dennis imaginaba podía oírse al otro lado del valle.

Arth llegó corriendo desde su puesto de vigilancia.

—Creo que han oído algo —susurró el ladrón—. ¿No deberíamos parar un momento?

Dennis miró el tronco. Las estrellas brillaban a través de la abertura. En el rostro de Stivyung Sigel había una fiera expresión luminosa que hizo que Dennis sintiera un escalofrío. Los brazos del granjero eran un destello y la sierra desprendía un suave zumbido casi continuo.

Dennis no se atrevió a perturbar a Sigel. Sacudió la cabeza.

—No podemos. ¡Es todo o nada! ¡Si vienen los guardias tendrás que distraerlos!

Arth asintió brevemente y se marchó.

Entre empujones, Dennis miró la fina sonrisa que indicaba que el cerduende seguía allí, observando su pugna. Disfruta, le deseó a la criatura, y empujó de nuevo.

El tronco gruñó, esta vez realmente fuerte. Hubo un alarido tras ellos en el complejo, una conmoción de sombras en los barracones. Siguieron más gritos y alaridos procedentes casi de todas partes.

—¡Con fuerza! —urgió. Todos sabían que les quedaba poco tiempo.

Mishwa Qan gritó y se abalanzó contra la barrera que se alzaba entre él y la libertad. Gath y Dennis fueron apartados a un lado.

Unas llamas aletearon en los barracones. La distracción de Arth había empezado. Unas sombras se movieron delante del fuego. Las porras se alzaron bien alto mientras los guardias y los prisioneros luchaban. Arriba, en el castillo, empezó a sonar un gong de alarma. Los ladrones, Arth y Perth, salieron súbitamente de las sombras. El hombre más pequeño jadeaba.

—Nos he conseguido unos doscientos latidos de ventaja, Denniz. No más.

El tronco volvió a gemir, como un animal moribundo, mientras se inclinaba otros diez grados.

—Resta con eso *cien* latidos —dijo Arth secamente.

Sigel redobló sus esfuerzos y la sierra cantó una tonada aún más aguda. El hombre parecía envuelto en turbulencia, y copos de luz caían del cable de seda dental.

Mishwa Qan retrocedió unos seis metros, arañó el suelo con los pies y soltó un fiero grito mientras cargaba contra el tronco iluminado. Éste se desplomó con un crujido, y de repente tuvieron una abertura ante ellos. El sonido se propagó a través de la noche. No había confusión posible en la reacción de los guardias. Dejaron el incendio y el tumulto y se gritaron mutuamente, señalando a Dennis y sus camaradas.

Sigel contempló agotado su tarea, con las manos colgando fláccidas a sus costados. El hombre parecía exhausto, pero sus ojos estaban encendidos.

Tres guardias salieron de la fluctuante luz de los cobertizos, con las porras en alto. De repente una sombra en el suelo se alzó ligeramente, lo suficiente para hacer resbalar a uno de ellos. Arth agarró el pie izquierdo de otro guardia, que también cayó de bruces.

El tercero llegó hasta Dennis, entonando un feroz alarido de batalla.

—Oh, al diablo —suspiró Dennis. Detuvo el brazo alzado y golpeó al guardia en la nariz. El soldado cayó de espaldas, sin aliento.

Acudieron más guardias. Dennis sintió una brisa a su lado cuando Arth pasó corriendo.

—¡Vámonos! —le gritó Dennis a Sigel, y empujó al granjero hacia el estrecho portal que conducía a la libertad.

Una lanza chocó en la muralla, cerca de ellos. Stivyung reaccionó, luego sonrió a Dennis y asintió. Juntos, atravesaron la abertura y salieron a la noche.

Mientras escapaban, Dennis vio algo que brillaba, como un collar de diamantes a la luz de las estrellas, medio asomando bajo el tronco caído.

Pero no se detuvieron, y pronto Sigel y él estuvieron corriendo por las callejas de Zuslik, con sus perseguidores detrás.

VI

BALLON D'ESSAI

1

Las señales hechas con linternas destellaban desde el castillo hasta todas las puertas. Los destacamentos de guardia se doblaron, y todas las personas que intentaban dejar la ciudad fueron registradas a conciencia. En el cielo, los miembros de la patrulla aérea del señor escrutaron la zona hasta la llegada de la oscuridad, momento en que tuvieron que aterrizar.

—El barón nunca formó un alboroto como éste cuando se le escapó alguien. No es que se lo tomara a bien, ¿pero por qué la gran caza del hombre esta vez?

El ladrón tuerto, Perth, se asomó a una ventana del primer piso de una de las nuevas construcciones (y por tanto más débiles) de Zuslik. Le preocupaban las luces destellantes y el paso de las tropas de norteños con sus altos cascos de piel de oso.

Arth, el pequeño cabecilla de los bandidos, indicó a su socio que se apartara de la ventana.

—Nunca nos encontrarán aquí. ¿Desde cuándo han detectado los norteños de Kremer uno solo de nuestros escondites? Cierra los postigos y siéntate, Perth.

Perth obedeció, pero dirigió una mirada de reojo a los otros fugitivos, que charlaban en torno a una mesa cerca de la cocina mientras la esposa de Arth preparaba la cena.

—Tú y yo sabemos a quién buscan —le dijo a Arth—. Al barón no le gusta perder a uno de sus mejores practicadores. Y aún peor no le gusta perder a un mago.

Arth no pudo más que estar de acuerdo.

—Apuesto a que el barón Kremer lamenta haber dejado a Denniz en la cárcel tanto tiempo. Probablemente pensó que tenía todo el tiempo del mundo para torturarlo.

Arth acarició los mullidos brazos de su sillón reclinable. Una vez al día, uno de los miembros libres de su banda se había sentado en él para mantener su práctica. Arth estaba satisfecho porque eso demostraba que creían que escaparía tarde o temprano.

—De todas formas —le dijo a Perth—, les debemos nuestra libertad a esos tres, así que no les echemos la culpa de la ira del barón.

Perth asintió, pero distaba mucho de estar contento. Mishwa Qan y la mayoría de los otros ladrones estaban fuera, buscando en la ciudad los artículos que Dennis Nuel había pedido. A Perth no le gustaba que un forastero diera órdenes a los ladrones de Zuslik... fuera mago o no.

Gath miraba de los dibujos de Dennis al terrestre. El muchacho apenas podía contener la excitación.

—¿Así que la bolsa no tendrá ninguna esencia de vuelo hasta que se meta dentro aire caliente? ¿Volará de verdad entonces? ¿Como un pájaro, o una cometa, o uno de los dragones de las leyendas?

—Lo descubriremos en cuanto Dama Aren regrese con la primera bolsa, Gath. Experimentaremos con un modelo y veremos cuánta práctica lo mejora de la mañana a la noche.

Gath sonrió ante la mención de la vieja costurera. Claramente, el joven no tenía un gran concepto de Dama Aren y sus extrañas costumbres. La anciana vivía pasillo abajo, ganándose como podía la vida como costurera. Sin embargo, sus modales eran excelentes e insistía en que la trataran con cortesía, ya que había sido una joven cortesana en los días del antiguo duque.

Ahora mismo todo su plan dependía de la habilidad de una vieja loca.

Stivyung Sigel estaba sentado junto a Gath, chupando lentamente una pipa, contentándose con escuchar y formular de vez en cuando alguna pregunta. Parecía completamente recuperado de los efectos de su trance felthesh. De hecho, había pospuesto su idea original (tratar de escalar las murallas de la ciudad) sólo cuando Dennis le aseguró que había una forma mejor de salir de allí y buscar a su esposa.

Arth y Perth se unieron a los tres en la mesa. Dennis y Gath recogieron los dibujos mientras la esposa de Arth, Maggin, traía un pollo asado y jarras de cerveza.

Arth arrancó un muslo y procedió a mancharse con él la barba, alimentándose aparentemente sólo como efecto secundario y accidental. Los otros apuñalaron el ave por turnos después de su anfitrión, como demandaba la cortesía. Maggin trajo un humeante cuenco de verduras cocidas y se unió a ellos.

Arth habló con la boca llena.

—Recibimos un mensaje de los muchachos mientras estabas tan atareado haciendo esos dibujos, Denniz.

Dennis alzó la cabeza, esperanzado.

—¿Encontraron mi mochila?

Arth sacudió la cabeza, mordisqueando su comida.

—No fuiste demasiado concreto, Denniz. Me refiero a que hay un montón de edificios cerca de la puerta oeste, y algunos de sus parapetos se usan como balconadas y jardines, en cuyo caso lo mochila ya ha sido recogida.

—¿Ninguna pista? ¿Ningún rumor?

Arth dio un sorbo, dejando que la cerveza roja y espumosa desbordara la jarra y le cayera por la barba. Obviamente, apreciaba la comida casera después de haber estado en la cárcel. Se limpió la boca con la manga. Dennis notó que todas las camisas de Arth parecían haber desarrollado gradualmente una esponja en la manga izquierda.

—Bueno, lo diré, Denniz, que corren extraños rumores. Dicen que alguien ha visto a una bestia krenegee por la ciudad. También comentan que han visto al fantasma del viejo duque venir a vengarse del barón Kremer.

»Hay incluso una historia sobre una extraña criatura que no come, sino que espía a la gente por las ventanas y se mueve más rápido que el rayo .... algo nunca visto, con cinco ojos.

Arth se llevó la mano abierta a la cabeza, con los dedos hacia arriba, y la hizo girar, acompañada de un sonido sibilante. Perth se atragantó con la cerveza. Maggin y Gath se echaron a reír.

—¿Pero mi mochila ... ?

Arth extendió las manos para indicar que no sabía nada de ella.

Dennis asintió, sombrío. Había albergado la esperanza de que los ladrones recuperaran la mochila intacta. O de que al menos oyeran noticias sobre sus «extrañas» pertenencias en el mundillo de los bajos fondos. Tal vez algún que otro artículo apareciera a la venta en el bazar.

Lo más probable era que la mochila estuviera ya en manos del barón Kremer. Dennis se preguntó si en aquel mismo momento Kremer no estaría agitando su hornillo de campamento o sus útiles de afeitar ante la nariz de la princesa L´Toff, Linnora, exigiendo que le explicara para qué servían.

A pesar de su misteriosa reputación, los L´Toff estarían tan perplejos con los artículos de Dennis como cualquier otra persona de Tatir. Linnora no podría ayudar a Kremer.

Dennis esperaba no haber empeorado todavía más la situación de la muchacha poniendo furioso a su captor.

Llamaron suavemente a la puerta. Los hombres se tensaron hasta que oyeron repetirse la llamada cinco veces, luego dos, según lo previsto.

Perth fue a descorrer el cerrojo, y entró una anciana ataviada con un vestido muy elegante. Soltó un gran saco mientras los hombres se levantaban y la saludaban cortésmente.

—Señores —dijo la vieja dama, a hizo una reverencia—. El tapiz global que pedisteis está terminado. Como solicitasteis, he bordado solamente leves contornos de nubes y aves en los lados. Podéis practicar la escena a la perfección por vuestra cuenta. Si este pequeño globo os satisface, comenzaré la versión más grande en cuanto me traigáis los materiales.

Arth recogió el paño de frágiles sábanas de terciopelo y fingió inspeccionarlo brevemente. Luego se lo tendió a Dennis, que lo cogió ansiosamente. Arth hizo una inclinación de cabeza a Dama Aren.

—Su excelencia es muy amable —dijo; su forma de hablar se volvió de pronto casi aristocrática—. No ensuciaremos vuestras manos con dinero de papel o ámbar. Pero nuestra gratitud no podrá negarse. ¿Podremos contribuir al mantenimiento de vuestra mansión, como hemos hecho en el pasado?

La anciana hizo una mueca de fingido disgusto.

—No sería indecoroso si así se acordara.

Al día siguiente, una cesta de comida aparecería ante su puerta, como por arte de magia. Se mantendrían las apariencias.

Dennis no fue testigo de la transacción. Estaba maravillado con el «tapiz global».

Los coylianos poseían unas cuantas tecnologías respetables. Había ciertas cosas que tenían que ser utilizables desde el día en que eran «creadas» y no podían ser practicadas sin que se estropearan. El papel, por ejemplo. Un trozo de papel podía tener que esperar en un cajón durante semanas o meses hasta que fuera necesario para escribir una nota o una carta. Entonces necesitaba todas sus cualidades como papel para ser utilizado instantáneamente. Una vez escrito, podía permanecer guardado durante años sin que fuese necesario consultarlo. No se degradaría, como sucedía con las cosas abandonadas cuyas cualidades existían puramente a fuerza de práctica.

No era extraño que allí utilizaran papel moneda y nadie se quejara. El material tenía un valor intrínseco casi tan grande como el ámbar o el metal.

La fabricación de papel y la de fieltro iban unidas. Dennis había pedido a los ladrones que «adquirieran» una docena de metros cuadrados del mejor fieltro que pudieran encontrar. Si el experimento funcionaba, querrían continuar robando fieltro hasta acabar prácticamente con todo el suministro de la pequeña metrópoli.

A Dennis apenas le sorprendía sentirse tan poco culpable por formar parte de una banda. Todo era parte de su reacción general a ese mundo, comprendió con un leve toque de amargura. Los terrestres tuvieron que esforzarse y experimentar durante miles de años para llegar a un grado de comodidad que aquella gente conseguía casi sin pensar. Podía asumir fácilmente el hecho de coger de ellos lo que necesitaba.

En cualquier caso, el principal mercader de papel de Zuslik era amigo íntimo del barón. Su monopolio y la procedencia de su riqueza aseguraban que pocos en la parte baja de la ciudad sintieran lástima por él.

El «tapiz global» era una esfera cosida de tela tan liviana como el papel, abierta por un extremo. Sus lados estaban ligeramente bordados con nubes y aves. Las puntadas eran bastante irregulares, aunque era indudable que Dama Aren se consideraba una artista.

Con el tiempo, si ojos apreciativos practicaban lo suficiente, las figuras parecerían cobrar vida. Dennis comprendió que, como la ciencia, también el arte se beneficiaba del Efecto Práctica.

Dennis, Sigel y Gath esperaron mientras Dama Aren chismorreaba con Arth y Maggin. Sigel dirigió a Gath una dura mirada cuando el muchacho empezó a tamborilear con los dedos sobre la mesa. La espera se haría interminable. Y Arth no daba muestras de tener ninguna prisa por terminar. ¡El pequeño ladrón parecía estar pasándoselo bien!

Dennis se obligó a relajarse. Probablemente también él disfrutaría con un poco de chismorreo si acabara de regresar a casa después de un largo encarcelamiento. Descubrió que anhelaba saber qué había estado pasando en el Tecnológico Sahariano.

Se preguntó si Bernald Brady habría tenido suerte para ganarse el corazón de la hermosa Gabriella. Alzó su copa y brindó por la suerte de Brady en la aventura.

Finalmente, la vieja dama se marchó.

—Muy bien —dijo Dennis—, terminémoslo.

Extendió el globo sobre la mesa. Gath y Sigel cogieron varias velas de sebo y empezaron a frotarlas cuidadosamente contra el papel de fieltro, extendiendo una fina capa de cera. Mientras tanto, Dennis amarró cuidadosamente una pequeña góndola de cuerda y corteza al extremo abierto.

Para cuando fijó una vela a la diminuta cesta, los otros anunciaron que ya habían terminado. Arth, Perth y Maggin observaban, el asombro pintado en el rostro.

Dennis y Gath llevaron el artilugio a un rincón, donde habían preparado un burdo armazón de madera.

—Se llama globo —explicó Dennis, mientras tendía el tejido sobre el armazón.

—Eso ya nos lo has dicho —replicó Perth, con un cierto retintín—. Y dijiste que volaría. Una cosa *creada* que volaría... y bajo techo, donde no hay viento...

Obviamente, no se lo creía. De momento sólo había una forma de volar: construyendo, y practicando lentamente, una gran cometa sujeta a tierra.

Mucho tiempo antes, algún genio coyliano que odiaba mojarse había inventado un paraguas... ahora un artículo común que todos empleaban. Más tarde, después de que una tormenta imprevista hiciera que un paraguas se alzara con el viento, llevando a su propietario a un breve y peligroso paseo, alguien dió un segundo salto conceptual. Fue el nacimiento de las cometas en Tatir. Furiosas prácticas condujeron al desarrollo de alas con cabos que llevaban a los hombres por encima de la superficie, para mirar el terreno de debajo.

Esas cometas habían ayudado al padre del barón Kremer, un noble menor de las montañas, a derrotar al antiguo duque y obligar al rey de Coylia a otorgarle el dominio sobre la parte superior del valle del Fingal.

Sólo en los últimos años se había dado el paso hacia los auténticos planeadores... esta vez gracias al propio Kremer. Aunque otras fuerzas armadas ya tenían cometas, de momento él, y sólo él, poseía una auténtica fuerza aérea.

Era una importante ventaja táctica en su presente conflicto con la autoridad real.

Dennis se preguntaba por qué nadie más había desarrollado planeadores. Tal vez tuviese algo que ver con la imaginería personal de quien practicaba un objeto. Había que tener en mente una idea de lo que se quería. Tal vez nadie podía concebir una cometa sin cabo que no fuera fatal para su jinete, y por eso las cosas permanecieron sin cambios hasta que Kremer dió el salto.

Dennis colocó la vela directamente bajo la abertura al fondo del globo de prueba.

Sonrió con seguridad.

—Ya verás, Perth. Pero asegúrate de que esos cubos de agua estén a mano por si tenemos un accidente.

Actuaba con confianza, pero no las tenía todas consigo. En un relato de ciencia ficción que había leído siendo niño, un terrestre, como él, había sido transportado a otro mundo donde las leyes físicas también eran diferentes. ¡En el relato, la magia funcionaba, pero la pólvora y las cerillas del héroe fallaban!

Dennis sospechaba que el Efecto Práctica de Tatir simplemente complementaba la física que conocía, en vez de suplantarla. Desde luego, eso esperaba.

Un humo claro surgió de la vela y entró en el globo por el agujero del fondo.

Arth ofreció a Dennis y Stivyung sus mejores sillones y sacó unas cuantas sillas de palo y mimbre que «todavía necesitaban un montón de trabajo», según insistió. Dio a Dennis y Stivyung dos hermosas pipas y fumó felizmente con una formada por una rama hueca y una tusa de maíz, trabajándola lentamente hacia la perfección, o al menos evitando su declive hacia la falta de utilidad.

Dennis sacudió la cabeza. Hacía falta mucho tiempo para acostumbrarse al Efecto Práctica.

—¿Puede alguien explicarme qué intenta hacer el barón Kremer? —preguntó Dennis mientras esperaban a que la bolsa se llenara—. ¿He de entender que está desafiando a la autoridad central... al rey?

Stivyung Sigel chupó lentamente su pipa antes de responder.

—Estuve en los Exploradores Reales, Dennis, hasta que me casé y me retiré. El barón nos puso las cosas difíciles en la frontera occidental. No quiere tenernos cerca a mí y a los míos, porque no puede contar con nuestra lealtad.

»El barón cuenta con el apoyo de los gremios de creadores. A los gremios no les gusta que los colonos se asienten demasiado lejos de las ciudades. Nosotros creamos nuestros propios comenzadores: cortamos nuestro pedernal, curtimos nuestras pieles y cuerdas, tejemos nuestra ropa. Últimamente, la verdad sea dicha, hemos empezado a hacer nuestro propio papel.

Arth y Perth alzaron la cabeza, picada su curiosidad. Gath parpadeó sorprendido.

—¡Pero el papel de los gremios es el secreto mejor guardado de todos! ¿Cómo aprendisteis ... ? —Chasqueó los dedos—. ¡Claro! ¡Los L´Toff!

Sigel simplemente siguió fumando su pipa. No dijo nada hasta que notó que todos le estaban mirando y que esperaban que continuase.

—El barón ya lo sabe —dijo, encogiéndose de hombros—. Y también los gremios. La gente corriente puede que también lo averigüe. Lo que está sucediendo aquí es el filo cortante de algo grande que está sacudiendo las ciudades y estados del este. La gente empieza a cansarse de los gremios, los clérigos y los barones que 1a oprimen. La popularidad del rey ha aumentado desde que redujo los requisitos para votar a los concejales y desde que convoca una Asamblea cada primavera en vez de un año de cada diez.

Dennis asintió.

—Déjame adivinar. Kremer es un líder que defiende la causa de los barones. —La historia no era nueva para él.

Sigel asintió.

—Y parece que tienen más fuerza. Los guardias y exploradores del rey son las mejores tropas, desde luego, pero las levas feudales las superan seis o siete a uno.

»Y ahora Kremer tiene esas cometas de vuelo libre para llevar a sus exploradores allí donde quiera. Aterrorizan a la oposición, y las iglesias están difundiendo la idea de que son los antiguos dragones que han regresado a Tatir... prueba de que Kremer cuenta con el favor de los dioses.

»En eso tengo que creer a Kremer. Nadie tuvo jamás la idea de los planeadores. Ni siquiera los L´Toff.

Una mención más a los L´Toff hizo que los pensamientos de Dennis volvieran a la princesa Linnora, prisionera del barón Kremer allá en el castillo. Había empezado a aparecer en sus sueños. Le debía la libertad, y no le gustaba pensar que estaba todavía atrapada, en poder del tirano.

Si hubiera alguna manera de poder ayudarla también, pensó.

—*Globo* está casi lleno. —Gath usaba la palabra como si fuera un nombre propio.

La bolsa empezaba a estirarse por la presión del aire caliente en su interior. No formaba una esfera muy regular. Pero allí no se prestaba demasiada atención a los artículos «creados», siempre que empezaran siendo lo bastante útiles para ser practicados.

La vela estaba a medio consumir. El globo se agitaba dentro de su armazón, estirando las cuerdas de la pequeña góndola. La cesta rebotó en el suelo, luego se alzó por completo.

Se produjo un silencio absoluto, luego Maggin se echó a reír en voz alta y Arth dio una palmada a Dennis en la espalda. Gath se agachó por debajo del globo, como para memorizarlo desde todos los ángulos. Stivyung Sigel permaneció sentado, pero su pipa desprendió un humo aromático, y sus ojos negros brillaban.

—¡Pero esta cosa no levantará a un hombre! —se quejó Perth.

Arth se volvió hacia su subordinado.

—¿Cómo sabes que con el tiempo no podrá hacerlo? ¡Ni siquiera ha sido *practicada* todavía! ¿No eras tú el que despreciaba las cosas «hechas nuevas»?

Perth retrocedió nerviosamente.

Se lamió los labios mientras contemplaba supersticioso el lento ascenso del globo.

—De hecho, Perth tiene razón —dijo Dennis—. Con la práctica, este globo probablemente se alzará algo mejor que cualquier globo similar de... de mi tierra natal. Pero para alzar a varios hombres tendremos que construir un globo mucho más grande en ese almacén vacío del que me hablaste, Arth. Lo practicaremos allí; luego Gath, Stivyung y yo lo utilizaremos para escapar de noche, cuando el cuerpo volante del barón esté en sus cobertizos.

Los ojos de Arth tenían un brillo interesado.

—Gath, Stivyung y tú no olvidaréis el mensaje para los L´Toff, ¿verdad?

—Por supuesto que no.

Los tres tenían buenos motivos para dirigirse a la misteriosa tribu de las montañas cuando salieran de la ciudad. Dennis pretendía hablarles sobre su princesa cautiva y ofrecer sugerencias sobre cómo rescatarla.

Arth esperaba tanto conseguir una buena recompensa de los L´Toff por su participación en todo aquello como darse el gusto de ¡robar de paso al barón!

El globo rebotó contra el techo.

—Muy bien —dijo Dennis—, todos ibais a contarme cómo concentrarse para conseguir la mejor práctica. ¿Por qué no empezamos?

Se sentaron. Stivyung Sigel estaba reconocido como el practicador mejor, así que tomó la palabra.

—Primero, Dennis, no tienes necesariamente que concentrarte. Simplemente con el use una herramienta ya mejora. Pero si mantienes tu atención centrada tanto en la cosa en sí como en lo que consigues usándola, la práctica va más rápida. Le das a la herramienta trabajos más y más duros de hacer, a lo largo de semanas, meses, y piensas en cómo podrá ser cuando sea perfecta.

—¿Qué hay del trance en el que entraste en el patio de la prisión? ¡Practicaste la sierra a la perfección en cuestión de minutos!

Stivyung reflexionó.

—Había visto el felthesh antes, durante el tiempo que viví con los L´Toff. Incluso entre ellos es raro. Se produce después de años de entrenamiento, o bajo circunstancias aún más raras. Nunca imaginé que entraría en ese estado.

»Tal vez fue debido a la magia del momento y a lo desesperado de nuestra situación.

Stivyung pareció pensativo un buen rato. Por fin, se recuperó y miró a Dennis.

—En cualquier caso, no podemos contar con que el hacha caiga dos veces sobre el mismo punto exacto. Debemos basarnos en medios más normales mientras practicamos tu «globo». ¿Por qué no nos dices otra vez lo que está haciendo esta muestra y cómo hacerla gradualmente mejor? No avances demasiado sobre lo que es, o no funcionará. Sólo intenta describir el siguiente paso.

A Dennis le parecía un juego infantil. Pero sabía que allí «desear y conseguir» era algo muy serio. Entornó los ojos mientras contemplaba el globo, tratando de ver un ideal. Luego empezó a describir lo que ninguno de ellos había imaginado jamás.

2

Dos días después, la búsqueda de los fugados finalmente remitió. Los guardias apostados en las puertas de la ciudad seguían comportándose de manera diligente, pero las patrullas callejeras volvieron a la normalidad. Dennis pudo por fin dar un paseo por la ciudad de Tuslik.

En su primer intento, a su llegada, casi dos semanas antes, estaba lleno de vagas ideas sobre cómo comportarse en una ciudad desconocida.

(Una vez establecido el contacto con la asociación local de su profesión, imaginaba, sólo había que esperar a que un colega insistiera en que se alojara en su casa... y le ofreciera a su encantadora hija como guía, tal vez. ¿No eran ésas las circunstancias que había imaginado hacía bien poco?)

Sus planes se habían torcido antes de atravesar las puertas de la ciudad. Con todo, probablemente había adquirido un conocimiento más íntimo de las estructuras de poder locales de lo que habría conseguido como turista... y sin las típicas lacras del viajero boquiabierto: mendigos, timadores y asaltantes.

Arth y él almorzaron en una cafetería al aire libre que daba a un bullicioso mercadillo callejero. Dennis apuró su último bocado de filete de rickel con un ansioso trago de la oscura cerveza local. Después de un largo día practicando el globo, se le había abierto el apetito.

—Más —eructó, soltando la jarra de cerveza con un golpe sobre la mesa.

Su compañero se le quedó mirando un momento, luego chasqueó los dedos para llamar al camarero. Dennis era un poco más grande que el varón coyliano medio, pero su apetito lo estaba convirtiendo en una especie de sensación.

—Tómatelo con calma —sugirió Arth—. ¡Después de lo que he pagado por todo esto, no podré permitirme llevarte a un médico que te cure el estómago!

Dennis sonrió y cogió un burdo palillo de dientes de un vaso de la barra. Vio cómo un pesado trineo de carga pasaba ante el restaurante, casi silencioso sobre una de las carreteras autolubricantes, tirado por una paciente bestia.

—¿Han conseguido tus muchachos recoger más aceite deslizante? —le preguntó al ladrón.

Arth se encogió de hombros.

—No demasiado. Usamos a golfillos callejeros para recogerlo, pero los conductores les tiran piedras. Y los chicos malgastan un montón jugando al «cerdo engrasado». Por ahora sólo tenemos un cuarto de bote o así.

¡Sólo un cuarto de bote! ¡Eso era casi un litro del mejor lubricante que Dennis había visto en su vida! Desde luego, Arth no había actuado con aquella indiferencia cuando Dennis le demostró lo que podía hacer con el material. Casi se había vuelto loco de excitación.

Resultaría un producto comercial útil, por supuesto. También facilitaría enormemente los robos... hasta que los propietarios de las tiendas empezaran a practicar las puertas para que fuesen resistentes a la sustancia. El cargamento de papel de la noche anterior se había conseguido contando por completo con el use por sorpresa del aceite deslizante.

Dennis se preguntó por qué aquella gente nunca había descubierto la sustancia que hacía funcionar sus carreteras. ¿Se debía a la falta de curiosidad, o al hecho de actuar basándose en un conjunto de suposiciones completamente diferentes sobre el funcionamiento del universo?

Naturalmente, la historia mostraba que la mayoría de las culturas de la Tierra se había estructurado en castas, y había mejorado lentamente la forma de hacer las cosas a lo largo de siglos. En Tatir, donde la innovación era menos necesaria, la gente no había desarrollado una tradición innovadora hasta muy recientemente. La guerra entre el barón Kremer y el rey parecía haber contribuido a ese cambio.

Aquella mañana Arth y él habían alquilado un almacén. El creciente terror a la guerra había repercutido desfavorablemente en el comercio fluvial, y el casero estaba desesperado por conseguir un inquilino. Alguien tenía que ocupar el lugar y mantenerlo en forma hasta que los tiempos mejoraran. Las paredes mostraban ya grietas, y empezaban a parecer otra vez troncos de madera.

Arth era un regateador consumado. ¡El casero acabó *pagando* una pequeña suma para que se mudaran una temporada!

La noche anterior tuvo lugar el robo del fieltro. Los ladrones de Arth llegaron furtivamente al almacén llevando rollos de fino paño. Dama Aren y varias costureras ayudantes, todas de familias que habían sido despojadas de su clase por el padre del barón Kremer, se pusieron inmediatamente a trabajar. Y el joven Gath estaba en aquel mismo momento construyendo la barquilla para el globo grande. El joven estaba entusiasmado por la posibilidad de crear algo nuevo, algo que sería útil incluso antes de su primera práctica.

Arth pagó la cuenta, rezongando por el importe.

—¿Y ahora qué? —preguntó.

Dennis hizo un gesto que lo abarcaba todo con las manos.

—¿Qué más? ¡Muéstramelo todo!

Arth suspiró, resignado.

Su primera parada fue en el bazar de los mercaderes y practicadores.

A diferencia de otros mercados al aire libre donde se vendían artículos para practicar por cuenta del cliente, en aquella plaza se ofrecían materiales de buena calidad. Los edificios en forma de zigurat eran brillantes y de buen gusto. Sus plantas bajas, abiertas a la calle, estaban sostenidas por columnas arqueadas y estriadas. Hombres y mujeres bien vestidos pregonaban mercancías colocadas en largas mesas ante las aberturas.

Dennis examinó navajas y cinceles afilados, sogas de una resistencia y una ligereza extraordinarias, así como arcos y flechas practicados centenares de veces contra blancos y que en la Tierra se habrían vendido a un precio muy elevado.

No había ni rastro de tornillos o clavos, y apenas metal alguno. Por ninguna parte había nada parecido a una rueda.

En un extremo estaban los artículos más baratos: hachas burdas, armaduras de tiras de cuero curtido cosidas. Bajo cada mesa estaba el sello de la cofradía creadora adecuada: un signo de que el «comenzador» estaba aprobado por la ley.

Dennis se sobresaltó al oír unos golpes. Dos hombres con aspecto de lacayos caminaban por el parapeto del segundo piso, golpeando las paredes con unos bastones.

—Mejoran los bastones con los golpes y las paredes para repeler a los ladrones —explicó Arth. Le hizo un guiño a Dennis—. Gente como nosotros.

Allí los robos solían producirse atravesando las paredes de una casa cuando el inquilino estaba fuera. A veces la gente olvidaba que vivir en una casa la practicaba bien para que se mantuviera en pie y resguardarla de la lluvia, pero poco más.

Estaba claro que los propietarios de aquel edificio no lo habían olvidado.

La plaza se encontraba repleta de aristócratas de la parte alta de la ciudad y de mansiones situadas fuera de las murallas de Zuslik. Iban acompañados por sus siervos.

Amo y lacayo a menudo vestían de forma idéntica, y habitualmente eran de la misma talla e igual constitución. Sólo podían distinguirse por los imperiosos modales de los nobles, sus peinados y los trocitos de joyas de metal que llevaban.

En la Tierra, los ricos hacían ostentación de su posición social adquiriendo grandes cantidades de propiedades que apenas eran utilizadas. En Tatir, esas propiedades se deteriorarían rápidamente hasta su burdo estado original. Así que, para mantener su apariencia, hacían falta sirvientes que no sólo se encargaran de las tareas de la casa, el cuidado de los jardines y otros trabajos, sino que mantuvieran también las propiedades de sus amos practicadas por ellos.

Dennis percibió algunas de las implicaciones sociales de aquello.

Cuando estaban tan ocupados llevando las ropas de sus amos, los criados no tenían tiempo de practicar las suyas. Podían ir muy elegantes todo el tiempo, pero los finos tejidos no eran suyos. ¡Si dejaban a sus patronos, no tendrían nada propio!

Naturalmente, sería un símbolo de distinción entre los ricos no ser vistos nunca llevando o usando nada que *necesitara* realmente ser practicado.

Además de la comida y la tierra, el metal y el papel, el principal valor era la dedicación humana. Incluso cuando estaba agotado por un duro día de trabajo en los campos, el tiempo de un siervo no era suyo propio. Al relajarse practicaba la silla de su amo; al comer, practicaba la vajilla de repuesto de su ama. ¡No podía ahorrar para comprar su libertad, porque cualquier cosa ahorrada tenía que ser mantenida, o se enfrentaría al deterioro!

¡No era de extrañar que se estuvieran cociendo problemas en el este! La combinación de gremios, iglesias y aristocracia aseguraba que el cambio fuera difícil, si no imposible.

El Practicorium de Fixxel, situado en el extremo norte de la plaza, era un edificio alto que le recordó a Dennis los de la Tierra.

Para empezar, sus murallas eran en gran parte transparentes y brillantes, como hechas del más puro cristal, levemente teñido para tamizar la luz de la tarde.

Arth explicó que las láminas habían empezado siendo hojas de papel cosido, practicadas duramente en las estaciones secas, hasta que fueron transparentes a inmunes al clima. Después de muchos años de práctica, eran probablemente mejores que ninguna ventana de la Tierra.

Frente al bulevar había conjuntos de ropa de hombre y mujer, herramientas, ollas y alfombras. «¡Nada nuevo! ¡Todo usado!», rezaba orgullosamente un cartel.

Los escaparates cambiaban constantemente. Los trabajadores quitaban los artículos y los sustituían mientras Dennis observaba.

Los muebles en exhibición eran sorprendentes. Maniquíes realistas estaban envueltos en lo que parecían ser exquisitas sedas y brocados. Algunas de las prendas sin duda habrían valido miles de dólares en cualquier establecimiento terrestre especializado.

—Vamos —dijo Arth, dando un codazo a Dennis—. No le des trabajo gratis al viejo Fixxel.

Dennis parpadeó. Había quedado admirado por la belleza de las cosas. Entonces, de repente, comprendió lo que había querido decir Arth. Se rió con ganas. ¡Menudo truco! Sólo con mirar la mercancía, y apreciando su belleza, había contribuido un poquito a mejorarla. No era extraño que los maniquíes parecieran vivos. ¡Habían sido practicados por generaciones de transeúntes!

¡Qué negocio!

Con todo, Dennis no podía evitar desear que su cámara no se hubiera perdido con su mochila. Sólo con los diseños de las prendas habría hecho fortuna en la Tierra.

A insistencia de Dennis, fueron a la parte trasera del edificio, a curiosear por la gran zona de prácticas. Era un escenario de actividad frenética.

Equipos de hombres y mujeres servían agua en filas enormes de jarras, copas y vasos que luego variaban. Otros se entretenían cavando agujeros con palas que después volvían a llenar, o convertían grandes troncos en leña, practicando sus brillantes herramientas en el proceso.

Había una gran zona descubierta donde hombres ataviados con capas de ropa estaban sentados en sillas a medio terminar y lanzaban armas contra unos blancos. Cuchillos de lo más burdo eran arrojados contra armaduras casi terminadas de cuero reluciente.

¡No era extraño que la tecnología nunca se hubiera desarrollado allí! Valía más no especializarse. Donde una persona podía practicar tres o cuatro artículos a la vez la especialización no era provechosa. La precisión obtenida al concentrarse en una sola cosa era menos importante que mantener tantas cosas como fuera posíble ocupadas continuamente.

Aunque aquello equivalía a una factoría terrestre, Dennis lo consideró enormemente fútil. Todo aquel duro trabajo sería para nada si el mantenimiento constante se detenía sólo unas cuantas semanas o algunos meses. Si se los dejaba en paz el tiempo suficiente, cada uno de esos productos se deterioraría hasta alcanzar su estado original.

Sin embargo, pensó Dennis, tampoco había allí montañas de basura, ni ninguna gran extensión de terreno amontonado con cosas gastadas o no queridas. Casi todo lo que esta gente creaba era reciclado por la naturaleza.

Parecía que en ningún mundo existía una cosa parecida a un almuerzo gratis.

Más tarde, en otra parte de la ciudad, Dennis y Arth contemplaron el paso de una procesión por una de las plazas principales. Un trío de sacerdotes con túnicas amarillas y sus

seguidores llevaban una plataforma con cojín donde reposaba una brillante espada. En las cuatro esquinas del palanquin había cabezas humanas recién cortadas.

—Sacerdotes de Mlikkin —le aclaró Arth—. Asesinos sangrientos. Atraen a los ciudadanos más indeseables de Zuslik con sus costumbres asesinas. —Escupió.

Dennis se obligó a mirar, aunque se le revolvía el estómago ante la sangrienta visión. Por lo que había podido saber durante las últimas semanas, los sacerdotes estaban enzarzados en una campaña para acostumbrar a la gente de la ciudad a la idea de la muerte y la guerra.

Naturalmente, cuando la procesión se detuvo ante una plataforma emplazada en un extremo de la plaza, el sacerdote principal alzó la espada (un claro producto de generaciones de práctica diaria a cargo de los acólitos de Mlikkin) y soltó una arenga a la multitud que se había congregado. Dennis no pudo entender gran cosa, pero el tipo no tenía en gran estima a la «escoria del este». Cuando empezó a hablar mal del rey Hymiel, algunos parroquianos se miraron nerviosamente unos a otros, pero nadie alzó la voz para manifestar su desacuerdo.

Sin embargo, varios zuslikeranos, con el ceño fruncido en gesto de disgusto, se marcharon rápidamente, dejando la plaza para los creyentes.

Con una excepción. Dennis advirtió a una anciana arrodillada en un extremo lejano de la plaza, ante un nicho donde había una estatua polvorienta. Con sus manos ajadas por la edad, despejó las capas de suciedad y puso flores nuevas en el pedestal retorcido y helicoidal.

Algo en la forma del altar hizo que a Dennis se le pusieran los pelos de punta. Avanzó hacia allí, con Arth siguiéndole nervioso y quejándose de que aquél no era un lugar seguro para ninguno de los dos.

—¿Qué es eso? —le preguntó Dennis a su compañero, señalando el altar.

—Es un lugar de la Antigua Fe. Algunos dicen que estaba aquí incluso antes de que Zuslik fuera fundada. Las iglesias trataron de derribarlo, pero ha sido practicado durante tanto tiempo que es imposible arañarlo siquiera. Así que le echan basura encima y hacen que grupos de matones espanten a la gente que intenta rezar aqui.

No era extraño que la anciana mirara a su alrededor nerviosamente mientras seguía con sus devociones.

—¿Pero por qué se molestan ... ?

Dennis se detuvo, todavía a veinte metros de distancia. Reconoció la figura que ocupaba el pedestal. Era un dragón. Había visto uno igual en la empuñadura del cuchillo nativo que había encontrado junto al zievatrón.

En la boca sonriente del dragón había una figura malévola y demoníaca: un «blecker», según Arth. Aunque cubierto de suciedad y pintadas, el dragón le hacía un guiño al transeúnte. Su ojo abierto brillaba como una joya.

Pero era el pedestal que sostenía a la bestia mítica lo que había llamado la atención de Dennis. La columna acanalada era una delicada hélice doble, sostenida por raíles delicadamente entrelazados, como los peldaños de una escala retorcida.

¡Era una cadena de ADN, o Dennis era primo hermano del cerduende!

Dennis sintió nuevamente la nerviosa sensación de irrealidad que le había asaltado desde su llegada a aquel mundo. Se acercó lentamente al altar, preguntándose cómo podía haber aprendido esa gente sobre genes sin disponer de las herramientas o las disciplinas mentales necesarias.

—¡Chitón! —Arth le dio un codazo—. ¡Soldados!

Señaló la calle principal, por donde un pelotón avanzaba en dirección a ellos.

Dennis miró anhelante la estatua, pero asintió y siguió rápidamente a Arth hacia un callejón. Vieron desde las sombras cómo pasaba una patrulla. El pelotón marchaba

orgullosamente, sus «thenners» en alto. El gigantesco sargento, Gil´m, caminaba junto a ellos, insultando a los civiles que no se apartaban rápidamente del camino.

Por la forma en que los ciudadanos se disgregaban, Dennis supuso que los montañeses de Kremer seguían sin considerarse zuslikeranos, a pesar de que la ciudad era la capital del barón desde hacía una generación.

Cuando Dennis volvió a mirar el pequeño nicho-altar, la anciana se había marchado, sin duda a toda velocidad. También había desaparecido su mejor oportunidad de aprender más sobre la Antigua Fe.

La patrulla de soldados precedía a casi una docena de jóvenes civiles, cabizbajos y atados unos a otros por las muñecas.

—¡Leva forzosa! —susurró Arth roncamente—. Kremer está reclutando la milicia. ¡La guerra no puede estar muy lejos!

Eso recordó a Dennis que seguía siendo un hombre perseguido. Alzó la cabeza y vio, en el cielo, unas alas negras planeando en una corriente de aire. Un par de pequeñas figuras humanas se sentaban en un ligero armazón de caña bajo el planeador, mirando perezosamente hacia una terma situada al sur de la ciudad. La parte inferior del aparato estaba pintada para que sus alas parecieran correosas y aprovechar así la tradicional superstición referente a los dragones que aparecía en la mayoría de los cuentos de hadas coylianos.

Por fortuna, aquella gente nunca había inventado el telescopio. No era probable que esos vigías los detectaran en las atestadas calles de Zuslik. Arth y él sólo tenían que preocuparse por las patrullas de a pie.

No obstante, cuando hicieran su intento con el globo, sería muy diferente. Aquellos planeadores podrían representar un problema.

Parecía aconsejable ser discretos. Dejó que Arth lo sacara de la plaza, pero decidió regresar más tarde para estudiar la estatua con más detalle.

El Salón del Gremio de Creadores de Sillas estaba repleto de niños.

Era el gremio más pobre de las castas de creadores. A diferencia del de los picapedreros, el de los constructores de puertas y bisagras, y el de los papeleros, no tenía ningún secreto que proteger. Cualquier podía hacer un «comenzador» de silla o de mesa con palos y cuerdas. Sólo la ley mantenía el monopolio del gremio.

Los jóvenes corrían por todo el lugar. El suelo estaba cubierto de restos de cuerdas y corteza. Arth explicó que gremios abiertos como los de los creadores de sillas contrataban principalmente a niños y gente mayor, no adecuados para el gran volumen de práctica que tenía lugar en salones como el de Fixxel.

Bajo la supervisión de unos cuantos maestros, los niños y niñas unían comenzadores de muebles para las casas de los necesitados. Después de utilizar durante aproximadamente un año esas mesas y sillas, los pobres venderían los modelos practicados a gente algo mejor situada y comprarían otro conjunto de rudos comenzadores con parte de los beneficios. Los muebles ascenderían lentamente en la escala socioeconómica a medida que se fueran haciendo más viejos y mejores... ascenso social para las cosas, no para la gente.

Un sacerdote vestido de rojo se movía entre los niños, acompañado por dos maestros silleros, bendiciendo los comenzadores terminados. Dennis no pudo determinar a qué deidad representaba el hábito rojo, pero el color estuvo a punto de recordarle algo.

—Otra patrulla, Denniz. —Arth señaló un pelotón de guardias que pasaba una calle más adelante—. Tal vez sea mejor que volvamos.

Dennis asintió, reluctante.

—Muy bien —le dijo a Arth—, vamos.

Todavía faltaba al menos una semana para el intento de huida, y habría otras oportunidades para explorar la ciudad.

Atravesaron un callejón lateral y salieron a la avenida de los Pasteles. Arth compró dulces, y Dennis trató de encontrar el sentido del caótico pero aparentemente eficiente sistema de tráfico deslizante mientras caminaban.

Con todo, no podía librarse de la imagen del sacerdote de rojo. De algún modo, eso le hacía sentirse al mismo tiempo furioso y frustrado.

Arth agarró a Dennis por el brazo cuando se acercaban al barrio del pequeño ladrón. Contempló la calle arriba y abajo, receloso.

—Tomaremos por un atajo —dijo, y condujo a Dennis por entre un par de puestos hasta otro callejón.

—¿Qué pasa?

Arth sacudió la cabeza.

—Tal vez sea sólo que estoy nervioso. Pero si hueles una trampa cinco veces, y te equivocas cuatro de ellas, no haces mal si evitas el olor.

Dennis decidió aceptar la palabra de Arth como experto. Vio un puñado de cajas apoyadas contra la pared de uno de los edificios en forma de pastel de bodas.

—Vamos —dijo—. Tengo una herramienta que es absolutamente magnífica detectando trampas. Podemos usarla desde el techo.

Escalaron hasta el primer parapeto, luego subieron otro piso por una enredadera. Dennis rebuscó bajo la túnica que Arth le había prestado y sacó la pequeña alarma de campamento de uno de los bolsillos del mono.

Arth contempló fascinado las luces destellantes. Parecía confiar totalmente en la magia del terrestre y estar convencido de que Dennis podría decir si era seguro o no caminar por Ias calles.

Dennis hizo girar los diminutos diales. Pero la pantalla continuó siendo un caos de basura ilegible. La alarma, sin practicar desde hacía más de una semana, seguía intentando desconectarse no importaba lo que hiciera.

Dennis suspiró y buscó en otro bolsillo. El fino catalejo plegable estaba en el paquete que Lennora le había arrojado. Por fortuna, los fútiles intentos de Kremer por abrirlo sólo lo habían arañado.

Dennis lo empleó para escrutar las calles de abajo.

Había gente por todo el paseo principal: granjeros que iban a la ciudad a vender sus productos y comprar comenzadores; aristócratas con su séquito de gente parecida a clones; algún guardia o sacerdote ocasional. Dennis buscó signos de actividad sospechosa.

Enfocó a un grupo de hombres que había al otro extremo de la calle. Se hallaban delante de una taberna, al parecer haraganeando.

Pero el catalejo desmentía tal cosa. Los hombres iban armados, y estudiaban con atención a los transeúntes. Tenían los altos pómulos de los norteños de Kremer.

Dennis ajustó la lente. Un hombre alto y armado, con aspecto de aristócrata, salió de un edificio situado tras los matones. Le seguía un hombre bajito y enjuto con un parche en un ojo. Conversaban con aspecto agitado. El tuerto señalaba con insistencia en dirección al muelle. El aristócrata, con la misma decisión, parecía indicar que esperarían donde estaban.

—Uf, Arth. —Dennis se notó la boca seca—. Creo que será mejor que le eches un vistazo a esto.

—¿A qué, a esa cajita? ¿Miras a través de ella o algo de dentro?

—A través. Es una especie de tubo mágico que hace que las cosas que están lejos parezcan más grandes. Puede que tardes un minuto en acostumbrarte, pero cuando lo hagas, quiero que mires las tabernas del fondo de la calle.

Arth se inclinó hacia delante y cogió el catalejo. Dennis tuvo que mostrarle cómo sujetarlo. Arth se entusiasmó.

—¡Eh! ¡Es magnífico! ¡Puedo ver como el águila proverbial de Crydee! Puedo contar las manchas de esa mesa de allí... ¡Gran Palmi! ¡Ése es *Perth! ¡Y* está hablando con el mismísimo lord Hern!

Dennis asintió. Un hueco crecía en su pecho, como si la frágil esperanza se hubiera convertido de pronto en algo pesado y duro.

—¡Esa escoria! —maldijo Arth—. ¡Nos está traicionando! ¡Su padre incluso sirvió con el mío a las órdenes del antiguo duque! ¡Le arrancaré los intestinos y los practicaré hasta convertirlos en cables! Le...

Dennis se desplomó contra la pared que tenían detrás.

Estaba vacío de ideas. No parecía haber ninguna forma de advertir a sus amigos, ni a los que estaban en el apartamento de Arth ni a los del almacén del muelle donde la construcción del globo de escape acababa de comenzar.

Se sintió tan desesperado que, una vez más, el extraño despegue de la realidad pareció caer sobre él. No podía evitarlo.

Arth soltó una retahíla de maldiciones. Tenía todo un repertorio de insultos.

Durante un rato eso le mantuvo ocupado mientras el terrestre se sentía simplemente miserable.

Entonces Dennis parpadeó. Un breve reflejo había llamado su atención desde uno de los tejados vecinos, no muy lejos.

Se enderezó y miró. Algo pequeño se movía por los tejados.

—¡Tienen a alguien! —declaró Arth, todavía mirando a través del catalejo la escena del café—. Lo están sacando a rastras de mi casa... —gimió—. ¡Pero sólo tienen a uno! ¡Los demás deben de haber escapado! ¡Perth no parece nada feliz! Tira del brazo de lord Hern, señala hacia el muelle.

» ¡Ja! ¡Para cuando lleguen allí, toda nuestra gente se habrá ido! ¡Así aprenderán!

Dennis apenas oía a Arth. Se levantó lentamente, observando la forma que andaba por los tejados a varias manzanas de distancia; brillaba y corría de un escondite a otro.

—¡Han capturado a Mishwa! —exclamó Arth—. ¡Y.. y se ha liberado y amenaza con abalanzarse contra Perth! ¡A por él, Mishwa! ¡Intentan detenerlo antes de que... eh, Dennis, dame eso!

Dennis le había quitado el catalejo de las manos. Ignorando las protestas de Arth, trató de no temblar mientras lo enfocaba en un tejado situado a un centenar de metros de distancia. Algo rápido y borroso pasó ante su línea de visión.

Tardó unos instantes en encontrar el punto exacto. Luego, durante unos segundos, lo único que pudo ver fue el ala del tejado donde se había ocultado la cosa.

Por fin, algo sobresalió de detrás: un ojo al final de un fino tallo que giraba a izquierda y derecha, escrutando.

—Bueno, que me zurzan si...

—¡Denniz! ¡Dame la caja! ¡Tengo que ver si Mish se la dio a esa rata de Perth!

Arth tiraba de su pernera izquierda. Dennis se soltó, enfocando el catalejo.

La cosa que finalmente salió de detrás del respiradero había cambiado sutilmente desde la última vez que Dennis la había visto, en una carretera, una noche oscura. Se había

convertido en una sombra más pálida, que se confundía bien con el color de los edificios. Sus brazos y cámaras de muestra escrutaban la multitud de debajo mientras se movía.

En su espalda llevaba un pasajero.

—¡Duen! —maldijo Dennis.

El curioso animalito había encontrado al cómplice perfecto para su actividad favorita: espiar desde las aceras. ¡Y cabalgaba el robot de exploración del Tecnológico Sahariano como si fuera su montura personal!

Las múltiples coincidencias y la ironía eran abrumadoras. Lo único que Dennis sabía era que el robot era la clave de todo: para el rescate de sus amigos y la princesa, para salir de Zuslik, para reparar el zievatrón... ¡para todo!

¿Qué no podría conseguir un hombre con sus conocimientos simplemente aplicando el Efecto Práctica a una máquina tan sofisticada como aquélla? ¡Podría ayudarle a construir más máquinas, incluso un nuevo mecanismo de regreso!

¡Necesitaba aquel robot!

—¡Duen! —gritó Dennis—. ¡Robot! ¡Ven a mí a informar ¡De inmediato! ¿Me oyes? ¡Ahora mismo!

Arth le tiró furiosamente del brazo. En la calle, la gente alzaba la cabeza con curiosidad.

La extraña pareja del tejado lejano pareció detenerse brevemente y volverse hacia él.

—¡Las órdenes anteriores quedan anuladas! —gritó de nuevo—. ¡Ven aquí ahora mismo!

Habría seguido gritando, pero cayó al suelo cuando Arth lo golpeó detrás de las rodillas. El pequeño ladrón era huesudo y fuerte. Cuando Dennis consiguió zafarse para volver a mirar, el robot y el cerduende habían desaparecido de la vista.

Arth le maldecía con todas sus fuerzas. Dennis sacudió la cabeza mientras se sentaba, frotándose las sienes. Su ataque de visión túnel se había evaporado, casi tan súbitamente como se había producido. Pero quizá fuese ya demasiado tarde.

Oh, caray, advirtió. *La que he armado.*

—Muy bien —le dijo a Arth—. ¡Suéltame! Salgamos de aquí ahora que podemos hacerlo.

Pero momentos después, cuando los soldados subieron al tejado, Dennis comprendió que había vuelto a equivocarse.

VII

PUNDIT NERO

1

La mañana siguiente a la tarde de su segundo encarcelamiento, Dennis se despertó con un tirón en el cuello, paja en las orejas y el sonido de voces en el pasillo ante su celda.

Trató de sentarse, y gimió cuando el movimiento lastimó sus magulladuras. Se hundió en la paja y suspiró.

—Puf —dijo concisamente.

Era sorprendentemente fácil reconocer dónde se hallaba. Aunque nunca antes había estado en un calabozo, había visto incontables ejemplos en relatos y películas. Examinó éste, impresionado por la verosimilitud.

Al parecer había sido bien practicado como calabozo. Era húmedo, frío y estaba lleno de piojos. Dennis se rascó.

Incluso *sonaba* como un calabozo, desde el lento y monótono gotear de la humedad en las paredes hasta el chasquido hueco de los pasos por el corredor y las voces profundas de los guardias.

—... no sé por qué tuvieron que traer a un forastero de aspecto extraño para ayudarnos aquí abajo. Aunque traiga buenas referencias —oyó decir a una voz.

—Sí —coincidió otra—. Lo estábamos haciendo bien... un poco de tortura, unos cuantos accidentes convenientes, práctica liviana. Pero este lugar ha sido un infierno desde que llegó Yngvi.

Las voces se fueron apagando a medida que los pasos se perdían pasillo abajo.

Dennis se sentó y se estremeció. Estaba completamente desnudo: no iban a cometer por segunda vez el error de dejarle a un mago sus pertenencias.

Buscó a su alrededor la única manta sucia que sus captores le habían dado.

Encontró a su compañero de celda envuelto en ella. Dennis dio una patadita al hombre.

—¡Arth! ¡Arth! ¡Ahora tienes dos mantas! ¡Dame la mía!

El pequeño ladrón abrió los ojos, y miró a Dennis aturdido unos segundos antes de reconocerlo. Chasqueó los labios.

—¿Y por qué debería hacerlo? Estoy aquí por culpa tuya. Tendría que haberte dicho adiós y dejado que siguieras tu propio camino después de salir de la empalizada.

Dennis gimió. Arth tenía razón, desde luego. Se encontraba confuso cuando gritó al cerduende y al robot. No era el tipo de cosa que hacían los aventureros de los libros.

Pero Dennis era un hombre. Era susceptible a las presiones psicológicas de su inusitada y peligrosa situación.

Podía *creer* que se había acostumbrado a estar atrapado en un mundo extraño con reglas extrañas, perseguido por enemigos por razones que apenas entendía... y entonces el desastre sacudía su equilibrio, desorientándolo, aturdiéndolo, marcándolo.

Pero no podía explicárselo a Arth. No mientras se estuviera congelando. De todas formas, si querían tener alguna posibilidad, tendrían que cooperar. Eso significaba hacer que Arth respetara sus derechos.

—Lamento este 1ío, Arth. tienes mi palabra de mago: lo enmendaré algún día. Ahora devuélveme mi manta o te convertiré en sapo y me quedaré con las dos para mí.

Lo dijo tan tranquilamente, con tanta calma, que los ojos de Arth se ensancharon como reacción. Sin duda su opinión de Dennis había caído en picado desde el episodio del tejado.

Con todo, recordaba los trucos que el forastero había realizado en el pasado.

Arth hizo una mueca de disgusto y le arrojó a Dennis la manta.

—Despiértame cuando llegue el desayuno, Denniz. ¡Luego veremos si puedes convertirlo en algo comestible! —Rodó hacia el otro lado bajo su manta.

Dennis se envolvió lo mejor que pudo y trató de practicar la manta mientras esperaba a que el barón Kremer decidiera su destino.

El tiempo pasaba lentamente. El tedio era puntuado por los carceleros que recorrían arriba y abajo los pasillos. Los guardias murmuraban constantemente.

De vez en cuando Dennis podía distinguir que repetían una y otra vez una dolorosa evaluación del estado de sus clientes.

—Sí que es un sitio húmedo y sombrío —comentaba el Guardia Uno mientras pasaba.

—Sí. Húmedo. Sombrío —respondía el otro.

—Desde luego, yo no querría ser prisionero. Es horrible estar aquí abajo.

—Claro que sí. Horrible.

—¿Quieres dejar de repetir lo que digo? ¡Tengo que hacer todo el trabajo! ¿Es realmente irritante!

—Ajá. Irritante. Claro que si...

De cualquier modo, eso resolvió un misterio. La forma de mantener el calabozo en práctica era haciendo que, por turnos, los carceleros comentaran constantemente lo terriblemente mal que se estaba allí abajo.

Al parecer, los prisioneros estaban demasiado distraídos para ofrecer mucha resistencia. Tal vez Kremer incluso contrataba a masoquistas locales para que bajaran allí y se divirtieran.

Era un aspecto desagradable del Efecto Práctica que Dennis desearía no haber conocido nunca.

Por fin fueron a buscarle, al cabo de un par de días, después de la bazofia de la cena. Dennis se levantó cuando alzaron el cerrojo de madera y la puerta se abrió de par en par. Arth se quedó mirando, meditabundo, desde un rincón.

Un oficial ataviado con un uniforme severo y elegante entró en la celda. Tras él permanecían dos altos soldados, cuyos cascos cónicos de piel de oso rozaban el techo del pasillo. El alto aristócrata le resultaba familiar. Dennis recordó haberlo visto en la calle, el día en que fueron capturados, discutiendo con el traidor, Perth.

—Soy lord Hern —anunció el oficial—. ¿Cuál de vosotros es el mago?

Ninguno de los dos respondió.

Lord Hern miró a Arth, luego tomó una decisión. Con un gesto de fastidio, indicó a Dennis que le siguiera.

—Buena suerte, Arth —dijo Dennis—. Ya te veré.

El pequeño ladrón simplemente puso los ojos en blanco y suspiró.

El sol se ocultaba tras las montañas del oeste cuando salieron a uno de los parapetos inferiores. Dennis se cubrió los ojos, pues llevaba mucho tiempo en la oscuridad de la celda.

Otros dos guardias más los siguieron. Dennis fue conducido por corredores de servicio; luego subieron unas escaleras hasta un elegante pasillo. Ninguno de los criados se volvió a mirar al tipo que pasaba cubriéndose con una manta. Otro par de guardias flanqueaba una puerta al fondo del pasillo. La abrieron tras un movimiento de cabeza de lord Hern.

Dennis siguió a su escolta hasta una habitación de buenas proporciones, sin ventanas. Contenía una cama enorme, con ricos y elegantes brocados por colcha. Una criada joven y hermosa preparaba un elegante vestido marrón oscuro con mangas hinchadas. A través de la puerta del fondo se filtraba vapor y se oía correr el agua.

—Cenarás con el barón esta noche —le anunció lord Hern—. Te comportarás bien. El barón tiene reputación de perder de vista a los invitados poco considerados.

Dennis se encogió de hombros.

—Eso he oído. Gracias. ¿Nos acompañarás tú?

Lord Hern lo miró con desprecio.

—No tendré el placer. Estaré en misión diplomática. Tal vez en otra ocasión.

—Lo espero muy ansiosamente. —Dennis hizo un gesto cortés.

El aristócrata apenas respondió al saludo. Se marchó sin decir palabra. Los coylianos, al parecer, eran gente poco educada, poco sofisticada. Los guardias se limitaron a mirar con curiosidad el extraño gesto con el brazo y el dedo que Dennis realizó en dirección a la espalda del lord.

No hizo falta que le dijeran que le habían preparado un baño. Dennis arrojó la manta a un rincón y se orientó por el sonido del agua.

2

Cavernícolas, se recordó Dennis una y otra vez mientras se dirigía hacia el salón del banquete.

Recuerda, chico, sólo son cavernícolas.

Era difícil tenerlo en cuenta. El gran pasillo estaba recubierto de relucientes espejos y tapices recargados. Sus botas y las de su escolta claqueteaban sobre un suelo de mosaico que reflejaba las luces de los chispeantes candelabros.

Había guardias con armaduras brillantes de cuero y albardas resplandecientes a intervalos regulares, en rígida posición de firmes.

¿Era un alarde de ostentación mantener a esos hombres allí cuando incluso su tiempo libre era más valioso si lo pasaban practicando cosas?, se preguntó Dennis.

Entonces se le ocurrió que, de hecho, estaban practicando algo: el pasillo en sí. Estaban *mirando los* espejos y tapices y los uniformes de los otros, haciéndolos más hermosos al apreciarlos. ¡Indudablemente aquellos guardias habían sido elegidos menos por su marcialidad que por su buen gusto!

Su escolta le miró cuando silbó admirado.

Mientras se acercaban a dos puertas altas y enormes, Dennis trató de relajarse.

«Si el pez gordo local espera a un mago, lo mejor que puedo hacer es *actuar* como un mago. Tal vez este barón Kremer sea razonable. Tal vez pueda llegar a un trato con él: libertad para mí y para mis amigos, y ayuda para arreglar el zievatrón, a cambio de enseñar el principio de la rueda a uno de los gremios de creadores.»

Dennis se preguntó si el noble cambiaría a la princesa Linnora por la «esencia» del vuelo en aerostato.

Las grandes puertas se abrieron en silencio mientras Dennis era conducido a un amplio salón de techo abovedado. El centro de la cámara estaba dominado por una mesa ornamentada, tallada a partir de alguna madera oscura increíblemente hermosa. La tenue luz procedía de tres candelabros lujosos. Las copas de cristal que había sobre el mantel bordado chispeaban a la luz de las velas.

Aunque había preparados cuatro asientos, en ese momento sólo eran visibles los criados. Uno trajo una bandeja con varias bebidas y se las ofreció a Dennis.

Necesitaba algo para calmar los nervios. Era difícil recordar que un salvaje (un cavernícola) era el dueño de todo aquello. Todo en la sala pretendía hacer que el invitado fuese consciente de su posición en una sociedad estratificada. En una habitación como aquélla, en la Tierra, Dennis estaría a punto de conocer a la realeza.

Señaló una botella, y el criado sirvió el licor en una copa de cristal del color del fuego.

Dennis cogió la copa y deambuló por la habitación. Si fuera un ladrón y tuviera un zievatrón en funcionamiento a su alcance, podría irse a la Tierra sólo con lo que pudiera llevarse en las manos.

Suponiendo, claro está, que las cosas se conservaran en su actual estado cuando dejaran el ambiente del Efecto Práctica.

Dennis sonrió al imaginar a los airados clientes cuyas maravillosas compras se deterioraban lentamente ante sus ojos para convertirse en los rudos productos de un taller infantil.

Los litigios podrían durar años.

La sensación de extrañeza regresó. Parecía inexorable. Y esta vez no estaba seguro de que sirviera de ayuda. Esa noche tenía que parecer confiado, o se arriesgaba a perder cualquier posibilidad que le quedara de regresar a casa.

Mientras reflexionaba, pasó ante unas elegantes puertas correderas que daban al balcón. Contempló la noche estrellada, con dos pequeñas lunas proyectando su luz sobre las nubes de paso, y se llevó la copa a los labios.

Una vez más fue víctima de sus propias presunciones. ¡En aquel entorno lujoso, esperaba las mejores cosechas, no meados de elefante!

Desde las sombras a su derecha llegó una risa femenina y musical. Se volvió rápidamente y vio que había alguien más en el balcón; la mano de ella trató brevemente de ocultar una sonrisa de diversión.

Dennis sintió que la sangre se le agolpaba en las mejillas.

—Sé cómo te sientes —se apresuró a decir la mujer, compasiva—. ¿No es horrible? El vino no se puede practicar, ni cocinar. Así que estos cretinos ponen lo que tienen en botellas bonitas y son felices, incapaces de notar la diferencia.

Por lo poco que había visto de ella y las historias que había oído sobre los L´Toff, Dennis se había formado una imagen mental casi élfica, frágil y etérea, de la princesa Linnora. De cerca era, en efecto, hermosa, pero mucho más humana de lo que había imaginado. Se le marcaban hoyuelos al sonreír, y sus dientes, aunque blancos y brillantes, eran ligeramente irregulares. Aunque se trataba sin duda de una mujer joven, la pena había pintado ya leves arrugas en las comisuras de sus ojos.

Dennis sintió que la voz se le atascaba en la garganta. Ensayó una torpe reverencia mientras trataba de pensar en algo que decir.

—En mi país, señora, ahorraríamos las cosechas como ésta para periodos de penitencia.

—Vaya penitencia. —Ella parecía impresionada por ascetismo que aquello implicaba.

—Ahora mismo —continuó Dennis—, cambiaría esta rara copa y todas las riquezas del barón por un buen Cabernet de mi tierra... para poder brindar por vuestra belleza, y la ayuda que me ofrecisteis una vez.

Ella respondió al halago con una inclinación de cabeza y una sonrisa.

—Un cumplido rebuscado, pero creo que me gusta. Admito, sir Mago, que esperaba no volver a verte. ¿Tan pobre fue mi ayuda?

Dennis se unió a ella en la barandilla.

—No, señora. Vuestra ayuda hizo posible nuestra huida de la cárcel de abajo. ¿No escuchasteis la conmoción que causasteis indirectamente esa noche?

Los labios de Linnora se arrugaron y se apartó un poco, intentando obviamente no reírse al recordarlo.

—La expresión de la cara de mi anfitrión esa noche pagó con creces cualquier deuda que pudieras tener conmigo. Sólo desearía que su nido hubiera permanecido vacío.

Dennis pensó decir algo elegante como «No pude permanecer lejos sino regresar con vos, mi señora». Pero la franqueza en los ojos grises de ella hizo que eso pareciera rebuscado a inadecuado. Bajó la cabeza.

—Bueno —dijo en cambio—. Supongo que incluso un mago puede resultar un poco torpe de vez en cuando.

La cálida sonrisa de la princesa le dijo que había dado la respuesta adecuada.

—Entonces tendremos que esperar hasta que se presente otra oportunidad, ¿verdad? —preguntó.

Dennis se sintió enormemente feliz.

—Esperaremos —coincidió.

Permanecieron en silencio un instante, contemplando los reflejos de las lunas en el río Fingal.

—Cuando el barón Kremer me mostró tus pertenencias por primera vez —dijo ella por fin—, me convencí de que alguien extraño había llegado a este mundo. Se trataba obviamente de herramientas de gran poder, aunque casi no pude sentir ningún *Pr´fett* en ellas.

Dennis se encogió de hombros.

—En mi tierra eran artículos sencillos, alteza.

Linnora le miró con atención. Dennis se sorprendió al notar que era *ella* la que parecía nerviosa. Su voz era suave, casi sumisa.

—¿Vienes entonces del lugar de los milagros? ¿La tierra de nuestros antepasados?

Dennis parpadeó. *¿Tierra de nuestros antepasados?*

—Tus herramientas tenían poco *Pr´fett* —continuó Linnora—. Sin embargo, sus esencias eran *fuertes*, como ninguna otra cosa en este mundo. Sólo una vez he encontrado algo igual... en la espesura, poco antes de ser capturada.

Dennis la observó. ¿Podían unirse tantos hilos a la vez? Dio un paso hacia Linnora. Pero antes de que pudiera hablar, otra voz intervino.

—Yo también estoy interesado en conocer la tierra del mago. Eso y otras muchas cosas además!,

Los dos se volvieron. Una gran sombra bloqueaba parte de la luz del salón de banquetes. Durante un breve instante, Dennis tuvo la impresión de estar viendo a Stivyung Sigel.

Pero el hombre dio un paso adelante.

—Soy el barón Kremer —dijo.

El señor de la guerra tenía una poderosa mandíbula cuadrada que complementaba sus anchos hombros. Llevaba el cabello rubio platino cortado por debajo de las orejas. Sus ojos permanecieron en las sombras mientras avanzaba hacia la resplandeciente mesa del interior.

—¿Cenamos? Luego quizá tengamos oportunidad de discutir asuntos tales como diferentes tipos de *esencia*... y otros mundos.

3

El diácono Hoss´k abrió los brazos en un gesto amplio que por los pelos no alcanzó un brillante candelabro.

—Verás, mago, las cosas no vivientes fueron compensadas por las cosas que los dioses dieron a los vivos. Un árbol puede crecer y prosperar y esparcir sus semillas, pero también está condenado a morir, mientras que un río no. Un hombre puede pensar y actuar y moverse, pero está destinado a volverse viejo y decrépito con el tiempo. Las herramientas que utiliza, por otro lado (los esclavos no vivientes que le sirven toda su vida), sólo mejoran con el uso.

La exposición del diácono era una extraña mezcla de teología, teleología y cuento de hadas. Dennis trató de no parecer demasiado divertido.

El ave asada de su plato constituía una clara mejora respecto a la dieta del calabozo, y no estaba dispuesto a arriesgarse a volver a prisión por reírse de las tonterías del sabio residente de su anfitrión.

Sentado a la cabecera de la mesa, el barón Kremer escuchaba en silencio la pedante exposición de Hoss´k, dirigiendo de vez en cuando a Dennis una larga mirada apreciativa.

—Así, en todos los objetos inanimados (incluso los que una vez vivieron, como la piel o la madera), los dioses imbuyeron el *potencial* para convertirse en algo más grande que ellos mismos... algo útil. Ésta es la forma que los dioses eligieron para proporcionar a su pueblo una prosperidad inevitable...

El grueso erudito iba vestido con un elegante traje de noche de color blanco. Mientras gesticulaba, las mangas aleteaban, dejando entrever el vistoso atuendo rojo de debajo.

—Cuando un creador convierte el *potencial* de un objeto en *esencia* —continuó Hoss´k—, la cosa puede entonces ser *practicada.* De esta forma los dioses predeterminaron no sólo nuestro estilo de vida, sino también nuestro bendito orden social.

Frente a Dennis, la princesa Linnora picoteaba su comida. Parecía aburrida, y tal vez un poco furiosa por lo que Hoss´k tenía que decir.

—Hay quienes creen —dijo— que las cosas *vivientes* también tienen potencial. También pueden alzarse sobre lo que son y volverse más grandes de lo que han sido.

Hoss´k dirigió a Linnora una sonrisa condescendiente.

—Una absurda idea, residuo de antiguas supersticiones tomadas en serio sólo por unas cuantas tribus oscuras como la vuestra, mi señora, y por algunos de los salvajes del este. Manifiesta un deseo primitivo de que la gente, las familias e incluso las *especies* puedan ser

mejoradas. ¡Pero mirad a vuestro alrededor! ¿Mejoran los conejos, los rickets o los caballos con cada año que pasa? ¿Lo hace el hombre?

»No, está claro que el hombre en sí no puede ser mejorado. Sólo lo inanimado puede, con la intervención del hombre, ser practicado hasta la perfección.

Hoss´k sonrió y tomó un sorbo de vino.

Dennis no podía evitar la vaga sensación que llevaba acosándole desde hacía una hora, de que había conocido al hombre antes y de que había alguna causa de enemistad entre ellos.

—Muy bien —dijo—, has explicado *por qué* las herramientas inanimadas mejoran con el uso... porque los dioses decretaron que así fuera. ¿Pero cómo un trozo de pedernal, por ejemplo, se convierte en un hacha simplemente al ser utilizado?

—¡Ah! ¡Buena pregunta! —Hoss´k se detuvo para eructar satisfecho. Al otro lado de la mesa, Linnora puso los ojos en blanco, pero Hoss´k no lo advirtió—. Verás, mago, los eruditos saben desde hace tiempo que el destino final de esta hacha que mencionas está determinado en parte por la *esencia de crear* infundida en ella por un maestro señalado del gremio de los picapedreros. La esencia que se pone en un objeto en su comienzo es tan importante come el *Pr´fett*, que el propietario consigue a través de la practica.

»Con esto quiero decir que la práctica es importante, pero es inútil sin la esencia adecuada en el comienzo. Por mucho que lo intente, un campesino no puede practicar un trineo para volverlo una azada, o para convertir una cometa en una copa. Una herramienta debe *comenzar* al menos siendo un poco útil en su tarea designada para mejorar con la práctica. Sólo los maestros creadores tienen esta habilidad.

»Esto es algo no muy apreciado por las masas, sobre todo últimamente, con toda esta desconocida ira contra los gremios. Los descontentos hablan del “valor añadido” y la “importancia del trabajo de práctica”. ¡Pero todo son tonterías de ignorante!

Dennis ya se había dado cuenta de que Hoss´k era el tipo de intelectual que desprecia un urgente a imparable cambio en su sociedad, ignorando por completo las fuerzas en tensión a su alrededor. Los de su clase siempre tocaban la lira mientras Roma ardía, al mismo tiempo que justificaban las cenizas con su propia lógica.

Hoss´k sorbió su vino y sonrió a Dennis.

—Naturalmente, no tengo que explicar a un hombre de tu categoría por qué es tan necesario controlar a las clases inferiores.

—No tengo ni idea de a qué se refiere —respondió Dennis fríamente.

—Vamos, vamos, mago, no tienes que disimular. Tras inspeccionar los artículos que tan amablemente... nos has prestado, ¡puedo decir tantas cosas sobre ti! —Con una sonrisa indulgente, el hombre mordió una pulposa fruta del postre.

Dennis decidió no decir nada. Había comido despacio y hablado poco durante la velada, consciente de que el barón observaba sus reacciones con atención. Apenas había tocado el vino.

Dennis y Linnora habían intercambiado algunas miradas cuando se atrevieron. Una vez, mientras el barón le hablaba al sirviente y el erudito disertaba hacia el techo, la princesa hinchó los carrillos y remedó el parloteo de Hoss 'k. Dennis tuvo que esforzarse para no soltar una carcajada.

Cuando Kremer los miró con curiosidad, Dennis trató de mantener la cara seria. Linnora adoptó una expresión de atenta inocencia.

Dennis comprendió que llevaba camino de enamorarse.

—Siento curiosidad, diácono —dijo Kremer—. ¿Qué puedes adivinar sobre la tierra de nuestro invitado sólo a partir de sus herramientas y su conducta?

El barón se arrellanó en su mullido asiento, semejante a un trono. Parecía lleno de energía, cuidadosa, calculadamente contenida. Aparecía de vez en cuando, al aplastar nueces con las manos desnudas.

Hoss´k se limpió la boca en su manga- servilleta. Inclinó la cabeza.

—Como desees, mi señor. Primero, ¿quieres decirme cuáles de las herramientas de Dennis Nuel te resultan más interesantes?

Kremer sonrió, indulgente.

—El arma que mata de lejos, la caja de vidrio para ver en la distancia y la caja que muestra brillantes insectos en forma de puntos móviles.

Hoss´k asintió.

—¿Y qué tienen todas esas cosas en común?

—Dínoslo tú.

—Muy bien, mi señor. Claramente, esos artículos contienen esencias completamente desconocidas aquí en Coylia. Nuestra señora de los L´Toff —Hoss´k inclinó la cabeza en dirección a Linnora— nos ha confirmado este hecho.

»Aunque él haya pretendido ocultar los detalles de sus orígenes, la ignorancia evidente de nuestro mago sobre algunos de los hechos más básicos de nuestro modo de villa indica que procede de una tierra lejana, seguramente de más allá del Gran Desierto situado tras las montañas... una tierra donde el estudio de la esencia ha desarrollado líneas radicalmente diferentes a las de aquí.

»Quizá la *esencia* misma sea diferente allí, y las herramientas que practican están constreñidas a desarrollarse de formas totalmente divergentes. —Hoss´k sonrió, como si supiera que estaba haciendo una osada especulación.

Dennis se enderezó en su silla. *Tal vez este tipo no sea tonto, después de todo*, pensó.

—La caja de luces, en particular, me dice mucho —continuó Hoss´k, confiado—. Los diminutos insectos amaestrados que contiene tras su tapa nos resultan desconocidos. Son más pequeños que la más diminuta luciérnaga. ¿Cómo se llaman, mago?

Dennis volvió a acomodarse en la silla, casi suspirando en voz alta su decepción. *Cavernícolas*, se recordó.

—Se llaman *pixels* —respondió—. Son elementos compuestos de algo llamado cristal líquido, que...

—¡Elementales de cristal líquido! —le interrumpió Hoss´k—. ¡Imagínate eso! Bueno, al principio temí que las pequeñas criaturas murieran bajo mi cuidado. Con el tiempo se volvieron oscuras, y no pude encontrar agujeros para que respiraran ni forma alguna de suministrarles comida. ¡Finalmente descubrí, casi por accidente, he de confesarlo, que se recuperaban rápidamente cuando se alimentaban *de luz solar!*

Dennis no pudo evitar reaccionar alzando una ceja. Hoss´k tomó nota y sonrió triunfal.

—Ah, sí, mago. No somos retrasados ni idiotas aquí. Este descubrimiento resultó particularmente agradable a mi señor barón. Para entonces, su nueva arma, el pequeño «lanzador de agujas» que tan amablemente nos proporcionaste, había dejado de funcionar. Ahora, naturalmente, también esa herramienta se alimenta de luz cada día mientras es practicada.

El grueso erudito sonrió mientras el barón Kremer le reconocía el logro con una leve sonrisa y un gesto de cabeza. Kremer tenía obviamente planes para la pistola de agujas. Dennis frunció el ceño, pero permaneció en silencio.

—Como los insectos de la caja maravillosa —continuó Hoss´k—. Algo dentro del arma debe comer sol a intervalos. De hecho, cuando se usa el arma puede oírse el leve rumor de los animales cautivos en su interior.

»Encontré una pequeña puerta para la comida en esa máquina. Y ahora, además de luz, proporcionamos a las criaturas del interior el metal que al parecer requieren.

»Esos demonios tuyos tienen gustos caros, mago. ¡Mi señor ha agotado el precio de varios siervos sólo manteniendo el arma en práctica!

Dennis mantuvo el gesto impasible. El tipo era listo, pero sus deducciones estaban cada vez más y más alejadas de la realidad. Dennis trató de no pensar en cómo Kremer podría estar «practicando» con su aguja.

—¿Y qué te dice todo esto sobre mi tierra natal? —pregunto.

Hoss´k sonrió.

—Bueno, primero hemos visto que parte de tu magia consiste en tomar la *esencia* de las cosas vivas a infundirla en herramientas antes de que la práctica comience siquiera. Esto me sugiere una sociedad menos considerada que la nuestra por la dignidad de la vida.

Dennis no pudo dejar de sonreír sardónicamente. ¡De todas las posibles conclusiones estúpidas tenía que llegar a ésa! Se volvió hacia Linnora para compartir sus sentimientos secretamente con una mirada de complicidad, pero quedó aturdido por la mirada que ésta le dirigió. Obviamente, ella no tenía en gran estima a Hoss´k, pero su última deducción sin duda la había perturbado. Manoseó su servilleta, nerviosa.

¿No se daba cuenta de que el erudito estaba simplemente dando palos de ciego?

Hoss´k continuó.

—Hace algún tiempo cogí algunos de las artículos que Dennis Nuel trajo consigo desde su tierra natal... aquellos que mi señor el barón no requirió para otros propósitos, y los puse en un armario oscuro, donde no recibían luz ni practica. Deseaba observarlos cuando revirtieran a su forma original y averiguar qué principios de esencia había en el corazón de cada uno.

»¡Para mi sorpresa descubrí, pasados unos cuantos días, que las herramientas dejaban de involucionar! A solas en un cuarto oscuro, su cuchillo sigue siendo tan afilado como lo era hace una semana. En parte puede ser debido al hecho de que está fabricado del hierro por el valor de rescate de un Príncipe, pero los cierres de su ropa y su mochila también permanecieron petrificados en intrincadas formas que no podría hacer ningún artesano vivo.

Dennis miró a Kremer.

El barón escuchaba con los puños apretados. Sus tupidas cejas le cubrían los ojos de sombras.

La mirada de Linnora pasaba de Hoss´k a Dennis y a Kremer con aparente ansiedad. Dennis se preguntó qué estaba sucediendo. ¿Era algo que acababa de decir aquel idiota? Decidió acabar con aquella tontería antes de que el ridículo fuera mayor.

—Creo que no...

Pero el erudito no estaba dispuesto a ser interrumpido.

—Las cosas del mago son sin duda sorprendentes —dijo—. Sólo una vez he encontrado algo igual. En nuestra reciente expedición a las montañas situadas al norte de las tierras de los L´Toff, mis escoltas y yo encontramos una casita en la espesura, toda hecha de metal...

Dennis observó a Hoss´k y sintió que sus puños se crispaban.

—¡Tú!

Ahora supo que, en efecto, ya había visto al diácono antes, una vez, en la pequeña pantalla del robot de exploración del Tecnológico Sahariano. ¡Había sido aquel idiota, vestido con su túnica roja, quien había supervisado el desmantelamiento del zievatrón!

—Ah —asintió el erudito—. Veo por tu reacción que esa casita era tuya, mago. Y eso no me sorprende. Pues encontré una pequeña caja en el costado de la casa, que se abrió haciendo palanca. ¡Y allí encontré un almacén de herramientas increíbles! ¡Me llevé unas

cuantas a casa para examinarlas a placer y, aunque no he podido sacar de ellas nada en claro, al igual que los artículos de lo mochila no han cambiado un ápice desde que me las quedé!

Hoss´k rebuscó en su voluminosa túnica y sacó un puñado de pequeños objetos.

—Unos cuantos de éstos proceden de un par de grandes demonios feroces que encontramos guardando la casita. Pero no pudieron hacer nada contra los thenners de los valientes guardianes de mi señor.

Trozos y piezas de componentes electrónicos se desparramaron sobre la mesa. Dennis contempló un brazo de un «feroz» robotito de exploración del Tecnológico Sahariano, y un tablero roto zievatrónico cuyos componentes valían cientos de miles de dólares.

—Naturalmente, no pudimos quedarnos el tiempo suficiente para realizar una investigación en profundidad, como comprenderás, pues fue entonces cuando encontramos a la princesa. Nuestros hombres tardaron dos días enteros en, ejem, localizarla desde la casita de metal hasta el promontorio rocoso donde se había perdido...

—¡No me había perdido! ¡Me ocultaba de vuestros malditos norteños! —exclamó Linnora.

—Mmm. Bien. Ella sostuvo que había acudido al claro porque sentía que algo extraño acababa de suceder en esa zona. Me pareció aconsejable invitarla a acompañar a nuestra expedición de regreso a Zuslik... por su propia seguridad, naturalmente.

Dennis apenas pudo contenerse.

—Así que tú eres el cretino que hizo pedazos el mecanismo de regreso —rugió.

Hoss´k se echó a reír.

—Oh, mago, yo completé el trabajo de disección, pero nuestra princesa L´Toff ya había empezado a investigar la extraña cabaña cuando llegamos.

Dennis la miró para ver si eso era cierto, pero Linnora se limitó a apartar la mirada, abanicándose. En ese momento Dennis no sintió ningún favoritismo. Dirigió a Linnora la misma mirada acalorada que había dirigido a Hoss´k. ¡Ambos habían metido la nariz donde no debían!

—De cualquier manera, mago —continuó Hoss´k—, estoy seguro de que no se hizo ningún daño. Cuando mi señor el barón decida que es hora de que regreses a tu tierra natal con tus pertenencias, estoy seguro de que podremos devolver el metal que cogí y prestarte toda la ayuda que necesites para practicar lo casita de vuelta a la perfección.

Dennis maldijo en voz baja en árabe, la única manera que tenía de expresar adecuadamente lo que pensaba de la idea.

Al parecer Hoss´k captó parte del mensaje, aunque no su significado. Su sonrisa se encogió.

—Y si mi señor decide lo contrario, entonces dirigiré otra expedición hasta la casita y reclamaré todo ese maravilloso metal para el tesoro de mi señor.

Dennis permaneció en silencio, aturdido. ¡Si la compuerta era movida del sitio, o desmantelada, pasaría el resto de su vida en aquel lugar!

Kremer había permanecido sin decir palabra durante la conversación. Ahora intervino.

—Creo que nos hemos desviado del tema, mi buen diácono. Nos estabas explicando qué hay de desacostumbrado en las herramientas que antes poseía nuestro extraño mago. Dijiste que, según parece, permanecen sin cambios, no importa cuánto tiempo estén sin ser practicadas.

—Sí, mi señor. —Hoss´k inclinó la cabeza—. Y sólo hay una forma conocida de petrificar una herramienta en su forma practicada para que permanezca en ese estado para siempre, incapaz de revertir a su forma de comenzador. En nuestra tierra, solamente los L´Toff controlan esa técnica.

Linnora permanecía rígida, sin mirar a Hoss´k, ni siquiera a Dennis.

—La técnica, como todos sabemos, requiere que un miembro de la raza L´Toff invierta voluntariamente una porción de su propia fuerza vital en la herramienta en cuestión, gastando una parte de su lapso de vida para hacer que el Pr´fett sea permanente.

Kremer habló, pensativo.

—Un gran regalo, ¿no, mago? Los sacerdotes sostienen que los L´Toff fueron elegidos por los dioses... bendecidos con el talento de poder hacer que las cosas hermosas lo sean para siempre.

»Pero todos los regalos tienen un precio, ¿no, erudito?

Hoss´k asintió sabiamente.

—Sí, mi señor. El talento ha sido una bendición de doble filo para los L´Toff. Con sus otros dones, los eleva por encima de los demás pueblos. También produce desagradables episodios de, bueno, de lo que podría ser llamado intento de explotación por parte de los otros.

Dennis parpadeó. Todo se desarrollaba demasiado rápido, pero incluso sin reflexionar podía imaginar cómo habían sufrido los L´Toff a causa de su talento.

La princesa se limitaba a mirarse las manos.

—Naturalmente, el resto de la historia es conocida por todos —dijo Hoss´k, chasqueando la lengua—. Huyendo de la avaricia de la humanidad, los L´Toff llegaron a las montañas occidentales, donde un antepasado de nuestro rey Hymiel les concedió su actual territorio y la protección de los antiguos duques de Zuslik.

Y el padre del barón Kremer eliminó al último de los antiguos duques, se dijo Dennis.

—Estábamos hablando de las pertenencias del mago —recordó Kremer, suave pero severamente.

Hoss´k inclinó la cabeza.

—Por supuesto. Bien, ¿qué podemos suponer cuando descubrimos que las pertenencias del mago no se deterioran, no involucionan hasta volver a ser rudos *comenzadores?* Nos vemos obligados a llegar a la conclusión de que Dennis Nuel es un miembro de la aristocracia de su tierra natal, una tierra donde tanto el metal como la vida son baratos. Aún más, parece claro que los L´Toff de su país han sido esclavizados y obligados a poner *Pr´fett* en objetos practicados para que permanezcan refinados incluso cuando no se usan durante largos periodos de tiempo. Esta explotación ha llegado incluso a petrificar la ropa de Nuel. Aquí en Coylia nadie se ha planteado siquiera malgastar el talento de los L´Toff en *ropa*...

—Eh, espera un maldito minuto —lo interrumpió Dennis—. Creo que hay unas cuantas cosas que...

Hoss´k sonrió y continuó, cortando a Dennis.

—Debemos concluir, por fin, que su experiencia en distintas clases de esencia (incluyendo la esclavitud de animales pequeños que son parte integral de las herramientas) más este poder sobre los L´Toff de su propia tierra explica la magia del país de Dennis Nuel.

»Puede que sea un exiliado o un aventurero. No lo sé. En cualquier caso, nuestro invitado pertenece sin duda a una raza de guerreros implacable y poderosa. Por tanto, debe ser tratado como miembro de la casta superior mientras permanezca en Coylia.

Dennis miró al hombre, anonadado. ¡Quería echarse a reír, pero todo era demasiado absurdo incluso para eso!

Empezó a hablar dos veces y se detuvo cada una de ellas. Se preguntó si debía intervenir. Su impulso inicial de protestar podía no ser la estrategia adecuada. Si los sofismas de Hoss´k le proporcionaban una buena posición social y privilegios, ¿debía intervenir siquiera?

Mientras lo consideraba, la princesa Linnora se levantó bruscamente, la cara muy pálida.

—Mi señor barón. Caballeros. —Asintió con la cabeza a derecha a izquierda, pero no miró a Dennis—. Estoy fatigada. ¿Me disculpan?

Un criado retiró su silla. Ella no miró a Dennis a los ojos, aunque éste se levantó y trató de encontrar su mirada. Linnora soportó estoicamente los labios del barón sobre su mano, luego se dio la vuelta y se marchó, acompañada por dos guardias.

A Dennis le ardían las orejas. podía imaginar perfectamente lo que pensaba Linnora de él. Pero teniendo en cuenta las circunstancias, probablemente era mejor que hubiera permanecido en silencio, hasta que tuviera una oportunidad de pensar qué hacer. Ya habría tiempo más tarde para las explicaciones.

Se volvió y vio que Kremer 1e sonreía.

El barón tomó asiento y bebió de una copa cuyo barniz se había vuelto, con el paso de los años, de un magnífico azul arsénico.

—Por favor, siéntate, mago. ¿Fumas? Tengo pipas que han sido usadas cada día durante trescientos años. Mientras nos relajamos, estoy seguro de que encontraremos asuntos provechosos para ambos de los que conversar.

Dennis no dijo nada.

Kremer lo miró, calculador.

—Y tal vez podamos resolver algo que beneficie también a la dama.

Dennis frunció el ceño. ¿Tan obvios eran sus sentimientos?

Se encogió de hombros y se sentó. En su posición, no tenía más remedio que negociar.

4

—Menos mal que el palacio tiene montones de tuberías internas bien practicadas —dijo Arth mientras trataba de hacer encajar dos tubos, uniéndolos con lodo y cuerdas—. Odiaría tener que hacer nuestras propias tuberías de papel o yeso y practicarlas nosotros mismos.

Dennis usaba un escoplo para recortar una tapa dura que encajara en una gran tina de barro. Cerca, varios barriles del «mejor» vino del barón esperaban su turno de prueba. El laberinto de tuberías que había sobre sus cabezas era la pesadilla de un fontanero. Incluso el más retorcido fabricante clandestino de whisky de los Apalaches se habría echado a temblar nada más verlo. Pero Dennis supuso que sería lo bastante bueno para un comenzador de destilería.

Todo lo que tenían que hacer era introducir unas cuantas gotas de brandy para que salieran por el otro extremo del condensador. Un poco de producto final era todo lo que necesitaban para que fuera útil y, por tanto, practicable.

Arth silbaba al trabajar. Parecía haber perdonado a Dennis desde que le habían sacado del calabozo y le habían asignado el puesto de «ayudante de mago». Ahora, vestido con cómoda ropa de trabajo vieja y bien alimentado, el pequeño ladrón estaba entusiasmado con aquella tarea de creación que no se parecía a nada de lo que había hecho antes.

—¿crees que Kremer quedará satisfecho con esta destilería, Denniz?

Dennis se encogió de hombros.

—Dentro de un par de días deberíamos estar produciendo un caldo que hará que al barón se le caigan sus cómodas calzas de doscientos años. Debería bastar para hacerlo feliz.

—Bueno, sigo odiándolo a muerte, pero admito que paga bien. —Arth agitó una bolsita de cuero llena hasta su cuarta parte de tiras de precioso cobre.

Arth parecía satisfecho por ahora, pero Dennis tenía sus dudas. Hacer una destiladora para Kremer era sólo el primer paso.

Estaba seguro de que el señor de la guerra querría más cosas de su nuevo mago. Pronto perdería el interés por las promesas de nuevas comodidades y lujos y empezaría a pedir armas para su inminente campaña contra los L´Toff y el rey.

Dennis y Arth llevaban casi una semana con aquella tarea. Allí, pocos pasaban más de un día *creando* nada. Kremer empezaba a mostrar ya signos de impaciencia.

¿Qué haría cuando la destilería estuviera funcionando? ¿Enseñar al barón a forjar hierro? ¿Enseñar a sus artesanos el principio de la rueda? Dennis esperaba conservar una o dos de esas «esencias» en reserva, por si Kremer decidía faltar a su promesa. El señor de la guerra había jurado cubrir a Dennis de riquezas y proporcionarle todos los recursos que necesitara para reparar su «casita de metal» y volver a casa. Pero podía cambiar de opinión.

Dennis seguía sintiéndose ambiguo. Sin duda, Kremer era un frío hijo de perra. Pero era competente y no particularmente venal. Por sus lecturas de historia terrestre, Dennis sabía que muchos personajes considerados legendarios no eran precisamente personas agradables en la vida real. Aunque estaba claro que Kremer era un tirano, Dennis se preguntaba si era tan terrible comparado con los fundadores de otras dinastías.

Tal vez lo mejor sería convertirse en el Merlín de aquel tipo. Probablemente, Dennis podría hacer que las victorias de Kremer fueran abrumadoras, y por tanto relativamente incruentas, y al hacerlo así convertirse en un poder a su lado.

Ciertamente, eso le daría más libertad, tal vez incluso la suficiente para reparar el zievatrón y regresar a casa.

Parecía el plan adecuado.

Entonces, por qué sabía tan amargo?

Se le ocurría al menos una persona que no estaría de acuerdo con su decisión. Las pocas veces que había visto a la princesa Linnora desde el banquete estuvieron separados por al menos dos parapetos, ella escoltada por sus guardias y él por los suyos. Linnora le saludó fríamente con un movimiento de cabeza y se marchó con un remolino de faldas mientras él sonreía y trataba de mirarla a los ojos.

Dennis comprendía ahora cómo la lógica de Hoss´k en el banquete podía resultar convincente para alguien educado en aquel mundo. El malentendido le irritaba por lo injusto que era.

Pero no había nada que pudiera hacer. Kremer permitía que Dennis la viera de lejos, pero no que hablara con ella. Y él no podía insultar al barón en su presencia (estropeando todos sus planes) sólo por recuperar el favor de ella, ¿no? Eso sería un error.

Era un fastidio.

Arth y él construyeron su destilería en un patio amplio no lejos del de la cárcel de la que habían escapado sólo unas semanas antes. Excepto su pequeña parcela, todo el patio consistía en terrenos para la instrucción de las tropas del barón. Cerca de la pared exterior de troncos afilados, los sargentos dirigían a la milicia de la ciudad y las aldeas cercanas, practicando tanto las ajadas armas como sus igualmente escuálidos guerreros.

Más cerca del castillo, soldados regulares con vistosos uniformes usaban sus hachas de batalla y albardas para cortar trozos de carne que colgaban de altas picas. Las hojas

resplandecientes cortaban carne y hueso por igual. Las tajadas se recogían en tinas que los pinches llevaban a las cocinas de palacio.

Incluso la pareja de guardias asignada a la vigilancia de Dennis y Arth tenía trabajo: los hombres se turnaban golpeándose levemente el uno al otro con espadas sin filo, para mejorar sus armaduras.

En el cielo, la patrulla aérea del barón realizaba sus maniobras. Dennis veía las cometas zambullirse y remontar vuelo unas alrededor de otras, tan gráciles como los más livianos planeadores de la Tierra. Permanecían en el aire durante horas seguidas gracias a las corrientes térmicas próximas al castillo. Practicaban lanzando en pleno vuelo pequeños dardos letales a unos blancos situados en el suelo.

Nadie más en Coylia tenía algo parecido a esos planeadores. Se decía que la innovación se produjo el día en que la cometa de observación que e1 propio barón pilotaba se soltó a resultas de un intento de asesinato. Practicada a la perfección como cometa, roto el cabo de contacto, la máquina aérea cayó dando vueltas.

Pero en vez de precipitarse a la muerte, Kremer se salvó gracias a una potente corriente de aire invernal. Haciendo gala de una imaginación poco habitual, el barón reconoció casi al instante que había algo nuevo en todo aquello. Se concentró desesperadamente en practicar el planeador sin cabo, en vez de resignarse a una muerte segura, y sucedió lo sorprendente. Para asombro de todos los que observaban, él y la cometa resplandecieron unos instantes en el chispeante nimbo de un trance felthesh. ¡E1 aparato se transformó ante los ojos de todos en algo que volaba!

Kremer acabó rompiéndose sólo una pierna, y había descubierto un nuevo principio.

Diecisiete «voluntarios» muertos y lisiados más tarde, tenía su cuerpo de planeadores de uno, dos a incluso cuatro hombres. Mejoraban día a día. Y aunque Kremer nunca pudo volver a producir otro felthesh, su reputación se extendió por toda Coylia.

Dennis observaba pensativo los planeadores. El cobertizo que hacía las veces de hangar estaba protegido, y también la torre de lanzamiento. Pero la mayor protección era el hecho de que el castillo Zuslik contenía la única dotación de pilotos entrenados del planeta. Aunque algún otro señor consiguiera robar un planeador, no podría *practicarlo* a tiempo de impedir que se deteriorara hasta volver a ser un montón de palos, cuerdas y pieles.

Pero sin que lo supiera el barón Kremer, había un piloto potencial más en Tatir.

No. Dennis sacudió la cabeza. *Has elegido un plan. Cíñete a él.*

Arth se acercó, sosteniendo una pieza del condensador.

—Dime, Denniz, ¿dónde encaja esta cosa que llamaste... *aparato?* ¿Va dentro de la *retuerta?* ¿O del *engudo?* —Arth pronunciaba cada nombre tal como lo había memorizado.

Dennis regresó a la tarea de engendrar una revolución industrial.

5

—Amo, debes vestirte ya para la fiesta.

Dennis alzó la cabeza de un puñado de notas cubiertas con las arcanas anotaciones de la matemática de las anomalías.

—Oh. ¿Ya es la hora, Dvarah?

La criada sonrió y señaló la vieja cama adosada a la pared. Dennis vio que había colocado encima un traje de etiqueta con las mangas de fantasía y gola ancha.

La muchacha hizo una reverencia.

—Sí, mi señor. Y esta noche vestirás de modo que convenga a tu estado. Esos ropajes tienen más de doscientos años. Y el practicador que encontramos para ti los ha llevado ininterrumpidamente durante más de una semana. Acaban de lavarlos y están preparados para ti.

Dennis miró el traje y frunció el ceño. No era sólo que el traje fuera incómodo y decadente para su gusto. Después de todo, él era el extranjero allí y tenía que adaptarse a las modas locales.

Pero no le gustaba pensar que algún pobre ciudadano de Zuslik había sido secuestrado sólo para que practicara aquellas prendas para él.

Dvarah le había sido asignada después de la cena con el barón. La hermosa muchacha, pequeñita y morena, le compraba la comida y atendía sus suntuosas habitaciones.

Ella tosió para llamar su atención.

—Amo, no debes hacer esperar al barón.

Dennis dirigió una breve y triste mirada a los papeles de su mesa. Había sido divertido, casi relajante, jugar con los símbolos y los números, tratando de calcular el porqué de la existencia del Efecto Práctica.

Mientras estaba perdido en las ecuaciones, Dennis casi podía olvidarse de dónde se encontraba, y fingir que era, una vez más, un tranquilo científico terrestre sin nada que temer.

En realidad, Kremer había sido muy generoso con él. Por ejemplo, le había dado a Dennis todo el papel que quiso para sus estudios. Pero no había permitido que le devolvieran su equipaje terrestre.

No tenía sentido quejarse. Dennis tenía que ganarse la confianza del señor de la guerra. Sin el ordenador de muñeca, por ejemplo, todos sus cálculos eran inevitablemente vanos. Con el tiempo, estaba seguro, Kremer le permitiría recuperar sus cosas.

Se levantó para vestirse. Kremer había invitado a todos los burgueses y maestros de los gremios aquella noche, para alardear de su nuevo mago. Dennis tendría que hacer una buena exhibición.

Dvarah se acercó y empezó a desabrocharle la camisa.

Las primeras veces que eso había sucedido, Dennis, nervioso, la había apartado. Pero eso solamente sirvió para herir los sentimientos de la muchacha, por no mencionar su orgullo profesional. *Allá donde fuesen haz lo que vieres,* aceptó por fin, y aprendió a relajarse mientras le hacían las cosas.

De hecho, una vez que te acostumbrabas, era bastante agradable. Dvarah olía bien. Y en los últimos días se había hecho bastante devota de él. Parecía que sus deberes iban mucho más allá de lo que había hecho hasta el momento. La amabilidad de Dennis hacia ella, y su falta de disposición a hacer valer esos privilegios, parecían sorprenderla y complacerla.

Dvarah enderezaba su corbatín cuando llamaron a la puerta.

—¡Adelante! —indicó Dennis.

Arth asomó la cabeza.

—¿Preparado, Denniz? ¡Vamos! ¡Tenemos que preparar el brandy para la fiesta!

—Muy bien, Arth. Sólo un segundo.

Dvarah dio un paso atrás y sonrió, aprobando la elegancia de su amo. Dennis le hizo un guiño y siguió a Arth al salón.

junto con dos de los omnipresentes guardias, esperaban cuatro hombretones con un pesado barril montado sobre dos rieles. Mientras los guardias se volvían para abrir la marcha, los porteadores cargaron el barril a hombros y los siguieron.

Dennis había considerado inventar algo para hacer más fácil su tarea. Luego, al pensarlo mejor, decidió esperar un poco. La rueda era un as demasiado peligroso para jugarlo todavía.

—Tengo un mensaje de mi mujer... —susurró Arth a Dennis mientras recorrían el elegante pasillo.

Dennis caminaba decidido, sin perder un paso. También en voz baja, preguntó:

—¿Están los otros bien?

Arth asintió.

—Casi todos. Los guardias capturaron a dos de mis hombres... y Maggin descubrió lo que le sucedió a Perth. —Escupió el nombre como si fuera algo vil.

—¿Mishwa lo ... ? —Dennis dejó la pregunta en el aire.

—Sí. ¡Se encargó de esa rata, desde luego! Justo antes de que lo apresaran. Perth nunca tuvo oportunidad de revelar el emplazamiento exacto del almacén, así que Stivyung y Gath pudieron...

Arth cerró la boca cuando las grandes puertas del salón se abrieron de par en par ante ellos. Pero Dennis capto la idea general.

Sintió alivio al saber que sus amigos se encontraban bien. Tal vez dentro de semanas, o meses, tendría suficiente influencia sobre Kremer para interceder por otros prisioneros. Pero por ahora prefería no intentarlo. Gath y Stivyung merecían la oportunidad de huir por su cuenta.

Dennis sólo podía describir la fiesta como una especie de ceremonia India del potlatch* con un toque de la corte del Rey Sol, Luis XIV.

La elite local destacaba en un mar de elegantes ropajes, pero había menos bailes y conversaciones de los que habría habido en una fiesta en la Tierra. En cambio, tenía lugar al parecer todo un ceremonioso intercambio de regalos. Los rituales divertían a Dennis. Por lo visto se trataba de una complicada costumbre: la posición social se mantenía regalando cosas; cuanto más practicados estuvieran los artículos ofrecidos, mejor.

Dennis recordó haber leído sobre la existencia de ritos similares en la Nueva Guinea preatómica y en el noroeste del Pacífico. No se intercambiaban regalos por generosidad, sino más bien en un *alarde* agresivo que dependía enormemente del estatus.

Vio a la portadora de un atuendo particularmente chillón a inútil ponerse blanca y contemplar horrorizada lo que le habían regalado, antes de adoptar rápidamente una expresión indiferente y dar las gracias entre dientes al obsequiante.

Sí, aquello se parecía mucho al antiguo potlatch terrestre. Pero Dennis pronto vió que el Efecto Práctica había retorcido el ritual de una manera extraña.

Costaba muchas horas-hombre de trabajo mantener una herramienta o un objeto en la cima de la perfección, por ejemplo. Así que contrariamente a lo que sucedía cuando se celebraban reuniones sociales similares en la Tierra, hacer acopio previo de regalos implicaba un gran coste para el donante. Su número estaba limitado por la habilidad de los sirvientes y

* Costumbre de los indios americanos de la Costa norte del Pacífico, sobre todo de los Kwakiutl, consistente en un festival ceremonial donde se hacen regalos a los invitados y se destruyen propiedades en un alarde de riqueza que los invitados tratan de superar más tarde. *(N. del T.)*

lacayos de un magnate para usar cosas... y justo antes de una de aquellas fiestas los siervos debían de agotarse practicando los mejores regalos de sus amos.

Dennis deambuló por la gran sala, contemplando a la gente rica saludarse y hacerse rebuscados cumplidos unos a otros. Intercambiaban sus regalos con elegantes gestos de sorpresa y fingían espontaneidad.

Arth se lo había explicado. El receptor de los regalos era pillado desprevenido. La avaricia era contrarrestada por la cautela.

El hombre rico podía desear una cosa hermosa y antigua, pero temer invertir las horas-hombre necesarias para mantenerla. Un regalo recibido tenía que ser mostrado más tarde, y cualquier deterioro del mismo sería motivo de una terrible vergüenza.

Era como contemplar una elegante pavana. Dennis volvió a ver una expresión inconfundible de chasco en el rostro de un receptor que había hecho un movimiento en falso y había recibido demasiado.

En la zona atendida por Arth acababan de abrir el barril de brandy. Los criados servían copitas de fluido color ámbar. Una cadena de jadeos, toses y exclamaciones se extendía por la multitud, justo detrás de los camareros.

Dennis buscó a Linnora. Tal vez allí, en la fiesta, tendría una oportunidad para explicarle que no procedía de una tierra de monstruos. Tenía que convencerla de que al realizar un juego de esperas se volvería tan necesario para Kremer que una prisionera L´Toff, en comparación, carecería de valor. Dennis estaba seguro de que tardaría pocos meses en conseguir la libertad de la princesa.

Pero no había ni rastro de ella entre la multitud. Tal vez iría más tarde.

Los nobles menores y los maestros gremiales (la mayoría hijos y nietos de hombres que habían ayudado al padre de Kremer a hacerse con el poder) paseaban con sus esposas, seguidos por sirvientes personales que modelaban los regalos que sus amos habían recibido. Era como contemplar a una multitud llena de parejas de gemelos casi idénticos, sólo que el hermano que aparentemente llevaba más riquezas siempre caminaba detrás del menos cargado, y el que llevaba toda la llamativa quincalla *nunca* tomaba comida ni bebida.

Dennis había conseguido renunciar a que le asignaran una «cola», como llamaban a los sirvientes de compañía. Ya era bastante malo saber que alguien, en alguna parte, pasaba horas practicando por él sus trajes.

No quería tener que obligar a otro tipo a realizar una función tan repugnante, no importaba lo aceptada que estuviera.

De cualquier forma, eso contribuía a que Dennis fuese considerado un caso raro. A estas alturas todo el mundo sabía que era un mago extranjero. Dennis calculaba que cuantas más convenciones rompiera más sentado quedaría el precedente y menos probable sería que intentaran obligarlo a otras estupideces tribales.

Estupideces no, se recordó... *¡adaptaciones!* Las pautas de conducta encajaban todas cuando se combinaba el feudalismo con el Efecto Práctica. Tal vez no le gustaran, pero los rituales tenían un gran sentido común.

—¡Mago!

Dennis se dio la vuelta y vio que era Kremer en persona quien lo llamaba.

Cerca se encontraban el diácono Hoss´k, con su vistoso hábito rojo, y un puñado de dignatarios locales. Dennis se acercó y dirigió a Kremer un calculado y respetuoso saludo con la cabeza.

—Así que éste es el mago que nos ha mostrado cómo practicar el vino en... *brandy*. —*Un* magnate ricamente vestido alzó su copa en gesto de admiración—. Dime, mago, ya que

pareces haber encontrado una forma para practicar artículos de consumo, ¿nos enseñarás a convertir el grano en filetes de rickel?

El hombre se rió estentóreamente, acompañado por varios de los que le rodeaban. Obviamente, había tomado ya un par de copas del primer producto de Dennis.

El barón Kremer sonrió.

—Mago, déjame presentarte a Kappun Thsee, magnate del gremio de los picapedreros, y representante de Zuslik en la Asamblea de nuestro señor, el rey Hymlel.

Dennis se inclinó sólo un poquito.

—Encantado.

Thsee asintió levemente. Apuró el brandy de su copa y llamó a un criado para que le sirviera más.

—No has respondido a mi pregunta, mago.

Dennis no sabía qué decir. Aquella gente tenía una sola forma de ver las cosas, y cualquier explicación que ofreciera daría pie a nuevas suposiciones que los aristócratas coylianos estaban mal preparados para oír.

De todas formas, en ese momento vio entrar en la sala a la princesa Linnora, acompañada por una criada.

La multitud situada cerca de la entrada se dividió para dejarle paso. Cuando ella saludaba y hablaba con alguien, la respuesta era casi siempre una sonrisa exagerada y nerviosa. Tras ella, la gente se la quedaba mirando. Destacaba brillantemente en el mar de rostros arrebolados y ansiosos, fría y reservada como correspondía a la reputación de su pueblo de las montañas.

—Me temo que las cosas no se hacen así, mi querido Kappun Thsee.

Dennis se volvió rápidamente y vio que era el erudito Hoss´k quien había hablado, llenando la larga pausa en la conversación. Dennis había tenido la breve ilusión de que era el profesor Marcel Flaster, transportado directamente de algún modo desde la Tierra, comenzando una de sus insoportables y pesadas conferencias.

—Verás —explicó Hoss´k—. El mago no ha *mejorado* el vino en brandy. Ha utilizado el vino igual que tus picapedreros usan nódulos de pedernal. Él *crea* el brandy infundiéndole una nueva esencia.

Los ojos de Kappun Thsee brillaron con avaricia mal disimulada.

—El gremio que consiga la licencia de este arte...

El barón Kremer se rió con ganas.

—¿Y por qué debe darse este maravilloso secreto nuevo a ninguno de los gremios actuales? ¿Qué tiene que ver, amigo mío, cortar piedra con crear licor con el sabor del fuego?

Kappun Thsee se ruborizó.

Dennis había estado intentando no perder a Linnora en su avance a través de la multitud. Se volvió rápidamente cuando Kremer le puso una mano en el hombro.

—No, magnate Thsee —dijo Kremer, sonriendo—. Las nuevas esencias que nos proporcione nuestro mago *podrían* ser repartidas entre los gremios existentes. Pero claro, tal vez debería formarse un gremio nuevo. ¿Y quién mejor para ser maestro de ese gremio que el hombre que nos ha traído esos secretos?

Una de las mujeres abrió la boca. Los otros aristócratas lo miraron.

En el momento de silencio, Dennis vio de repente con súbita claridad lo que estaba sucediendo.

¡Kremer los estaba manipulando a la perfección! Negando la posibilidad de acceso a todo un conjunto de nuevas «esencias», acompañaba la zanahoria con un palo implícito. Ahora estarían sin duda dispuestos a hacer su voluntad.

A1 mismo tiempo, Dennis se dio cuenta de que Kremer acababa de ofrecerle más riquezas y poder de lo que había imaginado jamás.

Vio que incluso el jactancioso Hoss´k guardaba silencio, como si estuviera viendo a Dennis bajo una nueva luz: menos como su propio descubrimiento personal y más, quizá, como un peligroso rival.

Eso le venía bien a Dennis. Aquel tipo había sido el causante directo de que hubiera quedado atrapado en ese loco mundo. Y se había prometido a sí mismo darle una lección.

Dennis advirtió que Linnora se había acercado, pero evitaba aproximarse a la zona donde se encontraba el barón. Se volvió hacia Kremer.

—Excelencia, algunos pueden pensar que mi brandy no es nada más que una forma potente de vino. ¿Puedo realizar una demostración para probar que es, en efecto, algo completamente diferente?

Kremer asintió, traicionando una leve sonrisa.

Dennis pidió una copa llena de brandy y una mesita donde depositarla. Luego rebuscó en los pliegues de una de sus amplias mangas y sacó un puñado de palillos, cada uno con un extremo recubierto de una pasta crujiente.

Había tardado días en localizar y refinar los materiales adecuados para realizar aquella demostración. Sería el tipo de acto que cimentaría su reputación.

—El barón Kremer ha hablado del sabor del fuego. Por la forma en que nuestros notables locales se mueven por el salón, ciertamente parece que la sangre de sus venas se ha vuelto algo más que un poco caliente.

La multitud se echó a reír. En efecto, varios magnates ya se habían achispado, y habían caído en la trampa de otros jugadores del juego de los regalos.

Sus criados se tambaleaban bajo enormes cantidades de hermosas y antiguas cosas que arruinarían a sus amos con su caro tiempo de práctica.

Dennis notó que Linnora observaba desde una columna cercana. Había sonreído al oír la alusión a los tontos maestros de los gremios.

Animado, Dennis continuó:

—En esta noche de maravillosos regalos, yo, un pobre mago, tengo poco que ofrecer. ¡Pero al barón Kremer le ofrezco ahora la esencia del... fuego!

Frotó dos de dos pequeños palos. De inmediato, los extremos de ambos estallaron en llamas.

La multitud gimió y retrocedió asombrada. Se trataba de cerillas bastante burdas, humeantes y que apestaban a azufre y nitratos, pero eso sólo hacía que el espectáculo fuera aún más impresionante.

Dennis había visto los encendedores que utilizaba aquella gente. Eran efectivos, pero se basaban en el antiguo principio del palo y la fricción. Nada en Caylia podía hacer lo que él acababa de hacer.

—Y ahora —añadió dramáticamente, agitando las cerillas para conseguir mayor efecto—, ¡el *sabor* del *fuego!*

Acercó una de las cerillas a la copa.

Una fluctuante llama azul resonó de manera audible al entrar en contacto ambas. Los espectadores gimieron. Hubo un largo y aturdido silencio.

—La esencia del fuego... ¿capturada en una *bebida?*

Dennis se volvió y vió que Hoss´k tenía los ojos como platos.

—Una hazaña maravillosa —reconoció Kremer, bastante tranquilo—. Relacionada, tal vez, con la forma en que el pueblo del mago esclaviza a esas pequeñas criaturas dentro de sus cajitas. Parece que también han encontrado una manera de atrapar el fuego. Maravilloso.

—Pero... pero... —tartamudeó Hoss´k—. ¡El fuego es una de las esencias de la vida! Incluso los seguidores de la Antigua Fe están de acuerdo en eso. Podemos liberar la esencia del fuego de lo que vivió una vez... ¡pero no podemos atraparla!

Dennis no pudo evitarlo. Se echó a reír. Hoss´k se lamía nervioso los labios, y ver rebullirse al diácono le proporcionó un momento de satisfacción. Por fin, se resarcía en parte de lo que aquel tipo le había hecho.

—¿No os lo dije? —exclamó Kremer—. ¡Dennis Nuel sabe cómo atrapar cualquier cosa dentro de una herramienta! ¿Qué maravillas podremos esperar si le damos nuestro pleno apoyo?

La multitud aplaudió diligente, pero Dennis advirtió que estaban acobardados. En sus rostros se leía el terror supersticioso y la inseguridad.

Dennis miró a su izquierda, todavía sonriendo por haberle causado a Hoss´k la conmoción mayor de su vida. Entonces vió a Linnora, el rostro convertido en una máscara de preocupación y miedo.

La princesa dirigió a Dennis una mirada de espanto; luego se volvió para abandonar el salón seguida de su doncella.

Dennis recordó entonces lo que Hoss´k había dicho sobre la «Antigua Fe». Al parecer, su pequeña demostración había reavivado el terror de Linnora hacia aquellos que abusaban de las esencias vitales. Dennis maldijo en voz baja. ¿Había algo allí que él pudiera hacer y que ella no malinterpretara?

Se dió cuenta de que había sido el barón quien había definido lo hecho por Dennis. Kremer había puesto sus acciones bajo una luz que lo arrojaba a un rincón, asegurándose de que Linnora lo malinterpretase.

Estaba en inferioridad de condiciones ante aquel hombre. No podía contrarrestar esa clase de habilidad manipuladora. ¿Cómo podía tener una oportunidad de hacerlo?

Sólo esperaba que algún día Linnora también lo comprendiera.

6

A la mañana siguiente, un poco resacosos tras la fiesta, Arth y Dennis llegaron tarde a la destilería. Allí descubrieron que su equipo de trabajo había celebrado una fiesta por su cuenta y dejado la destilería hecha un desastre.

Los prisioneros gemían, temerosos de la ira del mago.

Dennis tan sólo suspiró.

—Oh, demonios —dijo, y puso a los hombres a trabajar para arreglar el desastre. Mantenerse ocupado le ayudaba a no pensar en su situación general.

Había hecho progresos en su plan para ganar influencia sobre el señor de la guerra, Kremer. Todavía consideraba que era el plan más lógico: lo mejor para él mismo, para sus amigos, para Linnora a incluso para la gente de aquella tierra. Sin embargo, el episodio de la noche anterior le había dejado un regusto agridulce. Trabajó duro, y trató de alejar su recuerdo.

Poco después del mediodía, un clarín sonó en la puerta principal. La llamada fue respondida por trompetas en la torre del castillo. Las tropas del patio corrieron a formar filas a lo largo de un corredor, desde la puerta de la ciudad hasta el castillo.

Dennis miró a Arth, quien se encogió de hombros. El pequeño ladrón- destilador no tenía ni idea de lo que estaba sucediendo.

Por una rampa bajaron el barón Kremer y su séquito, con sus brillantes ropas de siglos de antigüedad casi dolorosas de mirar a la luz del sol. El alto casco emplumado del primo de Kremer, lord Herm, destacaba entre la multitud de cortesanos.

Se detuvieron bajo un dosel que dominaba a los soldados en formación y contemplaron cómo la puerta de la ciudad se abría.

Por ella entró una pequeña procesión a caballo.

—¡Es la embajada de los L´Toff! —jadeó Arth.

Les habían dicho que venía un grupo de esa índole. Los L´Toff buscaban a su princesa desaparecida y sin duda sospechaban que estaba retenida allí.

Los rumores debían de haberse extendido por todas partes desde su huida de la cárcel y, sobre todo desde que la aristocracia de Zuslik estaba enterada, Kremer fingía públicamente inocencia hasta que conviniera a sus propósitos hacer lo contrario. Pero al parecer ya no le preocupaban las sospechas.

A pesar de toda su aparente buena relación con el señor feudal, Dennis no había sido invitado a asistir al encuentro con el comité de bienvenida. Era otro signo del magistral conocimiento que tenía Kremer de la gente. Sabía con toda seguridad que el mago extranjero no era digno de confianza en el asunto de la princesa L´Toff.

Dennis alzó la mirada hasta el parapeto del segundo piso, por donde a menudo había visto pasear a Linnora. No estaba a la vista, por supuesto. Sus guardias la mantendrían bien recluida durante la breve visita de los suyos.

Se acercó a la verja baja que rodeaba su zona de trabajo y puso un pie en uno de los burdos barrotes de madera. Arth y él contemplaron la representación de la embajada pasar entre los soldados en fila hasta acercarse a la plataforma del barón Kremer.

La formaban cinco jinetes, todos ataviados con capas suaves de colores claros. A Dennis le parecieron bastante normales, aunque los cinco llevaban barba, algo que no era

común entre los coylianos. Parecían un poquito más espigados que la gente de Zuslik y los norteños de Kremer. Los cinco cabalgaban mirando al frente, ignorando las xenofóbicas miradas de los soldados, hasta que se acercaron a una docena de metros del dosel bajo el cual esperaba Kremer.

Dos L´Toff sostuvieron las riendas de los demás mientras desmontaban y saludaban al barón.

Dennis podía ver mejor la cara del barón que la de los emisarios. No podía oír lo que decían, pero la respuesta de Kremer fue obvia. El señor de la guerra sonrió con untuosa conmiseración. Alzó las manos y sacudió la cabeza.

—Luego dirá que tiene exploradores recorriendo todo el país en busca de la princesa —dijo Arth.

En efecto, Kremer señaló a sus tropas y a un escuadrón de jinetes a caballo. Luego indicó los planeadores que trazaban círculos pacientemente en el cielo, por encima del castillo.

—Los dos L´Toff de la derecha no se lo tragan —comentó Arth—. Les gustaría hacer pedazos el castillo, empezando por el propio barón.

El líder de la embajada, un hombre de barba gris, trató de contener a uno de sus acompañantes, un joven de pelo castaño con armadura marrón oscura, pero éste se zafó y gritó acaloradamente al barón. Los guardias de Kremer murmuraron airados y se dispusieron a obedecer cualquier orden de su señor.

El joven L´Toff miró despreciativo a los tensos guardias y escupió en el suelo.

Arth masticó una brizna de hierba, especulativo.

—He oído decir que antes los L´Toff eran pacifistas. Pero se han convertido en luchadores durante los últimos doscientos años o así, a pesar de la protección del rey y del antiguo duque. Se dice que algunos son tan buenos como los exploradores del rey.

Arth señaló al alto y furioso L´Toff.

—Ése puede que le ponga difícil al embajador salir de aquí sin una pelea.

Parecía como si Arth estuviera sopesando las posibilidades de unos caballos de carrera.

Por lo que Dennis había oído, uno de los principales deportes de Coylia era ver cómo la gente se hacía pedazos y apostaba sobre el resultado.

El barón no respondió al desafío del joven. En cambio, sonrió y susurró a uno de sus ayudantes, que se marchó rápidamente.

Kremer mandó traer bandejas con refrescos, que diplomáticamente probó primero. Hizo traer también asientos para sus invitados mientras las tropas retrocedían para crear un amplio pasillo desde el dosel hasta la muralla del patio.

Los L´Toff parecían recelosos, pero difícilmente podían rehusar. Se sentaron nerviosos cerca de su anfitrión. Cuando se volvieron hacia él, a Dennis le pareció ver en el rostro del furioso joven un parecido familiar con Linnora.

Se preguntó si su aguda sensibilidad habría informado a la princesa de que sus parientes se encontraban a sólo unos cientos de metros de distancia. Dennis había acabado por convencerse de que Linnora tenía en efecto ese don. Más de un mes atrás ese poder la había conducido al zievatrón, donde fue capturada. Le había permitido reconocerle en el oscuro patio de la prisión semanas más tarde.

Por desgracia, no era suficiente para mantenerla a salvo del hechizo de la falaz lógica de Hoss´k, o para que viera lo que se escondía tras las manipuladoras explicaciones de Kremer.

En cualquier caso, su talento era al parecer intermitente y bastante raro incluso entre los L´Toff. Kremer no parecía tenerle miedo.

Arth se agarró al hombro de Dennis y jadeó. Dennis miró en la dirección que el pequeño ladrón le indicaba.

Un puñado de guardias sacaba a rastras a un prisionero por una de las puertas inferiores del castillo. La pugna levantaba una polvareda, pues el cautivo era muy grande y estaba furioso.

Dennis cayó de repente en la cuenta de que se trataba de Mishwa Qan, el gigante cuya fuerza había sido clave para su huida de la cárcel. Mishwa se debatía y luchaba contra sus ataduras. Cuando vio que lo conducían hacía un poste enhiesto y chamuscado, se debatió con renovada furia.

Pero los guardias habían sido elegidos cuidadosamente entre los que tenían casi su mismo tamaño. Dennis vio a su antigua némesis, el sargento Gil´m, tirar de una cuerda atada en torno al cuello de Mishwa.

Kremer hizo una seña al erudito Hoss´k y éste se adelantó de entre los hombres que formaban su séquito. Saludó a los dignatarios y sacó unos artículos para mostrárselos, uno a uno. Dennis se agitó cuando vio que el primero era su alarma de campamento.

Mientras los L´Toff contemplaban las luces de la pantalla, Dennis se preguntó qué cambios habría introducido la práctica en la diminuta máquina desde la última vez que la había visto.

Sin duda Hoss´k señalaba lo difícil que sería ahora para un enemigo acercarse al castillo sin ser detectado.

Luego enseñó el catalejo de Dennis, mostrando a los L´Toff cómo utilizarlo, apuntando a varios objetos. Cuando el embajador soltó la lente, estaba visiblemente impresionado.

Dennis sintió que empezaba a arder por dentro: una combinación de vergüenza y profunda ira. A pesar de la estrategia que había escogido, por muy buenas razones, sus simpatías naturales se dirigían hacia los L´Toff.

A Dennis no le gustó ni pizca que Hoss´k se volviera y lo señalara directamente. Kremer sonrió y saludó ligeramente a su mago con un gesto de cabeza. La bien entrenada guardia personal del barón gritó al unísono el nombre de Dennis.

Éste hizo una mueca. ¡Si al menos hubiera algún medio de comunicarse en privado con los L´Toff!

Mishwa había sido arrastrado hasta el poste y atado a él. Dennis ya había comprendido que planeaban ejecutar al hombre. Había sido testigo de muchas ejecuciones durante la semana anterior, y no había nada que pudiera hacer. Arth lo sabía también y contemplaba la escena, inmóvil como una roca.

El guardia, Gil´m, se acercó a su señor y se inclinó. Kremer sacó algo pequeño de su túnica y se lo tendió al soldado, que volvió a inclinarse y se volvió para regresar junto al prisionero.

Dennis comprendió de inmediato lo que iba a suceder.

—¡No! —exclamó en voz alta.

Gil´m se encaminó hacia el poste de ejecución. Mishwa Qan lo miró, las manos agitándose inútilmente bajo sus ligaduras. El enorme ladrón gritó un desafío a Gil´m que todos los presentes en el patio pudieron oír; se ofreció para enfrentarse al soldado con los ojos vendados, con las armas que éste escogiera.

Gil´m se limitó a sonreír. Alzó una pequeña forma negra.

Dennis sintió un estallido de ira.

—¡No! —gritó.

Saltó la verja y corrió hacia el cadalso, esquivando a un grupo de guardias, luego derribó a otros dos que corrían para cortarle el paso. Otro cayó de bruces al suelo cuando lo sorteó. Los del dosel se volvieron a mirar la conmoción mientras uno de los guardias agarraba a Dennis por detrás. En ese momento, Gil´m apuntó con la pistola de agujas de Dennis y apretó el gatillo.

En medio de la confusión, solo unas cuantas personas estaban mirando al prisionero cuando el estallido de diminutas agujas de metal golpeó a velocidad hipersónica. Pero todo el mundo oyó la explosión. Dennis oyó el anonadado jadeo de Arth.

Libre a medias de un grupo de guardianes, Dennis consiguió ver un tocón ensangrentado; el poste se había partido por la mitad. Detrás, en la pared de madera, se abría un agujero.

La pistola de agujas, en efecto, había estado recibiendo práctica. Gil´m sonrió y alzó el arma al sol.

Una oleada de repulsión y vergüenza se adueñó de Dennis. Apretó los dientes y combatió a los que le rodeaban, mordiendo una mano que se movía cerca de su cara. Entonces un objeto pesado le golpeó por detrás y apagó las luces.

7

Linnora contemplaba las pequeñas criaturas que se colocaban en filas ordenadas en una cara de la cajita. En el extremo derecho se agitaban y recolocaban con gran rapidez, saltando a nuevas posiciones casi más rápido de lo que sus ojos podían seguir. El grupo situado a su lado cambiaba de formación más despacio, y así sucesivamente. En el extremo izquierdo, los diminutos insectos eran pacientes, y parecían requerir casi medio día para hacer su siguiente movimiento.

La cajita no era mucho mayor que el doble de su pulgar, con una cinta a cada lado. Una de las cuales terminaba en pequeñas piezas de metal cuyo propósito tenía que adivinar todavía.

Vacilante, Linnora trató de pulsar uno de los muchos pequeños nódulos que sobresalían de la mitad de la caja donde no danzaba ningún insecto. Los insectos saltaban formando nuevos dibujos cada vez que tocaba uno de los nódulos.

Una parte de ella quería reírse por las proezas que las diminutas criaturas ejecutaban. Sentía el impulso de jugar y hacerlas bailar un poco más.

No. Soltó la cajita y retiró la mano. No experimentaría con cosas vivas. No sin saber lo que estaba haciendo ni tener una idea clara acerca de su propósito. Ése era uno de los más antiguos credos de la Antigua Fe, transmitido de padres a hijos desde los primeros días de los L´Toff.

Sólo la profunda convicción de que necesitaban estar dentro de la caja para sobrevivir impedía que Linnora la rompiera para liberar a los pequeños esclavos.

Eso y la duda de que realmente *fueran* esclavos.

Las ordenadas pautas tenían un aire... no de alegría exactamente, sino de orgullo, quizá. Sentía que se había invertido mucho en la *creación* de la cajita y sus diminutos ocupantes. Había mucha complejidad allí.

Si al menos pudiera saberlo con seguridad, suspiró en silencio.

¡El diácono Hoss´k había presentado un caso tan consistente y lógico! El pueblo del mago tenía que haber empleado medios implacables para conseguir tales maravillas... sobre todo para petrificar el estado de práctica en cada una de aquellas sorprendentes herramientas. Las vidas de muchos de los equivalentes de los L´Toff en la tierra natal de Dennis Nuel debían de haber sido sacrificadas para que tales cosas permanecieran en un estado de perfección sin cambio.

¿O no? Linnora sacudió la cabeza, confundida.

¿Podía toda la lógica de la creación y la practica ser diferentes en algún otro lugar?

Según la Antigua Fe, antes las cosas no eran iguales en Tatir. En los tiempos remotos que precedieron a la caída, la *vida* era perfeccionable y las herramientas no tenían ningún poder.

Eso decían las historias.

Con los codos sobre la cómoda, se cubrió el rostro con las manos. Su esperanza había sido frágil desde aquel día en que los hombres de Hoss´k surgieron del bosque cerca de la misteriosa casita del mago. Ahora, con Kremer insistiendo en sus demandas cada vez más, con la marcha de los buscadores L´Toff sin entablar contacto, se sentía más desesperada que nunca.

¡Si hubiera al menos una manera de creer en el mago! Si fuera el tipo de hombre que al principio pensaba que era, en vez de servir a Kremer y vivir cómodamente (en lujosas habitaciones nuevas con su hermosa servidora), demostrando ser un lacayo complaciente con la estrella en alza de Kremer, como todos los demás...

Se frotó los ojos, decidida a no volver a llorar. En la mesa, ante ella, los pequeños insectos continuaban con su misteriosa danza, girando a la derecha, moviéndose lentamente a la izquierda. Marcando el tiempo.

8

Dennis se despertó sintiendo como si su cuerpo hubiera sido utilizado para practicar bates de béisbol. Las primeras veces que intentó moverse, sólo consiguió mecerse un poco de lado a lado. Le dolía todo.

Por fin consiguió rodar sobre un costado y abrir a duras penas los ojos. Bueno, no estaba en las lujosas habitaciones que le habían asignado antes, pero tampoco en el del calabozo. La habitación tenía el aspecto burdo y a medio terminar de las partes superiores del castillo.

Había guardias en la puerta, dos de los norteños del clan de Kremer. Cuando vieron que había despertado, uno de ellos salió al pasillo y dijo unas cuantas palabras.

Dennis se sentó en el jergón, gimiendo un poco a causa de sus magulladuras. Tenía la garganta irritada y seca, así que tendió la mano hacia la burda mesilla de noche para servirse una copa de agua de una jarra de barro. El labio partido le escoció al beber.

Soltó la copa y se apoyó contra la basta almohada, observando a los norteños observarle. No les dijo nada a los guardias ni esperaba que ellos le dijeran nada.

Al parecer, había perdido categoría.

Sonaron pasos pesados en el pasillo. Luego se abrió la puerta. El barón Kremer apareció en el umbral.

Dennis tuvo que parpadear debido a que la ropa del hombre brillaba a la luz del sol que lo iluminaba por detrás. Kremer observó a Dennis en silencio, sus ojos oscuros en sombras bajo las tupidas cejas.

—Mago —dijo por fin—, ¿qué voy a hacer contigo?

Dennis volvió a beber de la copa. Se lamió torpemente los labios heridos.

—Uf, es un verdadero desafío, alteza. Difícil de verdad. Pero creo que tengo una idea.

»¿Qué tal esto? Vas a ayudarnos a mis amigos y a mí, sinceramente y utilizando los mejores medios a lo alcance, a regresar a nuestros hogares en buen estado, tanto mental como físico.

La lenta sonrisa de Kremer no fue particularmente apreciativa.

—Es una idea, mago. Por otro lado, se me ocurre que el torturador de palacio se ha estado quejando de que sus herramientas de repuesto se están quedando sin práctica. Sólo el juego principal ha tenido trabajo durante el último mes o así. Remediar esa situación resulta igualmente atractivo.

—Te encuentras ante un dilema —se apiadó Dennis.

—Es una elección difícil. —El barón sacudió la cabeza.

—Pero estoy seguro de que se te ocurrirá algo.

—¿De verdad? Ah. Tanta confianza procedente de un mago resulta inspiradora. Con todo, las dos opciones parecen contradictorias. Me preguntaba si podrías sugerir una solución de compromiso. Sólo una pista, claro.

Dennis asintió.

—Un compromiso. Mmm. —Se rascó la barbilla—. ¿Qué tal algo intermedio, como que yo obedezca tus órdenes rápida y alegremente, dándote todo lo que desees, a cambio de que me mantengas en un moderado estado de comodidad, y me premies con recompensas de poca importancia y promesas vagas de eventual libertad y poder?

Kremer sonrió.

—¡Una solución sorprendente! No me extraña que te llamen mago.

Dennis se encogió modestamente de hombros.

—Oh, no ha sido nada.

El barón hizo crujir sus nudillos.

—Entonces está decidido. Tienes dos días más para completar la creación de tu «destilera» de bebidas y enseñar a mis criados a practicarla. Luego empezarás a trabajar en algo de valor práctico más inmediato, en fabricar más armas de muerte a largo alcance, por ejemplo. Si, como dices, los animales necesarios para impulsar tales aparatos no existen en mi reino, te pediré que crees otra cosa de valor militar.

»¿Ha quedado claro nuestro compromiso, pues?

Dennis asintió. Estaba pensando, y ya bastaba de ironías por el momento. De todas formas, no habían servido de nada.

—Una cosa más, mago. Si vuelves a avergonzarme otra vez delante de extraños, o si intentas interponerte en mi camino, descubrirás que mis torturadores han planeado algo especial para ti. La desafortunada demostración de ayer no volverá a repetirse. ¿Entendido?

Dennis no dijo nada. Miró al hombre alto y rubio con el traje resplandeciente y asintió, levemente.

El barón esbozó una sonrisa posesiva.

—Serás feliz aquí, Dennis Nuel —prometió—. Con el tiempo, quizá pronto, si te portas bien, mejoraremos de nuevo tus aposentos. Luego tú y yo podremos hablar como caballeros una vez más. Me interesaría saber cómo persuadió tu gente a sus recalcitrantes L´Toff a volverse sumisos. Tal vez la princesa Linnora pueda ser un campo de pruebas.

Sonrió, luego se dio la vuelta y se marchó. La puerta se cerró, dejando a Dennis a solas con un único guardia. Durante un buen rato imperó el silencio; sólo se oían los gritos lejanos de las tropas haciendo la instrucción.

El terrestre se sentó en su jergón. Casi podía imaginarlo cambiar imperceptiblemente mientras yacía sobre él, minuto a minuto, hasta convertirse en una cama cada vez mejor.

Lógicamente, sus opciones seguían siendo las mismas, sólo las había aplazado un poco. Tras suministrar maravillas a Kremer durante un año o dos, estaba seguro de que se ganaría la confianza y la gratitud del hombre, sobre todo si le inventaba la pólvora, asegurándole la conquista de toda Coylia.

Dennis sacudió la cabeza, decidido. No había pensado demasiado en ello antes, pero había pocos criminales peores en cualquier mundo que el inventor que entrega a un tirano, a sabiendas y sin importarle, las armas de la opresión. Pasara lo que pasase, no iba a entregarle a Kremer la pólvora, ni la rueda, ni el secreto de fundir metales, ni ninguna otra cosa que pudiera utilizar para hacer la guerra.

¿Qué opciones le quedaban, pues?

Sólo escapar. Tenía que salir otra vez de allí de algún modo.

9

Tenazas de acero al rojo vivo sobre sus pulgares. Un humo hediondo alzándose allí donde la carne se chamuscaba convirtiéndose en negra ceniza retorcida.

Dennis gimió. Sintió una bofetada húmeda en la cara y abrió los ojos, respirando con dificultad.

Arth lo miraba, preocupado.

—Estabas soñando, Denniz. Debía de ser una pesadilla. ¿Ya estás bien?

Dennis asintió. Había echado una cabezada cerca de la zona de trabajo después de la cena. Ya estaba oscuro a la sombra del castillo.

—Sí —murmuró—. Estoy bien.

Se levantó y se secó la cara con una toalla. Todavía seguía tembloroso a causa del sueño.

—Acabo de regresar del patio de la cárcel —le informó Arth—. Dije que quería ir allí y escoger personalmente a la gente que manejará la nueva destiladora.

Dennis asintió.

—¿Has averiguado algo?

Arth negó con la cabeza.

—Nadie ha visto a Stivyung ni a Gath ni a Maggin ni a ninguno de mis muchachos, así que no parece que hayan sido capturados.

Dennis se alegró. Tal vez Stivyung acabara por reunirse con su esposa y su hijo. La noticia contribuyó a animarlo un poco.

—¿Cuál es el plan ahora? —le preguntó Arth, en voz muy baja para que los guardias no lo oyeran—. ¿Intentamos hacer otro *globo?* ¿O tienes algo más en mente, como esa *sierra* que puede cortar las paredes?

Después de la ejecución de su amigo, a Arth ya no le tentaba la vida dentro de los muros del castillo. Todo lo que quería era largarse de allí, ver de nuevo a su esposa y golpear al

barón Kremer lo más fuerte posible. El ladrón miraba al terrestre; tenía en él completa confianza.

Dennis habría deseado compartir su opinión.

A medida que oscurecía, un pelotón de soldados subía al pedestal emplazado en el patio, donde de día se guardaba la pistola de agujas de Dennis. Cuando no la practicaban o la tenían guardada de noche, permanecía expuesta a la luz del sol, siempre rodeada por al menos seis guardias.

Dennis había hecho unos cuantos cálculos. Claramente, la pistola estaba alcanzando el límite teórico de capacidad de ese tipo de arma. No importaba cuán eficaz se volviera, sólo podía arrojar lascas de metal con la cantidad de energía que podía absorber a través de un recolector solar de cinco centímetros cuadrados.

Eso daba a Dennis un motivo más para salir de allí. Kremer había hablado de utilizar la pistola de agujas para derribar las murallas de las ciudades. Dennis no quería estar cerca cuando el barón descubriera que la pequeña y mortal arma no podría ser practicada hasta tan lejos.

Observó a los guardias retirar cuidadosamente la pistola de agujas de su pequeño solarium. No. El aparato estaba demasiado bien protegido. No iba a poder recuperar su arma y abrirse paso a tiros hasta la libertad. Tendría que encontrar otro medio.

Había considerado la idea de construir un carro con ruedas y practicarlo hasta convertirlo en un vehículo blindado. Teóricamente, debería ser posible. Pero eso podía durar meses o años, al paso que las cosas mejoraban normalmente allí. Dadas las circunstancias, no merecía la pena.

A medida que oscurecía, las cometas de vigilancia se posaban. El cuerpo de planeadores del barón ya se había retirado a pasar la noche.

Dennis pensó otra vez en los cobertizos de aquellos planeadores. Estaban poco protegidos. Hacía falta un largo entrenamiento para aprender a pilotar una de aquellas cosas con alas de mariposa, y el barón Kremer al parecer daba por sentado que controlaba el único cuerpo de pilotos cualificados del mundo.

Tenía razón. Dennis nunca había volado ni siquiera en un planeador de ala fija, y menos en una de aquellas cometas. Pero había tomado unas cuantas clases particulares de vuelo en aviones de un solo motor. Siempre había tenido la intención de volver y sacarse la licencia.

Los dos tipos de vuelo no podían ser tan diferentes, ¿no?

De todas formas, había visto montones de películas y hablado con pilotos de parapente sobre cómo se hacía. Y había hecho cursos sobre la física de la aerodinámica. Los principios parecían bastante sencillos.

—Has conseguido ya un medio para entrar y salir de tu habitación? —le preguntó a Arth.

—Por supuesto. —El pequeño ladrón arrugó la nariz—. Echan el cerrojo a la puerta, pero no se puede mantener a un tipo como yo en una habitación que no ha sido practicada como celda.

—Sobre todo con la ayuda de un poco de aceite deslizante.

Arth se encogió de hombros. Habían tenido cuidado de recoger el material cuando no había nadie mirando, así que no tenían demasiado. Sin embargo, sólo una pizca de aquel lubricante perfecto podía servir para mucho.

—Puedo desenvolverme por las partes más burdas del castillo bastante bien después de oscurecer. Lo más difícil son las murallas externas, donde hay perros y bestias olfateadoras, y luces y guardias por docenas. Podría meter la mitad del material en la sala de banquetes de Kremer si supiera que con él puedo escapar del castillo.

—¿Crees que podrías robar uno de ésos? —Dennis señaló con la barbilla el refugio donde antes habían visto cómo los pilotos plegaban cuidadosamente sus maquinas.

Arth miró a Dennis, nervioso.

—Mm, no sé. Esos planeadores son más bien grandes... —Se mordió el labio inferior—. Tu pregunta es sólo... uh, hipotética. —Pronunció con cuidado la palabra que Dennis le había enseñado—. ¿Verdad? No tiene nada que ver con lo idea de cómo escapar de aquí, no?

—Sí tiene que ver, Arth.

Arth se estremeció.

—Temía que dijeras eso. Denniz, ¿sabes cuántos hombres perdió Kremer antes de que aprendieran a manejar esas cosas? Todavía pierden casi la mitad de los pilotos nuevos. ¿Sabes pilotar uno?

Dennis necesitaba la ayuda de Arth. Para conseguirla, tendría que inspirarle fe.

—¿Tú qué crees? —preguntó confiado.

Arth sonrió nervioso.

—Sí, claro. Supongo que sólo un idiota intentaría volar en una de esas cosas, en la oscuridad, sin saber lo que hace. Lo siento, Denniz.

Dennis trató de no echarse a temblar visiblemente ante la forma de expresarlo de su amigo. Agarró a Arth por el hombro.

—Bien. ¿crees que podrás esconder el planeador hasta que lo necesitemos? La gente de Kremer no parece comprender el control de inventarios, pero pueden echarlo de menos de todas formas.

—No hay problema. —Arth sonrió —. Mi habitación está llena de montones de tela y leña para nuestros «experimentos». Los criados tienen órdenes de entregarnos toda la basura que pidamos, siempre que no sea afilada o esté hecha de metal. Puedo esconderlo allí fácilmente.

—¿Quieres que te ayude?

Arth se echó a temblar.

—Uf, no, Denniz. Algunas cosas es mejor dejarlas a los expertos. Caminas como un rickel macho que busca una hembra bajo una casa. No es por ofender, pero lo haré yo solo. No te preocupes por nada.

—Muy bien, pues. —Dennis miró la luz del crepúsculo—. Tal vez será mejor que te acuestes un poco temprano esta noche, Arth. Pareces muy cansado.

—¿Eh? Pero si sólo... oh... —Arth asintió—. Quieres que lo haga esta noche. —Se encogió de hombros—. Ah, bueno, ¿por qué no? ¿Eso significa que escaparemos mañana por la noche?

—O pasado. —Dennis tenía un tiempo limitado. Kremer no permitiría que siguiera dándole largas.

—Muy bien. —Arth había captado la expresión de Dennis. El pequeño ladrón bostezó exageradamente para que lo vieran los guardias. Habló en voz alta—. ¡Bueno, pues me parece que voy a mejorar mi cama un rato! —Le dio un codazo a Dennis a hizo un guiño—. ¡Te veré por la mañana, jefe! —Y luego añadió, en voz baja—: Eso espero.

—Buena suerte —dijo Dennis en voz baja mientras Arth se marchaba, seguido por sus guardias. A Dennis le sabía mal pedirle que se jugara el cuello de aquella forma. Pero el tipo conocía su oficio y lo haría alegremente. Dennis se consideraba afortunado por tenerlo como amigo.

Cerca, un pequeño arroyo de fuerte licor había empezado a brotar del extremo del condensador. Si seguía así, el trabajo básico de la cuadrilla consistiría simplemente en

observar y practicar la destiladora como una unidad. La parte difícil era enseñarles a cambiar adecuadamente la mezcla de vinos.

Dennis descubrió que sus pensamientos se perdían varios parapetos más arriba. Ahora que había decidido tratar de escapar pronto, tendría que decidir cuáles eran sus sentimientos hacia la princesa Linnora.

Si pretendía de veras hacer algo por ella, durante las siguientes veinticuatro horas tendría que ponerse de algún modo en contacto con Linnora, recuperar su confianza y encontrar una forma de liberarla de sus guardias para que subiera al planeador en la cima del castillo.

Parecía casi imposible.

Sólo esperaba que ella le diera una oportunidad para explicarse si se daba la ocasión.

La cuadrilla de la destilería estaba agrupada en torno al condensador, contemplando el lento goteo del brandy en un barril.

Dennis mojó los dedos en el brandy y se estremeció al olerlo, anhelando nostálgico la botella de Johnny Walker de treinta años que presumiblemente se encontraba todavía en su armarito del Tecnológico Sahariano.

Dejó que unas cuantas gotas le cayeran en la boca y luego tomó aire. El brebaje tenía fuerza, había que admitirlo.

Los practicadores del turno de noche llegaron para relevar al equipo diurno. Era hora de cambiar de barrica de todas formas, así que hizo que los prisioneros coylianos ejecutaran la rutina varias veces para asegurarse de que lo habían comprendido todo.

Para cuando terminaron, las estrellas empezaban a salir. Se aseguró de que todo estuviera en orden, y luego recogió su capa.

—Quiero estirar las piernas —les dijo a sus guardias.

Los norteños asintieron levemente y le siguieron. Aunque sus privilegios habían sido reducidos, todavía era, al menos oficialmente, casi un invitado... y un mago. Tenía libertad de acceso al patio siempre y cuando fuera acompañado.

Tomó por el camino largo, pasando ante los cobertizos de los planeadores y luego la puerta principal. A medida que se acercaba a la sección del castillo donde la princesa L´Toff tenía sus aposentos, las dudas volvieron a asaltarlo. Todos los parapetos estaban rodeados de estacas puntiagudas, practicadas cada día por equipos de soldados armados con lonchas de carne. Aterrizar con un planeador sobre uno y despegar de nuevo sería tan imposible como escalar aquellas paredes cortadas a pico.

¿Debía poner en práctica un plan ya de por sí arriesgado y reducir sus posibilidades a la nada intentando también liberar a Linnora? ¿Sería eso justo para Arth?

Dennis dobló una esquina y sintió que su pulso se aceleraba. A la luz de los fluctuantes hachones de la muralla, vio una esbelta muchacha vestida con una túnica blanca de pie junto a los barrotes, dos pisos más arriba. La princesa L´Toff contemplaba la noche estrellada, y la brisa agitaba su fina túnica. Mientras Dennis se acercaba, seguido a pocos pasos por sus guardianes, vio a la muchacha volverse. Alguien más había llegado al balcón.

Dennis se inclinó en las sombras para atarse los cordones de las botas, y alzó la cabeza lo más disimuladamente que pudo. Vio al barón Kremer avanzar y hablarle a Linnora. Comparada con él, ella parecía enormemente pequeña.

El señor de la guerra le habló y ella sacudió la cabeza en respuesta. Trató de volverse, pero él la agarró por el brazo y volvió a hablar, más bruscamente. Dennis seguía sin poder distinguir lo que se decía, pero captaba el tono.

Linnora se debatió, pero Kremer tan sólo se echó a reír y la atrajo hacia sí, sujetándola contra su amplio pecho a pesar de su resistencia.

Uno de los guardias que Dennis tenía detrás hizo un chiste vulgar. Obviamente, todos pensaban que su señor estaba dando a la testaruda muchacha sólo lo que se merecía.

Dennis palpó bajo su cinturón. Allí llevaba cuatro piedras cuidadosamente escogidas que formaban un bulto. No había tenido ninguna oportunidad de practicar esa burda arma. Sólo sería tan buena como la creara. No sería una honda mejor que la que había improvisado para el mismo propósito durante la última fiesta del Tecnológico Sahariano.

Con todo, podría lanzar una o dos piedras antes de que los guardias lo derribaran. Y Kremer era un blanco grande.

Si yo fuera uno de los personajes de Shakespeare, consideraría digno morir por la virginidad de una dama, pensó. O al menos por su honor.

Dennis hundió los hombros. La mayoría de los personajes de Shakespeare eran idiotas poéticos. Aunque consiguiera abatir a Kremer, eso sólo concedería a Linnora un pequeño respiro. Al precio de su propia vida.

No merecía la pena. No cuando podía sacarla de allí al día siguiente, si era paciente. Estaba dispuesto a *arriesgar* su vida por ella, pero no a desperdiciarla inútilmente.

Entonces oyó el sonido de ropa al rasgarse.

Se dio la vuelta para no tener que ser testigo de aquello. Al menos, forzando a los guardias a seguirlo podía ahorrar a la muchacha un público para su humillación. Se marchó rápidamente, los hombros hundidos. Los guardias se rieron mientras le seguían.

Avanzó diez pasos, entonces un destello de movimiento en el cielo captó su atención.

Se detuvo. Míró al sur.

Algo en el cielo bloqueaba un pequeño grupo de estrellas. Se movía en la noche, más rápido que una nube y más regular en su contorno, haciéndose más grande a medida que se acercaba. Entornó los ojos, pero deslumbrado por las antorchas de la torre, no pudo distinguirlo.

Entonces una sonrisa iluminó su rostro. ¿Podía ser ... ?

En el borde sur del campamento se produjo un súbito clamor, luego una barahúnda de gritos ansiosos. De los barracones salieron hombres corriendo, enfundándose sus armaduras mientras una campana de alarma empezaba a sonar.

En medio de la penumbra de la noche, a la luz de las antorchas de la torre, se alzó de pronto una gigantesca forma redonda. Tenía dos ojos enormes que brillaban y miraban con furia. En la parte inferior de la enorme cara acechante había una boca enorme. Dentro de ella ardía un fuego.

—¡Ja ja! —Dennis saltó y golpeó el aire con el puño—. ¡Kremer no capturó a los demás! ¡Lo practicaron y vuela! ¡Realmente vuela!

Un gigantesco globo de tela y aire caliente siseaba y gravitaba sobre la muralla exterior, ganando lentamente altura. En una barquilla de mimbre, debajo, las tenues formas de sus amigos eran sombras vagas contra las llamas.

Sin embargo, algo parecía irles mal con el globo. No se alzaba tan rápido como Dennis habría esperado. ¡Y aún peor iba directo hacia el castillo de Kremer! ¡Daba la sensación de que apenas podría rebasar el pico del palacio!

—Vamos, chicos —murmuró mientras sus guardias señalaban temerosos, los ojos blancos de miedo—. ¡Arriba! ¡Elévate y sal de aquí! —Dennis miró con todas sus fuerzas el globo, practicando su subida.

Y, en efecto, pareció ir más rápido y se alzó lentamente. Pequeños rostros se asomaron a la barquilla y contemplaron el patio de abajo. Unos cuantos soldados arrojaron lanzas y piedras, pero ninguna alcanzó al majestuoso y silencioso aparato.

Dennis se volvió para ver cómo se estaba tomando aquello Kremer. Sería magnífico que algo desencajara el imperturbable semblante del tirano.

El barón había soltado a Linnora, que se agazapaba contra la pared, frotándose los brazos magullados y llorando en silencio.

Pero al contrario que sus hombres, Kremer no parecía asustado en lo más mínimo. Una sonrisa apareció en sus labios mientras rebuscaba dentro de su túnica.

—Oh —dijo Dennis, al darse cuenta—. ¡Oh, no, no, hijo de puta!

Se desató rápidamente el cinturón mientras sus guardias seguían acobardados bajo la brillante sombra del globo. Hubo un estampido cuando dos bolsas de arena explotaron cerca, haciendo huir a los hombres.

Las piedras de Dennis, cuidadosamente seleccionadas, saltaron a su mano. Corrió hacia el primer parapeto, estirando el cinturón y rezando por llegar a tiempo.

Kremer estaba saboreando el instante, bendito fuera, dejando que el burdo aerostato se acercara mientras acariciaba el lanzador de agujas terrestre. Dennis midió un palmo de cinturón, metió una piedra y empezó a hacer girar la improvisada honda sobre su cabeza.

Excepto aquella noche en el I.T.S., no había utilizado una honda desde sus días de boy scout. ¡Si al menos hubiera podido practicar!

Kremer alzó la pistola y apuntó lánguidamente al gran globo justo cuando Dennis soltaba su piedra.

La piedra golpeó una de las picas del parapeto, justo delante del barón y rebotó ruidosamente hacia la noche. Kremer dio un salto de sorpresa. Miró un instante a su alrededor, luego vio a Dennis en el patio, esforzándose por lanzar otra piedra.

Kremer sonrió y apuntó hacia abajo, hacia el terrestre. Dennis supo, en aquel instante, que no tenía tiempo de lanzar otra piedra. Apenas había empezado a hacer girar su honda cuando Kremer disparó.

Una granizada de mortales lascas barrió el suelo a unos cuantos metros de Dennis, a su derecha. Dennis parpadeó sorprendido de verse vivo. El motivo quedó rápidamente claro. Una pequeña tormenta de cabello rubio y uñas había atacado al barón.

Un poco sorprendido, pero sin contar todavía con su suerte, Dennis hizo girar la honda, buscando un blanco claro. Pero ahora Linnora estaba en medio. La princesa luchaba contra su captor, tratando de quitarle el arma.

El brazo de Dennis empezaba a cansarse. ¡Si por lo menos ella se apartara!

El globo estaba directamente encima, moviéndose deprisa. Todo lo que los aeronautas necesitaban era tal vez medio minuto más para escapar..

Kremer agarró a Linnora por el brazo y la derribó. Había marcas de arañazos en su rostro, y por fin parecía perturbado. Kremer dirigió a Dennis una mirada que parecía decir que su turno llegaría, y alzó la pistola para apuntar al globo.

Por lo visto, los guardias de Dennis habían reaccionado por fin. Terminó de hacer girar su honda mientras los oía correr hacia él. Supo que daría en el blanco mientras soltaba la segunda piedra, justo a tiempo.

La piedra golpeó la sien izquierda de Kremer al mismo tiempo que el globo alcanzaba el cenit, y varios cientos de kilos de guardias derribaban a Dennis desde atrás.

Mientras el suelo se alzaba para recibirlo, Dennis pensó*: Tengo que dejar de conocer a gente así.*

VIII

«EUREKAAAH»

1

Empezaba a hacerse monótono aquello de despertar sin saber dónde estabas, sintiéndote como una piltrafa.

Sin abrir siquiera los ojos se dio cuenta de que había vuelto al calabozo.

Afilados trocitos de paja se le clavaban en la espalda desnuda, excepto en aquellos lugares donde los vendajes cubrían sus peores cortes y magulladuras.

Con todo, alguien con autoridad había decidido al parecer mantenerle con vida por el momento. Eso era algo.

Curiosamente, a pesar de la mayor gravedad de sus heridas (esta vez parecían haberle dado una buena tunda), Dennis se sentía mejor que en las otras ocasiones en que le habían dado una paliza en Tatir. Esta vez, al menos, se había desquitado en parte. El breve recuerdo del barón Kremer desplomándose como un árbol caído parecía suavizar el dolor.

Se estremeció y se incorporó despacio, gimiendo, y se examinó torpemente hasta que estuvo seguro de que nada había sido dañado de forma permanente.

Todavía, se recordó.

En algún lugar del húmedo pasillo oyó un leve sonido... como alguien cortando algo con un objeto afilado. Tal vez el verdugo practicaba su hacha.

Pasó el tiempo, medible tan sólo por sus exiguas comidas, por sus pensamientos, y recalcado por los gritos de algún pobre diablo procedentes del fondo del pasillo.

Dennis pasó algún tiempo intrigado con sus vendajes, que parecían no necesitar ser cambiados jamás. Transpiraban bien, permanecían limpios y eran cómodos de llevar. Por supuesto, advirtió, probablemente estaban bien practicados. Sin duda el barón daba a su gente cuidados gratis en las emergencias durante tiempo de paz de forma que los suministros medicinales estuvieran a la altura cuando llegara la guerra. En el castillo, el dispensario tendría vendas de cientos de años.

Era una idea chocante.

Entre las cosas que se llevaría a la Tierra si alguna vez tenía la oportunidad estaban las vendas... no herramientas de gemas, ni obras de arte que presumiblemente sólo se deterioraban cuando eran liberadas del campo del Efecto Práctica, sino cosas cuyas propiedades pudieran ser analizadas y luego duplicadas por los magos *creadores* de la Tierra.

En las horas oscuras hacía listas de cosas que llevarse. Para ayudarse a pasar el tiempo, ensayaba el informe que presentaría a sus escépticos colegas allá en casa.

Llegó a la conclusión de que, aunque en efecto escapara de aquel lugar y consiguiera de algún modo arreglar el zievatrón y volver a casa, sería mejor que se llevara algunas novedades bien convincentes. De lo contrario, nadie le creería jamás.

Le daban de comer un magro guiso a intervalos muy dilatados. Dennis perdió toda noción del tiempo. Hacía un día aproximadamente que los gritos habían cesado en el pasillo. Luego reclutaron al parecer una nueva víctima desgraciada para practicar ciertas armas especializadas.

Dennis trató de hacer mentalmente cálculos de anomalías. Evocó recuerdos de casa, largamente desatendidos. Escuchó con atención cualquier cosa que le aliviara de la monotonía.

Una vez oyó a los carceleros hablar excitadamente en el pasillo.

—... primero aquí, luego en la torre, después en el patio, y ahora otra vez aquí abajo. ¡Y nadie sabe qué es!

—¡Un monstruo, eso es lo que es! —le respondió el otro—. Es el engendro de ese gran demonio que derribó al barón pace cuatro noches. ¡Te digo que trae mala suerte tener a magos y L´Toff bajo un tejado! Estoy deseando que el barón se recupere y dicte sentencia...

Las voces se perdieron en el pasillo.

Dennis se levantó para agarrarse a los barrotes de la diminuta ventana de su celda.

—¡Guardia! —llamó—. ¡Guardia! ¿Has dicho que Kremer vive ?

Los carceleros no habían respondido hasta entonces a ninguna de sus preguntas, pero aquellos dos parecían diferentes. Tal vez acababan de ser destinados al calabozo.

Se miraron el uno al otro a la fluctuante luz de uno de los hachones del pasillo. Uno de los carceleros se encogió de hombros y dirigió a Dennis una sonrisa torcida.

—Sí, mago. No gracias a ese demonio que conjuraste para que lanzara rocas sobre su excelencia. El barón estará recuperado dentro de unos cuantos días. Hasta entonces, lord Hern está al mando.

Dennis asintió. Bien. Ya suponía que aquellos cavernícolas jamás habían inventado la honda. Era un milagro que tuvieran arcos y flechas. Probablemente nadie más que el propio Kremer sabía lo que había hecho Dennis.

Todo el mundo lo hacía responsable del estado del barón, con razón pero por motivos equivocados, creyendo que lo había conseguido por medios metafísicos. No le harían nada hasta que el propio Kremer estuviera dispuesto a elegirle un destino adecuado.

Dennis no dudaba de que incluiría una visita forzosa a los técnicos del fondo del pasillo.

Se rascó la barbilla y les preguntó a los guardias si podían traerle una cuchilla para afeitarse.

Ellos sonrieron como si le hubieran leído la mente.

—No, mago —dijo el de la sonrisa torcida, con una mueca—. Lord Hern no perdona a los incompetentes que dejan escapar a un prisionero por el camino fácil.

El otro carcelero sonrió.

—Pero te diré una cosa. Te daremos un poco de brandy —pronunció la palabra con asombrada reverencia—, si nos prometes mantenernos a salvo de esos engendros del diablo que sueltas por aquí. Tengo un amigo en la destilería, y me roba algo. —Alzó un frasquito y lo agitó.

Dennis se encogió de hombros mientras el hombre le servia una taza y se la pasaba entre los barrotes. No tenía ni la menor idea de a qué se refería aquel tipo. ¿Engendros del diablo? Parecían un montón de tonterías supersticiosas.

Dio un sorbo al licor, maravillosamente fuerte. Después de que el fuego se hubiera asentado cálidamente en su estómago, preguntó a los guardias acerca de Arth.

Le dijeron que el pequeño ladrón había sido puesto a cargo de la destilería. Dennis sospechó que, en realidad, Arth había sobornado al guardia para que le pasara la botella entera.

Otro trago del horrible brebaje lo hizo toser. Pero juró que recompensaría a Arth algún día.

Los carceleros no sabían nada de Linnora. Mencionar a la princesa L´Toff los ponía nerviosos. Hicieron pequeños movimientos de protección con las manos y alegaron tener cosas que hacer en otra parte.

Dennis suspiró y regresó al jergón de paja. Al menos el punto donde se tumbaba se volvía lentamente más cómodo. Tenía que hacerlo.

Trató de practicar una piedra pequeña con el fin de convertirla en un cincel para romper las piedras de su celda. Pero sabía que sólo estaba practicando el propio calabozo. El guijarro no era ni la mitad de bueno como cincel que la pared como pared. Sin duda era una historia antigua en aquel mundo. A menos que se le ocurriera algo inusitado, un prisionero estaba en tablas.

2

Despertó súbitamente de un sueño sobre monstruos. Había un leve regusto de horror en las imágenes que se aferraban a la mente de Dennis mientras parpadeaba en la oscuridad... formas reptantes y afiladas y garras espantosas. Durante un buen rato, después de despertar, se sintió envuelto en un pesado letargo.

En el oscuro silencio le pareció oír algo. Durante un rato lo descartó, creyendo que el leve roce era un resto de su pesadilla.

Luego el sonido cambió y se convirtió en un suave siseo.

Dennis sacudió la cabeza para apartar las telarañas mentales. Se volvió en la oscuridad, y entonces parpadeó. Una chispa fiera había aparecido en un rincón de la puerta de su celda, una mota brillante en la oscuridad casi total.

La chispa ascendió lentamente, dejando una línea brillante detrás, hasta que alcanzó la altura de unos dos palmos. Entonces el brillante calor giró a la derecha. La luz tenue del pasillo se coló por la marca calcinada que la llama dejaba a su paso.

Dennis retrocedió, recordando de pronto lo que los carceleros habían dicho sobre «engendros del diablo» sueltos por el castillo. Le habían echado la culpa, pero él sabía que no tenía nada que ver con demonios. ¡Algo se abría paso hacia él en la celda, y no era de su gusto!

El sendero ardiente volvió a girar en ángulo recto, descendiendo a ritmo regular hacia el suelo. Dennis agarró su piedra afilada mientras el segmento de madera caía por fin, dejando una abertura en la puerta, justo sobre el nivel del suelo.

Dennis trató de gritar, de llamar a los guardias, a al*guien*, pero no pudo encontrar la voz.

Por un instante la nueva abertura permaneció oscura y vacía. Luego dos brillantes ojos rojos aparecieron en el agujero humeante... unos ojos más grandes que los de ningún ser vivo. Relucieron al contemplarlo en la oscuridad durante varios segundos.

Entonces la cosa que los poseía avanzó lentamente hacia la celda.

En su estado medio desnutrido, con los músculos todavía entumecidos por el sueño, Dennis distaba mucho de sentirse preparado para una pelea. Contra su voluntad, cerró los ojos, conteniendo la respiración mientras el monstruo se acercaba.

Entonces la cosa se detuvo. Dennis pudo sentirla acechando a sólo unos palmos de distancia, murmurando lentamente para sí.

Dennis esperó. Los pulmones empezaron a arderle. No pudo contener por más tiempo la respiración. Abrió un ojo para mirar, dispuesto para cualquier cosa ...

... y exhaló un largo suspiro.

—Oh, señor.

Allí, esperando pacientemente sobre las frías losas, se encontraba su robot de exploración perdido. Estaba sentado tranquilamente, sus sensores zumbando, preparado (por fin) para cumplir sus instrucciones e informar.

Incluso a la tenue luz, Dennis vio que había cambiado. Era más pequeño, más estilizado, con una leve coloración en la espalda. Había sido ... *practicado*... se había vuelto mejor en el trabajo que le había asignado. Sus instrucciones más recientes, gritadas brevemente hacía varias semanas, habían sido venir a informarle. Ningún robot terrestre lo habría conseguido. Pero allí estaba, difícilmente «terrestre» ya.

La cosa debía de haber seguido su pista desde la escapada por los tejados de Zuslik, superando pacientemente los obstáculos, uno a uno.

¿Pero cómo? Una herramienta tenía un usuario del que beneficiarse por el Efecto Práctica, ¿no? ¿Podría considerarse que él había estado realmente *utilizando* el robot cuando estuvo fuera de su vista y su mente?

Aquello destrozaba la teoría que había formulado acerca del Efecto Práctica, considerándolo, al menos en parte, poder psi ejercitado por los humanos de aquel mundo.

Entonces recordó. La última vez que había visto al robot iba acompañado por un ser vivo... uno que adoraba observar cómo se empleaban las herramientas, cuanto más complicadas, mejor.

—Pasa, Duen —susurró—. Todo está perdonado.

Dos brillantes ojos verdes aparecieron en la pequeña abertura de la puerta. Parpadearon, luego se les unió la sonrisa de Cheshire de unos dientes afilados como agujas.

El animalito revoloteó y se posó sobre el regazo de Dennis. Ronroneó y demostró su alegría como si lo hubiera dejado tan sólo unas cuantas horas antes.

Dennis permaneció allí sentado, acariciando la piel de la pequeña criatura y escuchando el suave zumbido del robot. Inesperadamente, los ojos se le llenaron de lágrimas. La esperanza pareció invadirlo de repente. Después de tanto tiempo a solas en la oscuridad, tener de nuevo compañeros y aliados... durante unos cuantos minutos fue demasiado bueno para soportarlo.

En el pasillo encontró a uno de los carceleros tendido inconsciente junto a un banco. Dennis despojó al hombre de su ropa y lo dejó dentro de su propia celda, atado y amordazado. Colocó la pieza rectangular de madera en su sitio. Resultaba algo burdo, pero era todo cuanto podía hacer.

Había un cuenco de guiso y una barra de pan junto al banco del guardia. Dennis lo engulló todo mientras se ponía a toda prisa la ropa del carcelero; le quedaba demasiado estrecha en los hombros y demasiado ancha en la cintura. Cuando terminó, el cerduende ocupó su antiguo lugar sobre su hombro, siempre sonriente.

El robot estaba equipado de fábrica con un pequeño aturdidor para conseguir muestras de vida animal. Al parecer había mejorado el dispositivo por medio de práctica y ahora era

capaz de dejar inconsciente a todo aquel que se interpusiera entre él y su trabajo. Sin duda, tal habilidad sería de agradecer durante la aventura que les esperaba.

Dennis se arrodilló y le habló a la máquina con claridad y concisión.

—Nuevas instrucciones. Toma nota.

El robot chasqueó y zumbó en respuesta.

—Ahora tienes que acompañarme, y dejar inconsciente a todo aquel que yo lo señale así.

Hizo una demostración, imitando con el dedo el disparo de una pistola. Era un concepto bastante complicado, pero confiaba en que la máquina se hubiera vuelto lo bastante sofisticada para comprenderlo.

—Indica si comprendes y eres capaz de ejecutar esa función.

La luz verde de asentimiento parpadeó en la torreta de la maquina. Hasta ahí, muy bien.

—Órdenes secundarias. Si nos separamos, debes proteger tu integridad y hacer todos los esfuerzos posibles por descubrir de nuevo mi paradero a informar.

La luz destelló otra vez.

—Finalmente —susurró—, si descubres que he muerto, o en cualquier caso después de tres meses, regresarás al zievatrón y esperarás a que llegue alguien de la Tierra. Cuando esa persona llegue, informa de lo que hayas observado.

El robot asintió. Entonces en su diminuta pantalla apareció una petición para presentar su informe enciclopédico sobre los habitantes de Tatir. El robot parecía ansioso por cumplir su deber.

—Todavía no —dijo Dennis—. Primero tenemos que salir de aquí. Tengo amigos que rescatar. O al menos un amigo... y alguien más con cuya amistad me gustaría contar..

Advirtió que estaba diciendo tonterías. La esperanza era una bendición con doble cara. Descubrió que era capaz de tener miedo una vez más.

—Muy bien, pues. ¿Todo el mundo listo?

Sus dos pequeños compañeros no parecían unos aliados demasiado formidables para asaltar una fortaleza. Lo más probable era que el cerduende desertara al primer signo de peligro.

Dennis enderezó su uniforme de guardia y se caló la gorra hasta las cejas. Luego se puso en marcha con su extraño grupo.

Ni siquiera tuvo que ayudar al robot con las escaleras. La máquina era, en efecto, una maravilla.

¡Tengo que llevarlo a la Tierra cuando todo esto haya terminado y descubrir qué le ha pasado!, pensó.

La princesa Linnora no tenía más remedio que utilizar algunas de las hermosas cosas de su habitación.

Estaba sentada ante el antiguo tocador y contemplaba su reflejo en el espejo de varios siglos de antigüedad. No quería contribuir a practicar las propiedades de su captor, pero poco más tenía que hacer, atrapada a solas en la elegante habitación. Descubrió que cepillarse el cabello le ayudaba a pasar el rato.

A1 principio había intentado no conceder a Kremer nada, ni siquiera el beneficio de su buen gusto. Rehusó prestar atención a su entorno, para que su aprecio por las sutilezas y la belleza no hiciera el palacio de Kremer un poco más hermoso para él.

La habitación había sido ocupada anteriormente por una de las amantes de Kremer. Los gustos de la muchacha campesina habían dejado una huella profunda en el mobiliario. Después del primer mes de cautiverio, Linnora se hartó de colores vivos y chillones y de decorados deslumbrantes. Eliminó lo peor y empezó a concentrarse en su propia imagen de la habitación.

Había sido una especie de sutil claudicación usar una pequeña fracción de sus poderes para hacer que su prisión resultara un poco más tolerable. Kremer, obviamente, intentaba que se rindiera poco a poco. Y Linnora no estaba segura de poder impedirlo. La voluntad del hombre era fuerte, y tenía su vida en sus manos.

Cogió el hermoso cepillo antiguo y se repasó el cabello, contemplando su reflejo en el espejo, tratando de idear una forma de permanecer alejada de la cama de Kremer cuando éste se recuperase, o de impedir ser utilizada como rehén contra su propio pueblo.

Se concentró en ver la Verdad en el espejo. Era una forma de contraatacar. La siguiente persona que se mirara en el espejo vería algo más que imágenes halagadoras de sí misma.

Contempló a una joven que había cometido errores. Desde el día en que había salido a cabalgar sola, sin su hermano Proll, al encuentro de la extrañeza que había sentido llegar al mundo... desde el día en que fue capturada por los hombres del barón junto a la pequeña casa de metal del bosque... había cometido errores.

Recordó cómo la había mirado Dennis Nuel después del banquete, antes de que apareciera el monstruo del cielo. La lógica del diácono Hoss´k la había convencido de que el mago sólo podía ser un hombre malvado. ¿Pero podía aplicarse otra lógica que no fuera la obvia a alguien que venía de tan lejos?

¿Y si había otras maneras de crear las extrañas esencias en vez de atrapar en ellas formas de vida?

¿Podía un malvado haber sido tan galante, combatiendo a su enemigo en su momento de mayor necesidad?

La noche del monstruo del cielo, el mago había combatido a Kremer. Linnora todavía estaba confundida respecto a lo que había pasado. ¿Había conjurado Dennis Nuel la gran bestia del aire al ver que Kremer la atacaba? Quería creerlo, pero entonces, ¿por qué se había visto obligado a lanzar piedras para derribar por fin a Kremer? ¿Y por qué huyó luego el monstruo, dejando vencido a su amo ?

Soltó el cepillo, sacudió su cabeza ante el reflejo del espejo. Probablemente nunca sabría las respuestas. Los guardias habían dicho que el mago valía tanto como muerto en los calabozos del barón.

Cogió el klasmodion y tañó lánguidamente sus cuerdas, dejando que las suaves notas sonaran una a una y sin ningún orden. No le apetecía mucho cantar.

Había tensión en la soledad nocturna del palacio, como si algo malo estuviera a punto de suceder. ¡Notaba una sensación de peligro en la noche, y se intensificaba! Dejó de tocar, sus sentidos súbitamente alertados.

Del otro lado de su puerta llegaba un extraño sonido agudo. Luego algo cayó en el pasillo con un golpe sordo. Linnora se levantó. Soltó el instrumento y alzó el cepillo, la única cosa que tenía a mano lo bastante pesada para servir como arma.

Llamaron suavemente a la puerta. Linnora se deslizó entre las sombras. Había algo familiar en la presencia del pasillo, parecido a la extraña sensación que había experimentado la semana anterior y que parecía indicar que Proll había estado, brevemente, cerca.

Allí fuera había también algo tan extraño que sólo presentirlo la hacía temblar.

—¿Quién es? —Trató de mantener la voz firme y regia, pero le salió infantil—. ¿Quién anda ahí?

En el pasillo una voz susurró roncamente:

—¡Soy Dennis Nuel, princesa! Vengo a ofreceros una oportunidad de escapar de aquí, si os interesa. ¡Pero tenemos que darnos prisa!

Linnora corrió a la puerta y la abrió.

El aroma a varón sin lavar fue casi abrumador. Sucio, magullado y mal vestido, Dennis Nuel sonrió, mientras se sujetaba la ancha cintura de un enorme uniforme de guardia.

Era más que suficiente para sorprender a una chica. Pero Linnora se quedó boquiabierta cuando vio la cosa que esperaba en el pasillo, detrás de él.

El cepillo cayó al suelo cuando se desmayó.

Bueno, pensó Dennis mientras corría para impedir que ella cayera, *no podías tener una acogida menos halagüeña. Ojalá estuviera seguro de que ha sido la gratitud lo que ha podido con ella y no mi olor corporal.*

Sabía que debía ser un insulto para los sentidos. Sus heridas eran todavía de un púrpura brillante, y no se había bañado desde hacía dos semanas.

Tras él, el robot del Tecnológico Sahariano pinchaba a los guardias caídos. Mientras esperaba nuevas órdenes procedió con su segunda prioridad y tomó muestras de sangre de los soldados inconscientes, con fines comparativos.

Las princesas desmayadas estaban muy bien... en los libros. Pero esbelta o no, Linnora le pareció a Dennis, en su debilitado estado, muy pesada. Llevó a la muchacha a la habitación y la tendió en la cama.

—¡Princesa! ¡Linnora! ¡Despertad! ¿Me reconocéis?

Linnora parpadeó, recuperándose rápidamente. Alzó una ceja.

—Sí, claro que te reconozco, mago... y me alegra ver que estás vivo. ¿Quieres ahora por favor soltarme la mano? Estás apretando demasiado.

Dennis obedeció rápidamente. Le ayudó a sentarse.

—¿Es de verdad posible escapar? —preguntó Linnora. Evitaba mirar al compañero de Dennis, que seguía en el pasillo. Si era uno de sus demonios, sin duda no iba a comérsela.

—No estoy seguro —respondió Dennis—. Voy camino de la torre para averiguarlo. Pasé por aquí para ofreceros una oportunidad de venir. Supongo que ninguno de los dos tiene nada que perder.

Linnora consiguió esbozar una sonrisa irónica.

—No, nada que perder. Un momento. Ahora mismo vuelvo.

Se puso en pie y entró rápidamente en un gabinete.

Dennis arrastró a los guardias caídos al interior de la habitación. Había sido arriesgado subir desde los calabozos a los almacenes, a las cocinas, y luego continuar, agazapándose constantemente de sombra en sombra. Sus compañeros y él llegaron a la tercera planta antes de ser descubiertos. Un par de guardias los vieron subir las escaleras. Les dieron el alto y los persiguieron.

Como Dennis esperaba, el cerduende los abandonó en el momento en que empezó la acción.

Pero el robot fue inflexible. Esperó con Dennis en las escaleras hasta que los dos guardias pasaron corriendo entre ellos.

Dennis oyó al segundo guardia desplomarse en el suelo antes de que hubiera terminado de dejar inconsciente al primero. Los ató y amordazó a ambos y los dejó tras la escalera, y luego siguieron corriendo.

Cinco minutos después, fue testigo de cómo el robot entraba en acción.

Apuntó con el dedo desde las escaleras a los dos guardias situados ante la puerta de la habitación de Linnora.

La pequeña máquina había salido al pasillo, más rápida y silenciosa de lo que Dennis hubiese creído posible. Los guardias apenas tuvieron tiempo de volverse antes de que se acercara a ellos y les tocara una pierna. Gruñeron sorprendidos y se derrumbaron.

Dennis contempló asombrado en qué se estaba convirtiendo la máquina terrestre.

Mientras Linnora reunía unas cuantas cosas, él ató a los guardias. Por supuesto, seguro que alguien notaría su ausencia. Pero no podía dejarlos tirados en el pasillo.

—Estoy preparada —anunció Linnora—. He encontrado una capa que podría irte bien.

Le tendió una túnica gruesa con capucha de un lustroso material negro.

Dennis aprobó que ella hubiese cambiado sus habituales ropajes blancos por otros oscuros.

—Creo que esto también es tuyo. Espero no haberlo dañado al mirarlo. Su propósito es un misterio para mi.

—¡Mi ordenador de muñeca! —exclamó Dennis mientras lo recogía.

La princesa observó asombrada cómo se lo ponía en el brazo. Nunca había visto antes un cierre de pinza.

—¡Así que para eso eran esas pequeñas correas! —dijo.

—Ya os mostraré el resto de las cosas que puede hacer el ordenador si alguna vez salimos de aquí —le prometió.

Dennis—. Ahora será mejor que nos pongamos en marcha. Si Arth no está todavía en su habitación de la torre, éste va a ser un viaje terriblemente corto.

3

Cuando Arth oyó ruidos ante su habitación, abrió la puerta con un palo en la mano, dispuesto a todo. Pero sonrió ampliamente al ver a la joven y al mago, con un guardia inconsciente a sus pies.

Arth estuvo a punto de volver a abrir las heridas de Dennis al darle una palmada en la espalda. El ladrón, normalmente silencioso y taciturno, apenas podía contenerse.

—¡Denniz! ¡Pasa! ¡Vos también, princesa! ¡Sabía que vendrías tarde o temprano! ¡Por eso me quedé aquí incluso cuando lord Herd me ascendió a encargado de la destilería! Pasa y tomemos un poco de brandy.

Arth apartó de una patada el cuerpo fláccido del guardia para dejar paso a Linnora. Entonces, al ver al robot que zumbaba tras ellos, el pequeño ladrón se detuvo. Tragó saliva. Los ojos de vidrio le miraron a su vez, pacientemente.

—Oh, ¿es amigo tuyo, Denniz? —preguntó, sin apartar la mirada.

—Sí que lo es, Arth. —Dennis condujo a Linnora al interior y empujó a Arth cuando éste se quedó parado observando el robot.

Linnora se alegró de entrar y apartarse del destello de las brillantes lentes. Aunque había visto el robot en acción en los oscuros pasillos, ayudando a Dennis a derrotar a otras dos parejas de guardias mientras venían de camino, todavía miraba la máquina con nerviosismo.

Había empezado a preguntarse qué clase de hombre tenía amigos tan extraños. Nunca antes había conocido algo que apestara tanto a Pr´fett y a esencia como aquel «robot». Parecía una cosa... ¡pero se movía y actuaba como si estuviera viva!

Dennis ordenó al robot que montara guardia en el exterior y cerró la puerta.

La habitación era un amasijo de trozos de madera y cuero y cuerda... montones de leña y tela basta, y artilugios endebles que habrían sido el orgullo de un párvulo terrestre.

—Eh, Denniz —dijo Arth, sirviendo tres copas de brandy que guardaba en una botella marrón—. He estado intentando crear, como haces tú. ¿Puedo mostrarte alguno de mis proyectos? Creo, por ejemplo, que he ideado un sistema bastante bueno para cazar ratones.

—Mmm, creo que no tenemos tiempo, Arth. Darán la voz de alarma de un momento a otro.

Linnora tosió. Sus mejillas se ruborizaron y contempló la copa que tenía en la mano. Olisqueó el licor, luego probó otro sorbo.

El ladrón asintió.

—Supongo que querrás ver el planeador, entonces.

Dennis había tenido miedo de preguntar.

—¡Lo hiciste! ¡Sabía que podrías!

—Bah, no fue gran cosa. —Arth se puso colorado—. Con el aceite deslizante estuvo chupado. Está por aquí, bajo este montón de basura. Organizaron un buen alboroto cuando lo echaron en falta. Pero con el barón fuera de combate no llegaron a buscarlo en serio.

Dennis le ayudó a retirar los escombros. Pronto apareció a la vista un esmerado rollo de tela sedosa y finos palos de madera.

—Menos mal que has venido esta noche —murmuró Arth, en tono crítico—. Otro par de semanas y habría vuelto a ser una cometa. Supongo que ahora no tendrás problemas para hacerlo volar.

Dios te oiga, pensó Dennis mientras ayudaba a Arth a transportar el pesado planeador biplaza al tejado del palacio.

Dennis tuvo que volver a montar el aparato casi sin ayuda y a la luz de las lunas. Los otros trataron de ayudarle, pero a Linnora la asustaban las grandes alas ondeantes y Arth no dejaba de hacer sugerencias irrelevantes y de instarle innecesariamente a darse prisa.

El viento tiraba de la tela, con frecuencia arrancándola de las manos de Dennis. Consiguió extender las alas del planeador y estaba buscando el mecanismo asegurador cuando la alarma sonó por fin abajo. Comenzó en una esquina del castillo, en la planta baja, y se extendió hasta que la noche se llenó de un caos de campanas, gritos y carreras.

Debían de haber encontrado a dos de los guardias que el robot y Dennis habían dejado fuera de combate.

Encontró por fin el cierre. Las alas de tela, que habían estado restallando con la fuerte brisa, se tensaron finalmente con un fuerte chasquido.

Dennis oyó que desde dos pisos más abajo llegaban voces de llamada preocupadas. Naturalmente, el guardia de Arth no pudo responder. Pronto sonaron pasos no muy lejos.

—No hay tiempo para experimentos —murmuro—. ¡Arth! ¡Métete en la silla de atrás para hacer contrapeso!

El gran planeador saltó y se agitó hasta que Arth obedeció. Incluso entonces, no se quedó quieto. Dennis llamó al robot. Se arrodilló, todavía sujetando el borde de una de las alas.

—¡Instrucciones! —le dijo al pequeño autómata—. Ve abajo y retrasa a aquellos que se acercan hasta que nos hayamos marchado. Después de eso, intenta sobrevivir y síguenos como puedas. ¡Intentaremos ir rumbo oeste-suroeste!

La luz verde de aceptación del robot destelló. El autómata se dio la vuelta y se marchó, bajando rápidamente la rampa que habían usado para llegar al tejado.

Dennis oyó pasos en las escaleras, justo debajo. No tenían mucho tiempo.

Arth había ocupado su puesto en la silla, tal como Dennis le había indicado. Parecía completamente confiado. Había visto el globo surcando la noche y ahora sabía que Dennis podía hacer que las cosas volaran. La diferencia entre un globo y un planeador no tenía sentido para él.

—Esto es un planeador de dos plazas —dijo Dennis—, pero vosotros dos no pesáis mucho más que un hombre grande. Linnora puede ir contigo en el asiento de atrás. De todas formas, lo único que tenemos que hacer es salir de la ciudad.

Pero Linnora continuó arrebujada en su capa, contemplando las grandes alas restallantes. Miró a Dennis. Todas sus dudas habían vuelto a asaltarla de golpe.

No la culpo, pensó Dennis. *Es una mujer fuerte, pero no está preparada para esto.*

Los tres podían morir en el intento. Cabía decir que Kremer tenía preparado para ella algo peor que la muerte. Pero mientras hay vida hay esperanza.

Ella sostenía su klasmodion contra el pecho mientras el viento racheado tiraba de la gran cometa, casi arrastrando a Dennis y Arth por el tejado. El planeador era como un ave poderosa, luchando contra una traílla... ansiosa por levantar el vuelo.

De repente sonaron golpes y gritos lastimeros en el rellano de abajo. El robot resistía al pie de las escaleras.

Dennis miró a la princesa L´Toff, y los ojos de ella encontraron los suyos. Se dio cuenta de que quería confiar en él. Pero todo aquello era demasiado repentino, demasiado extraño.

No podía arrastrarla por la fuerza. Pero tampoco podía dejarla atrás.

Linnora fue la primera en ver la pequeña figura que apareció sobre el alféizar. Abrió la boca y miró a la izquierda.

Dennis giró rápidamente y vio una cara diminuta, un par de pequeños ojos verdes y dos hileras de dientes afilados y sonrientes.

—¡Un krenegee! —dijo Linnora con un suspiro.

El cerduende sonrió. Se encaramó al tejado y luego se lanzó al aire. Tras desplegar las membranas de sus alas planeó perezosamente hasta Dennis y aterrizó sobre su hombro. Diminutas garras se clavaron en su hombro y le lastimaron la piel.

Dennis tuvo que esforzarse por no resbalar mientras luchaba con el planeador y maldecía el viento y la estúpida e irritante criatura que ronroneaba junto a su oído.

Pero Arth se le quedó mirando con fervor supersticioso, y cuando Linnora habló, Dennis apenas pudo oírla por encima del viento.

—*El krenegee elige a quien quiere.. y su elegido crea el mundo...* —dijo.

Parecía una letanía. Tal vez los cerduendes fuesen una especie de tótem para su pueblo. ¡Tal vez Duen podría hacer algo bueno por ellos después de todo!

Tendió la mano a Linnora, y esta vez ella dio un paso adelante y la cogió, como hipnotizada. Él la condujo hasta la silla de atrás, delante de Arth, y le dijo al ladrón que la sujetara como haría con su vida.

Desde abajo llegaron gritos y golpes cuando otro grupo asaltó el pie de las escaleras.

Dennis se sintió un poco culpable al dejar que el robot se enfrentara solo con todo aquello. Era solamente una máquina, desde luego. Pero en Tatir, ese *solamente* no era una excusa tan cómoda como en la Tierra.

Los soldados se organizaban. Dennis oyó a los oficiales gritando y lo que tenían que ser pelotones enteros subiendo rápidamente por las escaleras. No tardarían mucho.

El viento volvió a alzarse. Dennis tuvo que reprimir una oleada de inseguridad mientras miraba hacia el suelo lejano, apenas visible. Las torres de la ciudad de Zuslik se recortaban contra las grandes montañas de detrás. El serpenteante río brillaba a la luz de las lunas. Divisó los contornos irregulares de los mástiles de los barcos, allá en los muelles.

Miró a sus pasajeros. El cerduende ronroneaba y los ojos de Linnora brillaban ahora con una confianza que Dennis no podía comprender, aunque le hacía sentirse bien.

Abajo, en alguna parte, un capitán de voz aguda ordenaba cargar a sus hombres. Era decididamente hora de marcharse.

—Muy bien —les dijo a Arth y Linnora—, ahora quiero que penséis con mucha intensidad, que os inclinéis como yo me inclino, y que saltéis conmigo cuando diga la palabra mágica... ¡Jerónimo!

4

En el mismo instante en que estuvieron en el aire, Dennis se sintió lleno de un no del todo irracional deseo de poder volver atrás a intentar otra cosa.

—¡Denniz! ¡Cuidado con esa torre!

Una torre alta surgió de la oscuridad, directamente en su rumbo. Dennis hizo oscilar su peso a la izquierda.

—¡Inclinaos con fuerza! —gritó, esperando que Arth y Linnora trataran de imitar sus acciones.

El planeador se ladeó lentamente. El piso superior de uno de los edificios más altos de Zuslik pasó apenas a dos metros a su derecha. A través de una ventana brillantemente iluminada, Dennis atisbó una escena de celebración. Captó un breve sonido de risas. Ninguno de los participantes en la fiesta advirtió la sombra rápida y oscura que pasaba ante su ventana.

Dennis luchó por enderezar el planeador. La maniobra los había hecho internarse en una zona de turbulencias. El aparato se agitaba y traqueteaba mientras caía hacia la ciudad.

Tras ellos el castillo era un clamor. Luces de búsqueda lanzaban cegadores rayos desde todos los picos y parapetos. Dennis no se atrevió a mirar abajo, pero esperaba que el robot hubiera conseguido escapar al final.

Los zigurats de Zuslik pasaron rápidamente bajo ellos. La muralla exterior de la ciudad se encontraba a menos de un kilómetro por delante, y más allá se extendía el río. Seguían perdiendo altura. Sería difícil.

A su espalda, oía castañetear los dientes de Arth. Pero la tenaza de Linnora sobre su cintura era firme. Buena chica. ¡Ni siquiera temblaba!

El planeador se agitó cuando atravesaron una bolsa de aire caliente que se alzaba desde una chimenea. Para cuando Dennis recuperó el control, la muralla exterior de la ciudad se acercaba velozmente hacia ellos.

—¡Vamos! —instó al planeador—. ¡Vamos, chico! ¡Elévate!

Le hablaba al aparato, como hacían casi todos los pilotos del mundo. Pero en aquel caso las palabras podrían servir para algo. Al planeador no le vendría nada mal cualquier práctica adicional.

El cerduende se aferró a su hombro con las garras delanteras y extendió las alas membranosas de forma que sus patas traseras quedaron colgando. ¿Intentaba el maldito bicho

ayudar, para variar? Sonreía, observando los movimientos de Dennis mientras el neófito piloto del planeador se precipitaba hacia las altas torres de la muralla.

¡Eh! ¡No soy tan malo!, pensó Dennis, sonriendo mientras el planeador rodeaba la torre de un templo coyliano. *Uno podría acabar disfrutando de esto.*

Un minuto después cambió de opinión. *No vamos a conseguirlo.*

Zuslik era un laberinto de calles serpenteantes y estructuras puntiagudas. En la oscuridad no había forma de pilotar el planeador hasta un lugar seguro donde aterrizar. Los había metido a todos en aquel lío. Ahora parecía que únicamente el cerduende, con su paracaídas propio, escaparía a la catástrofe.

De repente las calles se abrieron, y la muralla de la ciudad se alzó ante ellos. Estaba a menos de doscientos metros por delante y ahora sólo a unos pocos metros por debajo de ellos, esperando borrarlos del aire.

Miró a Arth y Linnora. El pequeño ladrón le miró sonriente. Con la descarga de adrenalina parecía que se lo estaba pasando en grande, totalmente seguro de las habilidades mágicas de Dennis.

Linnora tenía los ojos cerrados y una expresión pacífica en la cara mientras susurraba en voz baja. Aunque su cara estaba apenas a un palmo de la suya, Dennis no pudo distinguir las palabras con el viento.

Su cántico parecía resonar con el ronroneo del animalito que Dennis llevaba al hombro. Ella abrió los ojos un instante. Sonrió feliz a Dennis.

El cerduende ronroneó con más fuerza.

Dennis pilotó el planeador más allá del último obstáculo y sobre la extensión que les separaba de la muralla.

—¡Vamos! —instó a la máquina planeadora.

E1 suelo pasó ante ellos. El cántico de Linnora y el ronroneo del cerduende parecieron fundirse con la concentración de Dennis. La realidad titiló a su alrededor. Los puntales y cables se estremecieron con un leve zumbido musical, casi como si el planeador estuviera *cambiando* bajo sus dedos. De algún modo, resultaba familiar.

Dennis parpadeó. La muralla estaba ya a tan sólo veinte metros de distancia. A lo largo del parapeto marchaban soldados con antorchas, la atención fija en el suelo.

Tal vez... Dennis empezó a sentir un atisbo de esperanza.

El planeador pareció zumbar, excitado. De la princesa L´Toff emanaba una sensación de poder. ¡Y un gran eco amplificado parecía surgir de la criatura que colgaba de su hombro!

El planeador parecía eléctrico bajo sus manos, y una levísima luz titilante recorría los cables. La tensa tela ondeaba ceñida al viento cuando la muralla pasó a la altura de un hombre bajo ellos. Un guardia alzó la cabeza, boquiabierto. Luego la muralla quedó atrás, engullida por la noche.

De repente se encontraron sobre el río. La leve luz de las estrellas se reflejaba en su superficie.

El breve trance *felthesh* menguaba. Los había hecho rebasar la muralla con vida. Pero Dennis comprendió que ningún milagro de práctica los haría cruzar el agua. Limitado a la esencia de un planeador, su aparato sólo podía caer en el aire frío, no importaba lo eficaz que se hubiera vuelto.

A la izquierda se alzaba el bosque de mástiles de los muelles. Dudaba poder rebasarlos y llegar a las granjas que se extendían más allá.

—¿Sabe nadar todo el mundo? —preguntó—. Espero que sí, porque allá vamos.

Los muelles estaban a oscuras. Sólo esporádicamente alguna luz iluminaba una ventana acá y allá.

—¡Suelta tus correas! —le dijo a Arth—. ¡Déjate caer cuando te lo diga!

El ladrón obedeció de inmediato. Su cuchillo cortó el arnés de cuero. Linnora envolvió el klasmodion en su túnica a indicó con un movimiento de cabeza que estaba preparada.

Dennis trató de hacer que su descenso fuera en ángulo paralelo a los muelles. El agua pasó velozmente a sólo dos metros por debajo, un borrón bajo sus pies.

—¡Ahora! ¡Vamos!

Linnora dirigió a Dennis una rápida sonrisa y luego Arth y ella saltaron. El planeador rebotó y Dennis luchó con él. Había sido practicado para cargar más peso, y su centro de gravedad había cambiado.

El centroide, recordó Dennis mientras se echaba hacia atrás. ¿Dónde está ahora lo centroide? Oyó dos golpes en el agua, tras él, luego se ocupó de planear su propio aterrizaje.

Era demasiado tarde para saltar. Tenía que soportar el golpe. Luchó con sus propias correas y se soltó justo cuando sus pies empezaban a rozar el agua.

Mientras alzaba las piernas, advirtió que el cerduende se había ido. En cierto modo, no le sorprendió.

De repente, sus rodillas empezaron a trazar surcos en el río. El planeador se posó a su alrededor mientras el agua le daba un húmedo abrazo.

5

—¡Denniz!

Arth remaba tan silenciosamente como podía. Había envuelto en tela los remos del esquife que habían robado. Incluso así, odiaba tener que remar al descubierto por el río. Del castillo habían zarpado ya equipos de búsqueda: jinetes y patrullas de infantería pronto recorrerían la zona.

—¿Podéis verle?

Linnora escrutó la oscuridad.

—Todavía no. ¡Pero debe de estar por aquí! ¡Sigue remando!

Tenía la ropa pegada al cuerpo, y los vientos del valle soplaban sobre el agua. Pero no pensaba más que en el río y en su rescatador.

—¡Mago! —llamó—. ¿Estás ahí? ¡Mago! ¡Respóndeme!

Sólo se oía el suave chapoteo de los remos y, en la distancia, los gritos de los soldados del barón.

Arth remó.

La voz de Linnora se quebró.

—¡Dennis Nuel! ¡No puedes morir! ¡Guíanos hasta ti!

Se detuvieron a escuchar, sin respirar apenas. Entonces, en la oscuridad, se oyó un sonido leve.

—¡Por ahí! —Linnora se agarró al hombro de Arth y señaló.

El pequeño ladrón gruñó y tiró de los remos.

—¡Dennis! —exclamó ella. Oyó toser más adelante. Luego una ronca voz los llamó.

—El terrestre se ha zambullido... por fortuna mi nave flota. ¿Sois de la Guardia Costera?

Linnora suspiró. No entendía más que una palabra o dos de lo que decía, pero no importaba. Se suponía que las magos eran inescrutables.

—Voy a tener que encontrar un medio de salir de aquí —murmuró la voz en la oscuridad. Luego un fuerte estornudo resonó sobre el agua.

Dennis se aferró al armazón flotante. Una gran burbuja de aire mantenía el planeador a flote, aunque hacía agua rápidamente. En la ribera, las partidas de búsqueda se acercaban.

Contra el distante fluctuar de las linternas, finalmente distinguió la sombra móvil del bote.

Cuando Arth se detuvo a su lado, todo lo que pudo ver del pequeño ladrón fue su sonrisa. Pero no pudo confundir el contorno de Linnora cuando se inclinó para cogerle la mano. A pesar de su situación, Dennis tuvo que apreciar lo que el agua le había hecho a su túnica.

Tiritó cuando subió al bote. Ella lo envolvió en un trozo de vela. Pero cuando Arth volvió a los remos, Dennis lo detuvo.

—Intentemos salvar el planeador —dijo, tratando de controlar los estornudos—. Sería mejor si estuvieran completamente convencidos de que hemos escapado. Preferiría que sospecharan que fue magia.

Linnora sonrió. Tenía la mano sobre su brazo.

—Tienes una sorprendente forma de hablar, Dennis Nuel. ¿Quién demonios pensaría que lo que acabamos de experimentar no ha sido magia?

IX

DISCUS JESTUS

1

La granja había empezado a deteriorarse.

Desde la verja abierta, Dennis contempló el camino que conducía a la casa de Stivyung Sigel. La casa que parecía tan cómodamente habitada un par de meses antes tenía ahora el aspecto de un lugar largamente abandonado a los elementos.

—Creo que no hay moros en la costa —les dijo a los demás. Ayudó a Linnora a apoyarse contra el poste de la verja para que pudiera dejar de apoyarse en su hombro. La muchacha sonrió con valentía, pero Dennis se daba cuenta de que estaba agotada.

Indicó a Arth que vigilara, luego cruzó corriendo el patio para asomarse a una de las ajadas ventanas.

El polvo se había apoderado de todo. Los hermosos muebles antiguos del interior habían empezado a adquirir un aspecto burdo. El deterioro era triste, pero implicaba que la granja estaba desierta. Los soldados que registraban la zona en su búsqueda no habían emplazado una avanzadilla allí.

Regresó a la verja y ayudó a Linnora mientras Arth llevaba el planeador desmontado. Juntos, se desplomaron en los escalones de acceso a la casa. Durante un rato el único sonido aparte de su respiración fue el zumbar de los insectos.

La última vez que Dennis se había sentado en aquel porche le habían llamado la atención un puñado de herramientas que parecían sacadas en parte de Buck Rogers y en parte de la Edad de Piedra. Ahora vio que más de la mitad de los instrumentos habían desaparecido... los mejores, por cierto. Las maravillosas herramientas que Stivyung Sigel había practicado hasta la perfección estaban probablemente con el joven Tomosh en casa de sus tíos, junto con las mejores posesiones de Sigel.

Las herramientas restantes las habían dejado porque no se les podía dar uso. La mayoría había empezado a parecer atrezo de una película de bajo presupuesto sobre cavernícolas.

Arth estaba tumbado en el porche, las manos sobre el pecho, roncando.

Linnora se quitó los zapatos, dolorida. A pesar de la intensa práctica de los dos últimos días, todavía no eran adecuados para el campo. Tenía unas ampollas enormes, y el día anterior se había torcido un tobillo, por lo que cojeaba. Debía de sufrir mucho, pero nunca lo mencionaba tampoco a ninguno de sus compañeros.

Dennis se puso pesadamente en pie. Rodeó la casa y se acercó al pozo, donde dejó caer el cubo. El sonido del impacto contra el agua tardó en llegar. Sacó el cubo, lo desató y lo llevó, salpicando y goteando, de vuelta al porche.

Arth se despertó lo suficiente para tomar un largo sorbo; luego volvió a desplomarse. Linnora bebió un poco, pero mojó el pañuelo y se limpió las manchas de suciedad de la cara.

Lo más suavemente que pudo, Dennis le lavó los pies para limpiar la sangre seca. Ella dió un respingo, pero no dejó escapar ni un sonido. Cuando Dennis terminó y se sentó a su lado en el sucio porche, Linnora apoyó la cabeza contra su hombro y cerró los ojos.

Llevaban casi tres días esquivando patrullas, comiendo pequeñas aves que Dennis derribaba con una honda improvisada y peces capturados en arroyuelos por las rápidas manos de Linnora. Por dos veces estuvieron a punto de localizarlos: hombres a caballo una vez, y un rápido y casi silencioso planeador otra. El barón, o su regente, sin duda tenía el país boca arriba buscándolos.

Linnora se acomodó bajo su barbilla. Dennis inspiró el suave aroma de su pelo, enmarañado como estaba después de tres días al aire libre. Durante un ratito permanecieron tranquilos.

—No podemos quedarnos aquí, Denniz —dijo Arth sin moverse ni abrir los ojos.

La noche de la huida, quiso quedarse en las inmediaciones de Zuslik hasta que fuera seguro regresar a la ciudad. Arth no se sentía cómodo al aire libre. Pero el alboroto levantado y lo concienzudo de la búsqueda le habían persuadido por fin para acompañar a Dennis y Linnora... en su intento de llegar a la tierra de los L´Toff.

—Sé que no podemos, Arth. Estoy seguro de que los hombres del barón ya han estado aquí. Y volverán.

»Pero a Linnora le sangran los pies, y su tobillo está hinchado. Teníamos que llevarla a descansar a alguna parte, y sólo se me ocurrió este sitio. Está desierto y se encuentra en la dirección que queremos seguir.

—Puedo continuar, Dennis, de verdad. —Linnora se incorporó, pero su esbelto cuerpo empezó a tambalearse casi de inmediato—. Creo que pue... —Puso los ojos en blanco y Dennis la agarró.

—Da un grito si viene el ejército —le dijo a Arth mientras la cogía en brazos. Se puso en pie trabajosamente y consiguió abrir la puerta con el pie. La puerta crujió.

Dentro de la vivienda había polvo por todas partes. Dennis casi pudo sentir el amor y el gusto que Stivyung Sigel había practicado en esa casa, y ahora iba camino de convertirse de nuevo en un puñado de palos, paja y papel.

Se preguntó que habría sido del alto granjero, y de Gath, el inteligente joven que quería ser aprendiz de mago. ¿Sobrevivirían a su aventura en globo? ¿Estaba Sigel buscando todavía a su esposa en los bosques de los L´Toff?

Dennis llevó a Linnora por un estrecho pasillo hasta el dormitorio de los Sigel y la tendió con delicadeza sobre la cama. Luego casi se desplomó en una silla cercana.

—Sólo un minuto —murmuró. El agotamiento era como una pesada manta que lo ahogaba. Intentó levantarse una vez, pero fracasó—. Ah, demonios. —Contempló a la joven que ahora dormía pacíficamente—. Se supone que las cosas no funcionan así la primera vez que el héroe lleva a la hermosa princesa a la cama...

Medio adormilado, la mente de Dennis divagó. Se encontró pensando en Duen y el robot... imaginando cómo los había visto un transeúnte algunas semanas atrás; la pequeña criatura rosada de brillantes ojos verdes, y su compañero, la máquina alienígena, invadiendo juntos las calles llenas de humanos de Zuslik, escondidos entre tejados y alcantarillas, espiando a los habitantes de la ciudad.

No era extraño que hubiera rumores sobre «engendros del infierno» y fantasmas.

Linnora le había dicho que «la bestia krenegee» compartía con los humanos la habilidad de infundir *Pr'fett* en una herramienta, aunque no utilizaban herramientas, ni eran al parecer verdaderamente inteligentes.

A veces un krenegee salvaje establecía una relación duradera con un ser humano. Cuando esto sucedía, la práctica del humano se volvía enormemente poderosa. En unas horas

podían conseguirse las mejoras de un mes. Ni siquiera los L´Toff, cuya maestría en el arte de la práctica no tenía rival, podían competir con los logros de un hombre acompañado por un krenegee, sobre todo si la combinación provocaba de vez en cuando un auténtico trance práctico.

Pero los krenegee eran notablemente huidizos. Un humano podía considerarse afortunado si veía uno a lo largo de toda su vida. Las pocas personas que establecían contacto duradero con uno eran llamadas *creadores del mundo.*

Dennis imaginó al cerduende recorriendo los tejados de la ciudad a lomos del autómata, empujándolo hacia la perfección en su función programada... una función que Dennis le había dado originalmente. Los resultados habían sido sorprendentes.

Duen podía ser huidizo, pero Dennis se había equivocado al considerarlo una criatura inútil.

No podía dejar de sentirse culpable por el robot, aunque sabía que no debía hacerlo. Se lo imaginaba repeliendo valientemente a los guardias la noche de su huida.

Dennis se quedó profundamente dormido y soñó con brillantes ojos verdes y rojos, hasta que una mano sacudió su hombro.

—¡Denniz! —La mano lo sacudió—. ¡Denniz! ¡Despierta!

¿Qué pasa ... ? —Dennis se incorporó rápidamente— ¿Qué ocurre? ¿Soldados?

Arth era una silueta en la penumbra de la habitación. Sacudió la cabeza.

—No lo creo. He oído voces en la carretera, pero no había animales. Me he adelantado antes de que abrieran la verja.

Dennis se levantó pesadamente y fue a echar un vistazo a través de una abertura en las cortinas. La ventana amarillenta y polvorienta daba al patio de la granja. En el borde derecho de su ángulo de visión vio un destello de movimiento. Sonaron pasos en el porche de madera.

La única salida era cruzando el salón; tendrían que enfrentarse con quien fuera. Y ninguno de los tres estaba en condiciones de plantar cara ni siquiera a un par de lobatos de scout drogados.

Indicó a Arth que se colocara detrás de la puerta y alzó una silla. Las pisadas sonaban ahora en el salón.

El cerrojo se descorrió y la puerta del dormitorio crujió lentamente al abrirse. Dennis alzó la silla por encima de su cabeza.

Se tambaleó y estuvo a punto de perder el equilibrio cuando la puerta se abrió de par en par para revelar a una fornida mujer de mediana edad. Ella vio a Dennis y soltó un gritito mientras retrocedía unos pasos, por lo que casi derribó a un niño pequeño que la acompañaba.

—¡Espera! —dijo Dennis.

La mujer agarró al niño del brazo, arrastrándolo frenética hacia la puerta principal. Pero la pequeña figura se resistió.

—¡Dennz! ¡Ma, es sólo Dennz!

Dennis soltó la silla a indicó a Arth que se quedara donde estaba. Corrió al salón tras ellos.

La mujer se detuvo, insegura, ante la puerta abierta. Su tenaza era blanca sobre el brazo del niño que Dennis había conocido al principio de su estancia en aquel mundo. El terrestre se detuvo en la entrada del pasillo, alzando las manos vacías.

—Hola, Tomosh —dijo tranquilamente.

—¡Hola, Dennz! —contestó Tomosh feliz, aunque su madre lo retuvo cuando intentó avanzar. El recelo y el miedo todavía inundaban sus ojos.

Dennis trató de recordar el nombre de la mujer. Stivyung lo había mencionado varias veces. ¡Tenía que convencerla como fuera de que era un amigo!

Sintió movimiento a su espalda.

¡Maldito Arth! ¡Le dije que se quedara atrás! ¡Un desconocido más en su casa será suficiente para espantar a esta mujer!

Los ojos de la señora Sigel se abrieron como platos. Pero en vez de huir, suspiro.

—¡Princesa!

Dennis se volvió y no pudo evitar parpadear sorprendido también él. Incluso con el pelo en desorden, los ojos adormilados y descalza, con los pies ensangrentados, Linnora conseguía parecer regia. Sonrió graciosamente.

—Estás en lo cierto, buena mujer, aunque creo que no nos conocemos. Debo darte las gracias por la hospitalidad de tu hermosa casa. Mi gratitud, y la de los L´Toff, son tuyas para siempre.

La señora Sigel se ruborizó, a hizo una torpe reverencia. Su cara se transformó, olvidada su dureza.

—Mi casa es vuestra, alteza —dijo tímidamente—. Y de vuestros amigos, por supuesto. Sólo desearía que fuera más presentable.

—Para nosotros, es tan digna como el más grande palacio —le aseguró Linnora—. Y mucho mejor que el castillo donde hemos estado recientemente.

Dennis cogió a Linnora del brazo para ayudarla a sentarse en una silla. Ella le miró a los ojos y le hizo un guiño.

La señora Sigel armó un gran alboroto cuando vio el estado de los pies de la joven. Corrió a una esquina de la habitación y levantó un tablón del suelo, dejando al descubierto una despensa oculta. Sacó vendas limpias, de décadas de antigüedad, y una jarra de ungüento. Insistió en atender de inmediato las ampollas de Linnora, apartando a Dennis de forma amable pero inflexible.

Tomosh se acercó y golpeó a Dennis afectuosamente en la pierna; luego empezó a formularle un torrente de preguntas ansiosas y atropelladas. Dennis tardó diez minutos en poder decirle a la señora Sigel que había visto por última vez a su marido a treinta metros de altura, montado en un gran globo.

También tuvo que explicar qué demonios era un «globo».

2

—Podríamos intentar prepararos un escondite aquí —le dijo Surah Sigel a Dennis mucho más tarde, después de que los demás se hubieran acostado—. Sería peligroso, claro. El barón ha movilizado la milicia, y sus hombres regresarán pronto. Pero podríamos intentarlo.

Parecía que Surah tenía poca fe en su propia sugerencia. Dennis ya sabia cuál era el problema.

—Olfateadores —dijo simplemente.

Ella asintió a su pesar.

—Sí. Kremer los usará para buscaros. Con tiempo suficiente, los olfateadores pueden encontrar a un hombre en cualquier parte por su olor.

Dennis había visto una camada de aquellos animales de gran nariz mientras residía en el castillo. Parecían primos lejanos de los perros, pero Dennis no sabía de ningún equivalente terrestre exacto. Eran más lentos que los sabuesos, pero tres veces más sensibles. Arth le había dicho que existían maneras de despistar a los olfateadores en la ciudad, pero que al aire libre eran imparables.

Dennis sacudió la cabeza.

—Tenemos que seguir lo antes posible. Eres tan generosa y valiente como lo describió Stívyung, Surah. Pero no puedo hacerme responsable de lo que os pasaría a Tomosh y a ti si nos encontraran aquí a Linnora y a mí.

»Nos marcharemos pasado mañana.

En su fuero interno, Dennis temía incluso esperar tanto tiempo.

—¡Pero los pies de la princesa no habrán sanado todavía para entonces! ¡Su tobillo sigue hinchado!

La señora Sigel se había ofrecido antes a llevar a Linnora a casa de su hermana para tratar de disfrazarla de algún modo. Pero Linnora no quiso ni oír hablar del tema. No era sólo que no estuviera dispuesta a poner en peligro a gente inocente. También estaba decidida a negar a Kremer incluso la posibilidad de volver a utilizarla como rehén. Y su pueblo tenía que ser advertido de las nuevas armas del barón. Volvería a las montañas occidentales aunque tuviera que ir a rastras.

Si por mí fuera, no me quedaría ni siquiera un día más —dijo Dennis—. Pero tengo que intentar crear algo... algo que nos permita llevar lejos a Linnora aunque sus pies no hayan sanado.

La señora Sigel suspiró, aceptando su decisión. Después de todo, un mago era un mago. Había escuchado con asombro las historias de Arth sobre los milagros de Dennis.

—Muy bien, pues. A primera hora iré a coger de casa de Biss esas herramientas que necesitas. Tomosh vigilará la carretera y os avisará si vienen soldados, Os dibujaría un mapa para indicaros el camino que conduce a los L´Toff, pero tenéis el mejor guía del mundo, así que supongo que no os hará ninguna falta.

Linnora y Tomosh se habían retirado después de una espartana pero nutritiva comida sacada de la despensa secreta de los Sigel. Arth roncaba suavemente en una silla, practicándola a cambio de la hospitalidad de su anfitriona. Aunque no era un gran fumador, Dennis chupaba diligente una de las pipas de Stivyung Sigel por el mismo motivo.

Surah le había contado a Dennis su propia aventura, de la que acababa de regresar: su viaje a las montañas de los L´Toff. Los ojos se le iluminaban cuando hablaba de sus viajes.

Stivyung le había hablado a menudo de los viajes realizados durante su carrera en los Exploradores Reales. Educada en una sociedad que todavía controlaba rígidamente las opciones abiertas para las mujeres, Surah se había entusiasmado con las historias de aventuras de su esposo en las fronteras salvajes, de encuentros con gente extraña incluyendo, por supuesto, a los misteriosos L´Toff.

Por sus descripciones, ella sabía que no eran seres de fábula ni diablos, sino personas a quienes los dioses habían concedido bendiciones con contrapartida. Desde su éxodo durante el reinado del buen rey Foss't, habían vivido casi aislados en su retiro de las montañas. Después de la caída del antiguo duque, su último protector fuerte en el oeste, los únicos coylianos que habían tenido contacto regular con ellos eran unos cuantos comerciantes y los exploradores.

Cuando los hombres del barón se llevaron a Stivyung, Surah se encontró de pronto comportándose como nunca habría imaginado. Corrió a casa de su hermana y le dijo que recogiera a Tomosh. Luego hizo un hatillo y se dirigió al oeste sin ningún plan definido en mente, pensando sólo en encontrar a alguno de los antiguos camaradas de Stivyung y pedirle ayuda.

No recordaba gran cosa sobre su viaje a las montañas, excepto haber estado asustada buena parte del tiempo. Aunque había crecido en los lindes de la espesura, nunca antes había pasado las noches sola bajo los árboles. Fue una experiencia que jamás olvidaría.

La primera señal de que se encontraba en territorio L´Toff se produjo cuando se topó con una pequeña patrulla de hombres severos y fieros cuyas lanzas tenían el aspecto bruñido que da la práctica mortal. Estaban agitados y la interrogaron. Pero al final acabaron por dejarla marchar. Sólo después, cuando atravesó los villorrios de las afueras y llegó por fin al poblado principal de los L´Toff, se enteró Surah de que la princesa Linnora había desaparecido.

Eso explicaba la ansiedad de los guardias fronterizos, desde luego. Surah empezó a comprender que sus propios problemas eran pequeñas corrientes de aire en la gran tormenta que se estaba fraguando.

El padre de Linnora, el príncipe Linsee, gobernaba un reino virtualmente independiente y que sólo respondía ante el rey de Coylia. Eso irritaba a los grandes señores y a los templos. Pero, al igual que el aislamiento de su hogar en las montañas, era para protección de la tribu.

A cambio, la corona monopolizaba el comercio de raros tesoros cuyo *Pr´fett* había sido «petrificado» en un estado permanente de práctica. Cada artículo solía costar a algún L´Toff una medida de su fuerza vital: una semana, un mes o un año de su propia vida. Los artículos petrificados eran muy raros... y por eso también muy codiciados.

Las relaciones entre los L´Toff y los grandes nobles habían empeorado desde la caída del viejo duque, y sobre todo a medida que la nobleza y los gremios del barón Kremer se preparaban para enfrentarse al rey.

Obviamente, los aristócratas se alegrarían de tener algo con lo que presionar a los L´Toff, los aliados más fuertes del rey en el oeste. Si contaran con un rehén para asegurarse la neutralidad del príncipe Linsee, podrían dedicar su atención plena a sitiar las ciudades del este, con su espíritu monárquico y antigremial.

El destino había entregado a Kremer su rehén contra los L´Toff el mismo día en que los soldados fueron a llevarse al marido de Surah.

Cuando Surah llegó a las montañas, los L´Toff buscaban por todas partes a su amada princesa. Linnora había escapado de sus doncellas y escolta casi dos semanas antes, anunciando en una críptica nota que había sentido «algo diferente» llegar al mundo.

Aunque todos respetaban los poderes de Linnora, el príncipe Linsee temía los resultados de la impetuosidad de su hija. Sospechaba que había caído en manos del barón.

Lo mismo pensaba Demsen, el alto y afable jefe de un destacamento de Exploradores Reales que acababa de llegar antes que Surah. Demsen estaba seguro de que Kremer retenía a Linnora en secreto, hasta que fuera necesaria como rehén para mantener a los L´Toff pasivos en su retaguardia.

Surah descubrió todo esto porque se encontraba en el centro de todo el meollo. Como sabía algo de la situación en Zuslik, fue invitada a sentarse a la mesa junto a Linsee y Demsen y los capitanes y ancianos, todos los cuales la escucharon atentamente mientras respondía con nerviosismo sus preguntas.

En la asamblea, el joven príncipe Proll había pedido permiso para asaltar Zuslik y liberar a Linnora por la fuerza de las armas. El valor y carisma de Proll influyeron en muchos. Los L´Toff más jóvenes no pensaban más que en su hermosa princesa languideciendo en prisión.

Pero Linsee sabía que las fuerzas de Kremer superaban con mucho a las suyas en una batalla a campo abierto, sobre todo dado el perfeccionamiento de los terribles cuerpos de planeadores del barón. Harían falta años de peligrosa experimentación para duplicar ese logro. La guerra empezaría mucho antes.

Linsee había enviado una delegación, liderada por el jefe del consejo de ancianos y el príncipe Proll, para visitar a Kremer y preguntar. Probablemente no conseguiría nada, pero era todo lo que podía hacer. Reluctante, ordenó que se reforzaran las defensas.

Surah escuchaba todo esto y comprendió aturdida que allí no encontraría ayuda para salir de su propia crisis personal. Si los L´Toff y los Exploradores Reales no podían hacer nada para salvar a Linnora, ¿qué podrían hacer por un simple granjero, aunque fuera un sargento explorador retirado, a quien el barón Kremer había apresado por capricho?

El príncipe Linsee le dio un caballo y algunas provisiones y le deseó lo mejor. A excepción de los guardias fronterizos, nadie se dio cuenta cuando se marchó.

Regresó para encontrar el país convertido en un clamor. Los preparativos para la guerra se hallaban en marcha, y la zona estaba siendo peinada en busca de importantes fugitivos.

La vida tenía que continuar, fuera cual fuese la magnitud de los grandes asuntos a su alrededor. Recogió a su hijo de la casa de su hermana y se dirigió al hogar propio para mantener la granja lo mejor posible, perdida la esperanza de que Stivyung regresara algún día con ella.

Y en casa encontró a los fugitivos, escondidos en su propio dormitorio.

Surah Sigel suspiró y volvió a llenar la taza de Dennis de thah caliente.

—No he tenido ninguna influencia en los asuntos de nuestro tiempo —dijo, en conclusión—. Sólo soy la esposa de un granjero, a pesar de que Stivyung me enseñara a leer.

»Sin embargo, me parece que he sido testigo y he participado un poco en los acontecimientos.

Miró a Dennis. Tenía una idea. Hablaba con timidez, como si temiera que él fuera a reírse de su ocurrencia.

—¿Sabes? Tal vez algún día escriba un libro sobre todo lo que he visto y te he contado acerca de la gente que conocí antes de que empezara la guerra. ¡Eso sí que sería algo!

Dennis asintió, mostrando su acuerdo.

—En efecto, lo sería.

Ella suspiró y se volvió para remover las brasas.

3

Hacía años que Dennis no realizaba un trabajo de carpintería, y las herramientas que ahora empleaba le eran desconocidas. Sin embargo, empezó a trabajar a la mañana siguiente, muy temprano.

Recortó dos palos largos y tiesos de un par de azadas medio practicadas que encontró en el porche, y luego cortó varias tablas planas de una de las chozas para el heno. Cuando la señora Sigel regresó de casa de su hermana con herramientas mejores, Dennis abrió cuatro agujeros en los costados de una bañera ligera e introdujo los palos en los agujeros.

Encaramada en un montón de heno, con los pies envueltos en vendas blancas, Linnora trabajaba un arnés de cuero. Usaba diestramente un punzón para abrir agujeros en las correas de cuero, en lugares donde Dennis había hecho marcas, y luego los unía con hilos. Tarareaba suavemente y le sonreía a Dennis cada vez que él alzaba la vista de su trabajo. Dennis le devolvía la sonrisa. Era difícil cansarse cuando lo animaban de esa forma.

Arth entró resoplando en el granero, llevando una pequeña silla que Surah Sigel había donado para el proyecto. Soltó la silla y examinó el artilugio que Dennis estaba construyendo.

—¡Ya lo tengo! —El pequeño ladrón chasqueó los dedos—. Ponemos la silla en la bañera y la princesa viaja dentro. Luego cogemos esos palos y la levantamos. Lo llaman «litera». Cuando el emperador del otro lado del gran mar vino a visitar al padre de nuestro rey hace años, oí decir que lo llevaban de esa forma. Un par de nuestros nobles intentaron copiar la idea y casi tuvieron una revuelta entre manos antes de dejarlo.

Dennis se limitó a sonreír y siguió trabajando. Usando una hermosa sierra con el filo de gema, cortó cuatro discos idénticos de una plancha de madera. Medían aproximadamente un metro de diámetro y tres centímetros de grosor.

Arth se lo pensó un poco, luego frunció el ceño.

—¡Pero necesitaríamos cuatro hombres para cargar con esto! ¡Sólo estamos tú y yo y el burro que nos ha dado Surah! ¿Quién va a sostener el cuarto lado? —Se rascó la cabeza—. Creo que no lo comprendo.

Dennis usó un torno afilado para practicar un orificio circular en el centro de cada disco.

—Vamos, Arth —dijo cuando terminó—. Ayúdame con esto, ¿quieres?

Siguiendo las indicaciones de Dennis, el líder de los bandidos alzó uno de los palos que atravesaban los costados de la bañera. Dennis deslizó uno de sus discos por el extremo, luego lo sacó para agrandar un poco el agujero del centro. Cuando lo intentó otra vez, encajó en su sitio a unos cuantos centímetros barra abajo. Lo aseguró con un martillo envuelto en tela.

Arth soltó la bañera, que quedó ladeada en un extraño ángulo, apoyada en una esquina por el disco. Linnora dejó de trabajar y se acercó a mirar.

—¿Qué es eso, Dennis? —preguntó.

—Se llama *rueda* —respondió él—. Con cuatro en su sitio y con la ayuda del burro de Surah, podremos sacarte de aquí mañana por la noche casi con tanta rapidez como si caminaras. Naturalmente, nos veremos obligados a utilizar las carreteras al principio, pero eso no se puede evitar. De todas formas, la carretera es la única manera de remontar el paso.

Dennis indicó a Arth que fuera levantando una esquina de la bañera cada vez. Insertó una rueda en cada una.

—Este artilugio entero se llama *carreta*. En mi tierra natal, este artefacto tan burdo duraría unas cuantas horas, como mucho. Imagino que al principio se deslizará más o menos como si la arrastráramos sobre su panza. No hay contrapeso entre los ejes y los agujeros del cuerpo, para empezar. Eso aumentará el coeficiente de fricción por rodadura. Naturalmente, con la práctica podemos esperar que un efecto lubricante empiece a formar parte...

Arth y Linnora se miraron mutuamente. El mago volvía a hablar de un modo incomprensible. Ya se habían acostumbrado a ello.

—Podría haber hecho un comenzador mejor —dijo Dennis, mientras colocaba la última rueda firmemente en su sitio—. Pero no hay tiempo. Ahora mismo están registrando todo el país en busca de nosotros, pero cuando los olfateadores encuentren nuestra pista, se concentrarán. Será mejor que entonces estemos ya en las montanas.

»Vamos a tener que contar con el Efecto Práctica para enmendar esta carreta. Esta noche Arth y yo nos turnaremos para hacerle dar vueltas por la granja. Mañana tal vez...

Dennis dio un paso atrás y contempló el carro. Vio el asombro en la cara de Arth. Pero Linnora mostraba una expresión de profunda concentración. Tenía los ojos entornados y movía la mano como si tratara de visualizar algo que nunca había visto antes.

De pronto, dio una palmada y se rió en voz alta.

—¡Empújalo! ¡Oh, venga, Dennis, empújalo y haz que se mueva!

Dennis sonrió. Linnora no tenía la mente de un cavernícola. Su habilidad para imaginar la forma en que funcionaban las cosas era sorprendente, considerando su entorno.

Alzó el pie y empujó la parte trasera del carro. Rechinando con fuerza, la carreta se movió y rodó por el sendero de grava hasta salir por la puerta del granero.

Alguien gritó, y se oyó un fuerte golpe fuera. Dennis salió corriendo y encontró a Surah Sigel sentada en el suelo, contemplando el artilugio con los ojos abiertos como platos. El carro había rodado hasta detenerse unos palmos más allá. Junto a ella, un hatillo de provisiones yacía abierto, con su contenido medio desparramado.

—¡Creía que estaba vivo cuando vino hacia mí de esa forma!—Parpadeó, mirando el carro.

—Es sólo una máquina —la tranquilizó Dennis mientras la ayudaba a levantarse—. Es lo que vamos a utilizar para transportar a la princesa...

—¡Ya lo veo! —Surah le apartó las manos y se alisó la ropa, envarada. Empezó a recoger las provisiones (tasajo, fruta y sacos de grano), y rechazó a Dennis cuando éste intentó ayudarla.

—Tomosh acaba de volver con noticias de mis primos, los que viven carretera abajo —dijo—. Llevan una semana alojando tropas del barón. Y ahora los soldados dicen que van a trasladarse pasado mañana. No dicen adónde, pero mi primo piensa que se dirigirán hacia el oeste.

Dennis maldijo en voz baja. Los demás y él tenían que atravesar el paso antes de que las tropas se internaran en las montañas. Si esperaban hasta la noche siguiente, todavía estarían en la carretera cuando el principal contingente los alcanzara.

—Esta noche —dijo—. Tenemos que partir esta noche.

Tomosh salió corriendo de la casa. Se detuvo y observó la carreta.

Arth sostuvo a Linnora mientras le ayudaba a sentarse en la carreta. Ella se rió mientras el ladrón y el niño la transportaban lentamente por el patio de la granja.

Dennis sacudió la cabeza. La *carretilla que yo tenía cuando niño sería más útil de lo que esta cosa ruidosa será el primer día,* pensó.

Partieron poco después de anochecer, mientras las lunas estaban todavía bajas en el cielo. El burro bufaba incómodo mientras tiraba de la carretilla. Cuando se detuvo en la verja y amenazó con rebuznar; Linnora tañó su klasmodion y cantó para el inquieto animal.

Las orejas del burro se movieron; su respiración se normalizó lentamente mientras la melodía de la muchacha lo calmaba. Finalmente, respondió a los suaves acicates de Arth y tiró de su molesta carga. Dennis ayudó a empujar hasta que estuvieron en la carretera propiamente dicha. Allí se detuvieron para despedirse de los Sigel.

Linnora le susurró algo a Tomosh mientras Dennis le estrechaba la mano a la señora Sigel.

—Buena suerte a todos —les deseó Surah—. Decidle a Stivyung si le veis que estamos bien.

Surah contempló insegura al pintoresco grupo. Dennis tenía que admitir que no parecían una fuerza capaz de enfrentarse con las patrullas de Kremer.

—Lo haremos —asintió Dennis.

—¡Volverás, Denniz! —prometió Tomosh mientras daba afectuosamente una palmada en el muslo al terrestre—. ¡Mi padre y tú y los Exploradores Reales volveréis y se las haréis pagar al viejo Kremer de una vez por todas!

Dennis agitó el pelo del niño.

—Tal Vez, Tomosh.

Arth azuzó al burro. El burdo carro chirrió por la oscura y empinada carretera. Dennis tuvo que empujarlo durante un tramo cuesta arriba. Cuando miró atrás, Surah y su hijo se habían marchado.

Excepto por el estrecho haz de su pequeña linterna de aceite, la noche era completamente negra a su alrededor. El viento soplaba entre los árboles que flanqueaban el camino. Incluso en la suave y superdeslizante carretera, el carro daba trompicones y rebotaba y se estremecía. Linnora lo soportaba con valentía. Tañía su klasmodion suavemente, con una expresión soñadora y distante en el rostro.

Ya estaba concentrada en el trabajo, usando sus talentos L´Toff para ayudar a practicar el carro.

En la Tierra, el frágil artilugio se habría hecho pedazos en cualquier momento, unos cuantos minutos o como máximo unas horas después de su construcción. Allí, sin embargo, era una pugna entre el desgaste y la práctica. Si duraba lo suficiente, la cosa tal vez mejoraría.

Dennis empujó el ruidoso carro, deseando que el cerduende estuviera cerca para ayudarles.

4

Murris Demsen, comandante de la compañía del León Verde de los Exploradores Reales, sirvió otra copa de vino de invierno para el príncipe Linsee, y luego miró alrededor por si alguien más quería que volviera a llenársela.

El muchacho de Zuslik, el joven Gath, asintió y sonrió. El vino de invierno de los L´Toff era lo mejor que había probado en su vida. Ya estaba un tanto achispado.

Stivyung Sigel posó la mano sobre su copa.

Conocía la potencia del brebaje por sus días con los Exploradores.

—La última noticia es que las patrullas de Kremer han estado aplicando presión a lo largo de la frontera —dijo Demsen. El larguirucho comandante explorador soltó el hermoso escanciador antiguo y arrancó unas cuantas hojas de una libreta—. También hay noticias de que los barones de Tarlee y Trabool se están movilizando, y emplazando avanzadillas en territorio L´Toff. Incluso el barón Feif-dei parece estar preparándose para la guerra.

—Eso es una mala noticia —dijo el príncipe Linsee—. Contaba con su amistad.

Stivyung Sigel se levantó despacio. Hizo una inclinación de cabeza al príncipe Linsee, a Demsen y al hijo de Linsee, el moreno príncipe Proll.

—Sires, debo pedir una vez más permiso para regresar a mi casa. Decís que mi esposa ya no está aquí. Por tanto debo volver con ella y con mi hijo. Y cuando vea que están a salvo, hay amigos a los que debo intentar ayudar, pues en estos momentos languidecen en las mazmorras del tirano.

El príncipe Linsee miró a Demsen, luego de nuevo a Sigel. Suspiró.

—Stivyung, no has oído nada? ¡La frontera está cerrada! ¡Nos pueden atacar en cualquier momento! ¡No podrás remontar el paso cuando está bloqueado por las tropas!

Demsen estuvo de acuerdo.

—Siéntate, Stivyung. Tu lugar está aquí. Yo te necesito, el príncipe Linsee te necesita, tu rey te necesita. No podemos dejar que sacrifiques tu vida.

Al otro extremo de la mesa, el príncipe Proll soltó su copa con un golpe.

—¿Y por qué detenerle? —preguntó el joven—. ¿Por qué interponerse en su camino?

—Hijo mío... —empezó a decir Linsee.

—Él, al menos, está dispuesto a correr riesgos... ¡A desafiarlo todo por rescatar a sus seres queridos! ¡Mientras tanto, nosotros dejamos que Linnora sufra en las garras de ese amoral engendro de tres lagartos, Kremer! Decidme, ¿de qué servirá esperar cuando las fuerzas de todos los barones al oeste del Fingal marchen sobre nosotros? ¡Oh, por los dioses, dejad partir a Sigel! ¡Y dejadme atacar mientras todavía se les pueda combatir de uno en uno!

Linsee y Demsen compartieron una mirada de exasperación. Habían vivido aquella escena demasiadas veces últimamente.

—Atacaremos, hijo mío —dijo Linsee por fin—. Pero primero tenemos que prepararnos. Stivyung y Gath nos han traído ese «globo» del mago extranjero...

—¡Que no es nada comparado con las armas que el extranjero le ha dado a Kremer! ¿De qué nos sirve, de todas formas? ¡Quedó inutilizado cuando Sigel aterrizó!

—Resultó dañado, sí, príncipe —dijo Demsen—. Pero está casi reparado. Se están construyendo y practicando duplicados. Esto puede ser lo que estábamos buscando... ¡un medio de contrarrestar los planeadores de Kremer! Reconozco que todavía no sé cómo será utilizado, pero lo que más necesitamos es tiempo. ¡Mis exploradores y vuestras compañías deben ganar tiempo para el príncipe Linsee!

»Mientras tanto, el joven Gath y Sigel, mi antiguo camarada de armas, deben cumplir su parte en la supervisión de la creación de más globos...

—¡Crear! ¡Qué se puede conseguir *creando?* —El joven príncipe se volvió y escupió al fuego. Se hundió en su silla.

—Hijo mío, no blasfemes. Crear es tan honorable como practicar, pues según la Antigua Fe, ¿no tuvimos una vez el poder de crear la vida misma? ¿Antes de que los blecker nos sumieran en el salvajismo?

Proll contempló el fuego, y finalmente asintió.

—Intentaré controlar mi temperamento, padre.

Sin embargo, todos sabían que Proll tenía razón en sus argumentos. Hacía falta *tiempo* para crear cosas. E incluso entre los L´Toff, hacía falta aún más tiempo para practicarlas. El tiempo era algo que Kremer no iba a concederles.

En todas las mentes, además, se encontraba el terror de cómo pretendía Kremer utilizar a su rehén. ¿Mostraría a Linnora en el campo de batalla? El efecto sobre la moral de las tropas podría ser devastador si Kremer media bien su movimiento. Y Kremer era un maestro de la oportunidad.

La conversación se reanudó. Finalmente, Demsen desenrolló el gran mapa, v el príncipe y él examinaron nuevas formas de distribuir sus exiguas fuerzas contra las hordas que se avecinaban.

El joven Gath prestaba poca atención a las charlas sobre estrategia. No era un soldado, sino un... *ingeniero.* Dennis Nuel le había enseñado esa palabra, y le gustaba su sabor.

Gath estaba seguro de que la clave para salvar a los L´Toff (y también para rescatar a Dennis, Arth y la princesa) se encontraba en perfeccionar los globos. Hasta el momento Gath había estado muy ocupado supervisando la reparación del original y la construcción y práctica de nuevos modelos. Pero eso no le impedía plantearse nuevos problemas de diseño.

¡Por ejemplo el de cómo manejarlos en la batalla! ¿Cómo se podía hacer que el globo fuera donde uno quería y luego mantenerlo allí? Había sido casi imposible maniobrar el primer globo en su huida de Zuslik. Sólo un pequeño milagro de viento los había llevado a las

montañas adonde Stivyung y él querían ir. Tras aterrizar, tardaron días en localizar a los L´Toff.

De algún modo, debe de haber un medio, pensó.

El papel era demasiado valioso para dibujar por dibujar. Así que Gath humedeció el dedo en vino y trazo bocetos sobre la superficie de la mesa, maravillosamente antigua y pulida.

5

El barón Kremer estaba sentado en la cama, con un montón de informes desplegados sobre la sedosa colcha antigua. Trabajaba obstinadamente, leyendo mensajes de los otros señores del oeste, que llegarían pronto para una reunión que él mismo había convocado.

Los mensajes eran satisfactorios, pues ni uno solo de los condes y barones del oeste se había retrasado.

¡Pero el resto era basura! ¡Había listas y listas de cuentas que pagar por material de guerra! Había facturas de cientos de practicadores natos, reclutados para lo que durara la guerra, y quejas de los gremios sobre su demanda de subvenciones aún mayores para su campaña contra el rey liberal.

El montón era enorme. El papeleo era la única cosa en el mundo que Kremer temía.

Si alguien advertía que los labios del barón se movían mientras leía, nadie dijo nada. Los tres escribas que le ayudaban también apartaban cuidadosamente sus ojos del chichón púrpura que afeaba la sien izquierda de su señor.

Kremer soltó un largo rollo de pergamino.

—¡Palabras, palabras, palabras! ¿Esto es lo que significa forjar un imperio? ¿Conquistar sólo para meterme hasta el cuello en una tormenta de *papel?*

Los escribas bajaron la cabeza, sabiendo que las preguntas de su señor eran retóricas.

—¡Esto! —Kremer arrojó un pergamino que se extendió como una larga bandera estrecha por el suelo. Aquella hoja delgada valía en sí misma casi los ingresos anuales de un campesino—. ¡Los gremios se quejan por una minucia! ¡Una *minucia* que les conseguirá a ellos seguridad y a mí una corona! ¿Quieren que Hymiel y su ralea se salgan con la suya en el este?

Kremer gruñó e hizo a un lado el montón. Los informes se desparramaron por el suelo. Los escribas corrieron a recogerlos.

Saboreando un momento de satisfacción, Kremer los vio recoger las hojas y los rollos. ¡Pero era una pobre distracción de los irritantes contratiempos que tanto parecían abundar en la misma víspera de su triunfo!

Los gremios eran útiles, se recordó. Además de servir como ricos aliados. Por ejemplo, el monopolio del gremio papelero garantizaba la escasez y el alto precio del papel. ¡Si el material fuera barato, el número de informes probablemente sería el doble, o incluso el triple!

Kremer se rebullía. El médico de palacio, un anciano caballero que le trataba desde niño, y uno de los pocos hombres vivos a quien respetaba, le había dicho que permaneciera en la cama. Tenía una semana para recuperarse, luego comenzaría la campaña principal contra el rey. Sin un buen motivo, no podía ignorar el consejo del doctor. El avance contra los L´Toff era una maniobra secundaria que sus comandantes podrían resolver sin su presencia.

Todo parecía salir según el plan. ¡Sin embargo, casi deseaba una emergencia para tener una excusa y salir de allí!

Kremer se dio un puñetazo en el muslo. La tensión hizo que el dolor de su sien regresara. Dio un respingo y se llevó una mano a la cabeza, torpemente.

Ah, habrá mucho que pagar, pensó. *Ya llegará el momento. Cierto individuo me debe mucho.*

Sacó de debajo de la almohada el cuchillo de metal de Dennis Nue1, ahora practicado hasta tener el filo de una navaja. Contempló el brillante acero mientras sus escribas esperaban en silencio a que saliera de su ensimismamiento.

Lo que sacó al barón de su concentrada reflexión fue una explosión que agitó las cortinas como si fueran látigos restallantes. Las delicadas ventanas se combaron y sacudieron en sus marcos mientras la detonación reverberaba como un trueno.

Kremer apartó la colcha, haciendo que los papeles volvieran a volar. Atravesó rápidamente las revueltas cortinas y salió al balcón, para asomarse al patio. Vio a hombres corriendo hacia una zona situada justo debajo de la muralla, fuera de la vista. Llegaban gritos desde el lugar de la conmoción.

Kremer agarró su túnica de doscientos años de antigüedad. El viejo médico no se hallaba presente, pero su ayudante protestó diciendo que el barón no estaba todavía en condiciones de aventurarse a salir.

Al verse cogido por la pechera de la camisa y lanzado por el aire al otro lado de la habitación, el pobre hombre cambió de opinión. Dio rápidamente el alta médica a su señor y se quitó de en medio.

Kremer corrió escaleras abajo, la bata agitándose alrededor de sus tobillos. Cuatro miembros de su guardia personal, todos leales norteños, le siguieron de inmediato. Bajó rápidamente las escaleras y salió al patio. Allí encontró al erudito Hoss´k revolviendo una pila de astillas de madera quemada y fragmentos de alfarería.

Kremer se detuvo en seco, contemplando el destrozo de la destilería que Dennis Nuel había construido. De los tubos negros y retorcidos brotaba humo. El diácono se alzaba entre ellos, tosiendo y espantando el humo con las manos. El resplandeciente hábito rojo del erudito estaba chamuscado y manchado de hollín.

—¿Qué significa esto? —preguntó Kremer.

De inmediato, los soldados que contemplaban el destrozo se dieron la vuelta y se pusieron firmes. Los esclavos que estaban a cargo de la destilería se arrojaron de bruces al suelo, humillados.

Excepto tres que no le hicieron caso. Uno estaba claramente muerto. Los otros dos gemían cerca, pero no por su presencia, sino por las quemaduras que tenían en manos y brazos. Unas mujeres vendaban a los heridos.

Hoss´k hizo una reverencia.

—¡Mi señor, he hecho un descubrimiento!

Por su aspecto, Hoss´k debía de haber estado presente cuando sucedió el desastre. Conociéndolo, eso implicaba que el hombre lo había causado de algún modo, al meter las narices en el aparato que fabricaba bebidas de Dennis Nuel.

—¡Has causado una catástrofe! —gritó Kremer mientras contemplaba las ruinas—. ¡Lo único que pude arrancarle a ese mago... antes de que traicionara mi hospitalidad y escapara con una valiosa rehén... fue esta destilería! ¡Contaba con que sus productos me produjeran grandes beneficios comerciales! Y ahora tú, y tus intromisiones...

Hoss´k alzó una mano, aplacándolo.

—Mi señor... me ordenaste que estudiara la esencia de los aparatos del mago extranjero. Y como no sacaba nada en claro de sus otras posesiones, decidí ver si podía descubrir cómo funciona ésta.

Kremer le observó con una expresión terrible. Los presentes se miraron, haciendo silenciosas cábalas respecto al tiempo de vida que le quedaba al erudito.

—Sería mejor que hubieras descubierto la esencia de la destilería *antes* de destruirla —amenazó Kremer—. Muchas cosas dependen de tu habilidad para reconstruirla. Podría resultarte difícil practicar esa ropa tan bonita que llevas sin una cabeza sobre los hombros.

Hoss´k protestó.

—¡Soy miembro del clero!

Ante la mirada de Kremer y Hoss´k agachó la cabeza y asintió vigorosamente.

—Oh, no te preocupes, mi señor. Será fácil reconstruir el artilugio. De hecho, el principio era diabólicamente astuto y sencillo. Verás, esta jarra de aquí .... lo que queda de la jarra, contenía el vino que se hacía hervir lentamente, pero los vapores quedaban almacenados...

—Ahórrame los detalles. —Kremer indicó al hombre que guardara silencio. Su dolor de cabeza empeoraba—. Consulta con el equipo de trabajo. ¡Quiero saber cuánto tiempo tardará en volver a funcionar!

Hoss´k hizo una reverencia y se volvió rápidamente a consultar con los supervivientes de la cuadrilla de la destilería.

E1 barón pasó por encima de un soldado herido. La matrona que había estado atendiendo las heridas del hombre se apresuró a quitarse de en medio.

Mientras caminaba entre las ruinas, la mente de Kremer volvía a su principal preocupación: cómo distribuir sus fuerzas para capturar de nuevo al mago y la princesa Linnora, y cómo iniciar simultáneamente su campaña contra los L´Toff.

La alianza estaba tomando forma. Un escuadrón de planeadores había efectuado una gira, impresionando a los nobles a un centenar de kilómetros al este, norte y sur, y acobardando a los pasivos campesinos al representar las supersticiones tradicionales referidas a los dragones.

Todos los grandes señores estarían allí dentro de poco para celebrar una reunión. Kremer planeaba para ellos una demostración impresionante.

Sin embargo, los barones no serían suficiente. Necesitaría también mercenarios, y harían falta más que demostraciones para adquirirlos.

¡Dinero, ésa era la clave! ¡Y no esa basura de papel que mantenía su valor gracias a una escasez impuesta artificialmente, sino auténtico dinero de metal! ¡Con dinero suficiente Kremer podría comprar los servicios de compañías libres y sobornar a todos los grandes nobles del reino! ¡Ni demostraciones ni rumores de armas mágicas podían igualar el efecto del dinero contante y sonante!

¡Y ahora aquel diácono idiota había destrozado la principal fuente de dinero de Kremer!

—¿Mi señor?

Kremer se volvió.

—¿Sí, erudito?

Hoss´k hizo una nueva reverencia mientras alcanzaba al barón. El pelo negro de Hoss´k estaba manchado de hollín.

—Mi señor, al experimentar con la destiladora no pretendía destruirla... Yo...

—¿Cuánto tardará? —gruñó Kremer.

—Sólo unos días para empezar a conseguir pequeñas cantidades...

—¡No me preocupa la *creación!* ¿Cuánto tiempo pasará hasta que la nueva destilería esté *practicada* para que funcione como la antigua?

Hoss´k se puso muy pálido bajo su capa de hollín.

—Diez... veinte... —Su voz se quebró.

—*¿Días?* —Kremer dio un respingo cuando el dolor de su herida regresó. Se agarró la cabeza, incapaz de hablar. Pero miró a Hoss´k de un modo que parecía que sólo su indescriptible dolor de cabeza evitaba que el diácono perdiera la vida.

justo entonces un mensajero atravesó corriendo la puerta del palacio. El muchacho divisó al barón, se acerco, y saludó.

—¡Mi señor, lord Hern envía sus saludos y os comunica que los olfateadores han encontrado el rastro de los fugitivos!

Kremer se retorció las manos.

—¿Dónde están?

—En el paso suroeste, mi señor. ¡Se han enviado mensajeros a todos los campamentos al pie de las colinas con la alerta!

—¡Excelente! Enviaremos también a la caballería. Ve y ordena al comandante del Primero de Lanceros que reúna sus tropas. Iré a verlos dentro de poco.

El muchacho saludó otra vez y se marchó corriendo.

Kremer se volvió hacia Hoss´k, que estaba claramente poniéndose bien con sus dioses.

—¿Erudito? —dijo en voz baja.

—¿S-s-sí, mi señor?

—Necesito dinero, erudito.

Hoss´k tragó saliva y asintió.

—Sí, mi señor.

Kremer sonrió.

—¿Puedes sugerirme un lugar de donde pueda sacar mucho dinero en muy poco tiempo?

Hoss´k parpadeó, luego volvió a asentir.

—¿La casa de metal del bosque?

Kremer sonrió a pesar de su dolor de cabeza.

—Correcto.

Hoss´k había sugerido con anterioridad que la casa de metal podría tener algún valor intrínseco superior a su enorme contenido en metal. El mago extranjero había insistido mucho en que la dejaran en paz si trabajaba para Kremer.

Pero Dennis Nuel le había traicionado, y Hoss´k ya no tenía mucho que decir en ese sentido.

—Partirás de inmediato con una tropa de caballería ligera —le dijo al grueso sacerdote—. Quiero todo ese metal aquí dentro de cinco días.

Una vez más, Hoss´k simplemente tragó saliva y asintió.

Un día y medio después de partir de la granja de Sigel, Dennis casi había empezado a creer que podrían atravesar el cordón de vigilancia sin ser detectados.

Durante la primera noche en la carretera, el pequeño grupo de fugitivos había dejado atrás las luces fluctuantes de los campamentos emplazados en las colinas: destacamentos del ejército occidental del barón Kremer. Arth y Dennis ayudaron a tirar al burrito, mientras que Linnora hacía su parte concentrándose, practicando el carro para que fuera silencioso.

Una vez esquivaron nerviosamente un control de carretera. Los milicianos destacados estaban roncando, pero a Dennis el carro le pareció tan ruidoso como una *banshee* hasta que volvieron a internarse en el bosque.

Cuando amaneció ya estaban en el paso. Habían dejado atrás las principales unidades del ejército apostadas para invadir las tierras de los L´Toff. Probablemente sólo había unos cuantos piquetes entre ellos y el territorio libre.

Pero avanzar de día sería una locura. Dennis se internó con su grupito en el bosque que bordeaba el camino montañoso, y descansaron durante el día, durmiendo por turnos, hablando en voz baja, y comiendo de la cesta que la señora Sigel había preparado para ellos.

Dennis divirtió a Linnora enseñándole algunos trucos con su ordenador de muñeca. Explicó que no había criaturas vivientes allí dentro, y demostró algunas de las maravillas de los números. Linnora lo comprendió rápidamente.

Debían de estar mucho más cansados de lo que Dennis creía, pues cuando finalmente despertó, había vuelto a anochecer. Dos de las pequeñas lunas de Tatir estaban ya bien altas en el cielo, e iluminaban el paisaje extraña y peligrosamente.

Despertó a Arth y Linnora, que se incorporaron rápidamente y contemplaron sorprendidos la oscuridad. Se levantaron y cargaron una vez más la pequeña carreta. Dennis insistió en que Linnora continuara viajando en el carro. Aunque sus pies habían mejorado, la princesa no estaba en condiciones de caminar mucho.

Las oscuras colinas se cernieron a su alrededor mientras partían. Avanzaron en silencio.

Dennis recordó la última vez que había atravesado aquel paso, tres meses antes. Entonces no tenía ni idea de lo que le esperaba. Había imaginado el valle fluvial lleno de extrañas criaturas alienígenas y tecnología aún más sorprendente.

La verdad había resultado ser todavía más extraña que nada de lo que hubiera imaginado. Incluso ahora, de vez en cuando experimentaba una leve sensación recurrente de irrealidad, como si fuera realmente difícil creer que aquel mundo sorprendente pudiera existir.

Pensó en los cálculos de probabilidad que había realizado en Zuslik. Con su ordenador de muñeca podría calcular las probabilidades de que un lugar tan extraño como Tatir (con su aún más extraño Efecto Práctica) pudiera existir.

Pero claro, bien pensado, se dijo Dennis mientras se internaban bajo un oscuro dosel de árboles, ¿no era la Tierra un lugar extraño? ¡Causa y efecto parecían allí ineludibles, sin embargo la entropía parecía conspirar siempre para atraparte!

Dennis sólo conocía a tres o cuatro ingenieros terrestres que no creyeran secretamente, de todo corazón, en gremlins, en gafes y en la ley de Murphy.

Dennis no era capaz de decidir qué mundo resultaba más perverso. Tal vez la Tierra y Tatir eran improbables en el gran esquema de las cosas. Apenas importaba. Lo importante ahora era la supervivencia. Pretendía explotar el Efecto Práctica al máximo si hacía falta.

Ayudó a empujar la pequeña carreta. Ya resultaba mucho más fácil. Las ruedas no chirriaban tanto. Linnora ya no se agitaba como un saco de patatas mientras avanzaban.

La princesa le miró a la luz de las lunas. Dennis le devolvió la sonrisa. Todo saldría bien, si pudiera devolver a Linnora a su pueblo en las montañas. No importaba lo grande que fuera el ejército de Kremer, los L´Toff sin duda podrían aguantar lo suficiente hasta que Dennis conjurara alguna magia terrestre para salvarlos.

Si podían llegar a tiempo.

Amaneció antes de lo que esperaba.

Por delante, en la creciente luz, se encontraba la cima del paso. Dennis azuzó al burro para que se apresurara. Estaba seguro de que allí arriba habría un puesto de vigilancia.

Pero cuando terminaron de subir la cuesta sin encontrar signos de problemas, empezó a albergar esperanzas. El Paso se allanaba en medio de una bruma mañanera. Dennis estaba a punto de ordenar un descanso cuando, repentinamente, a su izquierda sonó un grito.

Arth maldijo y señaló. En lo alto de la montaña, a aquel lado, había un pequeño fuego de campamento que a pesar de estar muy atentos les había pasado por alto. Pudieron ver movimiento y los uniformes marrones de la milicia territorial de Kremer. Un destacamento se dirigía ya hacia ellos a través de la maleza.

La carretera descendía suavemente por delante, rodeando la montaña. Dennis golpeó el flanco del cansado burro.

—¡Continúa, Arth! ¡Yo los retendré!

Arth tropezó tras el carro, arrastrado por la inercia.

—¿Tú solo? ¿Estás loco, Denniz?

—¡Saca de aquí a Linnora! ¡Puedo encargarme de ellos!

Linnora miró a Dennis ansiosamente. Pero guardó silencio mientras Arth hacía trotar al burro hasta la curva del camino.

Dennis encontró un buen punto y se plantó en el centro de la carretera. Por fortuna los soldados no eran los mejores que tenía Kremer, sino principalmente granjeros reclutados por un puñado de profesionales. En su mayoría preferían indudablemente estar en casa.

Sin embargo, el farol tendría que ser de los buenos.

Cuando la patrulla salió de los matorrales y llegó a la carretera, Dennis vio sólo espadas, lanzas y thenners. Por fortuna, no había arqueros. Un buen arquero era raro en aquellas tierras. Un arco practicado requería mucha dedicación, y pocos tenían tiempo o energía que gastar en armas.

Su plan tal vez funcionara.

Esperó en el centro de la carretera, acariciando un puñado de piedras lisas y una tira de seda.

Los soldados parecían confundidos por su conducta. En lugar de atacar, se acercaron caminando, siguiendo las órdenes de un sargento gruñón. Al parecer sabían quien era el fugitivo, y no ardían exactamente en deseos de atacar a un brujo extranjero.

Cuando se encontraban a treinta metros, Dennis introdujo una piedra en su honda. La volteó tres veces y la lanzó.

—¡Abracadabra! ¡Oooga booga! —gritó.

Contra el apretado grupo de milicianos, no podía fallar. Alguien aulló y dejó caer ruidosamente su arma al suelo.

—¡Oh, demonios del aire! —invocó al cielo—. ¡Dad una lección a estos tontos que se atreven a amenazar a un mago! —Se dio la vuelta y lanzó otra piedra.

Otro soldado se llevó las manos al estómago y se sentó, gimiendo.

Unos cuantos milicianos empezaron a desaparecer por la retaguardia, repentinamente muy interesados en el desayuno que habían dejado atrás.

Los otros se detuvieron, inseguros, los ojos llenos de terror reverencial.

Un sargento vestido con una túnica gris empezó a gritar a sus hombres, y comenzó a dar unas cuantas patadas. Al cabo de un instante, la fila de hombres empezó a acercarse de nuevo.

Dennis no podía dejarlos continuar. Cierto, podía detenerlos otra vez con otra piedra. Pero si se acostumbraban a aquel ataque pronto verían que sólo unos hombres resultaban heridos... y sólo los dejaba aturdidos, nada más. Verían que en un ataque en masa podrían vencerlo rápidamente.

Dennis soltó la honda y sacó de su cinturón una correa larga de cuero. En un extremo había atado una pieza hueca de madera que había trabajado en la casa de los Sigel.

—¡fluid! —exclamó, con su mejor voz de película—. ¡No me hagáis convocar a mis demonios!

Avanzó lentamente y empezó a agitar la correa sobre su hombro.

El tubo hueco mordió el aire, y empezó a dejar escapar un gruñido continuado. No había tenido mucho tiempo para practicarlo y convertirlo en un rugido. Tendría que valer como lo había *creado*. En un momento hizo que gimiera en voz alta, con un sonido extraño y ululante.

Era un riesgo, desde luego. Dennis ni siquiera estaba seguro de que los coylianos desconocieran el artilugio. Sólo porque nunca hubiera visto uno en uso y Arth no lo conociera no significaba que ninguno de aquellos hombres lo hiciera.

Pero los soldados empezaron a tragar saliva nerviosos y a retroceder mientras él avanzaba. Varios más desaparecieron por la retaguardia y echaron a correr.

El sargento maldijo y volvió a gritar. Su voz tenía el acento de los norteños de Kremer. Pero el creciente rugido del zumbador parecía llenar el bosque de reverberaciones. Parecía que hubiera animales en la penumbra, bajo los árboles. Los ecos eran como voces de extrañas criaturas respondiendo a la llamada de su amo.

Dennis se concentró en *mejorar* la matraca, aunque sabía que carecía del talento necesario para hacer que las cosas cambiaran tan rápidamente. Sólo un L´Toff con talento podía esporádicamente entrar a propósito en un trance felthesh... o un hombre afortunado que contara con la ayuda de una huidiza bestia krenegee. Sin embargo, el rugido se alzó hasta que los pelos de su propia nuca se le pusieron de punta.

Los milicianos retrocedían ahora, mirando temerosos a su alrededor a pesar de las maldiciones del norteño. Finalmente, el sargento agarró una lanza de uno de sus asustados soldados. Con un alarido, se la arrojó a Dennis.

Dennis vio cómo la lanza volaba hacia él. Pero mantuvo la sonrisa en el rostro y siguió avanzando. Darse la vuelta y correr, incluso dar un paso a un lado, devolvería el valor a aquellos hombres. Tenía que hacer como si no le importara, y confiar en que el sargento estuviera demasiado nervioso para dar en el blanco.

La lanza golpeó el suelo a pocos centímetros del pie izquierdo de Dennis. Vibró musicalmente mientras él pasaba por encima.

Se notaba las piernas flojas. Se echó a reír, aunque, para ser sinceros, más a causa de la histeria que por ganas.

Con el sonido de su risa, los soldados gimieron de terror casi como un solo hombre. Soltaron sus lanzas y huyeron.

El sargento compuso una momentánea mueca de desafío. Pero cuando Dennis gritó «¡Buu!», se dio la vuelta y siguió a sus hombres, corriendo como una bala camino de Zuslik.

Dennis se encontró de pie en medio de la bruma de la mañana, agitando su pequeña matraca, entre un montón de brillantes armas abandonadas.

Finalmente, consiguió bajar el brazo y detener el infernal alboroto.

Cuando echó a correr por la carretera, llamándolos por sus nombres, Arth y Linnora salieron de un oscuro escondite entre los árboles. Arth miró a Dennis de arriba abajo, luego sonrió tímidamente, como avergonzado de haber dudado de él. Los ojos de Linnora brillaban, como diciendo que al menos ella jamás había sentido la menor preocupación.

Tañó su klasmodion mientras reemprendían la marcha. Sólo por accidente, poco después, la vio Dennis dar un ligero codazo a Arth y extender la mano. Arth se encogió de hombros y le entregó un puñado de arrugados billetes de papel.

7

Pronto pasaron junto a las canteras de pedernal que Dennis había observado durante su primera semana en Tatir. Ahora comprendió por qué no había visto a nadie entonces. Los preparativos para la guerra ya habían despejado las montañas. Y en Tatir, cuando la gente evacuaba una zona, todos cogían sus posesiones practicables y no dejaban nada detrás.

Iban a buen paso. La carreta mejoraba claramente con el uso. Sin embargo, mientras transcurría la mañana, Dennis seguía preocupado. Sin duda los milicianos que habían huido habrían informado ya. Kremer enviaría soldados mejores tras ellos.

Llegaron a una encrucijada. Ante ellos, la carretera continuaba bordeando las montañas, hacia el oeste y las grandes minas de las Montañas Grises.

Linnora se levantó y señaló el camino menos transitado, el que conducía al sur.

—Esta es la ruta comercial. Vine por aquí cuando sentí la presencia de la casita de metal llegar a este mundo.

Frunció el ceño y contempló el camino lateral, como si estuviera insatisfecha con su grado de práctica. El comercio había sido particularmente escaso durante los últimos años. Si se dejaba más tiempo desatendida, la hermosa superficie empezaría a convertirse en un sendero de tierra.

Dennis se volvió y miró hacia el noroeste. Allí, a un par de días de marcha a pie, al norte de la carretera principal, se encontraba su «casita de metal».

De haber estado seguro de que se las compondría para montar un nuevo zievatrón y practicarlo lo suficiente a tiempo, habría estado dispuesto a correr el riesgo. Se ofrecería para llevar a Linnora y Arth lejos de aquella violenta locura, a un mundo donde todo era difícil, pero sensato.

Pero no había tiempo y, de todas formas, tenían otras obligaciones. Con un pesado suspiro, cogió las bridas del burro y lo condujo al sendero que llevaba al sur.

—Muy bien. Tenemos otra buena escalada por delante y otro paso que atravesar. En marcha.

La altiplanicie caía satisfactoriamente a sus espaldas. Siguiendo el amable acicate de Linnora, con la ayuda de Arth y Dennis, el carrito había empezado a convertirse en algo verdaderamente útil. Los ejes giraban en los estrechos huecos del cuerpo de la carreta, al parecer lubricándose a sí mismos tanto como los patines de los trineos coylianos en las carreteras nativas. Las correas de cuero que Dennis había fabricado para que Linnora tirara de ellas parecían mejorar cada vez más al guiar las ruedas delanteras por los caminos accidentados tras el burro, mientras Dennis y Arth empujaban.

Estaban a poco más de un kilómetro del borde del paso meridional cuando Arth tocó a Dennis en el hombro.

—Mira—dijo el hombrecito, señalando tras ellos.

Por debajo, a unos cuatro kilómetros, una columna de formas oscuras se movía lentamente en el sendero, bajo los árboles. Dennis entornó los ojos, añorando su catalejo.

—Son corredores —les dijo Linnora, alzándose en su asiento para ponerse a nivel de los otros—. Llevan el uniforme gris de los norteños de Kremer.

—¿Podrían alcanzarnos?

Linnora sacudió la cabeza en señal de duda.

—Dennis, ésas son las tropas con las que el padre de Kremer derrotó al antiguo duque. Corren incansablemente, y son profesionales.

Aunque Linnora admiraba sin ninguna duda a Dennis entre otras cosas por sus hazañas, también sabía con la misma certeza que tenía sus límites. Aquellos hombres no eran campesinos a quienes poder asustar con piedras y un poco de ruido.

Se bajó del carro.

—Creo que será mejor que ande.

—¡Pero no puedes! ¡Tus pies volverán a hincharse!

Linnora sonrió.

—Cuesta arriba, no podéis tirar de mí con tanta rapidez como yo puedo avanzar. Es hora de que empiece a hacer mi parte. —Cogió a Dennis del brazo.

Arth azuzó al burro, que tiró del aligerado carro.

Dennis contempló la fila de oscuras figuras que tenían detrás. Ya parecían más grandes. Los soldados corrían, y el sol se reflejaba en sus armas.

Los fugitivos se volvieron y siguieron escalando hacia las alturas del paso sur.

Perseguidores y perseguidos frenaron el ritmo al aproximarse a la cima.

Ahora que Linnora caminaba, Dennis se planteó soltar el carro, o al menos abandonar el pequeño planeador que llevaban en la parte de atrás. Pero aunque eso aliviaría su carga, por algún motivo no lo hizo. Habían invertido mucha práctica en esas cosas. Todavía podían ser útiles.

De todas formas, el límite de su velocidad era el ritmo de Linnora. Ella lo sabía. Su cara denotaba el esfuerzo mientras se obligaba a continuar. Dennis no se atrevía a interferir ni a forzarla a descansar. Necesitaban cada instante.

También a él le dolían las piernas, y sus pulmones se resentían por falta de aire. La situación se prolongó durante lo que parecieron horas.

Se llevaron una sorpresa cuando, de pronto, un nuevo panorama se abrió ante ellos al sur: la cuenca de un nuevo río. Agotados, se desplomaron finalmente en el suelo, en la cima del alto paso.

Linnora contempló la cadena de montañas, que se alzaba en arco como gigantes, hacia el sur. Aquella cara de los picos estaba en sombras, ya que el sol de la tarde se hundía lentamente a su derecha.

—Allí —dijo, señalando una serie de picos rodeados de glaciares—. Ese es mi hogar.

El montañoso reino de los L´Toff le pareció a Dennis tan lejano como las suaves colinas de Mediterránea, allá en la Tierra.

¿Cómo podrían llegar hasta tan lejos, cuando los estaban persiguiendo?

Dennis se quedó contemplando el paisaje un momento, recuperando el aliento, mientras Arth y Linnora bebían de una de las cantimploras que Surah Sigel les había proporcionado.

Observó el serpenteante camino que se extendía ante ellos hacia el sur, bordeando las faldas de las montañas. Se dio la vuelta y miró el pequeño carro que hasta el momento les había servido tan bien. Silbó una ligera tonada mientras una idea empezaba a formarse en su mente.

¿Funcionaría? Sería una acción desesperada, desde luego. Probablemente los mataría a todos en poco tiempo.

Miró a sus compañeros. Parecían casi agotados. Sin duda no podrían superar a los soldados que cada vez estaban más cerca.

—Arth ——dijo—, ve a echar un vistazo.

El ladronzuelo gimió. Pero se levantó y se acercó cojeando al camino.

Dennis rebuscó entre los árboles cercanos hasta que encontró un par de palos firmes. Cortó un poco de cuerda de un rollo que Surah les había dado y se puso a trabajar uniendo los palos al carro, a lo largo del eje y por encima y por delante de las ruedas traseras. Casi había terminado cuando oyó un grito.

—¡Denniz!

Arth agitaba frenéticamente los brazos desde el extremo norte del paso.

—¡Denniz! ¡Ya casi están aquí!

Dennis soltó una imprecación. Esperaba haber podido contar con un poco más de tiempo. Los norteños del barón gran desde luego buenos soldados. Debían de estar esforzándose hasta el límite de lo humano para mantener ese ritmo.

Ayudó a Linnora a subir al carro mientras Arth regresaba cojeando junto a ellos. Arth empezó a tirar de la rienda del agotado burro, gritando maldiciones al tozudo animal.

—Déjalo —le dijo Dennis.

Se acercó y cortó las riendas, liberando a la criatura. Arth se lo quedó mirando, sorprendido.

—Sube, Arth, aquí atrás. A partir de ahora, todos iremos en el carro.

8

El comandante de la compañía del Grifo Azul de la guarnición de Zuslik resoplaba junto con sus soldados. Le dolía el costado, donde sus agotados pulmones se quejaban agónicos. El comandante se esforzaba. Estaba decidido a que sus hombres no le dejaran atrás, pues la mayoría de ellos eran jóvenes voluntarios de familias nobles, muy pocos con más de veinte años.

A los treinta y dos, sabía que se estaba haciendo demasiado viejo para aquello. Tal vez, pensó mientras se secaba el sudor que le nublaba los ojos, tal vez debería pedir el traslado a caballería.

Dirigió una mirada a sus hombres. También sus caras estaban cansadas y sudorosas. Al menos una docena de las dos que comandaba había caído ya; y estaban tendidos, jadeando junto al camino, montaña abajo.

El comandante se permitió una leve sonrisa a pesar de que luchaba por cada nueva brizna de aire.

Quizá pudiera posponer ese traslado un poco todavía.

Los minutos de agonía parecieron arrastrarse. Luego, por fin, alcanzaron la cima del paso. Sintió los pies livianos mientras la pendiente se alisaba. Casi chocó con el hombre que tenía delante, quien frenó y señaló.

—¡Allí ... ! ¡Justo... delante ... !

El comandante se sentía jubiloso. El barón Kremer sería generoso con quien le entregara al mago extranjero y la princesa L´Toff. ¡Se haría famoso!

En la cúspide, un puñado de soldados, las manos en las rodillas, respiraba entrecortadamente y miraba montaña abajo. También el comandante se detuvo y parpadeó sorprendido cuando llegó a ver la pendiente sur.

A escasos metros de distancia, un burrito pastaba satisfecho con unas correas de cuero colgando sueltas de su arnés.

Carretera abajo, a un centenar de metros aproximadamente, tres personas se acurrucaban dentro de una caja. Comprendió de inmediato que eran los fugitivos que perseguía. ¡Parecían estar *sentados* sin más, esperando indefensos a ser capturados!

¡Entonces el comandante notó que la caja se movía! ¡Ningún animal tiraba de ella, pero se movía!

¿Cómo...?

Advirtió de pronto que tenía que ser obra del mago.

—¡Tras ellos! —trató de gritar, pero sólo emitió un graznido—. ¡Arriba! ¡Tras ellos!

La mitad de sus hombres se puso en pie a duras penas y le siguió carretera abajo.

Pero la pequeña caja ganaba velocidad. El comandante vio que el fugitivo más pequeño, el ladronzuelo que había tomado parte activa en la huida del castillo, miraba hacia atrás y les dirigía una sonrisa maliciosa.

La caja giró rápidamente en una curva y se perdió de vista.

9

—¡Cuidado con esa curva!

—¡Ya tengo cuidado con esa maldita curva! ¡Presta tú atención a los frenos!

—¿Fresnos? ¿El carro está hecho de fresno? ¿Qué tiene eso que ... ?

—¡No! *¡Frenos!* Esos dos palos... Cuando nos acerquemos a una curva... ¡gira esos palos para que rocen contra las ruedas traseras!

—Dennis, me parece que recuerdo que hay una curva muy cerrada por delante...

—¿Qué decías, Linnora? ¿Dónde? ¡Oh, no! ¡Agarraos!

—¡Denniz!

—¡Dennis!

—¡Inclinaos con fuerza! ¡No! ¡Para el otro lado! ¡Princesa, no puedo ver! ¡Quítame las manos de los ojos!

Con una sacudida que hizo vibrar todos sus huesos, la carreta chirrió en la curva, luego se estremeció y siguió bajando por la pendiente. Los árboles y tupidos matorrales pasaban zumbando junto a ellos.

—¡Yahuuu! ¿Ha acabado ya? ¿Puedo soltar estos palos de fresno? No me siento muy bien...

—¿Y tú, Linnora? ¿Te encuentras bien?

—Eso creo, Dennis. ¿Pero has visto lo cerca que estuvimos de ese precipicio?

—Uf, por fortuna no. Mira, ¿quieres atender a Arth, por favor? Creo que se ha desmayado.

La carretera continuó recta durante un rato. Dennis consiguió que el carro corriera con firmeza.

—Umm... Arth ya vuelve en sí, Dennis, aunque creo que se ha puesto un poco verde.

—¡Bueno, dale una bofetada para despertarlo si hace falta! Empezamos a ganar velocidad otra vez, y quiero que maneje esos frenos. ¡Será mejor que le ayudes a practicarlos lo mejor que puedas!

—Lo intentaré, Dennis.

Dennis luchó para que el agitado carro rodeara una curva de la montaña. Justo a tiempo, sintió a Arth de regreso a los frenos. El pequeño ladrón maldecía como un loco, lo que indicaba que había recuperado la salud.

—Gracias, alteza —suspiró Dennis.

—No hay de qué, Dennis. Pero debería decirte... Creo que hay otra curva cerrada justo delante.

—¡Maravilloso! ¿Es tan mala como la última?

—Umm, peor, creo.

—¡Oh, Dios, tienes razón! ¡Agarraos!

Cuando la bajada en cuesta terminó, siguieron deslizándose varios cientos de metros, a incluso ascendieron un poco por la pendiente opuesta. A esas alturas la carreta había sido practicada hasta casi no tener fricción... una pequeña bendición durante aquella caída cuesta abajo.

Por fin se detuvieron en mitad de un estrecho valle de montaña, un lugar de pasto durante el verano. No lejos de la carretera había un refugio de pastor abandonado. El impulso llevó la pequeña carreta a pocos metros de su puerta.

Arth apretó los frenos para detener el carro en su sitio. Luego bajó de un salto y cayó al suelo, riendo.

Linnora le siguió, un poco menos aturdida pero igual de jubilosa. También ella se desplomó en la tupida hierba, sujetándose los costados mientras se reía a mandíbula batiente. De sus ojos caían lágrimas.

Dennis permaneció sentado en la parte delantera del carro, temblando, las manos todavía agarradas a los correajes con los que había dirigido el vehículo durante los treinta o cuarenta kilómetros más aterradores de su vida. Miró de reojo a Arth y Linnora. Aunque eran sus amigos y camaradas, tenían suerte de que no le quedaran energías ni equilibrio para levantarse, acercarse al lugar donde se hallaban *y estrangularlos* allí mismo.

Saltaban como niños, haciendo ruiditos con las manos. Se habían comportado así desde los primeros aterradores momentos pendiente abajo. En cuanto advirtieron que el «mago» había vuelto a conseguirlo, ni siquiera se les ocurrió asustarse. ¡Sus alegres alaridos casi le habían hecho perder el control media docena de veces y enviarlos por encima de los acantilados cortados a pico!

Lenta, cuidadosamente, Dennis soltó las correas de sus manos. La circulación, al volver, le provocó una oleada de intenso dolor. El mareo que le había abrumado durante la salvaje cabalgada regresó. Se levantó tambaleándose y salió cuidadosamente del loco aparato, sujetándose a su costado.

—Oh, Dennis. —Linnora se acercó cojeando para agarrarlo del brazo, casi riendo todavía—. Oh, mi señor mago, los hiciste quedar como unos tontos. ¡Y volamos más rápido que el viento! ¡Eres maravilloso!

Dennis la miró a los ojos grises, y vio en ellos el amor y la admiración que tanto había anhelado encontrar allí... y de pronto se dio cuenta de que tenía entre manos asuntas más importantes que los sueños hechos realidad.

—Uf. —Tragó saliva y se tambaleó—. Retén era idea.

Se apartó de ella y avanzó dando tumbos hasta detrás de unos matorrales, donde dio rienda suelta a su malestar.

X

SIC BISCUITUS DISINTEGRATUM

1

Era una demostración nocturna, ejecutada a la luz de las lunas y bajo la fluctuante iluminación de un centenar de brillantes antorchas. Los nobles congregados observaban con creciente nerviosismo cómo se hacían los preparativos. Entonces los tambores guardaron silencio.

Hubo una larga pausa, y luego la súbita quietud quedó rota por un sonido fuerte y aterrador. La explosión fue seguida de otro silencio mientras los invitados observaban llenos de aturdido asombro lo que había sucedido. Después un millar de hombres dejó escapar un rugido unánime y sanguinario de aprobación.

El sargento Gil´m se volvió y desfiló marcialmente hacia el dosel. En el campo de entrenamientos, al fondo del pasillo de las ejecuciones, había un nuevo agujero en la muralla exterior. Un tocón ensangrentado se alzaba donde sólo momentos antes un desafiante prisionero L´Toff había gritado insultos contra el barón Kremer y sus nobles invitados.

Kremer aceptó la pistola de agujas de manos de su sargento. Se volvió hacia sus pares, los grandes señores del oeste, quienes se habían congregado para discutir la alianza final contra la autoridad del rey.

Los condes y barones estaban pálidos. Un par de ellos parecían a punto de marearse. Sí, pensó Kremer, *la demostración ha sido efectiva.*

— ¿Bien, mis señores? Ya habéis visto mi cuerpo aéreo en acción. Os he mostrado mi caja de largo alcance. Y ahora sabéis lo que puede conseguir mi arma más preciosa. ¿Hay alguno entre vosotros que dude de mi plan?

El duque de Bas-Tyra frunció el ceño y sacudió la cabeza.

—No podemos sino sentirnos impresionados, mi señor Kremer... aunque sería bueno *conocer* a ese mago extranjero que creó esas maravillas para ti, y de quien tanto se rumorea.

Miró a Kremer, expectante. Pero el señor de Zuslik simplemente esperó, sin decir nada, el oscuro ceño fruncido.

—Ah, bien —continuó el duque—, estamos sin duda de acuerdo en que hay que dar a nuestro señor rey Hymiel una lección sobre los derechos de sus vasallos. Sin embargo, alguno de esos métodos que propones...

—Parece que aún no te das cuenta de la verdadera situación —dijo Kremer con un suspiro—. Habrá que abrirte los ojos.

Se volvió hacia su primo, lord Hern.

—Que traigan a los prisioneros especiales —ordenó.

Lord Hern transmitió la orden.

Los grandes señores murmuraron entre sí. Estaba claro que se hallaban profundamente desconcertados. Aquello era más de lo que esperaban. Unos cuantos miraron nerviosos al barón Kremer, como si hubieran empezado a sospechar lo que tenía en mente.

El mensajero de lord Hern llegó a la poterna, y pronto unos hombres atados fueron conducidos en fila al patio, los guardias tirando de sus ligaduras.

Hubo un jadeo entre los notables congregados.

—¡Son Exploradores Reales!

—Cierto. ¡Entonces es la guerra, nos guste o no!

—¡Mira! ¡Un hombre del rey!

Entre la fila de exploradores había un hombre ataviado con el azul y el dorado de los comisionados reales, un hombre del rey, que tenía el poder de mandato real.

—¡Kremer! —gritó el hombre—. ¿Te atreves a tratar a la mismísima *persona* del rey de esta forma? ¡Vine a ti como emisario de paz! ¡Cuando mi real señor se entere de esto hará que tu...!

—¡Tendrá mi puño! —rugió Kremer, interrumpiendo el desafío del comisionado. Sus soldados, como un solo hombre, prorrumpieron en vítores.

Kremer se volvió hacia los nobles congregados. Señaló a los prisioneros.

—Colgadlos —ordenó.

—¿Nosotros? —dijo el aturdido duque de Bas-Tyra—. ¿Quieres que nosotros colguemos a los mensajeros reales? *¿Personalmente?*

Kremer asintió.

—Ahora mismo.

Los nobles se miraron unos a otros. Kremer vio que unos cuantos ojos se volvían a echar una ojeada a los planeadores que flotaban en el aire a la luz de las antorchas, al millar de disciplinados soldados (una fracción de su poder) y a la pistola de agujas que tenía en la mano. Vio que en ellos se hacía la luz.

Uno a uno, inclinaron la cabeza.

—Como desees... Majestad.

Uno a uno, se movieron para obedecer. Kremer los vio bajar, ocuparse cada uno de ellos de un hombre de la fila.

Eso lo dejaba solo con los capitanes mercenarios bajo el dosel. Se volvió y los miró: seis endurecidos veteranos de docenas de pequeñas guerras. Éstos no tenían tierras ni propiedades en las que pensar. Capaces de dominar a sus tropas simplemente por medio de amenazas, tenían mucho menos que temer de los planeadores y las armas mágicas. En caso de duda, se limitarían a actuar.

Kremer los necesitaba si quería asediar las ciudades del este y poner coto a sus tonterías « democrático-monárquicas». Y para mantenerlos durante una campaña prolongada, necesitaría dinero.

—Caballeros —dijo—, ¿quiere alguno de vosotros un poco más de brandy?

2

—¿Dennis?

—¿Mmmm? ¿Qué... qué pasa, Linnora? —Dennis alzó la cabeza. Tuvo que frotarse los ojos. Todavía estaba oscuro fuera. A1 otro lado de la pequeña caseta de pastor, Arth roncaba suavemente tendido en el suelo.

Linnora había dormido acurrucada junto a Dennis, bajo la misma manta. Ahora estaba sentada, los ojos grises parpadeando a la pálida luz de las lunas.

—Dennis, acabo de volver a sentirlo.

—¿Sentir qué?

—Esa sensación de que algo o alguien ha venido al mundo. Como cuando supe que tu casita de metal había llegado, hace muchos meses... y cuando te sentí llegar a Tatir a ti también.

Dennis sacudió la cabeza para despejarse.

—¿Quieres decir que alguien utiliza el zievatrón?

Linnora no comprendía. Simplemente se quedó contemplando la noche.

Dennis se preguntó si en efecto Linnora podía detectar cuándo funcionaba el zievatrón. Si era así, ¿significaba eso que alguien más había atravesado la máquina de transferencia de realidades, siguiéndole hasta aquel mundo?

Suspiró. Se apiadó del pobre diablo, fuera quien fuese. No había nada que pudiera hacer ahora por ayudarlo, eso estaba claro. Al tipo le esperaban unas cuantas impresiones fuertes.

—Bueno, no tiene sentido preocuparse por eso —le dijo a la princesa—. Acuéstate y duerme un poco. Mañana nos espera un día duro.

3

Mientras la luz del amanecer se desparramaba sobre el prado, la extraña casita brillaba con los colores del rescate de un rey en metal. El erudito Hoss´k susurró a sus guardias que continuaran en silencio.

Hoss´k miró la casita, calculador. Sólo los dioses sabían cómo iba a destrozar la maldita cosa. Hubo un motivo por el que se abstuvo de hacerlo meses antes. Y no fue sólo la necesidad de llevar a la princesa capturada a Kremer lo antes posible.

De todas formas, el asunto entero podía resultar un fiasco. Igual que la última vez, Hoss´k acababa de llegar ¡sólo para ver que alguien se le adelantaba! Una figura solitaria caminaba impaciente por el claro, murmurando en voz baja y sacando cajas de la pequeña casa de metal.

Con la escasa luz, Hoss´k casi llegó a creer que se trataba del mago extranjero en persona. Después de todo, la casa de metal era uno de los lugares obvios donde buscarlo.

¡Tal vez pudiera obligar a Nuel a desmantelar la casa por él! En cualquier caso, capturar al mago y devolverlo a Kremer haría mucho por aliviar la ira del señor de la guerra.

Hoss´k se sintió decepcionado cuando la luz creciente reveló que el intruso era un hombre de pelo claro. No se trataba de Dennis Nuel, aunque el tipo parecía bastante alto, como el mago.

Mientras sus guardias y él esperaban a cubierto bajo un grupito de árboles, parecía que el tipo hablaba con un acento extrañísimo. Hoss´k se esforzó por entender las palabras mientras el forastero murmuraba para sí.

—¡... dito lío! ¡Mecanismo de regreso destrozado... material esparcido por el suelo... nota absurda sobre *seres inteligentes!* —El forastero hizo una mueca mientras se abría paso entre los artículos esparcidos par el suelo.

—... desquitando conmigo, eso es lo que está haciendo. Sólo porque fui a K-Mart a comprar estas cosas en vez de a los grandes almacenes tan caros que eligió... probablemente decidió jugar a los exploradores, y desmontó el maldito zievatrón para asegurarse de que nadie más pudiera arreglarlo... debía saber que Flaster me elegiría a continuación...

Hoss´k ya había oído suficiente. Un mago valdría por otro. ¡Tal vez éste fuera más razonable!

Indicó a sus guardias que se desplegaran para rodear al confiado extranjero.

4

—¿Qué haces, Denniz?

Dennis alzó la cabeza de su trabajo. Con la escasa luz anterior al amanecer se sentía cansado a irritable. Se suponía que Arth tenía que estar con Linnora, ayudándole a preparar el desayuno para el agotador día que les esperaba.

—¿Qué te parece que estoy haciendo, Arth?

—Bueno... —Arth se frotó la barbilla, adoptando la pose que él consideraba de «ingeniero». Evidentemente, pensaba que la pregunta de Dennis era socrática, no sarcástica.

—Uh, me parece que estás uniendo el planeador al carro, convirtiendo sus alas en velas, como en un barco.

Dennis se encogió de hombros.

Arth chasqueó los dedos.

—¡Claro! ¿Por qué no? Hay un montón de viento en estas alturas. ¡Podría ayudarnos en algunas de esas extensiones cuesta arriba!

Se volvió hacia la choza, de donde empezaban a brotar olores de cocina.

—¡Eh, princesa! —gritó—. ¡Venid a echar un vistazo a lo que ha elaborado el mago!

Dennis suspiró y trabajó con ahínco. Tendrían que salir pronto de allí. Habían ganado una buena ventaja la tarde anterior, pero las tropas de Kremer no estarían muy lejos. Sólo deseaba poder estar tan seguro como Linnora y Arth de que podría sacarlos del próximo atolladero. Odiaría ver la decepción en sus rostros cuando finalmente los dejara en la estacada.

5

—¡Padre, los ataques han comenzado!

El príncipe Linsee alzó la cabeza del gran mapa que estudiaba mientras su hijo, Proll, entraba en la sala de conferencias.

—¿Dónde han golpeado?

—Todos los pasos del este están siendo atacados por los aliados de Kremer. Los ataques fueron sincronizados por mensajeros que volaban en sus malditos planeadores. Esperamos que otro contingente nos ataque a lo largo de la ruta comercial del norte dentro de un día como máximo.

Linsee miró a Demsen. El jefe del destacamento de Exploradores Reales sacudió la cabeza.

—Si todos los señores del oeste se han unido a Kremer, no podré llevar un mensaje al rey, sobre todo con esos planeadores en el aire. Las llanuras de Darb son demasiado extensas para cruzarlas en una sola noche, ni siquiera montando un caballo rápido.

—¿Quizá con un globo? —sugirió Linsee.

Demsen se encogió de hombros.

—¿Y arriesgar los pocos que tenemos? Sigel y Gath hacen todo lo que pueden, pero a menos que nuestra gente pueda convocar una nidada de krenegee para ayudarnos, dudo que la flotilla esté preparada a tiempo.

El príncipe Linsee parecía abatido. Había pocos motivos para la esperanza.

—No te preocupes, viejo amigo. —Demsen dio una palmada al príncipe en el hombro—. Les plantaremos cara. Y puede que se nos ocurra algo.

6

—¡Creía que estas velas eran para ayudarnos! —gruñó Arth mientras tiraba del pequeño carro.

Dennis empujaba por detrás.

—¡Tal vez no funcione! ¡No todas las buenas ideas cuajan! ¡Demándame!

Empujaron el carro por una pendiente empinada hasta llegar a una extensión amplia y regular donde pudieron descansar. Dennis se secó el sudor de la frente a indicó a Linnora que volviera a subir a bordo.

—Puedo caminar un poco más, Dennis. De verdad que puedo. —Linnora parecía molesta por verse obligada a viajar montada y ver cómo los dos hombres hacían todo el trabajo.

Dennis estaba impresionado por su estoicismo y su valor. No cabía duda de que los pies y los tobillos todavía le dolían mucho. Sin embargo, parecía la más ansiosa por continuar en vez de buscar un lugar en las montañas donde ocultarse y esperar a que pasaran las inminentes batallas.

—Claro que puedes caminar un poco más —dijo Dennis con firmeza—. Pero quizá muy pronto tengas que correr. Quiero que puedas hacerlo cuando llegue el momento.

Linnora pareció a punto de replicar. Finalmente, suspiró.

—¡Oh, muy bien! Practicaré el carro un poco más y trabajaré las velas por vosotros.

Extendió la mano, agarró a Dennis por el pelo, y le besó con todas sus fuerzas. Cuando terminó, soltó un «¡Ea!» como si al hacerlo hubiera establecido un argumento importante. Luego volvió a subir al carro y ocupó su sitio de costumbre, mirando hacia el frente.

Dennis parpadeó confundido un momento, pero decidió no cuestionar una cosa tan agradable.

—¿Ejem, Denniz?

Dennis alzó la cabeza. Arth señalaba las montañas que tenían detrás.

Dennis empezaba a cansarse un poco de la costumbre de Arth de dar malas noticias. Se volvió y miró hacia donde indicaba el hombrecito.

Allí, al pie de los pastos, había una larga columna de figuras que se movían rápidamente.

Junto a la choza donde habían pasado la noche, pasó galopando una tropa de caballería de al menos doscientos hombres. Un destacamento se detuvo a registrar la cabaña del pastor. Los demás continuaron, los penachos grises ondeando mientras seguían la pista de los fugitivos.

No tardarían más de veinte minutos en llegar hasta ellos.

Dennis sacudió la cabeza. Contempló la altiplanicie que se extendía ante ellos y no vio ningún lugar donde esconderse al menos en varios kilómetros. El sendero quedaba constreñido a ambos lados por arcenes irregulares o caídas a pico.

Muy bien, pensó. *¿Qué va a sacarnos de ésta?*

Arth y Linnora le miraban, expectantes. Dennis se sentía muy cansado.

Me he quedado sin ideas.

Estaba a punto de volverse y decírselo cuando vio un pequeño destello de movimiento al noroeste, en los matorrales que cubrían las pendientes en dirección a la ciudad de Zuslik. Observó el extraño fenómeno. La perturbación se movía hacia ellos a gran velocidad.

—¿Qué dem ... ? —Linnora y Arth se volvieron y miraron hacia donde señalaba.

No había manera de esquivarlo si se trataba de algo peligroso. Fuera lo que fuese lo que sacudía los secos matorrales levantando polvo, se movía hacia ellos a enorme velocidad.

Arth y Linnora parecían tan perplejos como él.

—¿Sabéis? —pensó Dennis en voz alta—. Creo que podría ser...

La perturbación se detuvo de pronto, a veinte metros de distancia. Siguió una breve pausa, como si la cosa que había bajo los matorrales, fuera lo que fuese, estuviera recuperándose. ¡Luego el sendero de destrucción continuó y enfiló directamente hacia ellos!

Arth retrocedió, blandiendo una de las espadas que Dennis les había cogido a los espantados milicianos el día antes. Dennis se colocó entre lo que fuera aquello y Linnora, aunque había empezado a sospechar..

Un matorral del borde de la carretera se quebró, convertido en una lluvia de astillas.

La nube de restos se aposentó suavemente, para revelar por fin un montón de polvo... un montículo que avanzaba hacia ellos con un zumbido de ruedas girando.

Con un débil gemido, la torreta del robot de exploración del Tecnológico Sahariano se abrió. Un par de ojos verdes parpadeó desde la cúpula interior. Dos filas de dientes afilados como agujas sonrieron bajo la caperuza metálica.

—Bueno —dijo Dennis—, sí que habéis tardado en alcanzarnos.

Sin embargo, sonrió.

El robot trinó. El cerduende le sonrió a través de la nube de polvo flotante. Luego sacudió vigorosamente la cabeza y estornudó.

7

En la tercera confluencia del río Ruddik, la batalla no iba especialmente bien para ningún bando.

Para el barón R´ketts y el conde Feif-dei, el avance por el estrecho cañón fue una empresa lenta y peligrosa, un despilfarro de hombres y tiempo. Observaban a caballo desde una colina cercana en mitad del empinado desfiladero cómo sus fuerzas se dividían en dos columnas.

La fila más grande se dirigía hacia el oeste, subiendo cada vez más por la montaña, dejando atrás montones de escombros de la más reciente de las costosas escaramuzas de aquella guerra.

La propia colina sobre la que se encontraban los barones se había formado esa misma mañana, cuando una avalancha de peñascos cayó en aquel punto, atrapando a veinte soldados bajo lápidas instantáneas.

El número de bajas habría resultado mucho mayor de no haber sido por las proezas del cuerpo de planeadores del nuevo rey. Los temerarios hombres de Kremer se habían zambullido en picado en las peligrosas corrientes de aire, y asaltado a los L´Toff con mortíferas granizadas de dardos. Pronto despejaron las montañas de defensores, permitiendo que los ejércitos de los señores de la guerra continuaran adelante. El barón R´ketts observaba el avance de la columna con aire de sombría satisfacción. Ni siquiera el barón... es decir, el *rey* Kremer, podría quejarse del ritmo que llevaban. Al menos no de un modo razonable.

A pesar de los primeros reveses, el barón R´ketts todavía esperaba una victoria fácil y anhelaba los frutos de esta campaña. Había oído historias maravillosas sobre las riquezas de los L´Toff. ¡Se decía que los hombres podían practicar herramientas y armas a la perfección en cuestión de minutos, y que después tales artículos permanecían en ese estado eternamente! También se decía que las mujeres L´Toff tenían el don de practicar a *los hombres*... restaurando en sus amantes la virilidad que antaño hubiesen tenido.

AI barón R´ketts le dolía la espalda de tanto montar a caballo. Pero seguía diciéndose que merecía la pena. Kremer le había prometido riquezas y placer para satisfacer con creces sus más descabellados sueños.

Se lamió los labios expectante. ¡Tenía mucha imaginación!

El conde Feif-dei observaba la invasión con una mirada más crítica. Mientras su hermano y señor contemplaba el paso de hombres armados por las colinas, Feif-dei sólo tenía ojos para el continente que iba en la otra dirección: granjeros, capataces, practicadores, e incluso oficiales creadores de las aldeas de aquel país, sujetando vendajes contra sus heridas, gimiendo en las parihuelas improvisadas, o apoyados unos contra otros mientras bajaban lentamente las pendientes en dirección a los puestos de socorro.

Feif-dei sabía que los vendajes mejores y más practicados se reservaban para los nobles. Muchos de aquellos hombres, si no la mayoría, morirían no por pérdida de sangre, sino por la devastadora enfermedad que devoraba la sangre desde dentro.

Las tropas parecían tener ya poco del jubiloso entusiasmo con el que habían comenzado la campaña. Los hombres estaban sobre todo agotados y hambrientos, y un poco asustados.

Con todo, había unos cuantos acá y allá que hablaban excitados de las riquezas que conseguirían cuando capturaran la fortaleza enemiga. Entre sus soldados vestidos de azul, Feif-dei reconocía a algunos bravucones. Hablaban mucho, pero a menos que se les vigilara de cerca tenían un insospechado talento para estar en otra parte cuando se trataba de pelear de verdad.

El conde Feif-dei maldijo en voz baja, cuidando de que su compañero no le oyera. La guerra era un infierno, y el barón R´ketts era un idiota por saborearla. Feif-dei había visitado en una ocasión las tierras de los L´Toff, donde el príncipe Linsee había sido su amable anfitrión. Había intentado varias veces explicarle a R´ketts que los L´Toff no eran

inmensamente ricos. Aquella campaña tenía un solo propósito: proteger la retaguardia de Kremer de la auténtica guerra, librada al este.

Pero R´ketts no quiso escuchar ninguno de los argumentos de Feif-dei sobre lo que les esperaba, prefiriendo creer en sus propias fantasías.

El conde Feif-dei suspiró. Ah, bien. Al menos esa lucha le quitaría de encima a R´ketts durante una temporada. Su gente y sus tierras probablemente estarían tan a salvo con el nuevo rey como con el antiguo.

«Que sea una victoria limpia —rezó—, con las mínimas pérdidas posibles de granjeros y artesanos.»

De las alturas llegó el sonido de una trompeta: una aguda advertencia. Los señores oyeron el fuerte rumor de rocas cayendo.

—Oh, no. ¡Otra vez no! —El barón R´ketts gimió y se cubrió los ojos. Permaneció inmóvil sobre su caballo, sacudiendo la cabeza.

Feif-dei se volvió rápidamente hacia sus ayudas de campo.

—Volved al puesto de señales. Informadles de la nueva emboscada y que pidan apoyo aéreo.

Un mensajero salió corriendo. El barón R´ketts siguió compadeciéndose de sí mismo, sin hacer ningún esfuerzo para estudiar la situación. El conde Feif-dei sacudió la cabeza disgustado y picó espuelas en dirección a los sonidos de la batalla.

8

—Atacamos y retrocedemos, atacamos y retrocedemos... —explicó el correo roncamente——. ¡Los hemos detenido en todos los otros frentes, pero en el valle del Ruddik la oleada de habitantes de las llanuras es interminable! ¡Siguen viniendo!

El príncipe Proll dio las gracias al exhausto mensajero y ordenó que lo llevaran a un lugar de descanso. Se volvió hacia su padre.

—Puedo obtener tu permiso, mi señor, para avanzar con nuestras reservas y aplastar a las fuerzas del Ruddik?

El príncipe Linsee parecía cansado. Estaba sentado en un pabellón camuflado bajo los árboles, cerca del frente este. Fuera se oían los sonidos de los mensajeros yendo y viniendo al trote o al galope. En el pabellón exterior el alto mando discutía sobre la disposición táctica de las fuerzas L´Toff con sus escasos aliados monárquicos.

—No, hijo mío. —El canoso príncipe sacudió la cabeza—. Tus fuerzas deben permanecer en el norte, con los exploradores de Demsen. Allí se producirá el ataque principal... y allí es donde las poderosas fuerzas de Kremer caerán.

No añadió que era en la carretera norte donde probablemente el señor rebelde mostraría a su rehén, la princesa Linnora, en el momento más oportuno para minar la moral de los defensores.

Cuando llegara ese momento, necesitarían a sus mejores líderes para conducir a los hombres a la batalla de sus vidas. Hombres mayores, expertos en táctica, podrían manejar la situación a lo largo de los afluentes del este, sobre todo cuando los cuerpos de globos estuvieran preparados para actuar. Pero harían falta jóvenes guerreros, como Proll y Demsen,

para dar ánimos a sus soldados, para adaptarse, recuperarse y continuar acosando a los norteños de Kremer.

Por una vez, Proll pareció comprender. El joven no se quejó. Simplemente asintió y continuó caminando de un lado a otro cerca de la puerta, esperando noticias.

Por fin, Linsee volvió a hablar.

—Manda llamar a Stivyung —le dijo a un ayudante——Debo saber por fin si su proyecto va a dar fruto a tiempo.

9

—¿Quiénes demonios sois? ¡Soltadme! ¿Qué creéis que estáis haciendo? ¿Adónde me lleváis?

Los guardias sostenían con fuerza al alto forastero y lo arrastraron hasta el lugar donde el erudito Hoss´k esperaba, ataviado con su túnica roja, sentado bajo los árboles en una silla portátil centenaria.

El forastero de cabellos de arena miró a Hoss´k de arriba abajo. Enderezó los hombros.

—¿Eres el mandamás por aquí? ¡Será mejor que me digas qué ocurre! ¡No importa lo que hicierais con Nuel... quiero saber qué le hicisteis a nuestro zievatrón!

—Cállate —dijo Hoss´k.

El forastero parpadeó. Retrocedió.

—Escucha, gordinflón. Soy el doctor B. Brady, del Instituto Tecnológico Sahariano. Soy representante del doctor Marcel Flaster, el cual da la casualidad de que es...

Sonó un fuerte golpe cuando el forastero cayó al suelo, derribado por la gruesa manaza de uno de los guardias.

—¡El erudito ha dicho que te calles!

El tipo se dio la vuelta lentamente y alzó la cabeza. No volvió a abrir la boca.

Hoss´k sonrió con satisfacción. Aquel hombre iba a ser mucho más tratable que Dennis Nuel. Su silencio significaba que tenía pocas reservas internas y que se plegaría rápidamente en cuanto le indicara cómo eran las cosas. Ya mostraba signos.

Sin embargo, parecía que el guardia había abusado de la fuerza. El forastero tardó en recobrar la lucidez.

No importa, pensó Hoss´k. *Para cuando nos volvamos a poner en camino, los pasos estarán llenos de soldados de mi señor. Prefiero desfilar ante ellos, con mi nuevo premio, que recorrer esa silenciosa carretera vacía una vez más.*

10

—¿Se han ido ya?

Linnora se volvió y mandó callar con un gesto a Arth, el cual se agazapó rápidamente entre los matorrales y guardó silencio.

Dennis vio ansiosamente cómo la princesa se asomaba por entre los matorrales situados al lado de la carretera. El polvo levantado por el último de los jinetes se posaba lentamente.

Ella había insistido en ser la vigía. A Dennis no le hacía demasiada gracia, pero tenía que admitir que era lo adecuado. El trabajo no castigaba demasiado sus pies, y estaba menos cansada que los dos hombres. Además, Dennis había visto pocas cosas tan notables como la capacidad visual de la muchacha.

Se tumbó sobre las ramas secas y las agujas, junto al carrito. Lo habían empujado hasta aquel matorral quince minutos antes, justo a tiempo; los primeros miembros de la caballería de Kremer rodeaban la montaña momentos más tarde.

Arth y él habían caído al suelo agotados, apenas conscientes de la procesión, aparentemente interminable, de jinetes al galope. Sólo en los últimos instantes el rugir en sus oídos, y el esfuerzo de sus pulmones, se había calmado lo suficiente para permitirles oír algo.

Dennis notó un brusco tirón en la manga. Volvió la cabeza y vio al robot a sólo unos centímetros de distancia. Le había sacudido con un brazo manipulador. Su luz roja de «atención» destellaba.

Dennis se apoyó en un codo y miró la pequeña línea de texto que aparecía en la pantallita de la máquina.

—Oh, demonios. ¡Ahora no! —le dijo.

El robot todavía quería cumplir la primera instrucción que le había dado: informar sobre lo que había descubierto respecto a los habitantes de aquel mundo. ¡Sin duda había descubierto muchas cosas, pero aquél no era el momento!

Palmeó la torreta del pequeño robot.

—Más tarde, te lo prometo, escucharé todo lo que tengas que decirme.

Las luces de la máquina parpadearon como respuesta.

—Okay —dijo Linnora. Utilizó el término terrestre que había aprendido de Arth—. Los últimos jinetes han pasado. Por lo que hemos visto allí arriba, no pueden seguirles a menos de una hora de distancia, ni siquiera otros jinetes.

—Muy bien —dijo Dennis, gimiendo mientras se levantaba—. Probaremos de nuevo con la carretera.

Era la única forma de internarse en las montañas. Y tenían que dirigirse muy al sur si querían llegar a tiempo de ayudar a los asediados L´Toff.

Dennis se levantó y extendió el brazo. El cerduende revoloteó desde su puesto de observación en una rama, desde donde había contemplado la cabalgada de los jinetes. Sonriente, parecía considerar el episodio como un chiste maravilloso.

Desde luego, nunca habrían conseguido llegar hasta tan lejos sin Duen y el robot.

El bosquecillo donde se ocultaban estaba a más de cinco kilómetros de distancia cuando habían visto por primera vez a sus perseguidores. Arth y él nunca podrían haber empujado a tiempo el carro hasta tan lejos.

Pero el robot probó su fuerza cuando se le ordenó que echara una mano... o una pinza. Era al menos tan buen tractor como el burro. Cubrieron rápidamente los cinco kilómetros.

Durante la carrera hacia el refugio, Dennis estaba seguro de haber sentido de nuevo el extraño efecto de resonancia entre los humanos y el krenegee, dirigido a las herramientas que estaban utilizando. Fue una versión suave del trance *felthesh.* Estaba seguro de que el carro y el robot habían vuelto a cambiar durante ese corto tramo.

Siguiendo sus órdenes, el robot ocupó de nuevo su lugar bajo la carreta. Dos de sus tres brazos se aferraron a la parte inferior del carruaje.

Los brazos parecían empezar ya a ser adecuados para la tarea.

Linnora y Dennis empujaron el carro a través de una abertura en los matorrales mientras Arth corría hasta el camino para echar un vistazo.

Una vez en la carretera, Linnora subió a bordo y soltó las alas del planeador. Dennis estuvo a punto de detenerla, pero luego se encogió de hombros y la dejó terminar. ¿Quién sabe? Las aleteantes velas podrían asustar a algún grupo de soldados que se topara con ellos.

Arth regresó corriendo.

—¡Todo el ejército se dirige hacia aquí, Denniz! ¡Y al paso que vienen, no tenemos más que una hora de ventaja!

—Muy bien. En marcha.

Linnora se amarró al carro, cuyos costados brillantes y estilizados resplandecían al sol. Arth subió a bordo y se encargó de los frenos, cuyas barras de fricción y juntas empezaban a parecer piezas diseñadas por maquinas.

Dennis permaneció de pie para ayudar a empujar. Saltaría en marcha cuando tomaran cuesta abajo.

Linnora ya había empezado su meditación de práctica. Tal vez él se volvía más sensible, o tal vez se debía a la presencia del cerduende, pero Dennis ya podía sentir que su trance empezaba a envolverlos.

El cerduende, al ver un lugar mejor que su hombro donde colocarse, le abandonó y se impulsó hacia lo alto de los mástiles gemelos. Las velas se combaron bajo su peso, pero la criatura parecía bastante feliz. Su zumbido intensificó la sensación de que extraños poderes estaban ya en funcionamiento, ayudando a transformar el carro en algo mejor.

Muy bien, pensó Dennis, *pero preferiría tener un transporte blindado, fabricado a conciencia por los talleres Chatham de Inglaterra.*

Con un suspiro, hizo una seña a su tripulación, a indicó al robot que comenzara a tirar a toda velocidad.

Dennis empujaba en las pendientes, cuesta arriba, y corría al lado del carro en los tramos de bajada mientras Arth usaba los frenos y Linnora guiaba. El robot zumbaba y las velas ondeaban.

Sobre ellos, la pequeña bestia krenegee ronroneaba, amplificando la extraña resonancia que parecía brillar alrededor de ellos como un aura. La tarde tenía un aspecto cristalino, de gema facetada, y el *uso* del carro se volvía como una complicada danza al compás de una música inaudible.

Claramente, su colaboración para hacer funcionar el trance de práctica mejoraba.

Eso producía en Dennis una extraña sensación de júbilo. A través del cerduende, casi podía sentir los pensamientos de Linnora mientras ella se concentraba. Parecía unirlos más de lo que habrían podido estar de otro modo. También Arth se volvió parte de la matriz, aunque el krenegee no se enfocaba tanto sobre el pequeño ladrón.

Dennis captaba ocasionales destellos de Duen encaramado sobre las velas. La criatura sonreía, disfrutando del *propósito* que fluía a través de su ser hasta la máquina de la que dependían sus vidas.

Y cambiaba. Dennis empujó el carro hasta que descubrió que tenía que correr sólo para colgarse. En lo alto de una empinada cuesta le ordenó al robot que se detuviera, y subió a bordo para coger las riendas de manos de Linnora. Descubrió que las correas se habían vuelto más suaves y fáciles de sujetar.

Estaba a punto de ponerse de nuevo en marcha cuando Arth le dio un golpecito en el hombro y señaló. En el camino, tras ellos, se levantaba una columna de polvo. Sólo a un

kilómetro de distancia pudieron ver otro grupo de jinetes, seguido por una interminable columna de infantes que serpenteaba a lo largo de la montaña.

¡Atrapados! No podían permitirse ir mucho más rápido, o se toparían con las unidades que tenían delante. ¡Pero reducir el ritmo sería desastroso!

—Voy a arriar esas malditas velas —dijo Dennis—. Mirad qué deshinchadas están. Sólo llamarán la atención, y de todas formas nunca hemos tenido mucho viento.

Linnora le detuvo.

—No, Dennis. Estoy segura de que nos han ayudado a permanecer estables y nos han refrenado mientras bajábamos algunas de esas empinadas pendientes, aunque admito que no comprendo por qué. Estoy segura de que el carro está practicado para ellas. Quitarlas sólo nos sería perjudicial.

Dennis solamente podía confiar en su extraño sexto sentido. La besó rápidamente, luego se volvió hacia delante y le dijo al robot que continuara.

Partieron montaña abajo.

Menos de un kilómetro más adelante, tomaron una curva para pasar corriendo junto a un escuadrón de jinetes que descansaban. Hubo al menos diez rostros sorprendidos, captados en un destello mientras pasaban velozmente como un gran pájaro corredor. Los hombres se tiraron al suelo a ambos lados para quitarse de en medio. Unos gritos siguieron a los fugitivos y pronto tuvieron a los soldados persiguiéndolos.

Dennis se concentró en la conducción. El carro corría más que nunca. Esta vez, sin embargo, sintió que tenía el control. En pleno trance de práctica, se sentía mareado y poderoso.

¡Que nos sigan! ¡Morderán nuestro polvo!

Oyó a Arth reírse en la parte trasera del carro, burlándose de sus perseguidores. Linnora cantaba en voz baja una antigua canción guerrera, rítmicamente y en tono de desafío. La canción se unió al trance que compartían. Dennis gritó lleno de júbilo.

La carretera giró entonces, y avistaron una batalla.

Justo delante, en una llanura entre las montañas, tenían lugar las primeras escaramuzas.

Parecía que los invasores habían cogido por sorpresa a un grupo de L´Toff. Unos cincuenta jinetes de Kremer cabalgaban alrededor de una apurada banda de guerreros vestidos de ajado verde. Los montañeros se defendían con sus lanzas de forma disciplinada. Ningún jinete se atrevía a acercarse demasiado. Pero los lanceros tampoco podían retirarse. Y por sus nerviosas miradas hacia el norte, estaba claro que sabían que el resto del ejército invasor no estaba lejos.

Los defensores alzaron consternados la mirada cuando Dennis rebasó con el carro la colina. Unos cuantos jinetes, al no esperar más que ayuda procedente de esa zona, gritaron triunfantes.

Los gritos se volvieron de desazón cuando un gran coloso aleteante se cernió sobre ellos. Dennis no tuvo más remedio que lanzarse contra los jinetes. A la derecha, el terreno era demasiado pedregoso, y a la izquierda, sólo a una docena de metros de distancia, había un profundo barranco.

Los caballos estaban bien entrenados, pero no preparados para aquella máquina aleteante y zumbante. Relincharon y se alzaron de manos, llevando a sus sorprendidos jinetes en todas direcciones.

Dennis notó que Arth, de pie en la parte trasera del carro, golpeaba a diestra y siniestra con un palo y gritaba con todas sus fuerzas. Un caballero que cargaba a su lado pareció a

punto de dar un tajo a las anchas alas con su hacha de batalla, pero el palo de Arth lo derribó justo a tiempo de la montura.

Una rápida mirada bastó a Dennis para enterarse de que venían más soldados de Kremer. Y a cosa de medio kilómetro por delante, un gran contingente de soldados uniformados de verde se acercaba desde el sur, al rescate de los lanceros asediados. Se cocía una batalla de tamaño respetable.

Urgió al robot para que acelerara. ¡Su única oportunidad era dejar atrás la lucha, y rápido!

Girando con fuerza a la izquierda, Dennis se esforzó por evitar una colisión, haciendo que otro par de caballos retrocedieran llenos de pánico tras su polvorienta estela.

Si su súbita aparición había frenado el ritmo de los invasores y permitido escapar a unos cuantos defensores, tanto mejor. Pero 1a principal prioridad de Dennis era llevar el carro intacto al otro lado del pequeño valle. Una vez allí, estarían a salvo tras las líneas aliadas. ¡Podrían viajar sin encontrar oposición hasta la casa de Linnora!

Sintió algo moverse entre sus piernas. Miró hacia abajo y vio que el cerduende le sonreía desde las profundidades del carro, a salvo de cualquier peligro. El pequeño krenegee sabía bien cómo cuidar de su pellejo.

Al volver a levantar la cabeza, Dennis maldijo rápidamente y viró a la izquierda. La carreta dejó atrás a un puñado de asustados lanceros, y no colisionó con los aturdidos soldados por la anchura de una de las velas.

—¡Denniz! —chilló Arth. Tras soltar el bastón, se desplomó en el carro—. Denniz, ¿adónde vas?

—¿Adónde crees que ... ? ¡Oh, no! ¡Robot! ¡Da media vuelta!

La pequeña máquina trató de obedecer. Su mecanismo chirrió. Levantó nubes de polvo.

La empinada pendiente que se abría ante ellos había quedado oculta por un puñado de matorrales del camino. Se lanzaron a través de la estrecha barrera en medio de una lluvia de ramas. ¡Y cayeron lanzando guijarros por una pendiente de cuarenta grados!

——¡Aaaaah! —oyó que decía Arth.

—¡Aaaay! —contribuyó Linnora.

Dennis se esforzó por conducir mientras el carro daba botes y volaba pendiente abajo.

—¡Frena! —urgió en voz alta.

Practicó reducir la velocidad del descenso con todas sus reservas, y pudo sentir que los otros hacían lo mismo.

—*¡Frena!*

Por delante, a menos de cien metros, se abría la boca de un precipicio. Y no parecía haber forma de detenerse a tiempo.

XI

ET DOS BOCINAS

1

—¡Ahora, recordad lo que os he dicho! —gritó Gath a los otros aeronautas. De las barquillas de diez globos flotantes llegaron voces de asentimiento.

Gath se volvió a hizo una señal con el pulgar hacia arriba a Stivyung Sigel, que dirigía el globo principal del contingente sur. El fornido granjero asintió. Se llevó las manos a la boca.

—¡Adelante!

Sonaron dos trompetas.

Unas hachas cortaron las amarras. Las bolsas de arena cayeron. Unas manos extendieron carbones nuevos sobre las ascuas humeantes situadas bajo las bolsas abiertas. Uno a uno, los globos brillantes se alzaron más allá de los altos árboles y subieron al cielo.

Habían esperado mucho tiempo un viento favorable. Por fin llegó uno que soplaba en la dirección adecuada pero que no los forzaría a la batalla demasiado pronto.

Bajo ellos avanzaba un convoy de tropas de apoyo dispuesto a lanzar cuerdas de anclaje cuando llegara el momento de sujetar la flotilla de aeróstatos.

Gath estaba lleno de excitación. Después de toda la espera, estar en el aire y en acción era maravilloso. Era el pago a todo el esfuerzo que Stivyung y él habían hecho con los creadores y practicadores L´Toff.

Flotaron hacia el este llevados por el viento. Parecieron horas, pero pronto estuvieron sobre las cumbres Ruddik, donde el enemigo había hecho su incursión más profunda hasta el momento. El contingente de Stivyung flotó sobre la parte sur, bordeando ese lado del cañón. Allí sus aeronautas lanzaron anclas a los hombres que esperaban. Los soldados L´Toff de debajo se dispersaron por las rocas para coger las anclas y atarlos.

Cuando las fuerzas de Gath se encontraron sobre la estribación norte, repitieron la operación.

Los aeronautas no habían tenido tiempo para practicar la técnica. Por fortuna, sólo un globo del contingente sur flotaba libre, sin anclaje, hacia el este, ganando altura rápidamente. Era una pérdida menor de lo que Gath había esperado. Su plan era enviar un globo al este de todas formas, con un mensaje para el rey de Coylia. Ni siquiera los planeadores de Kremer podrían detener el mensaje si el globo ganaba la suficiente altitud a tiempo.

Si los L´Toff de tierra aplaudieron cuando los globos aparecieron a la vista, el enemigo alzó la cabeza lleno de desazón. Ya se habían extendido los rumores sobre el gran monstruo redondo que había surcado Zuslik una noche, meses antes. Y ahora había diez de aquellos colosos, observándolos con fieros rostros pintados. Los atacantes retrocedieron nerviosos de los altos reductos y murmuraron aterrados mientras los capitanes consultaban sobre la nueva situación.

Allí, en el lugar que los L´Toff habían elegido para resistir, el terreno era extremadamente escarpado. Una sucesión estudiada de aludes mortales podía hacer muy costoso cualquier ataque directo por tierra.

Pero todas esas defensas requerían que los planeadoras de Kremer fueran rechazados para que los luchadores L´Toff de las alturas pudieran trabajar sin ser molestados.

Para ese propósito había sido enviado el destacamento de globos. La prueba no se hizo esperar demasiado.

—¡Allí! —señaló uno de los jóvenes arqueros de 1a barquilla de Gath.

Contra las nubes, altas en el cielo de mediodía, se recortaban al menos dos docenas de formas negras. Los planeadores parecían halcones en la distancia, y se cernieron, de pronto, como grandes aves de presa.

—¡Preparaos! —gritó el capitán de una barquilla vecina.

El enemigo pareció pequeño y distante durante un rato que se les antojó eterno. Entonces, en un momento, los tuvieron encima. Alrededor de Gath, sus arqueros gritaban.

—¡Allí! ¡Dispara!

—¡Vienen demasiado rápido!

—¡Deja de quejarte, chico! ¡Sólo detenlos!

El murmullo de voces era casi tan enervante como las sombrías alas negras que se agitaban sobre ellos.

—¡Hurra! ¡Le di a uno!

—¡Magnífico! ¡Pero que no se lo suba a la cabeza!

—¡Cuidado con esos dardos!

Hubo gritos de dolor y gritos de triunfo, todo en cuestión de segundos.

Luego, casi tan rápidamente como habían venido, los planeadores se retiraron a lo largo de los riscos, buscando corrientes de aire cuidadosamente estudiadas. Detrás, dejaron a tres miembros de su escuadrón destrozados, sus restos esparcidos por el suelo.

Un cuarto planeador, incapaz de recuperarse de un desgarrón en su ala de dragón, chocó directamente contra la pared de un acantilado ante los ojos de Gath. Los defensores, tanto arriba como abajo, vitorearon.

—¡Muy bien! —gritó Gath roncamente en cuanto recuperó el aliento—. ¡Volverán, y no será tan fácil rechazarlos la próxima vez!

»¡Pero hasta que regresen, nos concentraremos en el enemigo de tierra! ¡Fijad vuestros blancos, y haced que esas flechas cuenten!

Costaría mucho conseguir más munición. Recibir nuevos suministros por medio de baldes sería lento y peligroso. Y ahora el comandante de tierra enemigo sin duda lanzaría cuanto tenía a los puntos donde estaban anclados los globos de apoyo. Gath podía ver ya que los invasores preparaban a sus tropas para un asalto a la otra colina del cañón, donde había atracados cuatro globos de Stivyung Sigel.

A partir de entonces, los ataques se sucedieron a intervalos de una hora. Los arqueros se cobraron un precio terrible en los invasores de tierra. Pero cada flecha perdida era preciosa... en la creación, en la práctica perdida y en la dificultad de izar nuevos suministros siendo atacados.

Y también los defensores iban cayendo a medida que la batalla progresaba. Los luchadores L´Toff de tierra combatían por conservar el terreno y defender los puntos de anclaje. Las fuerzas de los barones luchaban con la misma desesperación por tomar esas montañas.

La larga tarde pasó en una lenta agonía, recalcada por momentos de terror puro. En cuestión de unas horas, la táctica empezó a quedar clara.

En la zona norte, la defensa iba bien de momento. Los arqueros de Gath causaban numerosas bajas entre los atacantes que intentaban escalar las pendientes y consiguieron repeler tres oleadas de planeadores.

Pero en la zona sur las cosas habían empezado a ir mal. Antes de que el sol rebasara los picos más altos, dos de los globos de Sigel se perdieron, uno cuando su bolsa fue agujereada. El globo se posó lentamente en el suelo. El otro se perdió sobre las llanuras cuando tomaron su punto de anclaje. Ascendió demasiado despacio y acabó cayendo bajo una lluvia de dardos cuando los planeadores de Kremer convergieron desde todas partes, como lobos alrededor de un cordero herido.

Gath se preguntó si Stivyung podría aguantar hasta el anochecer. Los dos globos restantes de las fuerzas del sur no podrían ofrecerse mucho apoyo mutuo.

Gath contempló indefenso cómo a últimas horas de la tarde llegaban refuerzos enemigos... incluida una docena de planeadores frescos. ¡Kremer parecía tener un suministro infinito de ellos! O quizá sus generales sacrificaban el apoyo aéreo de otros frentes para dominar ese peligroso punto en el centro.

A medida que caía la tarde, Gath contempló cómo la flota entera de planeadores se cernía sobre los dos globos de la montaña solitaria. ¡Y no había nada que pudiera hacer para ayudar!

2

—¡Frena! ¡Frena!

Dennis advirtió que tanto Arth como Linnora habían imitado su cántico. La resonancia de práctica se había apoderado de ellos.

Un fuego plateado parecía danzar alrededor del cuerpo del carro, y su aceleración pendiente abajo, en efecto, se redujo. Pero eso no impidió que avanzaran inexorablemente hacia el barranco, que se abría a diez metros, cinco metros, dos metros por delante.

En el último instante las ruedas del robot se aferraron al suelo y los detuvo en medio de una nube de polvo. Quedaron tambaleándose al borde del precipicio.

Arth se agarró al estrecho tronco de árbol que había roto en parte el impulso del carro. El ladronzuelo se agarró por su vida.

Dennis se limpió la arena de los ojos y evitó mirar hacia abajo. Trató de despejarse la garganta de polvo para pedir amablemente al robot que redoblara sus esfuerzos para sacarlos del borde del acantilado. Pero el carro eligió ese momento para avanzar unos cuantos centímetros más. Cayó con un golpe, dejando las patas del robot colgando sobre el abismo.

—Muy bien —entonó Dennis, un poquito preocupado a esas alturas—. ¿Linnora? ¿Arth? ¿Estáis bien? Tengo una idea. Coloquémonos detrás, despacio y con cuidado.

Sintió que Linnora empezaba a aflojarse el cinturón. Obviamente, tenía la misma idea. Era hora de salir de allí.

Algo pasó zumbando junto a la cabeza de Dennis. Al principio pensó que se trataba de algún insecto grande, pero al volverse alcanzó a ver una segunda flecha que atravesaba el lugar que su oreja había ocupado un instante antes.

—¡Eh! —aulló Arth. Una flecha temblaba en el tronco del árbol, a pocos centímetros de sus dedos.

En lo alto de la pendiente Dennis vio al menos a una docena de arqueros del barón Kremer, con sus uniformes grises, que bajaban con cautela hacia ellos, situándose en posición para asestar el golpe de gracia. Al parecer, capturarlos ya no era para ellos una opción válida llegados a ese punto.

Dennis comprendió que, en realidad, no tenían ni que molestarse en matarlos. Arth se debilitaba a ojos vistas y pronto tendría que soltar o bien el árbol o el planeador. Linnora y él nunca podrían llegar hasta la parte trasera del carro lo bastante rápido.

Era así? Dennis buscó alrededor alguna manera de salir, mientras las flechas silbaban junto a ellos o se clavaban, zumbando, en los costados del carro.

Linnora buscaba su cuchillo. Dennis se preguntó qué intentaba hacer. Entonces lo comprendió.

¡El planeador! ¡Si podemos soltarlo del carro a tiempo, tal vez podamos escapar en él!

Pero primero habría que atender las alas. Ahora estaban en vertical, como las velas de un barco, sujetas por una recia cuerda. Linnora se dirigía hacia ella con su cuchillo.

Dennis casi tardó medio segundo en recordar lo tenso que estaba en ese cable.

—¡No! ¡Linnora, no!

Demasiado tarde. Ella cortó la cuerda. Las alas chasquearon violentamente, derribando dos flechas mortales en pleno vuelo.

Quizá fuera una decisión racional, pero Arth nunca pudo explicar por qué soltó el árbol y no el carro. Pero cuando la pequeña carreta corcoveó de repente, como un corcel loco, Arth se lanzó a la parte trasera del carro, tras las grandes alas. Dennis y Linnora cayeron hacia delante mientras el extraño vehículo se inclinaba peligrosamente, meciéndose inestable en el borde del precipicio.

El cerduende saltó al hombro de Dennis. La pequeña criatura tenía la expresión de quien ya ha aguantado demasiado. Aquel viaje ya no era divertido.

¿Dispuesto a abandonarnos otra vez?, pensó Dennis, incapaz de hacer otra cosa.

El krenegee se encogió de hombros, como si comprendiera. Flexionó sus alas membranosas, preparándose para partir. Entonces, por primera vez, echó un buen vistazo por encima del borde del carro al cañón que había debajo.

—¡...! —trinó en voz alta, y se estremeció. Sus pequeñas alas membranosas nunca habían sido diseñadas para volar de verdad. ¡No impedirían que quedara aplastado y reducido a melaza después de una caída como ésa! Dennis casi se echó a reír cuando la sibilina criatura dio por fin señas de consternación.

Todo esto duró apenas un segundo mientras el carro se mecía y luego empezaba a deslizarse. Una andanada de flechas falló el blanco por milímetros mientras la máquina caía hacia el precipicio. El cerduende gimió. Arth gritó. Dennis se agarró con fuerza mientras el cañón se abría bajo ellos.

En ese momento, Linnora los salvó.

Empezó a cantar.

La primera nota aguda fue de una claridad tan sorprendente que apartó su atención de la hipnotizante visión del fondo del barranco. Como equipo de práctica, habían trabajado juntos durante mucho tiempo. Su llamada sirvió de foco. Por hábito, más que por deseo, el *trance felthesh* se formó a su alrededor.

Dennis sintió la mente de Linnora entrar en contacto con la suya propia. Luego captó a Arth, a incluso a la bestia krenegee, que se tomaba todo aquello en serio por primera vez

desde que la conocía. El espacio a su alrededor pareció destellar y arder de energía. El poder estaba allí, y la desesperada voluntad de cambiar la realidad.

Por desgracia, no había foco. ¡Había que estar *usando* algo para que el Efecto Práctica funcionara!

La mente consciente de Dennis no se hallaba en estado de proporcionar una respuesta. Fue buena cosa, pues, que su inconsciente lo dominara y tomara la iniciativa.

En ese instante, con el suelo corriendo hacia ellos, Dennis sintió como si el tiempo se contrajera a su alrededor. En una bruma de caótica energía que se parecía extrañamente al campo que rodeaba el zievatrón, parpadeó una, dos veces, y luego cerró los ojos.

Cuando volvió a abrirlos, se encontró sentado junto a un joven de pelo oscuro con un grueso bigote engominado. El tipo llevaba una casaca de cuero blanco que se agitaba con el viento, y un par de anticuadas gafas de batalla sobre los ojos.

Estaban sentados juntos en un extraño armatoste de lienzo blanco y armazón de maderos unidos por cuerdas de piano. Aunque el aire zumbaba junto a ellos, la brumosa realidad que los rodeaba parecía totalmente gris e inmóvil.

—Lo pasamos fatal buscando la manera adecuada de alabear las alas —explicó el tipo por encima del rugido. Tenía que gritar para hacerse oír—. Langley nunca llegó a comprenderlo, ¿sabe? Se lanzó sin probar sus diseños en un túnel de viento artificial adecuado, como hicimos Wilbur y yo...

Dennis parpadeó sorprendido. Y en el tiempo que tardó en cerrar los ojos y volver a abrirlos, su entorno cambió.

—... así que tuve que probar el X-10 personalmente, ¿sabe? ¡El motor ocupaba más de la mitad de la longitud del maldito trasto! ¡Los primeros prototipos que hicimos acabaron reducidos a cenizas! ¡Lo llamaron bomba volante! No le podía pedir a nadie que se encargara de ello, ¿entiende?

El hombre de la casaca y las gafas había desaparecido, sustituido por un tipo de bigote fino, expresión sardónica y sombrero ancho de fieltro. Sacudió la cabeza y se echó a reír.

—Fue un trabajo duro. Cierto, había heredado dinero e iba encaramado sobre el hombro de gigantes. ¡Lo admito! Pero sudé sangre con cada uno de mis diseños.

El espacio que los rodeaba seguía siendo aquel brumoso titilar a medias real, como los límites de un sueño. Pero el débil conjunto de madera y tela había sido sustituido por una ruidosa crisálida de metal remachado y cristal que vibraba con la potencia de un millar de caballos.

—Y no crea que no intuyo ya a veces los pasos de inventores posteriores —el piloto del monoplano sonrió—, aquí mismo. —Palmeó su hombro y se echó a reír.

El tipo le resultaba familiar, aunque Dennis no podía situarlo... como si se tratara de alguien sobre quien había leído en algún libro de historia. Dennis parpadeó, y cuando volvió a abrir los ojos la escena había vuelto a cambiar. El hombre de pelo oscuro y la cabina habían desaparecido.

Esta vez sólo fue un leve atisbo. El rugido del motor había enmudecido un poco. Olía a crisantemos, y durante el momento en que sus ojos permanecieron abiertos vio a una mujer con un sombrero de paja y un vistoso pañuelo rosa. Ella le sonrió desde sus controles, y le hizo un guiño. A través de la ventanilla de la carlinga vio agua, hasta donde alcanzaba el horizonte. Luego volvió a producirse un salto.

Ahora estaba sentado en el lugar del copiloto, en un enorme bimotor... un bombardero, a juzgar por su aspecto. Olía a gasolina y goma. En sus manos, un volante vibraba con ritmo poderoso. Un hombre calvo con uniforme caqui le sonrió desde el otro grupo de controles.

—El progreso. —El tipo delgaducho sonrió—. Caray, tú sí que lo tienes fácil. ¡A los abueletes nos costó años de sudor llegar tan lejos, te lo aseguro!

Por primera vez en ese loco sueño, a Dennis le pareció comprender de qué hablaban. Reconoció la cara del hombre.

—Sí, lo sé. Supongo que le habría venido bien utilizar el Efecto Práctica en sus tiempos, coronel.

El oficial sacudió la cabeza.

—No. Fue mucho más divertido hacerlo nosotros mismos, aunque fuera más lento. Sólo pido que el universo sea justo, no que me haga favores especiales.

—Comprendo.

El coronel asintió.

—Bueno, cada uno de nosotros hace lo que tiene que hacer. Diga, ¿quiere quedarse por aquí un rato? Acabamos de despegar del *Hornet,* y vamos camino de divertirnos.

—Bueno, creo que será mejor que vuelva con mis amigos, señor. Pero gracias de todas formas. Fue un placer conocerle a usted y a los otros.

—No hay de qué. Es una lástima que no pueda quedarse para conocer a algunos pilotos de *jets* y astronautas. ¡Eso sí que son pilotos! —El coronel silbó—. Ah, bueno. Tan sólo recuerde una cosa, muchacho. *¡Nada* sustituye al trabajo duro!

Dennis asintió. Cerró los ojos una vez más mientras el viento rugía y el sueño se deslizó a su alrededor como la bruma que se deshace con el amanecer.

¡Segundos que parecían haber sido proyectados en años se evaporaron, y cuando la niebla cristalina se disipó por fin, Dennis se encontró volando!

No estaba exactamente seguro de cuánto tiempo había pasado, pero muchísimos cambios se habían producido en la combinación carro-planeador, como evidenciaba el hecho de que estuvieran todavía vivos.

Mientras miraba a su alrededor, una luz pálida y titilante dejaba el armazón y la tela de las velas... ahora ancladas firmemente al carro-fuselaje, moviéndose rápidamente hacia afuera y hacia atrás como las de un vencejo. El carro en sí parecía haberse estilizado y desarrollado una cola. Su estrecho morro apuntaba orgullosamente hacia arriba, hacia la corriente termal en la que ascendían lentamente.

Debía de haber sido uno de los más poderosos trances *felthesh* habidos en Tatir. El cerduende se desplomó exhausto en su regazo, respirando con dificultad y mirando incrédulo a su alrededor. Dennis estaba todavía lo bastante inseguro en su posición al mando del planeador para no volverse, pero hubiese apostado a que Arth y Linnora se encontraban en un estado similar.

El sueño aún asomaba en los bordes de la mente de Dennis. Casi pudo sentir, otra vez, la gasolina, el aceite y el zumbido del metal.

Si e1 sueño hubiera continuado, sin duda habría conocido a más héroes de la aviación, invocados por su inconsciente para proporcionar un enfoque al intenso trance de practica. Pero había durado lo suficiente, y le dejó con una vaga sensación de orgullo. Esos hombres y mujeres eran la herencia de la Tierra. Por medio de valor e ingenuidad habían producido milagros en la realidad... a las duras.

Dennis se inclinó hacia un lado para echar un vistazo. La corriente de aire se agotaba. No los llevaría de vuelta al nivel de la carretera de montaña por la que habían caído. Tendría que encontrar otro lugar donde aterrizar.

Había una llanura cercana, un estribo al este de las montañas. Con cautela, Dennis se inclinó hacia la izquierda y dirigió el aparato para que girara suavemente. Había visto un lugar

plano en la meseta. Tendría que valer. Mas allá sólo había una llanura irregular de peñascos hasta donde alcanzaba la vista.

De todas formas, no podían permanecer en el aire eternamente.

Dennis deseó que hubiera algún medio de hacer que el robot subiera con ellos a la cabina. No quería que resultara dañado en el aterrizaje. Pero tendría que correr el riesgo. Habló con la máquina para que se preparara lo mejor que pudiese.

Cayó en la cuenta de que la precaución era probablemente innecesaria. La pequeña máquina bien podría ser el único de ellos en sobrevivir a su encuentro con el suelo.

Aprovechó la altura para planear sobre la llanura. Tardó un rato en alcanzar la posición desde la que esperaba seguir el rumbo adecuado, luego giró e inició su maniobra. Tenía que salir bien, porque no iban a tener otra oportunidad.

Mientras se preparaba, aprovechó un momento para mirar a los otros. Arth estaba empapado en sudor, pero le hizo una señal afirmativa con los pulgares hacia arriba. Linnora parecía simplemente exaltada, como si no pudiera pedir más que haber experimentado lo que acababan de dejar atrás. Se inclinó un poco hacia delante y apretó su mejilla contra la de él. Dennis sonrió esperanzado y se volvió para preparar e1 aterrizaje.

—Muy bien, todo el mundo. ¡Allá vamos!

El «lugar plano» que se abalanzaba hacia ellos era en realidad un banco de arena con una pendiente de al menos diez grados de izquierda a derecha, sólo a una docena de metros del borde norte de la llanura. Llegó una ráfaga de viento, unos veinte grados a la izquierda del morro. Dennis mantuvo el equilibrio para que las velas la compensaran lo mejor posible. Sintió los brazos de Linnora agarrarse con fuerza alrededor de su pecho. En el último momento, alzó las rodillas y se preparó.

Las alas de tela orzaron levemente mientras el planeador se cernía como un albatros y se posaba suavemente sobre la blanca arena. La punta de una de las alas tocó e1 suelo, haciéndolos girar un poco mientras rebotaban por el suelo. La grava voló tras ellos cuando Arth se apoyó con todo su peso en los frenos mientras las ruedas del robot giraban furiosamente.

¡Había polvo por todas partes! Cegado, Dennis conducía completamente por instinto.

Por fin, se detuvieron. Cuando la arena se posó y las lágrimas limpiaron parte del polvo que le cubría los ojos, Dennis vio que el planeador se había detenido cerca del borde de la meseta. Otra caída de cincuenta metros se abría a sólo dos metros de distancia.

Uno a uno (primero Arth, luego Linnora y por fin Dennis), soltaron sus correas y bajaron del aparato. Apenas capaces de mantenerse en pie, se acercaron dando tumbos a una pequeña extensión de hierba bajo los escasos árboles.

Luego Arth y Linnora cayeron al suelo, mareados, y se echaron a reír. Esta vez Dennis se desplomó con ellos y se unió a sus carcajadas.

Varios minutos después, el cerduende alzó la cabeza del fondo del aparato. Todavía temblaba y se retorcía, por efecto del miedo y del poder del trance del que había sido obligado a formar parte. Durante un buen rato, simplemente miró a los locos humanos.

Por fin, mientras el sol se ponía al oeste entre las montañas, hizo una mueca de disgusto y se tumbó junto al robot para caer dormido al instante.

3

A pesar de que iban a paso tranquilo, Bernald Brady se sintió agotado mucho antes de que el grueso personaje vestido de rojo anunciara un alto para pasar la noche.

Era la primera vez que Brady montaba a caballo. Si alguna vez tenía oportunidad de declinar nuevas invitaciones, estaba seguro de que también sería la última. Desmontó torpemente. Un guardia se acercó y le soltó las manos, indicándole que se sentara junto a un árbol alto, junto al campamento.

Pronto encendieron una hoguera, y el olor de la comida al calentarse llenó el aire.

Uno de los soldados cogió un plato de guiso y se acercó a Brady para entregarle un maravilloso y liviano cuenco de cerámica. El terrestre comió mientras estudiaba el cuenco con asombro. Nunca había visto nada similar. Parecía justificar la teoría que había elaborado.

Aunque sus «captores» hacían muy bien eso de actuar como primitivos, no podían ocultar su auténtica naturaleza. Cosas como ese precioso cuenco de alta tecnología los delataba.

Esta gente pertenecía sin duda a una cultura avanzada. Una mirada a la carretera, y a sus maravillosos patines autolubricados, así se lo indicaba. Sólo había una explicación para lo que estaba sucediendo.

Obviamente, Nuel había pasado los tres últimos meses viviendo entre los nativos. Y todo ese tiempo había estado planeándolo, sabiendo que si esperaba lo suficiente Flaster sin duda le enviaría a él, Brady, para intentar una vez más arreglar el zievatrón. ¡En todo este tiempo Nuel sin duda se había congraciado con esa gente, quizá prometiéndoles pingües derechos de comercio con la Tierra! ¡A cambio, todo lo que tendrían que hacer era ayudarle a gastar un bromazo!

¡Parecía la forma típica de Nuel de establecer prioridades!

Sin duda los miembros de una civilización avanzada disponían de mucho tiempo libre. Brady había conocido a «medievalistas» en la Tierra que gustaban de cabalgar y jugar con armas anticuadas. ¡Nuel debía de haber contratado a una panda de locos por la historia para ayudarle a burlarse del próximo tipo que atravesara el zievatrón!

Estos tipos actuaban muy bien. Habían llegado a asustarlo durante un rato, sobre todo cuando el gordo empezó a interrogarlo sobre cada una de las piezas de su equipo.

Brady arrugó la nariz. ¡Aquello había ido demasiado lejos! ¡Imagínate, personas capaces de crear espadas con gemas quedándose perplejas al ver su rifle y su microondas portátil!

Oh, esta gente conocía a Nuel, desde luego. Cada vez que mencionaba su nombre, el «sacerdote» ponía cara rara. Los «soldados» sabían exactamente a quién se refería, aunque nunca admitían ni una palabra.

Sí, asintió Brady, convencido ya. Todos estaban en el ajo. Nuel se estaba vengando de él por haber cambiado aquellos chips de los tableros de circuitos de repuesto.

¡Bien, ya era más que suficiente! ¡Se acabó! El juego había llegado demasiado lejos. Las manos se le hinchaban y le habían golpeado y magullado... Brady decidió que era hora de reclamar sus derechos. Con mandíbula firme, soltó el cuenco ahora vacío y empezó a levantarse.

En ese momento uno de los «soldados» gritó.

Brady parpadeó al ver a uno de los hombres tambalearse por todo el campamento con una flecha clavada en la garganta. ¡De repente, todo el mundo corrió a cubierto!

¡Aquello era llevar el realismo un poco demasiado lejos! Brady vio cómo el soldado herido moría con un gorgoteo, ahogado en su propia sangre. Tragó saliva y tuvo la incómoda sensación de que tal vez su teoría necesitara alguna corrección.

—¡Guerrilleros! —oyó gritar a alguien—. ¡Infiltrados tras nuestras líneas!

Uno de los «oficiales» ladró una orden. Un destacamento de hombres corrió hacia los árboles que bordeaban el camino. Hubo una larga espera, seguida por una serie de ruidos fuertes: golpes y gritos agudos. Luego, al cabo de poco, un mensajero llegó corriendo al campamento.

El correo se dirigió al gordinflón vestido de rojo, que no corría ningún riesgo, agazapado tras un árbol cercano.

Brady se acercó hasta el borde de su propio árbol, desde donde pudo escuchar.

—... emboscada en una curva de la carretera. Supongo que uno de ellos debió de impacientarse esperándonos, y soltó antes de tiempo la trampa. Fue una suerte para nosotros. Pero seguimos atascados aquí hasta que podamos contactar con nuestro ejército.

El gordinflón de rojo, el llamado Hoss´k, se lamió los labios, nervioso.

—¡Usamos nuestra última paloma mensajera para informar a mi señor Kremer de que habíamos capturado a otro mago extranjero! ¿Cómo vamos a hacer llegar un mensaje ahora?

El oficial se encogió de hombros.

—Enviaré a una docena de hombres en diferentes direcciones después de anochecer. Lo único que necesitamos es que uno de ellos llegue...

Brady volvió a su refugio tras el árbol y permaneció allí sentado un buen rato, parpadeando. Sus cómodas teorías se disolvieron a su alrededor, y se quedó sumido en una realidad confusa y peligrosa.

«¡Yo no quise venir aquí!», se quejó silenciosamente al universo.

Suspiró. ¡Nunca debí haber dejado que Gabbie me convenciera para ofrecerme voluntario!

4

—Mi señor, hemos recibido un mensaje del diácono Hoss´k. Va de camino al Paso Norte. Dice haber encontrado...

El barón Kremer se volvió y rugió.

—¡Ahora no! ¡Enviadle a ese idiota la orden de quedarse donde está y no interferir con las fuerzas del norte!

El mensajero se inclinó rápidamente y salió de la tienda. Kremer regresó con sus oficiales.

—Continuemos. Decidme qué se está haciendo para despejar el valle del Ruddik de monstruos flotadores.

Kremer acababa de llegar, al amanecer, en un planeador de tres plazas. Le dolía la cabeza y se sentía un poco mareado. Sus subordinados comprendieron que tenía poco aguante, y se apresuraron a acceder a sus demandas.

—Mi señor, fueron detenidos ayer a la caída de la noche. Pero las fuerzas del conde Feif-dei se cierran ahora sobre los dos monstruos que quedan sobre el borde sur del cañón. Vamos a proporcionar un buen apoyo aéreo, ayudados por los refuerzos que ordenasteis enviar de los otros frentes.

»En cuanto los dos monstruos del sur queden eliminados, podremos asaltar la montaña. Será costoso, pero los L´Toff no podrán mantener sus posiciones. Tendrán que replegarse, y los cuatro monstruos restantes de la pendiente norte serán rodeados entonces. No podrán hacer nada.

—¿Y cuántos planeadores habremos perdido para entonces? —preguntó el barón.

—Oh, no muchos, mi señor. Quizá quince o veinte.

Kremer se desplomó en una silla.

—No muchos... —suspiró—. Mis valientes y afortunados pilotos... tantos. Una cuarta parte perdida, casi un tercio, y ninguno para apoyar las tropas del norte.

—Pero majestad, los monstruos habrán desaparecido. Y los L´Toff y los exploradores están luchando ya en todos los frentes. ¡Una brecha en cualquier parte, y los tendremos! Eso es especialmente cierto aquí. ¡Si logramos atravesar hacia el oeste hoy, partiremos al enemigo por la mitad!

Kremer alzó la cabeza. Vio entusiasmo en la cara de sus oficiales, y empezó a sentirse él mismo una vez más.

—¡Sí! —dijo—. Que traigan refuerzos. ¡Vayamos al Ruddik y seamos testigos de esta histórica victoria!

5

Cuando amaneció, Dennis y Linnora estaban tendidos uno al lado del otro, envueltos en una de las mantas de Surah Sigel en el banco de arena, contemplando el sol alzarse sobre las nubes del este.

Dennis se notaba los músculos como si fueran harapos fláccidos usados al máximo. Sólo que allí, en Tatir, un harapo que hubieran usado tanto no estaría en tan mal estado como él. Sólo mejoraría con cada lavado.

Cerca, oyó a Arth preparar el mejor desayuno posible con lo que quedaba de la cesta de Surah.

Linnora suspiró, la cabeza apoyada sobre el hombro de Dennis. Él se contentaba con vagar, sólo a medias consciente, en el suave y dulce aroma de su cabello. Sabía que pronto tendrían que empezar a pensar en un modo de salir de esa altiplanicie. Pero en ese momento no deseaba romper aquella sensación de paz.

Arth tosió. Dennis oyó al hombrecito acercarse al borde del precipicio, murmurar tristemente un momento, y luego volver a los árboles.

—¿Denniz?

Dennis no se quitó el brazo de la cara.

—¿Qué pasa, Arth?

—Denniz creo que será mejor que eches un vistazo a algo.

Dennis se destapó los ojos. Vio que Arth señalaba al oeste.

—¿Quieres dejar de hacer eso? —dijo Dennis mientras Linnora y él se incorporaban. No podía reprimir la irritación por la costumbre de Arth de traer malas noticias.

Arth señalaba el montículo del que habían caído el anochecer anterior, rodeados de flechas que hendían el aire.

Según el ordenador de muñeca de Dennis, habían pasado menos de diez horas desde que se lanzaron por aquel barranco, directos al corazón del Efecto Práctica.

Dennis oyó leves sonidos de lucha procedentes de esa dirección. Una columna de polvo de la batalla se alzaba entre las montañas. La nube parecía moverse lenta, inexorablemente hacia el sur.

Los L´Toff estaban siendo obligados a replegarse.

Pero no era eso lo que preocupaba a Arth. Señalaba un lugar situado por debajo y por detrás del polvo de la batalla. Dennis observó cuidadosamente la cara de la montaña, iluminada por el sol naciente. Entonces los vio.

Un pequeño destacamento de hombres se había separado de la lucha en las cumbres. Bajaban por la pendiente que una cascada había abierto gradualmente. Descendían con cuidado, ayudándose con cuerdas en los tramos más empinados.

Así que las tropas de Kremer no se rendían todavía. Sabían cuánto quería su señor a los fugitivos y habían enviado un contingente a perseguirlos incluso por esa altiplanicie solitaria.

Dennis calculó que tardarían poco más de dos horas, quizá tres, en llegar.

Linnora le tocó el hombro. ¡Dennis se giró, y dio un respingo cuando vio que ella estaba señalando a su vez!

¿Tú también? La miró acusador antes de seguir su gesto. Allá al sur, donde ella señalaba, algo brillante se movía contra el cielo. Varias cosas. Envidió la prodigiosa capacidad visual de Linnora.

—¿Qué ... ?

Entonces lo supo. El objeto más grande era un globo que flotaba en la luz matutina. Su gran bolsa de gas estaba en llamas, y varios objetos oscuros y malignos zumbaban a su alrededor, preparándose para matar.

Se acabó. En vez de un breve, pacífico respiro, la batalla ardía alrededor de ellos en muchos frentes. Sería mejor salir de aquella meseta antes de que los exploradores de Kremer llegaran. También sería deseable ver qué podía hacer su pequeña banda de aventureros para ayudar a los buenos.

Y a Dennis le pareció que tal vez tuvieran un medio.

Sacó el afilado cuchillo centenario que Surah Sigel le había dado, y se volvió hacia Linnora y Arth.

—Quiero que me busquéis un trozo de madera dura, aproximadamente de este grosor y esta longitud —indicó con las manos.

Cuando Arth empezó a hacer preguntas, Dennis se limitó a encogerse de hombros.

—Quiero tallar un poco —fue todo lo que dijo.

Linnora y Arth se miraron. Más magia, pensaron, asintiendo. Se volvieron sin decir nada más, y corrieron a los matorrales a buscar lo que quería el mago.

Cuando regresaron encontraron al terrestre enfrascado en una conversación... en parte consigo mismo y en parte con su demonio de metal. Había arrastrado el planeador hasta unos cuantos palmos del borde del precipicio con el robot instalado debajo una vez más. Había un montón de cosas en la arena, junto al aparato.

—Hemos encontrado un palo —anunció Arth.

—Y parece lo que querías —terminó Linnora.

Dennis asintió. Cogió la rama de un metro y empezó inmediatamente a descortezarla y a tallarla en arcos largos y curvos. Murmuraba para sí, distraído. Ni Linnora ni Arth se atrevieron a interrumpirlo.

El cerduende despertó de su sueño dentro del carro-planeador y se encaramó al parabrisas para observar.

Linnora frunció el ceño, consternada.

—Creo que quiere despegar otra vez ——le susurró a Arth. Se dio cuenta, por ejemplo, de que había empezado a vaciar el aparato para aligerarlo—. Ven y ayúdame —le dijo al ladrón, y empezó a tirar de la silla y el banco para arrancarlos del planeador.

Sólo de vez en cuando alzaban la cabeza para valorar sus progresos. Los exploradores de Kremer habían avanzado en su descenso por la pendiente. Se acercaban cada vez más.

Arth y Linnora acababan de completar su tarea cuando Dennis terminó la suya.

Linnora pensaba que ya no podría sorprenderse por nada de lo que hiciera el mago. Pero entonces Dennis dejó de tallar, observó su labor durante un segundo, ¡y metió la mano bajo el planeador para darle el palo al robot!

—Toma —le dijo—. Cógelo firmemente por la mitad con el brazo manipulador central. Sí. Ahora gíralo en el sentido de las aguas del reloj. No, quiero un movimiento giratorio a lo largo del eje de ese brazo. ¡Eso es!

»No lo esfuerces al principio, pero hazlo girar lo más rápido que puedas —recalcó—. Tu misión es generar una brisa que vuelva hacia nosotros, y conducir el ascenso hacia delante.

Se volvió hacia los otros y sonrió. Como ellos se le quedaron mirando, trató de explicarse. Pero lo único que pudieron entender fue el nombre de la nueva herramienta: una hélice, la llamó.

El palo giró más y más rápido. Pronto fue sólo un borrón, y empezaron a notar un fuerte viento.

Dennis pidió a Arth que se quedara en tierra sujetando la parte trasera del aparato, para impedir que se moviera. Linnora subió a bordo y ocupó su lugar acostumbrado.

Dennis recogió al krenegee, que gimió agotado.

—Vamos, Duen. Sigues teniendo un trabajo que hacer. —Se sentó delante de Linnora y le hizo un gesto con la cabeza para que iniciara el trance de práctica.

—*Hélice.* —Linnora pronunció la nueva palabra para memorizarla. Cogió el klasmodion y tañó.

En Tatir, a veces incluso la gente se beneficiaba con la práctica. Los cuatro se sumieron en otro trance *felthesh* como si hubieran nacido para ello. No fue tan intenso como la potente tormenta de cambio que habían forjado tan desesperadamente el día anterior. Pero pronto hubo un titilar familiar en el aire ante el planeador, y supieron que las alteraciones empezaban a tener lugar.

Ahora había que jugar contra el tiempo.

6

El último de los globos del enclave sur se marchó flotando poco después de salir el sol, cuando los defensores de su punto de anclaje sucumbieron al asalto del amanecer. Al menos estos aeronautas habían aprendido de desastres anteriores. Lanzaron inmediatamente por la borda sus sacos de arena, armas, ropa, todo el lastre que pudiera soltarse. El globo saltó al cielo, dejando atrás los planeadores parecidos a buitres a la espera. El aerostato cogió una rápida corriente de aire y se dirigió hacia el este y la seguridad relativa.

Gath vio lo que sucedía y deseó que el globo fuera el que ocupaba su amigo Stivyung.

Bueno, al menos habían conseguido retrasar lo inevitable un día entero. Durante la noche, las ascuas de las fauces de los globos habían sido un recordatorio para las tropas de abajo de que no todas las cosas salían como quería Kremer.

—Los planeadores podrán atacar ahora a nuestras fuerzas en esa montaña —dijo un arquero L´Toff que compartía con él la barquilla—. Barrerán la zona sur, permitiendo a las tropas invasoras perseguir y acosar a nuestras fuerzas en el valle.

Gath tuvo que estar de acuerdo.

—¡Necesitamos refuerzos!

—Ay, nuestras reservas se han replegado para oponerse al ataque del frente norte.

Gath maldijo. Si hubieran podido idear una forma de conducir los globos contra el viento... podrían haber sido también útiles en la lucha del norte. ¡No habrían sido como patos a la espera de los disparos de aquellos malditos planeadores!

—¡Ahí vienen otra vez! —gritó un hombre.

Gath alzó la cabeza. Otra horda de malditos demonios con alas de dragón se acercaba. ¿De dónde habían salido?

Kremer debía de haber traído todos los que tenía para acabar con ellos.

Cogió su arco y se preparó.

7

Arth se esforzó por sujetar la cola del carro-planeador. Le resbalaron los talones en la arena polvorienta. El aire estaba lleno de partículas flotantes.

—¡No puedo sujetarlo!

—¡Aguanta un poco más! —instó Dennis por encima del alboroto. El viento del palo giratorio era ahora un rugido que les revolvía salvajemente el pelo. El carro seguía rebotando y sacudiéndose mientras el aire hacía que las alas se agitaran y zumbaran.

Linnora se inclinó hacia los frenos, su largo cabello dorado ondeando tras ella.

Arth volvió a gritar.

—¡Noto que se desliza!

—He hecho que el robot gire las ruedas a la inversa —gritó Dennis—. ¡Dentro de un momento podrás saltar a bordo, Linnora soltará los frenos, y le diré al robot que despegue!

—¿Le dirás que haga qué? —Arth se esforzaba cuanto podía.

—¡He dicho... he dicho que le diré al robot que *adelante*! —gritó Dennis—. Entonces podrás...

Nunca terminó la frase. Hubo un súbito cambio en el zumbido, bajo ellos, cuando las ruedas dejaron de girar a la inversa y salieron inmediatamente disparados hacia delante.

—¡No! ¡No me refería a ahora! —Dennis fue lanzado contra Linnora mientras el aparato se abalanzaba como un caballo de carreras en la parrilla de salida.

Pillado en un vendaval de arena, Arth se soltó justo a tiempo. Cayó boca abajo en el suelo, a escasos centímetros del borde del acantilado.

—¡Eh! —Tosió y escupió y se enderezó, quejándose—. ¡Eh! ¡Esperadme!

Pero el «carro» ya estaba demasiado lejos para que pudieran oírle. Estaba más allá del cañón, haciendo piruetas en el aire.

Arth se quedó mirando, embelesado, cómo la máquina voladora ganaba altura, se atascaba, caía en picado, luego se recuperaba en una serie de bucles.

Las maniobras eran ciertamente sorprendentes, pensó Arth. El mago debía de estar alardeando para su amada. ¿Y quién podía reprochárselo? El corazón de Arth surcaba los cielos con la salvaje danza del aeroplano.

Sin embargo, por un instante le pareció oír una imprecación cuando la máquina pasó volando por encima de altiplanicie.

Se quedó mirando, sorprendido, hasta que un ruido le recordó que los soldados de Kremer estaban cerca. Una apresurada mirada a un pequeño promontorio le dijo que el grupo de exploradores había llegado. Arth decidió que sería mejor que fuera a buscarse un buen escondite.

Linnora volvía a reírse. Y una vez más, eso resultó de muy poca ayuda.

El pulso de Dennis redoblaba mientras jadeaba buscando aire. ¡La princesa se agarraba a él con tanta fuerza que apenas podía respirar!

Tiró de una de las cuerdas que había atado al robot para poder controlar el burdo avión con las manos y no tener que gritar todas sus órdenes. Tiró suavemente, para no desequilibrar la máquina, pues había aprendido la lección por la tremenda. Varias veces casi había hecho que el pequeño aparato se calara, o se pusiera a dar vueltas de manera incontrolable.

Por fin, la maldita cosa se estabilizó. El robot hacía girar la hélice a ritmo regular, y Dennis hizo que el aparato volara suavemente alejándose de los promontorios, las paredes de roca y las corrientes de aire adversas. Hizo que el avión ascendiera lentamente, luego se desplomó contra el suave y fuerte abrazo de Linnora, esperando no marearse.

Linnora se reía, y le abrazaba de puro júbilo.

—¡Oh, mi mago! —suspiró—. ¡Ha sido maravilloso! Qué gran señor debes de ser en tu tierra. ¡Y qué tierra de maravillas debe de ser!

Dennis sintió que recuperaba la respiración. A pesar de aquel período de pánico y casi desastre, las cosas habían salido esta vez como planeaba. ¡Parecía que le cogía el tranquillo al Efecto Práctica!

No podía evitar sentirse feliz, mientras ella le frotaba los músculos del cuello y jugaba felizmente mordisqueándole la oreja. Controlaba el avión con suaves tirones, dejando que ganara práctica con el uso.

El cerduende se asomaba por un lado, los ojos brillantes de diversión, mientras surcaban placenteramente el cielo.

Aunque se sentía feliz de descansar en brazos de Linnora por el momento, Dennis comprendió que tendría que dejar una cosa clara bien pronto. Ella confiaba demasiado en él. No había duda. ¡Tenía la costumbre de dar por hecho que él sabía lo que iba a hacer, cuando lo único que hacía era improvisar para sobrevivir!

Los bosques y llanuras de Coylia se extendían bajo ellos: un mar de ocres verdes y azules. Suaves nubes blancas formaban columnas hasta donde alcanzaba la vista.

Dennis pasó la mano por el laminado costado del aparato en el que volaban... ¡algo que él había creado, ayudado por sus camaradas, en dos días! Se maravilló por las magníficas adaptaciones que habían convertido un pobre carro de mano en una estilizada máquina voladora.

Cierto, eso normalmente no habría sido posible, ni siquiera allí. Habían hecho falta su propia inventiva y la rara resonancia práctica... derivada de la unión de hombre, L´Toff, y krenegee. Pero con todo...

Duen saltó sobre su regazo. Al parecer, había decidido perdonarlo. La criatura se aposentó y emitió un largo ronroneo. Dennis acarició su piel suave. Miró a Linnora, recordando sus últimas observaciones, y sonrió.

—No, amor. Mi mundo no es más maravilloso que éste, donde la naturaleza es tan amable. La vida suele ser dura allí. Y en las últimas generaciones se ha convertido en menos brutal y fútil gracias al sudor y al trabajo duro de millones de seres. Si tuviera la oportunidad, cualquier hombre o mujer de la Tierra elegiría vivir aquí.

Contempló las llanuras y se dio cuenta de que había tomado una decisión sorprendente. Permanecería allí, en Tatir.

Oh, podría regresar temporalmente a la Tierra. Le debía a su lugar de nacimiento toda la ayuda que pudiera prestarle a partir de lo que había aprendido en Tatir pero Coylia sería su hogar. Para empezar, Linnora era de allí. Y sus amigos.

—¡Arth! —Dennis se enderezó de pronto. El avión osciló.

—¡Cielos! —gritó Linnora—. ¡Debemos volver!

Dennis asintió mientras hacía virar suavemente el avión.

Y luego estaba la guerra. Había que encargarse de esa locura antes de seguir pensando en instalarse en esa tierra y vivir feliz para siempre jamás.

Desde su escondite bajo un árbol caído, Arth oyó los gritos de los soldados. Durante un buen rato se quedaron en la altiplanicie mientras él escuchaba sus exclamaciones. de sorpresa. Estaban más que sorprendidos por lo que habían visto. Oyó murmullos supersticiosos y la palabra «dragón» en la Antigua Lengua, repetida una y otra vez.

Pasaron los minutos. Luego hubo más gritos excitados. Arth oyó un rugido aterrador, seguido por sonidos de huida y pánico. La secuencia se repitió varias veces. El rugido parecía hacerse más fuerte y los alaridos de miedo más lejanos.

Finalmente, Arth salió de su escondite con cuidado para echar un vistazo.

Vio a los exploradores de Kremer corriendo hacia las cuerdas, tratando desesperadamente de escapar de la altiplanicie como si los persiguiera el mismísimo diablo.

Incluso él dio un respingo cuando la gran forma rugiente bajó hacia él desde las nubes. Luego vio dos pequeñas formas que lo saludaban desde la cabina del avión.

Arth pudo comprender la huida de los soldados. ¡Su propio corazón corría desbocado mientras veía la cosa, y eso que sabía qué era!

Arth comprendió que sería peligroso intentar otro aterrizaje en la pendiente arenosa. No merecía la pena correr el riesgo mientras hubiera una guerra que ganar. Agradecía a Dennis y Linnora que se hubieran tomado la molestia de espantar a los exploradores antes de continuar para tratar asuntos más importantes.

Arth saludó a sus amigos con un gesto de despedida, y vio cómo la máquina voladora aceleraba hacia el sur. Se cubrió los ojos y la siguió en su avance hacia el frente de batalla, hacia la hilera de montañas. Finalmente, cuando se convirtió en un simple punto en el horizonte, se acercó al montón de suministros que Linnora había vaciado en el banco de grava. También encontró varias mochilas, que los aterrados soldados habían dejado atrás en su huida.

Suspiró mientras rebuscaba entre los restos. Había suficiente para vivir durante algún tiempo.

Les daré un par de días para ganar la guerra y volver a por mí, pensó. *¡Si no han vuelto para entonces, tal vez tenga que construir una de las cosas voladoras yo mismo!*

Tarareó en voz baja mientras se preparaba la comida y se imaginó surcando el cielo sin ser esclavo de los vientos.

8

La batalla iba mal. Alrededor de mediodía, Gath ordenó que se arrojara por la borda todo el lastre posible en preparación para una huida a la desesperada.

Sirvió de poco. El siguiente escuadrón de planeadores al ataque envió una lluvia de dardos que rasgó el globo. Menos flechas que nunca se alzaron al encuentro de las formas negras. La gran bolsa de gas empezó a desplomarse mientras el aire caliente escapaba.

Otro de los arqueros murió en el asalto. El cuerpo tuvo que ser lanzado por la borda sin más ceremonias. No había tiempo para hacer otra cosa.

Abajo, los hombres que protegían los anclajes estaban siendo duramente presionados. Todos sabían que era cuestión de tiempo hasta que las fuerzas que sostenían el extremo sur sucumbieran a la presión aérea, dejando su flanco sin protección.

Kremer había visto con claridad la oportunidad que le brindaba su situación de dominio en el Ruddik. Había traído refuerzos del frente norte, donde los Exploradores Reales de Demsen oponían una fuerte resistencia.

Gath había visto llegar varios contingentes de mercenarios, junto con compañías de norteños de Kremer, sólo minutos antes de la última retirada. El ataque final sobre el saliente no se haría esperar. Y cuando las tropas se abrieran paso, el corazón de la tierra de los L´Toff quedaría a merced de los invasores.

El globo perdía aire visiblemente. Ni siquiera Gath podía calcular cuánto tiempo permanecería flotando, a pesar de la práctica.

Luego, como si todo eso no fuera suficiente, uno de sus hombres lo agarró por el hombro y señaló, preguntando:

—¿Qué es eso?

Gath entornó los ojos. A1 principio pensó que era otro maldito planeador. En la brillante luz de la tarde algo nuevo pareció unirse a la batalla aérea... una gran cosa alada, mayor que el más grande de los planeadores de Kremer.

Esta cosa rugía, y volaba como ningún planeador que hubiera visto jamás. Había algo poderoso en la forma en que surcaba el cielo.

Los hombres de Gath murmuraron temerosos. Si Kremer había añadido otro elemento a la batalla...

¡Pero no! Mientras observaban, la máquina rugiente se alzó, luego se lanzó en picado por la boca del cañón para atacar la columna de planeadores que se alzaba allí lentamente.

Garth se quedó mirando, aturdido. El intruso revoloteó entre los planeadores, perturbando el aire tranquilo del que dependían. La turbulencia de su paso les hizo perder el control. ¡Una tras otra, las negras formas se estremecieron, voltearon y cayeron!

La mayoría de los pilotos recuperó el control de sus aparatos, pero no a tiempo de alcanzar otra corriente ascendente.

Los experimentados pilotos buscaron desesperadamente zonas planas y tuvieron que disponerse a hacer aterrizajes de emergencia en las pendientes empinadas.

Los furiosos pilotos salieron dando tumbos o cojeando de sus máquinas siniestradas para mirar el aparato zumbante que los había derribado como una mano que aplasta moscas.

Unos cuantos planeadores de Kremer consiguieron permanecer en el aire. Escaparon a la primera pasada del monstruo rugiente, ganaron altura y luego se abalanzaron contra el intruso.

Pero la forma parecida a un halcón maniobró fácilmente para ponerse fuera del alcance de los dardos mortales. Luego dio la vuelta limpiamente y persiguió a sus perseguidores, cazándolos sobre la árida llanura. El resultado inevitable, cada una de las veces, fue otro planeador destrozado o siniestrado en la irregular pradera.

¡En cuestión de minutos, el aire quedó despejado! Los L´Toff se quedaron mirando, incapaces de creer lo sucedido. Entonces un aplauso brotó de las líneas de los defensores. Los atacantes, incluso los profesionales uniformados de gris, retrocedieron llenos de terror cuando la cosa zumbante revoloteó sobre el cañón.

Por si eso fuera poco, en ese momento unos cuernos resonaron por todo el valle rocoso. En las alturas que dominaban el cañón, apareció un destacamento de hombres con armadura. Cuando se levantó viento, desplegaron el pendón real de Coylia. Un gran dragón, sus amplias alas batientes recortadas sobre verde brillante ondeaba al viento v sonreía a los combatientes.

Gath sabía que apenas una docena de Exploradores Reales se escondían en los riscos superiores, para hacer una gran demostración en el momento adecuado. Los tácticos contaban con la reputación de los exploradores para frenar al enemigo en el momento crucial.

El efecto superó con creces lo que habían esperado Demsen y el príncipe Linsee. La asociación entre la desconocida cosa voladora y los dragones de las leyendas fue inconfundible. En los ejércitos del valle hubo, sin duda, súbitas conversiones instantáneas a la Antigua Fe.

Fue entonces cuando el gran monstruo rugiente revoloteó sobre el ejército de la llanura.

No se alzó ninguna flecha para recibirlo, pues aunque no lanzó nada fatal, su ronco rugido llenó de terror los corazones de los invasores. Soltaron las armas y abandonaron sus posiciones sin mirar atrás.

Gath respiró con tranquilidad por primera vez en días. Tenía muy pocas dudas sobre la identidad del piloto de aquel ruidoso planeador en forma de dragón.

9

—¡Majestad! ¡Todo está perdido! —El jinete gris desvió su montura delante de su señor.

Kremer tiró de las riendas de su caballo.

—¿Qué? ¿De qué estás hablando? ¡Me han dicho que estaban en nuestras manos!

Entonces alzó la mirada y vio la derrota en curso. Como una riada inexorable los uniformes verdes, rojos y grises bajaban en tropel cañón abajo, sólo un poco por detrás del mensajero a caballo. El señor de la guerra y sus ayudantes quedaron atrapados en la riada de soldados llenos de pánico. Rápidamente quedó claro que gritar y golpear a los hombres con la espada no los detendría. Lo único que Kremer y sus oficiales pudieron hacer fue espolear sus nerviosos animales para situarse en terreno elevado, al borde del cañón, fuera de la marea de soldados a la desbandada.

Algo había salido desesperadamente mal, eso estaba claro. Kremer alzó la cabeza, buscando su principal arma, ¡pero en el cielo no había ninguno de los planeadores!

¡Entonces se volvió en respuesta a un leve ruido y vio una forma desconocida sobrevolar el cañón, persiguiendo a sus hombres! Por experiencia, sabía que ningún planeador podía volar de esa forma, ignorando las peligrosas corrientes de aire y el ritmo de caída. Gritaba como una gran ave de presa enfurecida, y a su alrededor titilaba la leve luminosidad del felthesh.

Las tropas que huían ya habían tenido suficientes sorpresas durante aquella campaña. Primero los desagradables y monstruosos «globos» flotantes... ¡y ahora eso!

El señor de la guerra despotricó furioso. Mientras la cosa se acercaba, Kremer acarició la culata de la pistola de agujas que llevaba en la cadera. Si se acercaba lo suficiente... ¡Si pudiera derribarla, podría devolver el valor a sus hombres!

Pero el monstruo no cooperó. Cumplida su misión, se alzó y dio la vuelta, dirigiéndose al norte. Kremer no tenía duda de que su destino era la batalla en los pasos septentrionales.

Mentalmente lo vio todo... el mago extranjero había hecho eso, y no había forma de detenerlo.

No podía combatir esa nueva cosa. Al menos no por ahora. Su plan de batalla se basaba demasiado en sus planeadores, que no podían enfrentarse al monstruo.

Naturalmente, cuando la noticia de aquel desastre llegara al este, los grandes señores volverían al redil del rey Hymiel. En cuestión de días habría ejércitos dirigiéndose al oeste, compitiendo por su cabeza puesta a precio.

Kremer se volvió hacia sus auxiliares.

—Corred al puesto de señales. Ordenad una retirada general, tanto aquí como en el norte. Que mis hombres se reúnan en el Valle de los Altos Árboles, en nuestra tierra ancestral de Flemming. Las antiguas fortificaciones de ese lugar son inexpugnables. No tendremos nada que temer de ningún ejército ni de los monstruos voladores del mago.

—¿Majestad? —Los oficiales le miraron incrédulos. Un momento antes estaban sirviendo al indudable futuro gobernante de todas las tierras, desde las montañas al mar. ¡Ahora les estaba diciendo que tendrían que vivir como habían hecho sus abuelos, en el duro norte!

Kremer sabía que pocos hombres eran capaces de calibrar globalmente la situación tan rápida y claramente como él. No podía reprocharles que estuvieran aturdidos. Pero tampoco estaba dispuesto a permitir que obedecieran con lentitud.

—¡Moveos! —gritó. Tocó la pistola de agujas enfundada que llevaba al cinto y los vio temblar—. Quiero que la noticia se difunda de inmediato. Cuando eso se cumpla, enviaremos un mensaje a nuestra guarnición de Zuslik. Despojarán la ciudad de comida y riquezas... Lo necesitaremos durante los meses y años que nos esperan.

10

Era ya tarde, incluso para un día de verano en Tatir, cuando el milagroso «dragón» regresó a la tierra de los L´Toff. El grupo de bienvenida de tierra tuvo que seguirlo zigzagueando hasta que ellos y el piloto de la máquina voladora encontraron un claro lo bastante grande. Parecía que para entonces la mitad de la población (todos los que no estaban todavía acosando a los ejércitos en retirada) se había congregado para recibir a sus salvadores.

El aparato descendió, una forma brillante que resplandecía en el dorado crepúsculo. Se posó ligeramente y finalmente rodó hasta detenerse no lejos de un bosquecillo de robles altos.

La multitud estalló virtualmente de alegría cuando vieron la esbelta forma de su princesa salir del cuerpo del aparato aéreo. Se congregaron, vitoreando, y algunos incluso trataron de auparla a hombros.

Pero ella no lo permitió. Los hizo retroceder y se volvió para ayudar a levantarse a otra persona. Era un hombre alto para ser forastero, moreno y barbudo, y parecía muy cansado.

Pero la mayor sorpresa se produjo cuando vieron la cosa encaramada sobre el hombro del desconocido... una pequeña criatura con dos ojos verdes relucientes y una sonrisa maliciosa. El krenegee ronroneó mientras la gente retrocedía y se sumía en un reverente silencio.

Luego los L´Toff suspiraron, casi al unísono, cuando el mago extranjero abrazó a su princesa y la besó largamente.

XII

SEMPER UBI SUB UBI

1

Cuando Dennis despertó por fin se sintió un poco extraño, como si hubiera pasado mucho tiempo, como si hubiera soñado muchísimo. Se incorporó, frotándose los ojos.

A través de una fina corona, la luz del sol se filtraba en el pabellón de brillante dosel. Apartó la colcha de seda y se levantó de la mullida cama en la que había dormido. Descubrió que estaba desnudo.

Del exterior de la chillona tienda llegaban gritos excitados, y el sonido de mensajeros al galope yendo y viniendo. Dennis buscó algo que ponerse y encontró un par de leotardos suaves y una blusa de satén verde sobre una silla de respaldo blanco. Cerca había botas negras de cuero... de su talla. Dennis no se entretuvo con la ropa interior. Se vistió rápidamente y corrió al exterior.

Sólo a una docena de metros de distancia, el príncipe Linsee charlaba animadamente con varios de sus oficiales. El señor de los L´Toff escuchaba un informe de un mensajero sin aliento; luego se echó a reír y palmeó en el hombro al correo, en gesto de gratitud.

Dennis se relajó un poco al oír la risa del príncipe. Su agotado sueño se había visto perturbado por pensamientos reiterados de culpa que indicaban que debería estar despierto ayudando a los L´Toff a asegurar la victoria que les había proporcionado. Varias veces había estado a punto de despertar, para ocuparse en el diseño de nuevas armas, o usar su nuevo aparato aéreo para acosar al enemigo. Pero su cuerpo exhausto se había negado a cooperar.

Eso no quería decir que su sueño hubiera sido intranquilo todo el tiempo. A ratos había soñado con Linnora, y eso estuvo muy bien.

—¡Denniz!

Uno de los oficiales L´Toff sonrió al verlo. Dennis dudó un instante. Le habían presentado a tanta gente a la luz del crepúsculo... ¿Había sido la noche anterior, o la otra?

—¡Denniz! Soy yo, ¡Gath!

Dennis parpadeó. ¡Vaya, era él! El muchacho parecía haber crecido durante los dos últimos meses. O tal vez era el uniforme.

—¡Gath! ¿Hay alguna noticia de Stivyung?

El joven sonrió.

—Recibimos un mensaje hace tan sólo una hora. Está bien. ¡Su globo aterrizó en una baronía leal a la corona, y vuelve con una columna de soldados para ayudar a perseguir a Kremer!

—Entonces Kremer...

Dennis se detuvo a mitad de la pregunta, porque el príncipe se había vuelto y se acercaba. Linsee era un hombre alto y delgado, con perilla gris. Sonrió y estrechó la mano de Dennis.

—Mago Nuel. Me alegro de verte levantado por fin. Confío en que hayas descansado bien.

—Bueno, sí, alteza. Pero estoy ansioso por saber..

—Sí —dijo Linsee, riendo—. Mi hija, y tu prometida, con mi permiso, Linnora se está cambiando en una tienda cercana. La mandaré llamar. —A una indicación del príncipe, un joven paje salió corriendo con el mensaje.

Dennis se alegró. Ansiaba volver a ver a Linnora. La noche del aterrizaje se había sentido tan nervioso como cualquier joven petimetre cuando llegó el príncipe y ella los presentó. Se sintió enormemente aliviado cuando Linsee consintió deleitado su compromiso.

Con todo, era el progreso de la guerra lo que le preocupaba en aquellos momentos. Desde al aire, aquel tumultuoso atardecer de la batalla, había visto a las tropas uniformadas de gris del tirano retirarse en todos los frentes. Sus múltiples aliados (los mercenarios y servidores de otros barones) habían desaparecido tras el primer pase de su máquina voladora, dejando a los norteños a solas en su retirada, mirando nerviosamente por encima del hombro.

Pero los soldados grises en retirada no estaban indefensos. A pesar de su terror, se habían replegado en buen orden. Eran tropas excelentes que retrasaron fieramente a los perseguidores L´Toff para que sus compañeros pudieran escapar.

Cuando la llegada de la oscuridad los obligó por fin a aterrizar en territorio L´Toff, a Dennis le preocupaba que, al día siguiente, el enemigo pudiera reorganizarse y regresar.

—¿Qué hay de Kremer? —preguntó.

—Nada de que preocuparse. —Linsee sonrió—. Sus aliados han regresado con el rey. Y un ejército de voluntarios viene de camino desde el populoso este. Kremer ha despojado Zuslik de todo lo que ha podido y se dirige ahora mismo hacia las montañas de sus antepasados.

»Por desgracia, me temo que incluso los ejércitos de todo el reino, ayudados por un puñado de tus monstruos voladores, no podrán sacarlo de esos peligrosos barrancos.

Dennis se sintió aliviado. No tenía dudas de que Kremer volvería a causar problemas algún día. Un hombre tan brillante y despiadado encontraría formas de satisfacer sus ambiciones, y consideraría aquello sólo como un retraso temporal.

Con todo, por ahora la crisis había acabado.

Dennis se alegraba de haber ayudado al pueblo de Linnora. Pero sobre todo se alegraba de que ningún tirano lo obligara a inventar aparatos para los que aquel mundo no estaba preparado.

Tendría que tener cuidado con eso, en el futuro. Ya había soltado en Tatir la rueda y el globo. Y Gath probablemente había averiguado ya el principio de la hélice, sólo mirando el carro-avión.

Dennis tendría que ver qué hacía el Efecto Práctica de esas innovaciones, una vez que se produjeran en masa, antes de lanzar más trucos de magia sobre aquellos inocentes.

Un paje corrió hasta el príncipe Linsee, quien se inclinó para escuchar el mensaje.

—Mi hija te pide que te reúnas con ella en el prado donde aterrizasteis hace dos noches —le dijo a Dennis—. Está allí, junto a tu máquina milagrosa.

»Nadie ha molestado la máquina desde que llegasteis —le aseguró el príncipe—. ¡Hice saber que todo aquel que se acercara al brillante dragón rugiente sería devorado vivo!

Dennis advirtió, por la sonrisa pícara de Linsee, que compartía el agudo ingenio de Linnora. Sin duda, mientras él dormía, la princesa había informado a su padre de todo lo que había sucedido desde su captura.

—Oh, muy bien, alteza. ¿Podrías asignarme a alguien que me muestre el camino?

Linsee llamó a una joven paje, que se adelantó y cogió a Dennis de la mano.

2

Linnora esperaba a Dennis en el prado junto al brillante avión. Estaba sentada cruzada de piernas en el suelo, ataviada con calzas y cuero L´Toff, ante el morro del aeroplano, mientras tres de sus damas de compañía susurraban en el borde del bosquecillo.

Por lo que pudo oír mientras se acercaba, Dennis notó que las doncellas no aprobaban demasiado que su princesa se vistiera como un soldado, y menos que se sentara en el suelo delante de una máquina extraña.

Las damas abrieron la boca y se volvieron rápidamente cuando Dennis les dio los buenos días. (Buenas *tardes,* se corrigió mientras veía la posición del sol.) Las doncellas hicieron una reverencia y se retiraron. Su actitud era respetuosa, pero su nerviosismo ponía de manifiesto que consideraban probable que a Dennis le salieran colmillos o echara a andar por el aire. Estaba claro que los L´Toff corrientes y molientes no eran mucho más sofisticados que los coylianos medios.

Pero eso podía cambiar, se recordó Dennis mientras caminaba hacia el avión.

Frunció el ceño, aturdido. Linnora estaba echada de espaldas, con la cabeza dentro de su antiguo carro. Aunque admiraba la esbeltez de la muchacha y su capacidad de retorcerse de esa forma, se pregunto qué demonios estaba haciendo.

—Linnora, ¿que haces?

Hubo un súbito golpe.

—¡Ay! —Su gritó quedó ahogado por la cabina del aparato. Dennis se ruborizó al oír la retahíla de epítetos que siguió y que Linnora sólo podía haber aprendido de una fuente. ¡Las palabras desde luego no pertenecían al dialecto coyliano del inglés!

La princesa salió de debajo del aparato y se sentó, frotándose la cabeza. Pero sus murmullos cesaron en el momento en que vio de quién se trataba.

—¡Dennis! —exclamo. Y se arrojó a sus brazos.

Finalmente, un poco sin aliento, él tuvo la oportunidad de preguntarle qué estaba haciendo allá abajo.

—¡Oh, eso! Bueno, espero haber tenido razón. Quiero decir que espero no haber tonteado peligrosamente con cosas que no comprendo lo suficiente. Pero dormiste un montón de tiempo, y alguna metomentodo fue y le dijo a mi padre que me había vestido para la guerra, así que me hizo vigilar para asegurarse de que no me marchaba volando detrás de Kremer para cortarle las orejas o algo así. Empezaba a aburrirme, tanto que decidí que quería ver..

Estaba claramente excitada por algo. Pero se expresaba demasiado rápido para Dennis.

—Eh, Linnora, tus damas parecían un poco preocupadas al verte allí debajo de esa forma.

—¡Oh! —Linnora se miró las rodillas sucias. Empezó a quitarse el polvo, luego se detuvo y se encogió de hombros—. Oh, bueno. Tendrán que acostumbrarse, ¿no? Además de ser tu esposa, espero aprender magia. Y el de mago parece ser un oficio algo sucio, por lo que he aprendido de él hasta ahora.

Por el brillo de sus ojos Dennis supo que esperaba ciertas cosas de su marido. Estaba claro que no tendría que buscar muy lejos de casa un aprendiz.

—De todas formas —continuó ella—, vine aquí y descubrí que todo estaba tal y como lo habíamos dejado cuando aterrizamos. Tu krenegee estaba también aquí. Pero parece que ahora se ha marchado. Tal vez esté cazando. He estado ahí debajo un buen rato, y a lo mejor he perdido el sentido del tiempo.

Dennis no creía que su amada fuera capaz de llegar alguna vez al meollo del asunto.

—¿Pero qué estabas haciendo ahí abajo? —insistió.

Linnora se detuvo un momento, interrumpido su torrente de palabras mientras seguía su cadena de pensamientos.

—¡El robot! —declaró de pronto—. ¡Estaba aburrida, así que decidí hablar con esa maravillosa criatura-y-herramienta que trajiste de tu mundo!

—Estabas *hablando* con... —Ahora le tocó a Dennis el turno de parpadear—. Enséñamelo —pidió por fin.

Las damas L´Toff se sorprendieron aún más cuando vieron que el mago y su princesa se ponían juntos a cuatro patas sobre la hierba y la tierra. Las damas se prepararon para darse discretamente la vuelta y marcharse si sus peores temores se confirmaban.

Dejaron escapar suspiros de alivio. Linnora no se había echado a perder en las tierras bajas. ¿Pero entonces qué estaban haciendo en esa postura?

Las damas comprendieron con disgusto que las cosas nunca volverían a ser como antes.

3

En realidad no necesitaban arrastrarse bajo el avión para examinar el robot. Dennis se dio cuenta más tarde de que podría haber ordenado al pequeño autómata que soltara la hélice, y su tenaza sobre la parte inferior del aparato, y que saliera. Pero a estas alturas parecía ya tan parte de la máquina que no se le ocurrió en ese momento. Los sucesivos y poderosos trances de práctica, amplificados por la magia de la bestia krenegee, habían transformado la máquina hasta hacer que pareciera inseparable del brillante avión de madera.

Cuando Linnora dijo que había estado «hablando» con el robot, se refería a que ella había hablado. El robot respondía utilizando su pantallita.

Dennis frunció el ceño mientras miraba las filas de letras coylianas en el brillante rectángulo. No podía leer la lengua alienígena a esa velocidad. Además, se preguntó cómo había aprendido el robot a...

Por supuesto, comprendió rápidamente. Casi desde su primer momento en Tatir, la máquina había estado recopilando información sobre los habitantes, según sus órdenes. Naturalmente, eso incluía aprender la escritura que utilizaban.

—Divide la pantalla —ordenó—. Escritura coyliana a la izquierda, traducción al inglés terrestre a la derecha.

El texto se dividió en dos versiones del mismo informe. Linnora y él tuvieron que arrastrarse un poco más para poder leer, pero eso sólo acabó por acercarlos más, lo que no resultaba ninguna desventaja.

De inmediato, advirtió algo interesante. Aunque las letras coylianas eran parte de un silabario, y las letras inglesas/romanas eran un verdadero alfabeto, los dos sistemas compartían un mismo estilo. El sonido coyliano «th», por ejemplo, parecía una «t» mutada y una «h» fundidas.

Dennis recordó algunos de los cálculos que había hecho durante su encarcelamiento. Con una creciente sensación de excitación, empezó a sospechar que una de las teorías que había elaborado entonces podía ser cierta.

Leyó el texto durante un rato. Era un resumen de la historia coyliana, encontrado en algunos pergaminos antiguos que el robot había robado temporalmente de un templo de Zuslik. Los pergaminos se referían específicamente a la Antigua Fe, antaño ampliamente seguida en Tatir, pero ahora limitada sólo a los L´Toff y unos cuantos más. Parecía consistir principalmente en mitos y leyendas; pero entremezclada con esas exageradas historias, a Dennis le pareció ver una pauta.

Pidió al robot que volviera a fechas anteriores y luego continuara. Linnora observaba, fascinada, y de vez en cuando recomendaba párrafos que había leído antes. Ocasionalmente se detenía a explicar el sentido de algo que Dennis no había comprendido.

Pasaron mucho tiempo juntos bajo el carro, leyendo la historia de un mundo.

A Dennis empezaba a dolerle el cuello cuando por fin consideró que tenía suficientes datos. La conclusión parecía irrebatible.

—¡Esto no es sólo otro planeta! —declaró—. ¡También es el futuro!

Linnora se dio la vuelta y lo miró.

—Sí, para ti lo es, mi mago del pasado. ¿Cambia eso las cosas? ¿Seguirás queriendo casarte con alguien que puede ser tu descendiente lejana?

Dennis se acercó y la besó.

—No tengo ningún lazo fuerte con mi tiempo —le dijo—. Y no puedes ser descendiente mía. Nunca he tenido hijos.

Linnora suspiró.

—Bueno, eso puede remediarse también.

Dennis estaba a punto de volver a besarla, lo que habría inquietado aún más a las damas del bosquecillo. Pero un súbito grito, directamente sobre ellos, lo impidió.

—¡Denniz! ¡Princesa!

Esta vez hubo dos golpes y dos series de maldiciones entre murmullos.

Linnora y Dennis salieron frotándose las respectivas cabezas. Pero sonrieron al ver quién les esperaba.

—¡Arth!

Era, en efecto, el diminuto ladrón. Unos cuantos de L´Toff se habían congregado y observaban admirados en silencio desde el borde del claro, pues Arth llevaba un krenegee en el hombro, ronroneando.

Dennis abrazó a su amigo.

—¡Así que los hombres de Proll pudieron encontrarte! Temía que nuestra descripción de la altiplanicie no fuera lo bastante buena y tuviéramos que buscarte en avión. ¡Estábamos preocupados por ti!

Arth rascó al ronroneante cerduende bajo la barbilla.

—Oh, me encontraba okay —dijo, sin darle importancia—. Pasé todo el tiempo uniendo palos para crear otro carro volador. Lo habría intentado si los L´Toff y los Exploradores de Demsen no hubieran aparecido.

Dennis se estremeció ante la idea. Tendría que mantener una buena charla con el hombrecito... y con Linnora y Gath y todos los demás que sufrían la ilusión de que la tecnología de la Tierra podía conseguirse uniendo cosas. ¡Con Efecto Práctica o no, algunas cosas tenían que funcionar bien la primera vez!

—Bueno, por lo menos estás bien.

—Sí, muy bien. Envié a Maggin un mensaje con las tropas de Demsen. Le pedí a mi mujer que viniera de Zuslik para pasar unas vacaciones aquí conmigo... con el permiso de su alteza, por supuesto. —Hizo una reverencia a Linnora, quien se echó a reír y abrazó al pequeño ladrón.

—Oh, por cierto —continuó Arth—. No sé si os habéis enterado, pero supongo que puede interesaros. Parece que los muchachos de Demsen capturaron a una compañía de hombres de Kremer, cerca del Paso Norte. ¿Y adiviná is quién iba con ellos? ¡Nada menos que nuestro viejo amigo Hoss´k!

—¡Hoss´k!

—Sí. El diácono escapó, mala suerte. Pero los exploradores capturaron a un tipo raro que estaba con él . Un prisionero, parece. Ahora lo tienen en la tienda de Linsee.

»Pero hay una cosa curiosa. ¿Sabes que habla de forma muy parecida a ti, Denniz? Abriendo mucho la boca y con la parte trasera de la garganta, con ese extraño acento tuyo.

»¡Y algunos de los norteños capturados dijeron que era otro mago!

Dennis y Linnora se miraron.

—Creo que será mejor que le echemos un vistazo —comentó la princesa.

4

—Bien, Brady. Así que Flaster te eligió para que me siguieras. Desde luego, se tomó su tiempo.

El tipo del pelo arenoso que estaba sentado con aspecto meditabundo se volvió rápidamente y se quedó boquiabierto.

—¡Nuel! ¡Eres tú! ¡Oh, Dios, me alegro de ver a un camarada terrestre!

Bernald Brady parecía molesto y exhausto. Tenía un chichón en la frente, y su típica expresión despectiva había pasado a ser de alivio y alegría aparentemente sinceros al ver a Dennis.

Linnora y Arth entraron entonces en la tienda. Los ojos de Brady se ensancharon al ver la criatura encaramada en el hombro de Arth. El hombre retrocedió.

Al parecer, el cerduende recordaba también a Brady. Siseó con desprecio y enseñó los dientes. A1 final, Arth tuvo que sacarlo fuera.

Cuando se marcharon, Brady se volvió implorante hacia Dennis.

—¡Nuel, por favor! ¿Puedes decirme qué está pasando aquí? ¡Este lugar es una locura! Primero encuentro el zievatrón hecho pedazos, y tu extraña nota. Luego todo mi equipo muestra signos de funcionar de una manera rara.

Al final acaba golpeándome la cabeza un tipo que actúa como si fuera primo de Dios y hace que un puñado de matones me despojen de todas mis cosas...

—¿Se llevaron tus armas? Me lo temía. —Dennis hizo una mueca. Kremer tenía ya su pistola de agujas, y no podía imaginar qué otras armas habría traído consigo el siempre cauteloso Brady. Sin duda no había dudado en la calidad del equipo que traía para sí. Con todo aquel material, Kremer podría seguir siendo un problema a tener en cuenta.

—¡Me lo robaron todo! —gruñó Brady—. ¡Desde mi hornillo de campamento a mi anillo de bodas!

—¿Te has casado? —Dennis alzó las cejas—. ¿Con quién? ¿Alguien que yo conozco?

Brady pareció súbitamente ansioso. Estaba claro que no quería ofender a Dennis.

—Uh, bueno, como no regresabas...

Dennis se le quedó mirando.

—¿Te refieres a Gabbie?

—Bueno, sí. Quiero decir que... llevabas tanto tiempo fuera ... Y descubrimos que teníamos muchas cosas en común ... bueno, ya sabes. —Alzó la cabeza tímidamente.

También Linnora parecía preocupada.

Dennis se echó a reír.

—No importa, Bernie. En realidad nunca hubo nada entre nosotros. Estoy seguro de que eres más adecuado para ella que yo. Enhorabuena. De verdad.

Brady estrechó la mano de Dennis, inseguro. Su mirada pasó de Dennis a Linnora y de vuelta a Dennis, y pareció comprender la situación.

Pero eso solamente contribuyó a que se sintiera más deprimido. El tipo no sólo sentía miedo y añoraba su hogar. Estaba enamorado.

—Bien, nos encargaremos de que vuelvas con ella lo antes posible —le dijo Dennis a su antiguo rival, compasivo—. Tengo que visitar la Tierra de manera temporal, de todas formas. Me gustaría cambiar unas cuantas obras de arte locales por algunos artículos de ferretería.

Dennis tenía planes. Por el bien de ambos mundos, se aseguraría de que Linsee controlara el zievatrón, restringiendo cuidadosamente el flujo entre mundos. ¡Desde luego, no querían crear paradojas temporales!

Pero, de forma limitada, el comercio sería probablemente beneficioso para ambas realidades.

Brady sacudió la cabeza.

—¡Aunque pudiéramos montar un nuevo mecanismo de retorno con los componentes que enterraste, nunca lo terminaríamos a tiempo! ¡Flaster sólo me dio unos cuantos días de plazo, y están a punto de agotarse!

»Y cuando forzaron el mecanismo de la compuerta, destruyeron los cálculos de calibración. ¡Ni siquiera sé las coordenadas de la realidad de la Tierra!

—Bueno, yo las recuerdo —le aseguró Dennis.

—¿Ah, sí? —Una pizca del familiar sarcasmo de Brady regresó—. Bien, ¿ya has calculado las coordenadas de este lugar de locos? Nunca estuvimos demasiado seguros de ellas en el Laboratorio Uno. Más o menos jugueteamos con las coordenadas. ¡Y ahora también se han perdido!

—No te preocupes. Puedo calcularlas también. Verás, creo que sé no sólo dónde estamos, sino también *cuándo.*

Brady se le quedó mirando. Y Dennis empezó a explicárselo.

—Piensa en los descubrimientos más importantes de los siglos XX y XXI —sugirió Dennis—. Sin duda, los más espectaculares fueron la bioingeniería y la zievatrónica.

»A finales del año 2000 la física era un callejón sin salida. Oh, había un montón de problemas abstractos, pero nada que pareciera ofrecer un medio de poner otros mundos al alcance de la humanidad. El sistema solar era un lugar yermo, y las estrellas estaban terriblemente lejos.

»Pero recombinando el ADN surgió la posibilidad de crear casi cualquier tipo de forma de vida viable, para cualquier propósito. El trabajo que comenzaba en el Tecnológico Sahariano y otras instituciones cuando estábamos allí parecía conducir a un mundo repleto de maravillas: ¡pollos gigantes, vacas que dieran yogur, incluso unicornios, dragones, y grifos!

»Y luego estaba el zievatrón, que prometía volver a abrir el camino a las estrellas que la relatividad parecía haber cerrado para siempre.

»Ahora imagina ambas tendencias llevadas al futuro.

»Cuando, al cabo de cien años o así, el efecto ziev fue finalmente perfeccionado, grupos de emigrantes viajaron a otros mundos, para colonizarlos o en busca de espacio para sus diversas formas de vida.

»Y entonces no se llevaron muchas herramientas, sólo las mínimas, las que cabían en el zievatrón. Después de todo, cuando puedes crear organismos adaptados para cualquier función, ¿por qué cargar con molestos trozos de metal?

»Robots inteligentes y que se autorreparaban hechos de materia viva te llevaban al trabajo, atendían los campos y limpiaban la casa. Cerebros parlantes grababan tus mensajes y recitaban cualquier información siguiendo tus órdenes. Grandes “dragones” voladores leales hasta la muerte protegían tus nuevas colonias de cualquier peligro. Todos esos organismos especializados se “repostaban” con comida producida en instalaciones especiales.

»Los colonos del futuro no viajaron a las estrellas, ni llevaron consigo frío metal. ¿Para qué iban a hacerlo, cuando les bastaba simplemente con atravesar una puerta para llegar a sus nuevos mundos y diseñar criaturas aptas para cualquier función?

Brady se rascó la cabeza.

—Eso es especular mucho, Nuel. No puedes decir qué va a pasar en el futuro.

—Oh, claro que puedo —dijo Dennis con una sonrisa—. ¡Porque es esto! ¡Estamos en el futuro, Brady!

El otro se le quedó mirando.

—Imagina a un grupo de colonos que pertenece a un sector marginal que alberga sentimientos contrarios a las máquinas —dijo Dennis.

»Digamos que este grupo encuentra un mundo maravilloso, accesible a través del zievatrón. Ahorran para pagar los gastos de transmisión y luego cambian la complicada sociedad de la Tierra por este paraíso, cerrando la puerta tras ellos.

»Al principio todo va bien. ¡Luego, de repente, las complicadas criaturas fruto de la bioingeniería de las que dependen empiezan a morir!

»Sus científicos encuentran finalmente la causa. Es una plaga, creada por otra raza que hurga el espacio ziev, con la que el hombre ha tenido sus escaramuzas durante varios siglos. Los enemigos son los *blecker,* y han elegido este aislado reducto de la humanidad para probar su nueva arma.

»Los blecker liberaron una enfermedad en Tatir, que es como se llama el mundo.

»La plaga no podía matar ninguna forma de vida capaz de existir independientemente, capaz de sobrevivir por sí misma en la naturaleza salvaje, pero destruyó el suministro de comida sintética. Sin ese alimento, los delicados simbiontes de los que dependía la civilización de los colonos quedaron condenados.

»Los científicos de Tatir descubrieron el ataque demasiado tarde para detenerlo. La muerte se extendió, empezando por los enormes pero delicados dragones en los que se basaba la defensa del planeta.

»Desesperados, los colonos volvieron a abrir el enlace zievatrón con la Tierra, para pedir ayuda.

Brady estaba sentado en el borde de la silla, escuchando con toda su atención.

—¿Qué sucedió entonces? —preguntó.

Dennis se encogió de hombros.

—La Tierra estaba ansiosa por no contaminarse. Enviaron un poderoso aparato que interferiría los zievcaminos a Tatir durante mil años, hasta que pudiera encontrarse una cura. Cuando la máquina realizó su trabajo, ni la Tierra ni los invasores pudieron llegar a este mundo.

» ¡Pero... —Dennis alzó un dedo— antes de hacer eso, enviaron un regalo!

Desde fuera, oyeron que Arth llamaba.

—Creo que el bicho se ha tranquilizado ya. Voy a entrar. ¡Quedaos sentados!

La cortina se abrió v Arth volvió a entrar con el cerduende montado sobre el hombro. Cuando el animal vio a Brady puso mala cara, pero permaneció tranquilo. Desplegó sus alas membranosas y revoloteó hasta el regazo de Linnora. Ella acarició a la bestia, que pronto empezó a ronronear.

—Nosotros los L´Toff nunca olvidamos el regalo de la Tierra, ¿verdad, mi pequeño krenegee? —susurró Linnora.

—No, no lo hicisteis —reconoció Dennis—. En los siglos que siguieron a la inevitable caída de la civilización de Tatir, casi todo se perdió. Las pocas máquinas que había se enmohecieron y fueron olvidadas. Como 1a mayoría de los transportes eran *hovercraft,* se olvidó incluso el principio de la rueda.

»La mayoría de tos animales especializados murió, quedando sólo los animales terrestres más fuertes y la fauna local. El lenguaje empezó a cambiar, ya que la enseñanza y el saber se perdieron prácticamente del todo.

»La gente no tardó en quedar reducida casi a un estado animal. Pasó mucho tiempo antes de que las leyendas acerca de un lenguaje escrito inspiraran a algún genio para reinventar la escritura.

»En la Tierra sabían que todo esto sucedería. Y sin embargo no podían ayudar sin arriesgarse a extender la infección al mundo natal.

»Así que abrieron el portal sólo un instante, antes de sellarlo durante un milenio. Enviaron el último producto de su gran investigación, la culminación de dos campos convergentes: la biología y la física de realidades.

»Lo que enviaron fue un animal inmune a la enfermedad, de la que podía protegerse solo, pero que además tenía un *talento.* Ese talento se difundiría por este mundo y daría a su gente una oportunidad.

»Con el tiempo, los habitantes de Tatir asimilaron en parte el talento. Los que vivían más cerca de las criaturas lo asimilaron ampliamente y se convirtieron en los L´Toff.

—El regalo enviado por la Tierra fue un milagro, desde nuestra perspectiva del siglo XXI —terminó Dennis—. Salvó a la gente de este planeta. Y pensar que yo lo consideraba inútil...

Brady siguió la mirada de Dennis.

—¿Esa cosa? —Señaló incrédulo al cerduende. La criatura se irguió y sonrió con una hilera de dientes afilados.

—Sí, ésa —asintió Dennis—. Naturalmente, sólo me estoy basando en fragmentos de leyendas de hace más de mil años. Pero estoy seguro de que eso es lo que sucedió.

»Cómo es la Tierra del siglo XL, ahora que los krenegee llevan allí sueltos siglos, sólo podemos imaginario. Quizá la era de la biología haya pasado y la era de las herramientas haya regresado... herramientas mágicas e increíbles. »Me alegraría por ellos, pues la bioingeniería resultaba un tanto cuestionable desde un punto de vista ético.

Dennis se acercó a Linnora. Ella y Duen alzaron la cabeza. Dennis sonrió y se volvió hacia Brady.

—Ahora, por fin —concluyó—, las barreras de este mundo están cayendo. Por algún motivo, un extraño camino intertemporal hasta la tierra del siglo *XXI* fue el primero en abrirse, quizá porque el nuestro fue el primer zievatrón de todos.

»Pronto se abrirán otros caminos. Y esta gente tiene que estar preparada cuando lo hagan. Los blecker están probablemente ahí fuera, esperando una oportunidad para entrar.

»Por eso creo que me quedaré aquí después de que arreglemos el mecanismo de regreso y te enviemos de vuelta a casa.

Linnora lo cogió de la mano.

—Al menos ésa es una de las razones —corrigió.

Brady parecía perplejo.

—Es una historia bastante convincente, Nuel. Excepto por una cosa.

—¿Cuál?

—¡Todavía no me has dicho cuál es ese *talento* que dices que tiene ese bicho tan desagradable! ¿Cuál fue el regalo que supuestamente envió la Tierra?

Dennis pareció sorprendido.

—¡Oh! ¿Quieres decir que nadie te ha explicado todavía esa parte?

—¡No! ¡Y te digo que no puedo soportarlo más! ¡Hay algo raro en este mundo! ¿Has notado la extraña yuxtaposición de tecnologías que tiene esta gente? ¡No puedo comprender qué es lo que pasa, y eso me está volviendo loco!

Dennis recordó cuántas veces había jurado vengarse de Brady durante los meses que llevaba en Tatir. Ahora el tipo estaba a su merced, pero toda la inquina que antes sentía se había esfumado. Decidió vengarse sólo un poquito para darse gusto.

—Oh, dejaré que lo descubras por ti mismo, Brady. Estoy seguro de que una mente como la tuya hallará la respuesta, si practicas lo suficiente.

Bernald Brady permaneció allí, sentado. No tenía más remedio que reconcomerse en silencio mientras Dennis Nuel se reía. Cuando la mujer, el hombrecito, la extraña criatura del

futuro y su antiguo rival le miraron risueños, Brady tuvo la incómoda sensación de que no iba a disfrutar demasiado del proceso de aprendizaje.

FIN